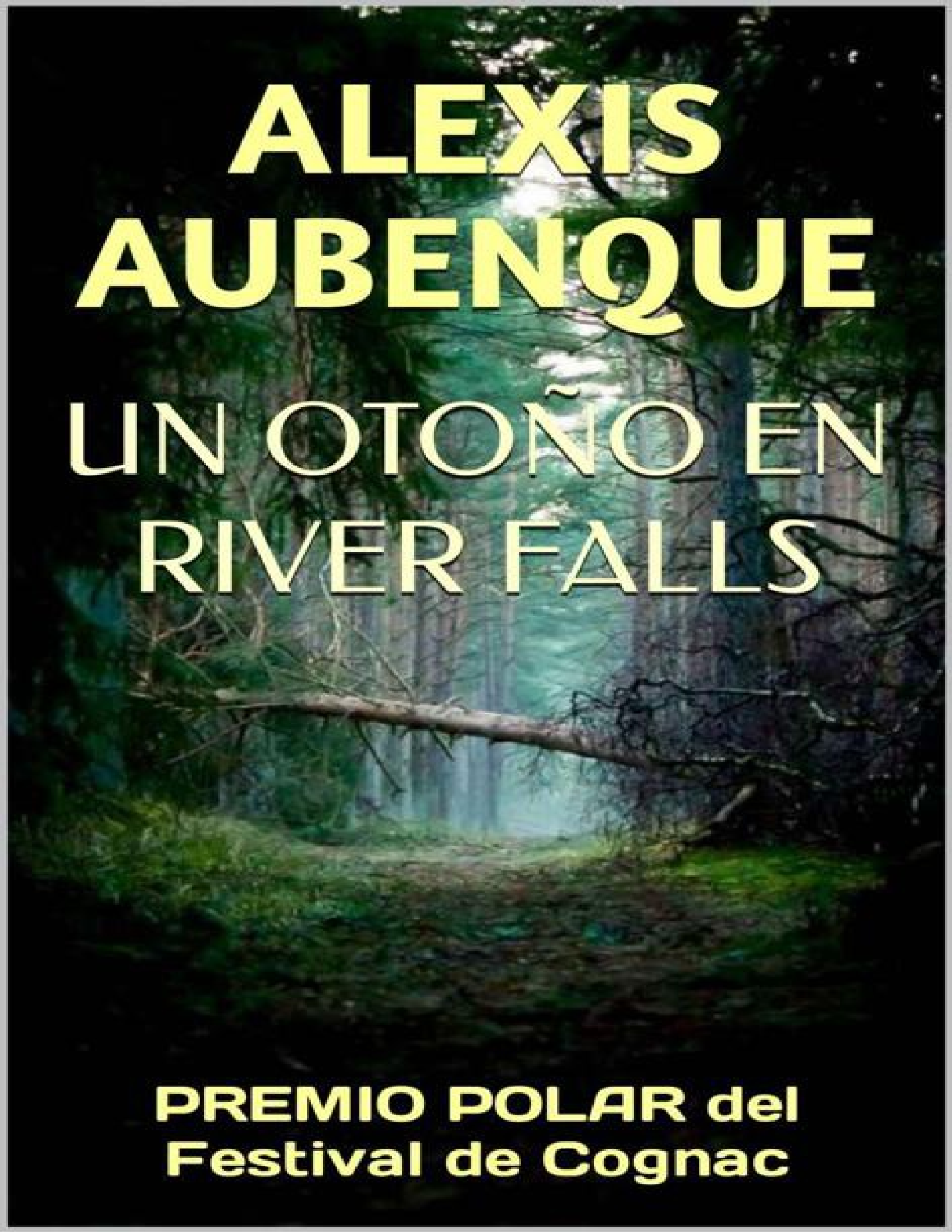


The background of the entire page is a photograph of a dense forest. The trees are tall and thin, with a mist or fog hanging between them, creating a soft, ethereal atmosphere. In the foreground, a large, fallen tree trunk lies horizontally across the frame. The ground is covered in moss and fallen leaves.

ALEXIS AUBENQUE

UN OTOÑO EN RIVER FALLS

**PREMIO POLAR del
Festival de Cognac**

UN OTOÑO EN RIVER FALLS

Una investigación de Mike Logan y Jessica Hurley

ALEXIS AUBENQUE

**APARICIONES CRONOLÓGICAS DE
MIKE LOGAN Y JESSICA HURLEY**

7 DÍAS EN RIVER FALLS
UN OTOÑO EN RIVER FALLS (PREMIO COGNAC)
UNA NAVIDAD EN RIVER FALLS
CARIDAD BIEN ORGANIZADA
POR EL BIEN DE LOS NIÑOS
NACIDO PARA SER SALVAJE
NO TEMAS A LA PARCA
NO DEJARÁS A NADIE
REGRESO A RIVER FALLS
LÁGRIMAS EN RIVER FALLS
RECUERDA RIVER FALLS

— PRÓLOGO —

Domingo, 30 de septiembre

Con un último esfuerzo, Robert Gordon alcanzó el orgasmo que había estado postergando durante tanto tiempo. Emitió un característico gemido y se derrumbó sobre el cuerpo de su amante. Ella sonrió y le acarició el cabello. Ella misma no había tenido tiempo de llegar allí, pero eso no importaba. Estaba tan feliz de estar con él. Gordon había cumplido todas sus expectativas. Acababan de pasar una noche de ensueño. Una cena en uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad, un paseo romántico por Garden State y, para rematar, habían terminado la noche en su residencia en Golden Hill, el vecindario más exclusivo de River Falls.

— Ha sido maravilloso —susurró ella cuando recuperaron el aliento.

Gordon levantó la cabeza y le dio un largo beso en los labios a Samantha Ridley.

— Tú eres la maravillosa —respondió con su cálida voz que lo había hecho famoso.

Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Samantha. El hombre tenía treinta y cinco años, ella apenas veinte. Sabía que muchos se burlarían de su diferencia de edad, pero le importaba poco. Estaba segura de que finalmente tenía al hombre de sus sueños. Uno de los abogados más prominentes de River Falls. Se inclinó hacia un lado, agarró su paquete de cigarrillos y encendió uno. Ese era el único defecto que le encontraba, pero sabía que podría lidiar con ello antes de convencerlo de dejarlo algún día.

Gordon se levantó y atravesó la habitación bañada por la luz opalina que emanaba de una lámpara sobre un escritorio diseñado por un famoso diseñador. A través de la ventana, podía contemplar la ciudad extendiéndose ante él. Golden Hill, la colina de los multimillonarios. Aunque esa reputación estaba un tanto exagerada, Gordon sabía que muchas fortunas de la ciudad tenían su residencia en esa colina verde, alejada de la frenética actividad de los barrios más populares.

— ¿Qué estás mirando? —preguntó Samantha.

Caminaba descalza sobre la alfombra y él no la había oído acercarse.

— Nada, solo estaba pensando que soy el hombre más afortunado del mundo.

Sintió dos brazos abrazándolo tiernamente por detrás y un pequeño mentón apoyándose en su hombro. Mientras sentía un comienzo de excitación, una extraña sensación se apoderó de él. Samantha cumplía con todas sus expectativas: hermosa, culta, elegante, joven y ambiciosa. Sin embargo, sabía que algo faltaba.

— ¿En qué estás pensando? —le susurró al oído.

Se tomó un momento para tomar una bocanada de humo antes de responder.

— En nosotros, —dijo sin mentir.

Vio una sonrisa crecer en el rostro de Samantha reflejada en el cristal de la ventana. Él también sonrió. A pesar de los años, no había cambiado. Una vez más, se dio cuenta de que no estaba listo para una relación duradera. La pasión que había ardido en sus venas durante las últimas dos semanas se estaba apagando lentamente. Y no se hacía ilusiones al respecto. Notó que ella no había tenido un orgasmo, pero no dijo nada. ¿Una muestra de afecto o una falta de carácter? Como en cada nueva conquista, una vez que el juego de la seducción había terminado y el placer de los sentidos había sido alcanzado, comenzaba a encontrar defectos en su pareja. Se dio la vuelta y le dio un cariñoso beso en los labios.

— Te amo, —dijo Samantha, con la mirada fija en la suya.

Entendió que tendría que romper otro corazón.

— Yo también, —respondió en un tono completamente creíble.

Podrían pasar semanas, tal vez unos meses, pero pondría fin a su relación antes de que pasara un año. Samantha agarró su miembro revitalizado y, con una sonrisa traviesa en los labios, lo llevó hacia la gran bañera de hidromasaje en el baño.

*

Gordon se despertó sobresaltado. Su corazón latía con fuerza. Su cuerpo estaba empapado de sudor.

Con la mirada perdida en la oscuridad de la habitación, permaneció inmóvil en la cama durante un largo rato, recuperando el aliento. Luego pasó la mano por su frente y se secó las gotas de sudor que perlaban en sus sienes. Siempre el mismo sueño.

Apretó los puños y se enderezó. Con cuidado de no despertar a Samantha, movió sus piernas fuera de la cama y se puso de pie en la habitación. Con la tenue luz que se filtraba a través de las persianas metálicas, salió de la habitación, cerró la puerta detrás de él y encendió el interruptor del pasillo. Aún perturbado por los vestigios de su pesadilla, se dirigió hacia la amplia sala de estar, encendió la pequeña lámpara en una mesa de consola, se sirvió un doble de whisky que se bebió de un trago, luego otro, y se sentó en el amplio sillón de cuero frente al invernadero.

Gordon dejó el vaso en la mesa de centro y tomó el control remoto del sistema de sonido. Asegurándose de ajustar el volumen para no despertar a Samantha, encendió el reproductor. La voz de Callas llenó la espaciosa sala. Inmediatamente, una sonrisa se extendió por sus labios. El alcohol comenzaba a hacer su efecto, disipando los últimos rastros de ansiedad. Era solo una pesadilla. Solo una pesadilla. No había razón para tener miedo. Solo había una realidad: él era uno de los abogados más brillantes de River Falls.

Un hombre guapo, atractivo, lleno de humor, atlético y extremadamente rico. ¿Qué más podía esperar de la vida? Suspiró.

Levantando su vaso, se divirtió observando los reflejos luminosos que se movían en el líquido translúcido. Realmente, la vida estaba llena de pasión. Todavía había tantas cosas por descubrir, tantas mujeres por conquistar. No sería una simple pesadilla la que le hiciera perder su optimismo legendario.

Su sonrisa se congeló de repente. Gordon creyó haber visto una figura moverse más allá del invernadero.

Con las cejas fruncidas y los ojos alerta, dejó su vaso y se acercó lentamente a la ventana. La lámpara en la entrada de la sala solo proporcionaba una luz tenue, y no podía distinguir nada más allá de la forma de los árboles. Abandonó su puesto de observación y, mientras las vocalizaciones de la diva resonaban, encontró el control de iluminación y encendió el invernadero y la terraza.

Todo el jardín se iluminó y reveló... nada.

Gordon se dio cuenta de repente de que había estado conteniendo la respiración durante toda la operación. ¡Idiota! ¡Te estás volviendo completamente paranoico! Estaba a punto de apartar la mirada cuando sus ojos cayeron en una hoja de papel colocada en la amplia mesa de la terraza. No era motivo de preocupación. Podría haber llegado allí llevada por el viento. Excepto que no había ni una brizna de viento.

Instintivamente, echó un vistazo rápido a la pared de la derecha donde se encontraba su escopeta de caza. No era un cazador experto, pero sabía que podía acertar a un objetivo a menos de diez metros.

— Deja de ser paranoico —se dijo en voz alta.

Pero un sentimiento de opresión lo estaba acosando. Tenía muchos enemigos y había recibido numerosas amenazas después de ganar juicios. Sin embargo, era extremadamente raro que se llevaran a cabo. Matar a un hombre era la cosa más difícil de hacer. La necesaria supervivencia de la especie solía impedir que se actuara. Al menos, eso le gustaba creer.

Fue a buscar su escopeta y se aseguró de que dos cartuchos estuvieran en el cañón. Imaginando por un momento a Samantha entrando en la sala, tuvo una extraña sonrisa. ¿Qué pensaría al verlo así?

Desde la terraza, River Falls brillaba con mil luces. Una noche oscura rodeaba la villa. No había vecinos a la vista. No se oía ni un solo sonido. Gordon se acercó a la mesa y agarró la hoja de papel. Era una página del Daily River. Su rostro perdió todo color al leer el artículo. Esta vez, el miedo pero también la ira llenaron todo su ser. No se dejaría intimidar.

— ¡Sal a la luz! —gritó.

No le importaba despertar a Samantha, de hecho, esperaba que ella se uniera a él. Sosteniendo su escopeta, retrocedió hacia el interior de la casa con la esperanza de agarrar su teléfono móvil antes de que el desconocido hiciera algo en su contra.

Pero justo cuando casi había llegado al refugio del invernadero, notó un movimiento a su izquierda, justo detrás de una réplica de una estatua antigua. Antes de que tuviera tiempo de darse la vuelta, una mano le puso un pañuelo empapado en cloroformo sobre la boca. A pesar de sus violentos esfuerzos por liberarse, no pudo escapar del agarre de su agresor y cayó inconsciente.

*

Samantha emergió lentamente de un agradable sueño, aún tenía fresco en su mente el recuerdo de sus caricias de la noche anterior. Se giró perezosamente y se decepcionó al darse cuenta de que su hombre ya estaba de pie. Miró el reloj y se sorprendió por la hora tardía. Eran las 10:24. El sol llevaba tiempo brillando.

Sin perder tiempo, se levantó de la cama y accionó el mecanismo de apertura de las cortinas eléctricas. Un sol radiante la saludó. Una visión paradisíaca se desplegó ante ella. Samantha adoraba esa vista: el bosque y, al pie de la colina, toda la ciudad donde los ciudadanos comunes luchaban por sobrevivir. Se sentía increíblemente afortunada, y le encantaba.

— ¿Robert? —llamó mientras tomaba su ropa interior.

Pero la dejó de inmediato. ¿Qué mejor manera para un hombre que encontrar a su mujer completamente desnuda al despertar? Sonrió ante ese pensamiento travieso y salió de la habitación. En ese lunes por la mañana, tenían todo el día para ellos. Una semana de vacaciones que comenzaba con buen pie. Planeaban disfrutarla al máximo.

— ¿Robert? —volvió a llamar mientras salía de la habitación.

Sintió el aire y se decepcionó al no percibir el aroma tentador del café caliente. ¿No habría salido, verdad? A menos que hubiera ido a comprar uno de esos desayunos franceses que se encontraban en Strutter Street. Pero era poco probable: el viaje de ida y vuelta llevaba más de una hora. ¿Qué hombre estaría dispuesto a perder tanto tiempo para complacer a su pareja?

Entró en la sala de estar y quedó deslumbrada por el sol ya alto en el cielo. Entrecerró los ojos. La puerta que daba al invernadero estaba abierta. Debía de estar en el jardín. Aunque sabía que no había vecinos cercanos, no iba a arriesgarse a salir desnuda, especialmente porque el aire de principios de otoño era bastante fresco.

Finalmente, decidió ir a tomar un baño en el jacuzzi. Cuando él regresara, el sonido del agua lo atraería hacia ella.

Con una sonrisa traviesa en los labios, cruzó de nuevo la sala de estar, luego el pasillo principal y finalmente un último pasillo para llegar a la puerta del baño. La abrió.

Gordon estaba sentado en el jacuzzi de espaldas, en una oscuridad apenas interrumpida por la luz de la ventana, cuyas persianas estaban cerradas. Inmediatamente, una extraña sensación la invadió.

— ¿Robert? —preguntó, avanzando en el baño.

Alcanzó el interruptor de luz. Nada. Se habían fundido los plomos, pensó al mismo tiempo que se daba cuenta de que Robert permanecía extrañamente inmóvil.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Su presentimiento se convirtió en una terrible certeza. Con las piernas temblorosas, avanzó sobre el frío azulejo, apretando los puños, lista para romper a llorar.

— Robert, respóndeme —logró articular.

Pero él no reaccionó. Fue entonces cuando vio el cable de un dispositivo eléctrico sumergido en el agua. Bordeó el jacuzzi.

El rostro de Robert, congelado en la muerte, la miraba.

Samantha llevó la mano a su boca pero no pudo contener el grito animal que brotó de ella.

Lunes 1 de octubre

La alarma del despertador sonó en la habitación. Logan extendió un brazo desde debajo de las sábanas, la apagó y, girándose hacia un lado, comprobó la hora en la pantalla iluminada. Eran las siete en punto. Encendió la pequeña lámpara en la mesita de noche. Como de costumbre, Hurley ya estaba levantada. Podía escuchar el sonido del agua de la ducha corriendo.

Se estiró y pasó un buen rato disfrutando de la comodidad. Comenzaba una nueva semana. Se sentía excepcionalmente en forma. Habían pasado el sábado comprando muebles en el centro comercial. Hurley finalmente lo había convencido de cambiar parte de los muebles de la sala de estar. Gastaron 3,500 dólares y todo el domingo lo dedicaron a armar y desarmar muebles.

Logan se sentó en la cama y miró la pequeña venda enrollada alrededor de su pulgar. Sonrió al recordar cómo manejaba el destornillador. Definitivamente, ninguno de los dos era un experto en bricolaje. Sin embargo, eso no les impidió pasar una tarde muy agradable y disfrutar de los resultados esa noche.

En su mayoría, la sala de estar mantuvo la misma tonalidad, pero con un toque mucho más elegante. Hurley realmente tenía el ojo de una decoradora de interiores. Si alguna vez decidiera no regresar a su trabajo en el FBI, podría considerar una carrera en el diseño de interiores. Con ese pensamiento ligero en mente, se levantó y abrió las persianas. La luz de la mañana inundó la habitación. Logan se frotó la barba de tres días; aunque sabía que a Hurley le gustaba, no podía permitirse llevarla en el trabajo. Pensaba que afeitarse de cerca inspiraba respeto.

El sonido de la ducha se detuvo. Logan se estiró una vez más y salió de la habitación para tomar su turno en el baño.

— ¿Dormiste bien? —preguntó cuando encontró a Hurley secándose.

— Como siempre —respondió ella con una sonrisa antes de envolverse una toalla alrededor de su cabello mojado.

Se acercó y le dio un beso rápido en los labios antes de entrar en la ducha.

Al comienzo de la semana, se sentía increíblemente tranquilo. Todo iba bien. Y no solo debido a la visión paradisíaca del cuerpo de Hurley. Para Logan, el otoño era la estación más hermosa. Era cuando los árboles tomaban tonos cobrizos, como si sus hojas, sintiendo su final próximo, quisieran incendiar el cielo antes de caer al suelo. Era cuando las nubes arrojaban un velo sobre esa incandescencia, pronto despejado por los vientos cargados con el humo de las primeras chimeneas encendidas.

Le gustaba el aroma nostálgico que emanaba de la naturaleza cuando comenzaba octubre. Pasó mucho tiempo bajo la ducha antes de sacrificar su barba de fin de semana.

Lavado y vestido, bajó al piso de abajo y siguió el aroma del café caliente hasta la cocina.

— Te has cortado —dijo Hurley.

Instintivamente, Logan pasó el dedo por su pequeño corte.

— Te aseguro que te ves mucho mejor sin afeitarte —continuó Hurley.

Logan se sentó en la mesa de la cocina y sacudió la cabeza sin responder. Miró por la ventana, pareciendo perdido en la contemplación de los altos abedules plantados a lo largo de la avenida residencial.

— ¡Eh, estoy aquí! —lo llamó Hurley ante su silencio matutino—. ¿Qué pasa?

Logan giró la cabeza y miró a su compañera.

— No quiero que te vayas —finalmente soltó.

Hurley sonrió y puso su mano sobre la suya.

— Aún nos queda un mes, ¿no crees que es demasiado temprano para hablar de eso?

Logan tomó su taza de café y dio un pequeño sorbo antes de responder.

— Estoy bien contigo. No quiero que vuelvas a Seattle.

Aunque sabía cómo controlar sus emociones, Hurley se sintió profundamente conmovida por esa declaración. Un tiempo atrás, cuando una terrible lesión casi le había costado la vida a su hombre, ella había pedido un permiso de seis meses sin sueldo para cuidarlo. Incluso después de que pudiera volver a su puesto como sheriff.

— Escucha, hablaremos de esto más adelante. Todavía nos queda un mes solo para nosotros. No lo estropees, por favor.

Logan puso su mano sobre la de Hurley. Se miraron durante mucho tiempo, llenos de amor. Hurley no sabía qué pensar. Nunca había sido tan feliz. Logan era el hombre de sus sueños, incluso con su difícil carácter. Pero la vida de ama de casa no era para ella. Tenía que volver a la Oficina, recuperar el gusto por la acción y la investigación. Lo llevaba en la sangre, y aunque estuviera profundamente enamorada, no estaba dispuesta a sacrificarlo todo por Logan. Solo esperaba que él la entendiera y estuviera dispuesto a compartirla con su trabajo como perfiladora en el FBI.

Logan terminó su café y se levantó.

— Tengo que irme —dijo mirando ostensiblemente el reloj de pared—. Sabes cómo son los lunes por la mañana...

Hurley adoptó una expresión comprensiva.

— ¿Almorzamos juntos? —propuso.

Logan se acercó a ella y se inclinó para besarla en los labios.

— Por supuesto.

Cuando se fue, Hurley, con la taza en la mano, se acercó a la ventana de la cocina. Lo vio subir a su Cherokee y arrancar antes de desaparecer por la avenida. Después de un profundo suspiro, dejó la cocina y subió al piso de arriba para instalarse en la oficina contigua al dormitorio. Colocó su taza en una esquina de la mesa, encendió la computadora y abrió su bandeja de entrada de correo electrónico. Aunque su acreditación en el FBI estaba suspendida durante sus seis meses de permiso, seguía dando su opinión como experta a sus colegas de Seattle y participaba activamente en las investigaciones del departamento de policía de River Falls, de acuerdo con los arreglos de Logan.

*

Eran casi las 11 de la mañana y Logan ya estaba pensando en su almuerzo con Hurley cuando la operadora lo llamó en la línea interna para una llamada de emergencia. Inmediatamente, fue presa de un extraño presentimiento.

— Sheriff Logan, ¿en qué puedo ayudarle?

Se oyeron sollozos, seguidos de una frase incomprensible. Logan se inclinó hacia adelante en su silla y apoyó los codos en su escritorio.

— Tranquilícese, recupere el aliento, por favor —dijo lo más amablemente posible.

Los sollozos se intensificaron. Logan sostuvo el auricular entre su mejilla y su hombro y

encendió un cigarrillo mientras la joven volvía a hablar.

— Está muerto, ¡está muerto! —gritó.

— ¿Quién está muerto? ¿Dónde se encuentra usted? Por favor, intente recuperar la calma —respondió Logan.

No le gustaba esto en absoluto. La mujer estaba al borde del pánico y el hombre que creía muerto podría todavía tener un aliento de vida. No debía colgar en absoluto.

— Villa Hard Stone, en Golden Hill —logró decir ella.

Logan escuchó cómo intentaba controlar su respiración.

— Soy amiga de Robert Gordon, se electrocutó en la bañera. ¡Dios mío, ¿por qué?! - terminó sollozando.

— Señorita, por favor, no toque nada. Estoy enviando un equipo médico al lugar. A pesar de su dolor, intente mantener la calma - dijo él, sintiendo que sus palabras sonaban vacías. Nunca había tenido la destreza de Hurley y la echaba particularmente de menos en momentos como este.

— ¡Está muerto! ¿No lo entiende?

Samantha estaba al borde de un ataque de histeria. Logan apretó los labios, buscando desesperadamente las palabras que la tranquilizarían.

— No debe quedarse sola. Llame a alguien cercano para que venga a acompañarla, encontró finalmente para decir.

Con suerte, eso la mantendría ocupada y no tocaría el cuerpo. Ella volvió a sollozar. Logan no tenía tiempo que perder.

— Debo colgar ahora, por favor, no toque nada, es muy importante.

Escuchó un débil "sí" en el auricular.

— Estamos en camino de inmediato - concluyó Logan antes de colgar el teléfono. Aplastó su cigarrillo a medio consumir en el cenicero y se levantó de un salto.

Salió corriendo de su oficina y subió por el pasillo que conducía al gran espacio abierto donde se encontraban la mayoría de sus agentes.

— ¿Alguien conoce bien Golden Hill?

Miradas inquisitivas se dirigieron hacia él. Portnoy habló.

— Más o menos - respondió -, tengo una tía abuela que vive allí.

— Muy bien, me llevarás. Vamos a la villa de Robert Gordon, ¿ves cuál es?

— Sí, una gran mansión en lo alto.

— ¿Fue asesinado? - intervino la sargento Martínez, realmente preocupada.

Sentada en su escritorio frente a una pantalla de computadora, siempre había admirado a ese abogado y sus modales de caballero.

— Eso es lo que intentaremos averiguar - respondió Logan, quien se recompuso de inmediato. Olvidé decirlo, llamen al hospital rápidamente y envíen una ambulancia y un equipo de urgencias, nunca se sabe. La chica que encontró su muerte está tan asustada que tal vez no se dio cuenta de que todavía estaba vivo.

Martínez asintió con la cabeza y descolgó el teléfono de inmediato. Ante la mirada de los demás policías, Logan y Portnoy salieron de la comisaría. Un viento cálido y seco los recibió. El cielo estaba intensamente azul.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Portnoy.

— La chica simplemente dijo que se electrocutó en la bañera. Bastante raro, pero no imposible.

— ¿Crees que podría tratarse de un asesinato?

Logan se detuvo frente a su Cherokee y desbloqueó las puertas. Como todos, conocía al brillante abogado Robert Gordon y sabía que era uno de los solteros más codiciados de la región. Un soltero empedernido que iba de conquista en conquista.

— Cuando un hombre muere antes de cumplir los cincuenta y tiene un montón de dinero, la muerte es automáticamente sospechosa —respondió antes de abrir la puerta y subirse a su coche.

Portnoy se sentó a su lado, y cuando el motor rugió, comenzó a darle indicaciones al sheriff.

Stuart caminaba con la mirada baja hacia el suelo perfectamente pulido del pasillo principal del edificio B de la entrada. Era el primer día de clases en la universidad, y ya solo pensaba en irse lo más rápido posible. Inmediatamente notó que la mayoría de los estudiantes ya se conocían. Por supuesto, había algunos solitarios aquí y allá en el auditorio, pero tomaría tiempo hacer amigos. Una cierta timidez lo obligaba a mantenerse apartado, además de que se sentía físicamente poco atractivo. No es que fuera especialmente feo, pero su evidente sobrepeso lo hacía sentir inseguro y bloqueaba todos sus intentos de socializar. Sabía que eventualmente encontraría compañía, pero la idea de tener que relacionarse con otros marginados como él lo deprimía.

"Nunca debí haber venido a esta ciudad", pensó justo antes de cruzar un pasillo y encontrarse con otro. Fue en ese momento que un fuerte golpe lo hizo caer hacia atrás y soltar su mochila. Se estiró de todo su largo y cayó sobre los codos. Un dolor agudo atravesó su hombro.

— ¡Eh, gordo, ¿no puedes mirar por dónde caminas?! —se irritó un joven estudiante de rostro cuadrado que casi cae al chocar con él.

— Mira a esta larva, de verdad, ¡aceptamos a cualquier persona en esta facultad! —añadió otro.

Se formó un pequeño grupo alrededor de Stuart, quien se levantó con dificultad. Se cruzó con la mirada del chico al que había chocado y solo vio desprecio y repugnancia en ella. Un sentimiento de vergüenza y enojo lo invadió, pero guardó silencio y se dirigió hacia su mochila que estaba a unos dos metros de distancia.

Cuando extendió la mano para recuperarla, otro del grupo, llamado Steven, la agarró.

— Vamos, te ayudaremos a hacer dieta.

Cogió la mochila y, con una sonrisa en el rostro, se giró hacia el segundo del trío.

— Mira, Carl, como en el entrenamiento.

Tomando la postura de un lanzador, Steven la arrojó al aire mientras Carl avanzaba para atraparla, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, una mano emergió de la multitud y la atrapó antes que él.

— ¡Detengan esto, son patéticos! —exclamó una joven.

Todos los ojos se volvieron hacia ella. Su agradable apariencia, su ropa elegante y, sobre todo, su presencia imponente, hicieron que todos la respetaran.

— Encantado de conocerte —dijo Carl, dirigiéndole su mejor sonrisa.

Pero la joven lo ignoró y se dirigió con determinación hacia Stuart.

— Aquí tienes, creo que esto es tuyo.

El tono de su voz había cambiado drásticamente. De una autoridad natural, se volvió suave y amigable.

— Vamos, no nos quedemos aquí.

Bajo la mirada asombrada de los otros estudiantes, abandonaron el lugar y salieron al aire libre.

— ¡Maldición, ¿viste ese trasero?! —exclamó Garth, haciendo un gesto muy sugestivo con la mano.

Era el tercer chico del trío. El más musculoso y vulgar.

— No hables de ella así, es una princesa esa chica —dijo Steven.

Casi lamentaba haber molestado al chico más pesado. De repente, se sintió mucho menos enamorado de Mary, su novia.

— ¿De dónde viene? —preguntó Carl en voz alta—. No es posible que hayamos pasado por alto tal maravilla.

Al igual que sus dos amigos, estaban comenzando su primer año en la universidad. Provenientes de familias adineradas de River Falls, eran hijos de buena familia con todas las oportunidades para tener éxito.

— Eso, viejo, me encargaré de ella —dijo Steven, anticipando su conquista.

— Hey, amigo, yo la vi primero —respondió Carl, poniendo un brazo viril sobre el hombro de su mejor amigo.

Steven sacudió la cabeza y lo miró a los ojos. Sabía que era un mejor seductor que Carl y no tenía dudas de que la llevaría a la cama antes que él.

— Es como en el fútbol: que gane el mejor.

La risa despreciativa de Carl resonó, y el dedo medio de Steven se alzó en respuesta.

*

— No fue necesario que te involucraras, pudiste haberte llevado una paliza —dijo Stuart cuando salieron al porche del edificio.

Un brillante sol bañaba el campus universitario. Las clases de la mañana habían terminado y muchos estudiantes aprovechaban para tomar el sol o descansar en la sombra de los enormes secuoyas.

— Estás bromeando, esos tipos son patéticos machistas, nunca golpearían a una chica —respondió la estudiante, y luego agregó en un tono menos burlón—. Al menos no en público.

Stuart la miró de reojo. Era hermosa. Siempre le habían gustado las chicas morenas, pero esta rubia tenía algo mágico.

¡Deja de soñar! Esta chica no es para ti, al igual que las demás, se dijo, volviendo su mirada al campus.

— Por cierto, me llamo Judith, pero mis amigos me llaman Jude.

— Yo soy Stuart. Soy nuevo aquí —dijo encogiéndose de hombros—. Gracias por apoyarme. Si no hubieras estado allí, creo que todavía estaría buscando mi mochila.

A pesar de su tono ligero, aún estaba en shock por el ataque. ¡Ojalá no hubiera venido a esta maldita ciudad!

— ¿De dónde vienes? —preguntó Jude.

Stuart se detuvo y la miró un momento antes de responder. No podía creer que ella todavía le hablara. ¿Era posible que realmente le interesara?

— Soy de Seattle, soy estudiante interno. Mis padres creen que la Universidad de River Falls es la mejor del estado de Washington. Espero que tengan razón.

Jude le sonrió y puso delicadamente una mano en su hombro.

— Estoy segura de que la tienen. Mi hermana mayor ha estado aquí durante dos años, dicen que es el lugar ideal para terminar la adolescencia —le aseguró antes de añadir—: Hablando del diablo...

Su hermana llegaba con dos amigas. Lo miraron con curiosidad, lo que lo hizo sentir incómodo de inmediato. Especialmente porque eran más altas que él. Si el primer complejo de Stuart era su sobrepeso, el segundo era su estatura.

— Te dejo, nos vemos —dijo con voz ronca.

Judith, olvidando por un momento la llegada de su hermana, le regaló una sonrisa coqueta que le calentó el corazón. Sintió que se sonrojaba y se dio la vuelta rápidamente. Sabía que ella nunca le volvería a hablar, pero al menos esa fabulosa sonrisa quedaría grabada en su memoria.

Logan no necesitó las indicaciones de Portnoy para recorrer los últimos metros que llevaban a la villa de Robert Gordon. Un pequeño grupo de cinco personas se encontraba frente a una inmensa puerta de hierro forjado, completamente abierta para la ocasión.

Suspiró. Se culpaba por haber aconsejado a la joven que llamara a sus allegados. ¡Esperaba que nadie hubiera borrado pruebas!

Logan estacionó el automóvil debajo de uno de los enormes árboles que bordeaban la larga carretera que serpenteaba por la colina. Al igual que su subordinado, se puso su sombrero y salió del vehículo. De un vistazo rápido, identificó a la joven que le había llamado. Era una chica bonita de poco más de veinte años, llorando desconsoladamente en brazos de una mujer mayor. Un hombre de complexión fuerte pero de postura viril se acercó a ellos.

— Buenos días, sheriff —saludó el hombre y luego, dirigiéndose a Portnoy—: Sargento.

Logan reconocía ese rostro, pero no pudo recordar el nombre de inmediato.

— Soy Dave Kimble, vivo en la casa más arriba —continuó el hombre señalando con la mano en dirección a la villa—. Fue mi esposa quien escuchó el grito de Samantha. Nos apresuramos lo más que pudimos, pero no pude reanimar a Robert.

Logan frunció el ceño y se guardó las palabras malsonantes que le vinieron a la mente.

— Samantha nos dijo que usted le aconsejó que no tocara el cuerpo, pero soy médico, cirujano para ser más preciso —prosiguió Kimble con una voz controlada—. Si había alguna posibilidad de que Robert hubiera sufrido un paro cardíaco, no tenía tiempo que perder para intentar reanimarlo.

— Hizo lo correcto —respondió Logan, sintiéndose aliviado de no haberse dejado llevar por la emoción.

Kimble parecía un hombre inteligente. Debió haber actuado con precisión. En cualquier caso, una cosa ahora estaba clara: Gordon estaba definitivamente muerto. En ese momento, se escuchó la sirena de una ambulancia en la distancia. No hay necesidad de apresurarse, pensó Logan.

— ¿Notaron algo inusual en su cuerpo, marcas de violencia, heridas? —preguntó.

Kimble se tomó un momento para reflexionar brevemente.

— No vi nada en particular. Si su pregunta se refiere a si la causa de su muerte podría ser atribuida a una electrocución, aparentemente no hay evidencia en contra. Una electrocución puede detener el corazón, y a menos que el contacto haya sido particularmente prolongado, no habría razón para encontrar marcas en el cuerpo. Según lo que pude ver, los fusibles saltaron. Es lógico que no haya quemaduras.

Logan agradeció con un gesto de su mano al borde del sombrero.

— ¿Puede llevarme allí?

— Por supuesto, pero no quisiera... —Kimble señaló con la barbilla a Samantha.

— Henry, quédate con ella hasta que llegue la ambulancia.

— No hay problema.

Portnoy tenía dificultades para mantener la calma. El rostro de la joven mostraba tanta angustia. No pudo evitar pensar en su propia esposa: ¿cómo reaccionaría si algún día llegaran a decirle que su esposo fue asesinado mientras cumplía con su deber?

Los tres hombres se acercaron a la esposa de Kimble y a otra pareja del vecindario que

intentaba consolar a la desdichada Samantha.

— Lamento sinceramente esto —dijo Logan, sin estar más inspirado que en la llamada telefónica.

Debería haberle pedido al teniente Blanchett que escribiera un discurso apropiado. Ella era la mejor en preparar los discursos que a menudo tenía que pronunciar.

La joven le devolvió una mirada desconsolada que le costó sostener. Sin embargo, logró esbozar una expresión compasiva y asentir gravemente antes de apartar la mirada y cruzar el portón. Se adentró en el largo camino de grava y, a pesar de su desdén por los ricos, quedó impresionado por la apariencia de la casa, una mansión de tres pisos construida en un estilo neoclásico con una entrada magnífica con columnas y pequeños querubines. Plantas de las que Logan desconocía su existencia rebosaban de enormes macetas de barro, alegrando la fachada con sus hojas todavía verdes en este comienzo de otoño.

— Robert tenía buen gusto —dijo Kimble, quien notó el cambio de actitud del sheriff.

Logan gruñó su aprobación mientras subían los escalones. Finalmente, entraron en la casa del difunto. En un gran vestíbulo de mármol, dos escaleras laterales convergían en un amplio balcón que dominaba la entrada. Los dos hombres tomaron un pasillo con paredes revestidas de seda salvaje que realzaba algunas pinturas contemporáneas y llegaron a la gran sala.

— Es por aquí —indicó Kimble, quien tenía dificultades para soportar el silencio del sheriff.

El sonido estridente de la ambulancia que se acercaba hacía que el silencio fuera aún más incómodo. Llegaron al baño. La ventana ahora estaba abierta de par en par y la luz de la mañana inundaba la habitación. Por reflejo, Logan presionó el interruptor de la luz y se aseguró de que los fusibles no hubieran sido cambiados. Luego, dirigió la mirada hacia el cuerpo sin vida de Gordon. Se acercó, se arrodilló y se quitó el sombrero. Resistió la tentación de poner sus dedos en el cuello del hombre. Pero no tenía motivo para dudar del diagnóstico de Kimble.

— Si ya no me necesita, me gustaría reunirme con mi esposa —dijo este último.

Logan levantó la cabeza y evaluó al hombre. ¿Por qué un cirujano experimentado se sentía tan incómodo en presencia de un cadáver? A menos que fuera por su estrella de sheriff.

— Por supuesto, adelante, pero le pediría que pase por la comisaría durante el día para rendir su declaración.

— Por supuesto —respondió Kimble sin vacilar, antes de darse la vuelta.

Suponiendo que se tratara de un crimen, Kimble no tenía realmente el perfil de un asesino. Tal vez se imaginaba en lugar de ese cadáver. Morir cuando se tiene todo, ¡una aberración!

Logan se puso de pie y colocó su sombrero con elegante sencillez cerca del lavabo. Se cruzó con su reflejo en el gran espejo que lo dominaba. Su rostro no ocultaba ninguna emoción. Con la frente arrugada, los labios apretados y una mirada preocupada, no se sentía mucho más cómodo que el cirujano. El jacuzzi aún estaba lleno de agua, con un secador de pelo colocado en el borde. Claramente, alguien lo había desenchufado. ¡Qué idiota! Si hubiera habido huellas dactilares en el enchufe, sin duda se habrían perdido en este momento. La sirena de la ambulancia dejó de gemir y Logan se sintió aliviado. Odiaba ese sonido que anunciaba terribles tragedias. Luego, se dio cuenta de que su teléfono móvil estaba sonando. Un número desconocido. Contestó de inmediato.

— ¿Hola?

— Sheriff Logan, soy Nolden —se presentó el alcalde con una voz que apenas podía ocultar su impaciencia—. ¿Dónde está usted?

— Estoy en la casa de Robert Gordon. Su novia lo encontró electrocutado en su jacuzzi esta

mañana.

— ¿Un accidente? —preguntó Nolden, evidentemente al tanto de la situación.

Logan no tenía idea de la relación de amistad entre los dos hombres, pero una cosa era segura: Nolden no habría perdido el tiempo llamándolo si se tratara de un ciudadano común.

— Parece ser eso —respondió, ocultando sus verdaderos pensamientos. Si encontraba la muerte sospechosa, no tenía intención de compartirla con su interlocutor. Tenía que tranquilizarlo. Nolden parecía angustiado, y Logan no quería tener al alcalde encima de él todo el tiempo.

— Utilice todos los recursos disponibles para aclarar el asunto. No dude en llamar a sus amigos del FBI —dijo Nolden con una voz más calmada.

— Si eso es lo que quiere.

Le habría gustado explicarle que para una simple electrocución, sus hombres sabrían qué hacer, pero la idea de volver a ver a Blake y sus compinches le sacó una sonrisa. La última vez fue cuando salió del hospital, justo antes de las grandes vacaciones de verano. Tan triste como fuera la muerte de un hombre, siempre sería una oportunidad para disfrutar de una buena comida en una cafetería de la ciudad.

— Tuve el honor de almorzar con él en muchas ocasiones, era un buen hombre, le ruego que no tome este asunto a la ligera.

Logan no apreciaba esta sombra de amenaza, pero atribuyó el desliz verbal a la emoción.

— Nunca tomo nada a la ligera, señor alcalde —respondió, aunque lo hizo con cortesía.

— No tengo dudas al respecto. Llámeme tan pronto sepa más. Puede contactarme en este número, es mi teléfono personal.

— Muy bien —dijo, justo cuando unos pasos apresurados se acercaban por el pasillo—. Por favor, discúlpeme, los paramédicos han llegado. Lo mantendré informado.

Y sin darle tiempo a Nolden para hacer una última recomendación, colgó.

*

Hurley había pasado la mañana haciendo tareas de limpieza. Acababa de terminar y se sentó en el sofá de cuero del salón para un merecido descanso cuando su teléfono móvil sonó. Protestó un momento, pero pronto sonrió al ver el nombre de su interlocutor.

— Hola, Nathan, ¿qué me trae el placer?

— Jessica, acabo de hablar con Mike, nos necesita en un caso.

Inmediatamente, la frente de la perfila se arrugó.

— ¿Qué está pasando?

— Un abogado encontrado muerto en su bañera. Un tipo importante en tu ciudad. El alcalde quiere que los mejores se encarguen del asunto. Mike pensó en nosotros de inmediato. Me dijo que te avisara que no volverá para almorzar.

— ¿Cómo murió? —preguntó mientras se ponía de pie.

— Apparently, electrocución, pero es cierto que no mucha gente se seca el cabello en su jacuzzi.

Hurley salió del salón y subió las escaleras hacia el piso superior.

— ¿Tienes su nombre?

— Robert Gordon.

— Muy bien, recógeme tan pronto como llegues a la ciudad.

— Estaremos allí en unas dos horas. Nos vemos pronto.

En la oficina, su ordenador aún estaba encendido. Hurley se conectó a la red y escribió el nombre de Robert Gordon. Aparecieron numerosos enlaces en la pantalla. Página tras página, su convicción de que un hombre como él no podría electrocutarse en su bañera se hizo más fuerte.

Miró por la ventana y recordó los eventos de la primavera. Un ligero escalofrío recorrió su espalda. Por emocionante que fuera la idea de resolver misterios policiales, nunca olvidaba que no era un juego y que sus investigaciones a menudo revelaban horrores inimaginables. De todos modos, la buena noticia era que volvería a ver a Nathan y a los demás. Los extrañaba mucho más de lo que pensaba.

Si Stuart tenía muchas habilidades, su sentido de la orientación era completamente nulo. A pesar de la información que había recopilado sobre el campus, llegó veinte minutos tarde a la residencia de la fraternidad Delta. Situada en el extremo de la zona de fraternidades, estaba oculta tras un seto de cipreses que parecía haber sido plantado allí con el único propósito de aislarla. Acercándose a la puerta, sintió un cierto alivio al darse cuenta de que finalmente había llegado a su destino. Docenas de pegatinas de bandas de rock estaban pegadas en ella, y acordes de guitarras distorsionadas emanaban desde el interior. Timbró. Después de esperar dos minutos, volvió a intentarlo, pero sin obtener respuesta.

Maldición, llegué demasiado tarde, pensó. ¡No puedo permitir que no me acepten!

Decidió abrir la puerta y de inmediato un fuerte olor a marihuana lo golpeó. Entró en una pequeña sala que servía como recepción y que estaba vacía de personas. Pósters de mujeres en posiciones particularmente sugerentes cubrían una pared. Una nueva canción de rock reemplazó a la anterior. Pasó por la recepción y, olvidando la escalera que conducía al piso de arriba, se dirigió hacia la fuente del ruido. Una puerta lo separaba de sus nuevos "hermanos".

De repente, no estaba del todo seguro de haber tomado la decisión correcta. De todos modos, el día no podía terminar peor de lo que había comenzado. Tomando una profunda inspiración, abrió la puerta y se encontró con una multitud de estudiantes, algunos sin camiseta o con la camisa abierta, sosteniendo latas de cerveza, bailando y riendo como poseídos. Una luz hipnótica respondía al ritmo de los bajos y la batería. Los miembros de la fraternidad Delta estaban entregados a la decadencia. A pesar de las reglas que prohibían que las fraternidades fueran mixtas, muchas chicas se movían sin inhibiciones. Stuart finalmente reconoció la canción. "Highway to Hell".

— ¡Eh, tú! ¿Quién eres? ¡Lárgate y quita esa grasa de mi vista! le gritó un tipo alto y desgarbado con cabello largo y el pecho empapado de cerveza.

El chico se acercaba amenazadoramente. Stuart retrocedió, listo para huir. Una mano se posó en su hombro. Dio un salto violento.

— Tranquilo, todo está bien — lo tranquilizó otro joven que luego se dirigió al grandote de pelo largo. Está con nosotros. Stuart no parece así, pero es un verdadero rebelde, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, empujó a Stuart frente a él y lo hizo cruzar toda la sala bajo las miradas curiosas o divertidas de los estudiantes y los riffs de guitarra de Angus Young. Pasaron a otra habitación, donde otros chicos y chicas, tumbados en sofás, fumaban porros y reían tontamente.

— Hola, Joey. Oye, ¿te has vuelto homosexual? — se burló un estudiante con una larga barba en el mentón y una cinta de los Allman Brothers alrededor de la cabeza.

— Al igual que tú, Peter — respondió Joey con una sonrisa, señalando la mano de otro estudiante que estaba descansando de manera despreocupada en su muslo. Peter retiró rápidamente la mano, con una expresión de disgusto.

— ¡Maldición, Neil! No sabía que eras gay, joder, no puedo creerlo.

Las risas estallaron de nuevo.

— No soy gay, ¡solo estoy borracho! — se defendió el estudiante acusado.

Divertido, Joey sacudió la cabeza y guió a Stuart fuera de la habitación, por un pasillo lleno de puertas.

— Por cierto, permíteme presentarme, soy Joey Maguire. Soy el presidente en jefe de Delta.

Aquí, todos me deben respeto. Fui yo quien personalmente abogó por tu aceptación en la fraternidad.

Stuart lo miró con nuevos ojos. Joey debía tener unos veintidós años, cuatro más que él, como un hermano mayor. Sabía que a Kyle le habría disgustado ese pensamiento, pero así era como se sentía hacia este joven. Tenía un físico que atraería a cualquier chica, carisma y una voz profunda. Su presencia irradiaba una increíble serenidad. Nada que ver con los imbéciles de esta mañana. Joey era un buen tipo. No cabía duda al respecto.

— Gracias, pero si eras el único que quería que estuviera aquí, tal vez no deberías haberlo hecho — respondió Stuart, sintiéndose desanimado.

Era consciente de que su estatura y su sobrepeso lo excluían. Aunque en Delta la gente parecía ser más tolerante, todavía se sentía como el patito feo. Joey se acercó y le dio una palmada en el hombro con virilidad mientras reía.

— ¡No te preocupes! Como probablemente hayas notado, en Delta tenemos una mente abierta. Si hay un lugar donde nadie te juzgará por tu apariencia, es aquí — le aseguró.

Stuart esbozó una sonrisa incierta.

— Vamos, relájate. Entiendo que no debe ser fácil para ti llegar a una ciudad donde no conoces a nadie — continuó Joey mientras lo llevaba por las escaleras que conducían al primer piso.

Cuadros abstractos decoraban las paredes. Stuart no les encontró ningún interés. Nunca había entendido el arte moderno, en su opinión, una estafa para los millonarios con ganas de gastar dinero.

— ¿No está mal, verdad? — preguntó Joey, malinterpretando su mirada. Son obras de Stanley Conrad, originales que pintó cuando era estudiante aquí. Es uno de los miembros más ilustres de la fraternidad. Vuelve por aquí de vez en cuando, con suerte lo conocerás.

— Me encantaría — respondió Stuart, aunque no tenía ningún interés en eso.

Cuando llegaron al piso de arriba, pasaron por un pasillo y a pesar del ruido de la música de rock que se mezclaba, Stuart oyó claramente los gemidos de placer de una pareja haciendo el amor en una de las habitaciones. Joey lo llevó a la habitación trasera, su despacho como gran maestro de la fraternidad. Una amplia ventana daba al parque.

Finalmente, la verdadera luz, pensó Stuart. Cuando Joey cerró la puerta detrás de ellos, lo invitó a sentarse antes de tomar asiento frente a él y le preguntó:

— ¿Sabes lo que es esto?

Señaló con el dedo un largo texto enmarcado y colgado prominentemente a su izquierda.

— No.

— Es el código de conducta de Delta. Una carta establecida hace más de cincuenta años por los padres fundadores de nuestra fraternidad — explicó Joey con un tono exageradamente solemne. Nos impone tantos deberes como derechos. Debemos respetar a nuestro prójimo, trabajar para poner fin a la segregación racial en los estados del sur, asegurarnos de que las mujeres no sean consideradas inferiores a los hombres, combatir la pobreza, etc. En resumen, ¿entiendes la idea?

— Entonces, ¿estás listo para unirte a nosotros?

— Sí.

Era ridículo, pero se sentía orgulloso de ser aceptado en esta hermandad.

— Entonces brindemos por tu iniciación entre nosotros.

Con estas palabras, Joey sacó una botella de Jack Daniel's de un cajón de su escritorio. Sin

molestarse en sacar vasos, llevó el cuello a sus labios y tomó un trago antes de ofrecérsela a Stuart. A este último no le gustaba el sabor del alcohol, pero no se sentía capaz de rechazar la oferta. De las tres solicitudes de admisión en las múltiples hermandades de la universidad, esta fue la única que aceptó. Si fuera rechazado, se uniría al grupo de parias de la facultad, que vivían aislados y despreciados por los otros estudiantes del campus.

Tomó la botella y, tratando de armarse de valor, dejó que un fino chorro de whisky le recorriera la garganta. Entonces, fue presa de un fuerte ataque de tos y escupió la bebida, empapando el escritorio y la camisa de Joey.

— Perdón, —dijo, secándose los labios con la parte posterior de la mano.

Se maldecía a sí mismo por su audacia. ¡Sabía que odiaba el alcohol! La expresión de Joey se había vuelto completamente seria. Con cejas fruncidas y labios apretados, el joven estudiante se levantó, se acercó a Stuart y le puso una mano autoritaria en el hombro.

— ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

— Perdón, no fue a propósito, pero la verdad es que nunca bebo alcohol.

Hacía mucho tiempo que Stuart no se sentía tan miserable, como en los peores momentos de su corta vida.

— ¿Escupir sobre el símbolo de la autoridad te parece inteligente?

De repente, Stuart recordó a Kyle y todas las lecciones que intentaba inculcarle. No era un don nadie. No siempre tenía que bajar la cabeza y doblar la espalda. Además, no era realmente su culpa. Y sobre todo, le pareció ver un destello de malicia en los ojos de Joey.

— ¿No dice "A la jerarquía le importa un comino" ahí? —se atrevió a señalar con la cabeza la carta.

La severa expresión de Joey se relajó de repente en una amplia sonrisa.

— Lo has entendido todo, sabía que tenías ingenio. Investigué sobre ti, estaba seguro de que había algo aquí adentro —dijo Joey mientras le daba un cariñoso golpecito en el vientre. Ahora eres un miembro de pleno derecho de Delta, y espero que nos hagas honor. Sabes...

Pasos apresurados y risas se hicieron oír. Joey no tuvo tiempo de darse la vuelta cuando la puerta se abrió de par en par. Una pequeña morena con ojos desorbitados, agarrada a un chico igualmente drogado que ella, los miró sorprendida.

— Joey, perdona, ¿pero no podrías dejarnos la oficina? —preguntó el chico.

— ¡Estás bromeando, Terence! ¿Realmente crees que esto parece un lugar para hacerlo? —respondió Joey señalando la habitación con un gesto circular—. Ve a unirte a los demás al lado, y no me digas que eres pudoroso.

Con sus dos metros de altura y músculos destacados bajo su camiseta sin mangas, su cabello tan oscuro como sus tatuajes, Terence no estaba acostumbrado a que le hablaran así, mucho menos cuando estaba bajo los efectos de la marihuana.

— ¿Eh? ¿Qué estás tramando? No te hagas el gran jefe. Te pedí amablemente que te largaras, así que no me hagas enojar, Joey.

Stuart se hundió aún más en su silla. Si había algo que había aprendido a reconocer, era la inminencia de una pelea.

— Está bien, Terence, déjalo toquetear al novato, vamos a otro lugar —dijo la chica burlonamente.

Joey se quedó de pie, con la cara seria y la mirada intensa.

— Sí, escucha a Clara —respondió, en guardia.

Terence avanzó hacia Joey con paso lento y seguro. La tensión subió varios niveles; sus

miradas estaban clavadas una en la otra.

Stuart se encogió aún más en su silla. Hubiera dado cualquier cosa por estar en otro lugar. No tenía dudas sobre el resultado del enfrentamiento. Físicamente hablando, Joey no tenía oportunidad contra esa montaña de músculos de casi dos metros. Terence se detuvo justo frente a Joey y acercó su rostro al suyo.

Joey pudo sentir el aliento de Terence impregnado de todo tipo de mezclas. Vio en sus pupilas dilatadas que Terence había superado la dosis crítica. Esperaba que todavía le quedara algo de juicio.

— ¡Buuh! —eructó Terence de repente, antes de estallar en una gran carcajada.

Joey esbozó una débil sonrisa y, sin moverse un ápice, observó cómo Terence retrocedía unos pasos y pasaba su brazo sobre los hombros de Clara.

— Tienes agallas, Joey. Seguro que las tienes —dijo antes de darse la vuelta y salir.

Clara cerró la puerta detrás de ellos.

— Bravo, yo habría cedido —dijo Stuart.

Kyle siempre le decía que no se rebajara, pero las palabras salieron por sí solas. Necesitaba liberar la tensión acumulada. Joey se encogió de hombros y dijo con despreocupación:

— Conozco bien a Terence, es todo apariencia, no corrimos ningún peligro. No es realmente malo, solo que ha bebido demasiado.

Stuart no estaba tan seguro, conocía a este tipo de personas.

— Bueno, espero que este interludio no haya cambiado tu opinión y que todavía quieras ser parte de nuestra hermandad.

— ¡Sí! —exclamó Stuart con entusiasmo genuino.

Después de todo, quizás le gustaría esta ciudad.

— En ese caso, puedes bajar, tomar algo, bailar, diviértete. Estás en tu casa aquí, no lo olvides.

Joey ya había olvidado que Stuart no bebía. En cuanto a bailar, nunca lo había intentado en su vida, ni siquiera solo frente a un espejo.

— Gracias —respondió Stuart mientras se levantaba—. Pero voy a regresar al dormitorio. Aún no he tenido tiempo de organizar todas mis cosas. Llegué ayer por la tarde.

— No hay problema —dijo Joey, quien volvió a sentarse detrás de su escritorio.

Stuart le sonrió un poco torpemente y se dirigió hacia la puerta. Ya tenía un pie afuera cuando Joey lo llamó.

— Por cierto, felicidades por tu conquista: Miss Judith Tipper en persona, la más hermosa de las hermanas Tipper. Buen elección, lo aprecio.

Stuart sintió de inmediato que le subía el rubor al rostro.

— No la conozco, solo me ayudó —balbuceó—. Bueno, hasta luego.

Recorrió el pasillo perdido en sus pensamientos. Nada relacionado con las chicas bonitas pasaba desapercibido en una universidad. Logró pasar junto a Terence y Clara acariciándose en la escalera sin detenerse y, sobre todo, sin mirarlos.

Cuando llegó abajo, cruzó toda la casa y finalmente salió al aire libre. El sol aún no se había puesto por completo, pero una suave penumbra había caído sobre el campus. Había pasado su primer día. Un buen día, después de todo.

Esperaba que fuera lo mismo para Kyle.

Logan estaba sentado bajo uno de los grandes robles en el jardín del hospital. Apoyado en el tronco, había estado esperando durante unos diez minutos a que Blake le hiciera un informe preliminar. El equipo científico de Seattle llegó a River Falls tan rápido como pudo. Moore y Freeman estaban ayudando a la policía local a recopilar pruebas en la villa de Gordon, mientras que Blake se dirigió directamente a la morgue, donde la ambulancia de los paramédicos había llevado el cuerpo del abogado.

Un simple mensaje de texto le había avisado a Logan que podía unirse a él allí. Por el momento, nada indicaba que Gordon hubiera muerto de otra manera que no fuera un accidente doméstico. Logan esperaba sinceramente que eso fuera cierto. No tenía ningún deseo de verse envuelto en una oscura historia, donde sabía que cada uno de sus movimientos sería observado, no solo por el alcalde, sino también por los periodistas de la ciudad, que harían de esto su gran noticia.

Un pájaro se sacudió en una rama. Logan levantó la vista y vio a Blake acercándose directamente hacia él.

— Hola, Nathan, es bueno verte de nuevo —dijo Logan mientras le tendía la mano.

— Hola, Mike, ¿cómo va tu herida? —preguntó el médico forense, cuyo cráneo brillaba bajo el sol.

— Ya no siento ningún dolor —mintió—. Realmente tuve suerte.

Blake asintió con la cabeza, poco convencido.

— Bueno, no voy a andar con rodeos. Tu abogado fue asesinado.

— ¿Tienes pruebas o solo es una corazonada?

A su alrededor, los pacientes deambulaban lentamente, aprovechando la hermosa tarde.

— Ambas cosas. Acabo de enviar muestras al laboratorio en Seattle, pero este tipo fue sedado con cloroformo, y en una dosis alta. Aunque el olor era mínimo, no hay duda, es como con los perfumes, mi nariz es infalible.

— Al menos podemos descartar a todos los sicarios de la lista. Supongo que fue la primera vez para nuestro asesino y tenía miedo de no administrar una dosis suficiente.

— El análisis de su sangre y pulmones debería confirmar mi intuición —continuó Blake, añadiendo con pesar—: No te hagas muchas ilusiones, estás tratando con un asesinato. Según lo que he podido averiguar hasta ahora, era un pez gordo en la región.

Logan asintió y apartó la mirada hacia el jardín. Gotas de sudor corrían por su nuca, que no solo se debían al calor.

— Será tratado como cualquier otra víctima de asesinato, ni más ni menos.

Los dos hombres se miraron y compartieron una sonrisa resignada. Estados Unidos podría ser el país de todas las libertades, pero ciertamente no era el de la igualdad.

— Bueno, ¿y si vamos a encontrarte con tus chicos? - dijo Logan, ansioso por encender un cigarrillo.

Blake parecía sorprendido.

— ¿No me preguntas por el segundo cadáver?

Logan se quedó boquiabierto.

— ¿De qué estás hablando?

— No me digas que no estás enterado.

Ante la mirada atónita de Logan, Blake lo invitó a seguirlo hasta la morgue.

*

No le faltaban ganas, pero Hurley prefirió mantener un perfil bajo. No estaba autorizada para investigar durante su tiempo libre, y conocía los entresijos del sistema judicial lo suficiente como para no querer arruinar pruebas o testimonios al entrometerse en la investigación oficial. Estacionó su coche unos treinta metros antes de la casa de Gordon y esperó impacientemente a que los agentes Moore o Freeman le informaran de cualquier descubrimiento, masticando un chicle que había perdido todo su sabor hace mucho tiempo. Un ruido sordo resonó en el interior del vehículo. Hurley se sobresaltó y vio a un agente de policía junto a su ventana. Bajó el cristal.

— ¿Sí?

— Disculpe, pero usted... ¿Es la agente Hurley?

Hurley salió del coche. Un sol radiante se cernía sobre el bosque.

— Los vecinos notaron un coche con una mujer al volante estacionado durante demasiado tiempo, se explicó Portnoy. Ya sabe, las casas tienen ojos y oídos por aquí.

Hurley frunció el ceño mientras miraba alrededor. No notó ningún signo de vida en los jardines de las casas cercanas, pero debería haberse dado cuenta de que muchas miradas estaban puestas en la escena. Se sintió tonta y decidió pasar por alto sus resoluciones.

— ¿Cómo va todo adentro?

— Hemos recopilado la mayor cantidad de pruebas posible, pero francamente, sus colegas no son muy habladores.

Hurley no pudo evitar sonreír al pensar en la delicadeza de Moore y Freeman frente a los servicios de la policía local. Los agentes del FBI siempre tenían un sentimiento de superioridad.

— ¿Puedes llevarme allí?

Portnoy asintió con la cabeza y dudó en preguntarle por qué se había estacionado tan lejos de la villa. Sin embargo, guardó sus pensamientos para sí mismo, prefiriendo no ofender a la novia del sheriff.

Subieron por la carretera perfectamente mantenida, bordeada por altas vallas que protegían las villas de la alta burguesía de River Falls. Cuando llegaron al portón de la casa de Robert Gordon y reconoció la Range Rover, Hurley sintió un ligero aumento en su ritmo cardíaco. Solo habían pasado cinco meses desde que dejó su puesto, pero le parecían una eternidad. No había duda de que extrañaba el campo más de lo que hubiera imaginado. Para su alivio, no había ni un solo periodista. Se habían ido tan pronto como el cadáver del abogado había sido llevado a la morgue. Fue solo bajo la mirada de los policías que entró en la propiedad. Portnoy la llevó hasta Freeman, en la habitación de Gordon.

— Hola, Hurley - dijo él levantándose.

Llevaba guantes de látex y sostenía unas tijeras, pero lo que llamó la atención de Hurley fue su nuevo corte de pelo: se había rapado la cabeza.

— ¿Tanto quieres parecerte a tu jefe? - bromeó ella, refiriéndose a Blake.

Freeman suspiró y se acercó a ella.

— No, estoy preparándome para la NBA. Soy un tipo moderno, señora - dijo exagerando un acento francés.

Incómodo, Portnoy carraspeó.

— Voy a salir al exterior, si me necesitan.

— Disculpanos - dijo Hurley volviéndose hacia él.

Portnoy se retiró y los dejó solos.

— Entonces, ¿han encontrado algo interesante?

— Y yo que pensaba que habías tomado distancia. Parece que todavía no soy tu tipo de hombre - dijo Freeman fingiendo decepción.

— Sabes que solo me gustan los jugadores de hockey, y no hay muchos tipos como tú en la NHL, señor.

Freeman estalló en risas y, acercándose aún más a ella, la abrazó de manera viril.

— Te hemos extrañado a todos, estamos felices de verte de nuevo.

Con la barbilla apoyada en su hombro, sintió un profundo sentido de camaradería que la conmovió profundamente.

— Yo también los he extrañado. Luego, recompuso su compostura: Si pasamos a un tema de mayor importancia.

Freeman adoptó una actitud completamente profesional y se inclinó hacia la cama.

— Hablé con Blake en la morgue. Está claro que nuestro hombre fue sedado con cloroformo. Encontramos rastros que indican claramente que el abogado fue arrastrado desde la sala de estar hasta el jacuzzi.

Hurley, con los brazos cruzados, se concentraba en cada una de las palabras pronunciadas por su colega. Cada detalle, por insignificante que pareciera, tenía importancia.

— Sin lugar a dudas, el ruido debería haber despertado a su novia. Entonces, o ella fue cómplice, o tiene un sueño profundo, o, tercera opción, también fue sedada.

Freeman retiró suavemente la sábana. Una mancha claramente visible se encontraba en ella, en el reverso.

— ¡Bingo! - exclamó Freeman.

Hurley entendió, pero sabía que a todo buen investigador le gusta que le digan:

— ¿Podrías explicármelo?

Freeman sacó una bolsa de su maletín y, después de recortar generosamente la pieza inculpada, la guardó en ella.

— Creo que Gordon fue atacado afuera. Luego, el asesino entró en la casa y puso su trapo impregnado de cloroformo en la cara de la durmiente, para asegurarse de que no se despertara durante su pequeña escena.

— Entonces, es un asesinato - dijo ella, más para sí misma que para afirmar lo obvio.

Esto cambiaba todo. En los últimos cinco meses, solo se habían registrado dos asesinatos en River Falls. Un crimen pasional de un esposo despedido y un niño golpeado hasta la muerte por su padre. Los asesinos ni siquiera habían intentado negar los hechos ni encubrir su crimen. Pero esta vez, la situación era completamente diferente. Un abogado brillante acababa de ser asesinado. Un misterio que anticipaba con gusto resolver.

— No deberías sonreír, este pobre tipo está muerto - le recordó Freeman, devolviéndola a la realidad.

— Perdón, deformación profesional, ya no veo víctimas, solo los elementos de un rompecabezas.

Pero Freeman entendió. Todos los agentes del FBI trabajaban de la misma manera.

— No te preocupes. Vamos, déjame terminar mi trabajo. Aún tengo muchas huellas que tomar, sin mencionar la búsqueda de luminol.

La búsqueda de sangre. Una sola gota sospechosa y podría revelar el ADN del asesino.

— Iré a ver a Moore. Nos vemos después.

Salió de la habitación llena de una nueva energía. Llevaba mucho tiempo viviendo con esta paradoja: disfrutar haciendo un trabajo que implicaba la desgracia de los demás. Sabía que no solo estaba motivada por el honorable propósito de restablecer la justicia, sino también por el placer de resolver un enigma, de mostrarse más fuerte que los asesinos.

*

Logan y Blake bajaron a la morgue del hospital.

¿Alguna vez has visto a un cadáver intentar escapar? pensó Logan, como lo hacía cada vez, al pasar junto al empleado que custodiaba el lugar.

— Sheriff, lo saludó Howard Pink.

Logan le devolvió el saludo y entraron en la sala donde estaban expuestos los cadáveres. Pink cerró la puerta detrás de los dos hombres y regresó a su puesto.

— Bueno, ¿puedes contarme un poco más? preguntó Logan al descubrir dos cuerpos desnudos, tendidos en las mesas de disección.

Estaba aliviado de que su voz no hubiera vacilado. Era mucho peor descubrir un cadáver en la morgue que en una escena del crimen. Reconoció de inmediato a Gordon. Una larga cicatriz en forma de Y atravesaba su pecho. No pudo evitar pensar en cómo era cuando estaba vivo. Un hombre eternamente sonriente. Una especie de chico dorado. Y ahora, un cuerpo en proceso de descomposición. En cuanto al otro, no tenía idea de quién era.

— Este fue traído mientras yo estaba extrayendo una parte del pulmón de nuestro cliente. Me explicaron que se trataba de un vagabundo empapado de alcohol que aparentemente cayó de un puente y fue arrojado a la orilla del río.

Logan se acercó al cuerpo. El hombre no debía tener más de treinta años. Una barba y largos cabellos pelirrojos.

Le faltaba la mitad de los dientes frontales, pero no solo debido a una mala higiene bucal. En la piel arrugada y amoratada debido a la inmersión, Logan notó numerosos hematomas en varias partes del cuerpo. Especialmente en la cara.

— Sorprendente para una simple caída.

— Eso mismo pensé cuando lo desvestí. Sé que esto no estaba dentro de las órdenes que recibí, pero me gusta ser diligente - añadió Blake con una pequeña sonrisa.

Logan también apreciaba a Blake por eso. Tenía un agudo sentido del profesionalismo.

— Lo hiciste bien.

— Especialmente porque no murió ahogado. Sus pulmones no estaban llenos de agua. No había fractura en el cuello tampoco. Logan apartó la mirada. No le gustaba eso.

— ¿Cómo murió entonces?

— Ruptura del bazo debido a golpes repetidos, si me entiendes.

Una paliza brutal. Logan sintió que la ira crecía en él. Aunque ninguno de estos dos hombres merecía morir, no pudo evitar sentir mucha más empatía por el pobre desgraciado acostado a su izquierda que por el de la derecha. En su opinión, la policía existía principalmente para ayudar a los más débiles.

— ¿Cuándo ocurrió su muerte?

— Anoche, durante la noche. Te daré una hora más precisa en mi informe.

— Gracias, tendré que iniciar una investigación. Espero que al menos hayan registrado la

identidad de la persona que encontró el cuerpo - dijo Logan.

El hecho de que nadie hubiera notado los golpes en su rostro decía mucho sobre el poco respeto que se tenía por estos hombres y mujeres que habían perdido todo.

— ¿Sabes si tenemos su nombre?

Blake hizo un gesto de ignorancia.

— Sin cartera. Sin anillo, ni collar ni pulsera. Otro "John Doe" más - dijo Blake usando el nombre asignado a todos los muertos anónimos. Tomé sus huellas. Ahora solo queda esperar que nuestros archivos puedan identificarlo.

— Bueno, vuelvo a la comisaría, te dejo terminar y nos vemos en mi casa esta noche. Los invito a cenar.

— Ya era hora. ¿Cuánto tiempo has estado fuera? Casi un año, si no me equivoco.

Logan sonrió y le lanzó un guiño cómplice.

— Hasta luego.

Salió de la morgue con pensamientos aún más sombríos que cuando entró. Podía comprender el asesinato por motivos como los celos, la envidia, la infidelidad, incluso la codicia, pero el simple crimen gratuito... eso lo superaba. Sadismo en su estado más puro. El placer de hacer daño por el simple hecho de hacer daño. Hurley lo llamaba psicopatía o sociopatía... nombres de enfermedades que no tenían nada que ver con la verdad. Estos asesinos eran monstruos irredimibles, eso era todo. No creía en su redención. ¡Curar a un asesino en serie! ¡Qué absurdo!

De regreso en los jardines del hospital, la luz del día le hizo sentirse mejor. Encendió su teléfono móvil y vio que había recibido muchos mensajes, incluido uno del alcalde. Hizo una mueca y volvió a guardar el celular en el bolsillo. Caminó haciendo crujir los pequeños guijarros del camino bajo sus suelas. Cuando finalmente cruzó el perímetro del hospital, encendió un cigarrillo y disfrutó con deleite de la primera bocanada de humo. El aire estaba cálido; River Falls era realmente una hermosa ciudad. Pero ese pensamiento ingenuo se desvaneció en un instante.

— Buenos días, sheriff. ¿Podría concederme una pequeña entrevista? - preguntó Leslie Callwin, saliendo de un automóvil estacionado en el borde de la acera.

— No tengo nada que decir, excepto que Robert Gordon está realmente muerto - respondió él de manera lacónica.

¿Qué hacía ella aquí? ¿No se había ido a Seattle después de la historia de las pobres niñas?

— Sí, todo parece indicar que se trata de un asesinato - continuó ella como si no hubiera sentido su desprecio.

— No tengo comentarios. Por ahora, lo único que puedo afirmar es que Robert Gordon murió la noche del domingo al lunes en su villa. Si recibo nueva información, no dudaré en compartirla - dijo, forzándose a sonreír.

Callwin asintió con la cabeza y bajó el dictáfono que había sostenido ante él.

— Sheriff, puede hablar con franqueza conmigo. No somos enemigos. Ya no trabajo para el Daily River.

— Lo sé. ¿Y ahora trabajas para quién? ¿El Enquirer o algún otro sensacionalista por el estilo? - preguntó él.

Callwin pareció afligida.

— No, estoy en el Seattle Tribune.

Al ver la duda en el rostro de Logan, ella se apresuró a agregar:

— No soy empleada, soy freelance. Me han tomado algunos artículos.

A Logan no le importaba si eso era verdad o no. No le agradaba esta chica y no confiaba en ella.

— Bueno para usted. Si me permite un consejo, regrese a Seattle. No hay nada sucediendo aquí que pueda interesar a un periódico como el Tribune.

El Seattle Tribune era la revista de referencia en política, economía y asuntos sociales. Tenía muy pocas páginas de deportes y ninguna sobre celebridades. Apenas el pronóstico del tiempo en un pequeño espacio al final del periódico. Nada sensacionalista. Nada para una fisgona como Callwin, pensó Logan, quien se aseguró, como sin querer, de exhalar una bocanada de humo en su rostro.

— Robert Gordon era un abogado importante que invirtió parte de su fortuna en empresas de inversión con sede en Seattle. ¿Quién sabe si el asesino no es un hombre de negocios celoso de su éxito?

Callwin no entendía nada en cuanto a motivos. Sin embargo, podría estar relacionado con sus inversiones...

— Deja de pensar que es un asesinato. Nada lo demuestra - afirmó.

¿Le habría informado Hurley?

— ¿Quién sería tan tonto como para secarse el cabello en su jacuzzi? No soy tan estúpida como parece que crees.

— Escucha, no me gustas y no te diré nada. Así que ahora te largas de aquí. Si quieres escribir tu artículo, no te detengo, pero si cometes el más mínimo error, te perseguiré al máximo y te aseguro que estarás quemada en todos los estados del país.

— Sabes, realmente me pregunto qué puede verte Jessica a ti - replicó Callwin, girándose y subiendo a su coche.

Paralizado por tal audacia, Logan se quedó sin palabras. ¿Cómo se atrevía a hacer referencia a Hurley y a su vida privada?

Así que una perra sigue siendo una perra, pensó, sabiendo que después de cierta edad, la gente nunca cambia.

— ¡Maldita idiota! - finalmente soltó mientras la Saturn arrancaba y subía la avenida.

Con el torso desnudo, apoyado contra una pared cubierta con una cortina roja, jadeando y con la mandíbula apretada, Kyle esperaba a que los golpes cayeran.

— ¿Crees que eres duro? - preguntó Keith. Eso es lo que vamos a averiguar.

Y con una fuerza desenfrenada, le lanzó un gancho directo al abdomen. A pesar de su barrera de músculos, Kyle sintió un agudo dolor que le arrancó un leve gemido.

— Tu turno, Peter.

Un joven se acercó. Vestido como los demás, al estilo de un personaje de una novela del siglo XIX, se tomó su tiempo para quitarse lentamente su levita y luego soltó un puñetazo sin previo aviso.

Kyle recibió el golpe con mucho menos aguante. Gimió ligeramente de dolor, sin aliento. Dos chicos más lo ayudaron a mantenerse en pie. Peter había sido particularmente duro.

— Tu turno, maestro - dijo Keith cuando Kyle recuperó el sentido.

Con una capa sobre los hombros y un sombrero de copa en la cabeza, el maestro se enfrentó a Kyle. Lo miró de arriba abajo, evaluándolo antes de que sus miradas se encontraran. A la luz parpadeante de las velas y las lámparas de petróleo que iluminaban el lugar, sus pupilas parecían llenas de las llamas del infierno.

— Veamos si eres tan duro como dices.

El maestro se dio la vuelta y fue a buscar un bate de béisbol.

Kyle no pudo evitar un escalofrío de horror cuando vio el objeto. Pero era demasiado tarde para retroceder. Ya no tenía elección.

— Sabes que puedes evitar este sufrimiento - dijo el maestro con una entonación maquiavélica.

— Vamos, Eddy, ¡dale una paliza! - le instó Carl.

— ¡Cállate! - rugió el maestro con voz de estentor.

Y por imponente que fuera, Carl retrocedió sin decir una palabra.

— Muy bien, lo has querido.

El brazo de Eddy retrocedió para tomar impulso y luego, con una violencia inaudita, el bate golpeó los abdominales de Kyle, que encajaron el golpe como pudieron. Kyle se dobló hacia adelante y escupió un grueso chorro de saliva. Afortunadamente, los dos chicos a su lado lo atraparon y evitaron que se desplomara.

El silencio era absoluto. El maestro rara vez golpeaba con tanta intensidad. Nadie se atrevió a preguntar por qué actuaba de esta manera hoy. El silencio duró largos segundos. Kyle estaba a punto de desmayarse, pero sabía que debía mantener la conciencia, cueste lo que cueste. Tenía que tener éxito. Profundizó en sus recuerdos y logró encontrar una chispa para no dejar que la oscuridad invadiera su mente. Lentamente, logró enderezarse y, una vez más, enfrentar al maestro.

— Muchos hombres habrían suplicado clemencia en tu lugar — admitió el maestro, mientras todas las miradas estaban puestas en él. Has demostrado que eres parte de la raza de los señores, no de esas larvas que están corrompiendo los Estados Unidos de América.

Keith trajo la espada de su orden y se la entregó a Eddy.

— Como maestro de nuestra orden, te nombro caballero de la nación. Desde este momento hasta tu muerte, le debes lealtad a tu nueva familia. Bienvenido, Kyle Simmons.

Como antes que él, todos los otros estudiantes aceptados en la fraternidad, Kyle besó el filo de la espada y agradeció al gran maestro por su iniciación. En ese momento, un estallido de aplausos y vítores estalló en la gran sala del pabellón de la fraternidad Alpha. Los corchos de las botellas de champán saltaron y las copas se llenaron.

Las chicas, que se habían mantenido al margen durante la ceremonia, recuperaron su entusiasmo natural. La música pop rugió desde los altavoces. La ceremonia de iniciación de los nuevos miembros había terminado oficialmente. La fiesta podía comenzar. Los estudiantes de los años superiores felicitaron a los novatos. Algunas chicas estaban emocionadas de conocerlos. Kyle se mantuvo alejado. Un dolor terrible le retorció las entrañas. Seguramente una costilla rota o incluso una hemorragia interna.

Una mano se posó en su hombro. Por reflejo, la agarró, listo para golpear.

— ¡Eh! Relájate, ya terminó — dijo Eddy.

Kyle habría roto sus dedos con gusto. El "maestro" no se había andado con rodeos. ¿Por qué tanta crueldad? Había notado la diferencia en la intensidad de los golpes según si los estudiantes venían de familias acomodadas o no.

— Perdón — dijo por encima de la música, que subió de volumen, aislando a los dos del resto.

— No te disculpes. Me gusta eso. Eres un verdadero guerrero.

Nuevos corchos de champán saltaron. Botellas de todo tipo de alcohol hicieron su aparición. A pesar de que normalmente se les prohibía el acceso, las chicas se habían deslizado en el pabellón Alpha y estaban moviendo sus cuerpos al ritmo de la música, para el deleite de los chicos que se preparaban para el ataque. La noche apenas comenzaba.

— Gracias, estoy feliz de ser parte de tu fraternidad. Yo también creo en una América pura y...

Eddy estalló en una risa burlona.

— Deja de hablar tonterías, solo querías unirse a la élite. Tenemos los mejores resultados de todas las fraternidades. No hay un solo estudiante que no haya tenido un camino ejemplar después de salir de Alpha.

— Digamos que uno no excluye al otro.

Eddy rió de nuevo con ganas.

— Vamos, ven a tomar una copa, te presentaré a nuestro quarterback estrella, parece que eres un receptor excelente, realmente lo necesitamos.

Kyle sabía que solo había dos formas de unirse a esta fraternidad de élite: el dinero o habilidades en el fútbol americano. Como no venía de una familia adinerada, su única oportunidad había sido el deporte. Y especialmente la muerte de dos talentosos jugadores de fútbol americano la primavera pasada.

Cruzaron la pista de baile improvisada. Kyle notó que los nobles valores promovidos por la ala derecha del partido republicano estaban en pausa para esta fiesta. Las manos estaban en lugares inapropiados, las poses eran lascivas. Jóvenes de buenas familias... la hipocresía en todo su esplendor.

Al sonido de un remix de "Umbrella" de Rihanna, encontraron a Steven cerca del bar, sosteniendo una Budweiser en una mano y en la otra el hombro de una hermosa morena, Mary Templeton.

— Steven, te presento a tu futuro compañero.

Los dos estudiantes se miraron como felinos listos para pelear.

— ¿Estás bien? Realmente pensé que iba a matarte — intervino Mary, señalando a Eddy con la mirada.

— No, ese tipo es fuerte — aseguró Eddy. Bueno, los dejo, diviértanse.

Él retrocedió y se acercó a otros novatos. Kyle preferiría haberlo seguido. No le gustaba Steven. Tenía demasiada seguridad en sí mismo. Una arrogancia natural debido a su nacimiento. Odiaba eso.

— Te presento a Mary — dijo Steven. — No se permite tocarla.

Mary extendió la mano. Kyle quedó sorprendido por su fragilidad. Tenía una piel especialmente suave.

— Soy Kyle.

— Sabes que tienes suerte, normalmente no aceptamos a cualquiera en el equipo. Tienes suerte de que Brian y Edward hayan muerto — agregó Steven.

Un codazo en las costillas lo detuvo en seco.

— No bromees con eso. Odio cuando haces eso — lo reprendió Mary.

— Está bien, donde sea que estén, ya no les importa — se defendió Steven. — ¡Pero es una gran ventaja para ti!

Kyle no sabía cómo reaccionar, excepto rompiéndole la nariz. Pero era evidente que el chico estaba buscando pelea. No soportaba que el hijo de una familia modesta pudiera ser aceptado en la fraternidad más prestigiosa.

— Espero estar a la altura — respondió.

Se dio la vuelta sin esperar su reacción. Era hora de irse. Con la ayuda del alcohol, Steven volvería a atacar, y Kyle no estaba seguro de poder controlarse una segunda vez.

Sin que nadie le prestara atención, Kyle salió de la residencia. La noche había caído sobre el campus. Miró su reloj. Eran solo las 9 de la noche. Encendió un cigarrillo y comenzó a caminar de regreso por el largo camino desde donde venía el olor de los céspedes recién cortados. Mientras pasaba por las otras residencias de las fraternidades, fue abordado por las chicas de la fraternidad Gamma que se asomaban por las ventanas.

— ¡Oye, guapo, ven a divertirme!

— ¡No te quedes solo!

— ¡Seguro que no eres gay!

Las chicas sostenían sus cervezas como trofeos. Sin detenerse, Kyle entró en su juego:

— Lo siento, pero mi mamá me está esperando y no le gusta que llegue tarde.

Las chicas estallaron en risas y lo tomaron aún más en broma. Continuó caminando bajo sus amigables burlas y, después de cruzar el parque, llegó cerca de los dormitorios de los chicos. La vida parecía tan simple. A pesar del dolor persistente en su abdomen, Kyle sintió una ligera sensación de alegría. Nada era inevitable. Cualquiera podía ser dueño de su propio destino. Eso es lo que le gustaba de Estados Unidos, la posibilidad de que cualquiera pueda comenzar desde cero y alcanzar las estrellas.

Impulsado por estos pensamientos edificantes, entró en el dormitorio abandonado. Todos los estudiantes estaban en las residencias de sus fraternidades o en los bares de la ciudad, celebrando el nuevo año escolar.

En el tercer piso del edificio, entró en el pasillo desde el cual se escuchaban fragmentos de programas de televisión detrás de algunas puertas. Era una fiesta para todos, excepto para los marginados y los "sin cualidades particulares". Se detuvo frente a la puerta 315. La de Stuart. No se oía ningún ruido; probablemente ya estaba durmiendo. Decidió dejarlo tranquilo y subió dos

pisos más arriba, hasta la puerta 522. Vivía en un estudio de doce metros cuadrados, cuyo único lujo era la ventana que daba al parque. Después de tomar una cerveza de su pequeña nevera, se subió al alféizar sin preocuparse por el riesgo de caer y se sentó con los pies colgando en el vacío. Escuchaba a lo lejos el tumulto de los estudiantes desenfrenados. Lentamente, comenzó a regresar a una realidad que conocía mejor. La creciente dificultad de controlar su ira se apoderó de él.

Tomó un sorbo de cerveza y sintió un picor en los ojos. Los cerró, forzándose a recuperar la calma. Encendió un cigarrillo, rezando para que lo dejaran en paz...

*

Ella había aceptado. Stuart no podía creerlo, pero esa era la realidad. Ella había aceptado encontrarse con él en el motel cercano. Se miró una última vez en el espejo y se sintió más guapo de lo habitual. No era tan pequeño ni tan gordo. No, era incluso bastante apuesto. Miró su reloj; cuando levantó la vista, la vio llegar. Estaba hermosa con su falda vaquera y su ajustada camiseta.

— Stuart, estoy tan feliz —dijo Judith acercándose a él.

— Te amo, Judith —respondió sin sonrojarse ni tartamudear.

Un nuevo Stuart había nacido. Nunca habría imaginado que sus primeros días en River Falls serían tan fantásticos.

— ¿Cómo pude vivir sin ti? —continuó Judith, pasándole una mano cariñosa por el cabello.

— Judith, te amo.

Era sencillamente increíble. Él le acarició la espalda, descendiendo hasta la cintura. Sus bocas se encontraron. Stuart se sintió en las nubes. Con una audacia que desconocía, deslizó su mano bajo su falda. Para su sorpresa, un brazo musculoso lo tiró hacia atrás de repente.

— ¡Vamos, despierta, holgazán! —rugió una voz.

Stuart salió de su sueño y, al reconocer al tipo, empezó a gritar mientras se encogía en su cama. Era el chico peludo que lo había llamado cerdo cuando ingresó a Delta.

— ¡Eh, deja de gritar, me rompes los tímpanos!

— ¡No me pegues, por favor, no me pegues! —suplicó, con la cabeza escondida bajo las sábanas.

— Stuart, cálmate, es una broma —se preocupó Joey, que estaba detrás de Ace.

La voz suave de Joey tranquilizó a Stuart, quien sacó la cabeza de debajo de las sábanas y, bajo la mirada de los adolescentes que empezaban a amontonarse en su habitación, de repente se sintió volver a ser lo que era. Un desdichado.

— ¿Qué es esto, una mariquita? ¡Sácalo de la cama! —gritó un estudiante particularmente ebrio.

Inmediatamente, se hizo y se unió a los otros nuevos miembros de Delta en el pasillo, en calzoncillos y camiseta, con los ojos hinchados de sueño como él.

— Por todos los dioses, si quieren convertirse en verdaderos hermanos de Delta, tendrán que demostrarnos que son dignos de unirse a nosotros. En primer lugar, tienen diez minutos para regresar a nuestra sede.

Stuart miró a sus compañeros desdichados. Le tranquilizó ver que estaban tan atónitos como él.

— ¡Muévanse, o les quitaremos los calzoncillos!

La amenaza de Ace fue suficiente para hacer que olvidaran cualquier vergüenza. Corrieron hacia las escaleras a toda prisa.

Tres horas después, después de tener que ponerse un calzoncillo en la cabeza, que le pintaran la cara con mostaza y ketchup, gatear como una larva sobre el parquet de la sala principal de la sede, besar el busto de bronce de John Belushi y otras bromas por el estilo, Stuart se desplomó en un sillón riendo tan tontamente como los demás. A pesar de que nunca bebía alcohol, se había visto obligado a hacerlo. Nunca habría creído que podría ser tan divertido.

La música de Linkin Park resonaba en todas las habitaciones, y muchas chicas de otras fraternidades se habían unido a Delta para la fiesta. Stuart vio a una alta morena con un seno al descubierto pasar frente a él. Sus ojos casi salieron de sus órbitas. Pero un repentino revuelo en su estómago le impidió disfrutar plenamente del espectáculo.

Tuvo apenas tiempo de correr hacia una ventana y vomitar todo lo que había ingerido. A pesar de que debería haberse maldecido por haber bebido demasiado, estaba encantado. Nadie se burló de él durante la noche, al menos no por ser un poco corpulento, solo por ser un novato. Realmente se sentiría bien aquí. Kyle tenía razón. No tendría que lamentar su elección. Finalmente había encontrado una familia.

Martes, 2 de octubre

Con un tazón de café en sus manos, Hurley se paró frente a la ventana de la cocina. El amanecer estaba en camino. Eran casi las 7 de la mañana y Logan no tardaría en despertar. Ella suspiró. Sabía que ya no había ninguna posibilidad de que decidiera quedarse en River Falls. El día pasado en el campo y la noche anterior habían inclinado definitivamente la balanza. La necesidad de retomar su trabajo, de recuperar su lugar en la sociedad, era imperativa. El amor no era suficiente para llenar una vida. O al menos no para una mujer independiente, activa y apasionada por su profesión. Dio un sorbo al café caliente, esperando que Logan entendiera su decisión.

—Hola, belleza. Estás temprano.

Freeman estaba parado en el umbral de la cocina. Hurley se dio la vuelta y no pudo evitar reír al ver la vestimenta de su colega. Llevaba solo una bata de baño, lo que dejaba al descubierto su esculpido cuerpo afroamericano.

—¿Impresionada? Lo entiendo, dijo con indiferencia.

Abrió el refrigerador como si estuviera en su propia casa y sacó una botella de jugo de naranja y una caja de huevos.

—Si Mike te ve así junto a mí...

—¡No puedes hacer menos ruido! intervino Moore desde la sala. La fiesta duró hasta tarde en la noche. Los tres agentes del FBI habían dudado en volver a la carretera, y Logan les había ofrecido quedarse en su casa.

Blake se había acostado en la habitación de invitados, donde insistió en dormir solo en la cama doble. Esto obligó a Freeman y Moore, sus subordinados, a dormir juntos en el sofá cama del salón.

—¡Tú puedes hablar, no has dejado de roncar! respondió Freeman, rompiendo un huevo sobre el fregadero.

Separó la yema del blanco y vertió la yema en su jugo de naranja.

— ¿Y tu novia, Vanessa? —preguntó Hurley.

No porque ya no los viera, no dejaba de hablar con ellos por Internet.

— Agua pasada. Se fue a terminar sus estudios en Italia.

— Deberías encontrar una chica de tu edad. Tienes casi treinta años, pronto parecerás un viejo sátiro si sigues saliendo con estudiantes de secundaria.

— Nunca he salido con una menor, si eso es lo que insinúas. Al menos, según mis conquistas.

— Toc, toc. ¿Puedo entrar y poner fin a esta conversación súper interesante? —bromeó Moore con tono fingidamente condescendiente.

Llevaba una larga camiseta con la imagen de "The Boss" que Logan le había prestado. Una reliquia de la gira "Born in the USA" que nunca había tenido el corazón de tirar.

— ¿No crees que estás molestando? —bromeó Freeman antes de dar un sorbo a su bebida.

— Ya veremos, voy a preguntarle a Mike.

Hurley tomó una silla y se sentó a la mesa.

— ¡Son como niños! —suspiró mientras sonreía.

Se escucharon pasos en la escalera. Las miradas se dirigieron hacia la entrada de la cocina,

pero era solo Blake quien se les unía.

— ¡Sobre todo, no me esperen para el desayuno!

— Tenemos que cuidar tu línea, amigo mío —respondió Freeman.

— ¿Pero qué te has puesto? ¿No puedes al menos usar una camiseta? ¿Realmente crees que eso nos excita?

— ¡Ah, los celos de los cuarentones! —ironizó Freeman sin inmutarse.

Tomó otro sorbo de su néctar.

— Va a hacer un tiempo magnífico —intervino Moore mirando por la ventana las primeras luces del amanecer.

Tres miradas se volvieron hacia él. Luego, tres estallidos de risa.

*

Acostado en su cama, Logan sabía que si se unía a ellos, no podría ocultar su mal humor. ¡Cómo le resultaban insoportables esas risas! No era ajeno a lo que estaba sucediendo. Hurley estaba disfrutando plenamente de su reencuentro con sus colegas. Aunque él también apreciaba a Blake y su pequeño grupo, en esa mañana no podía soportarlo. A Hurley le quedaba solo un mes sin sueldo. A lo largo de las semanas, se había convencido de que se quedaría a vivir con él en River Falls, pero la realidad lo alcanzaba dolorosamente. Hurley no dejaría su trabajo en el FBI.

Agarró su paquete de cigarrillos, aunque había prometido no fumar en la habitación. Encontró un encendedor y prendió uno. Otro estallido de risas colectivas llegó hasta él, y sintió una oleada de ira invadirlo.

¡Déjenla en paz! Quiso gritar. Un pensamiento infantil de un hombre celoso. A pesar de ser consciente de ello, no podía evitar sentir ese tipo de sentimiento.

"Deja de pensar en eso", se reprendió entre dientes.

Logan intentó encontrar otra preocupación. La imagen de los cuerpos de Robert Gordon y John Doe vino a su mente. ¡Otro problema importante! pensó mientras abría la ventana.

Sabía que nadie lo culparía si sus investigaciones no daban resultados en el caso de la muerte de John Doe; sin embargo, sería muy diferente en el caso de Gordon. El alcalde Nolden no lo dejaría en paz. No se podía asesinar a un miembro influyente de la comunidad de River Falls sin pagar un alto precio. Si los tres payasos de abajo no encontraban ninguna pista que pudiera llevar al asesino, Logan estaría en una larga investigación sin garantía de resultados.

Una idea llevó a otra, y Logan se sumió en sus pensamientos, sin darse cuenta de que la puerta se abría detrás de él.

— ¿Mike? ¿Qué estás haciendo? —dijo Hurley cuando lo vio.

Logan se giró y arrojó su cigarrillo casi consumido por la ventana, como un niño atrapado en una falta.

— Perdón, estaba pensando en la muerte de Gordon —dijo, disfrutando de la vista de Hurley en bata.

Ella frunció el ceño dubitativa.

— ¿Y qué pasa con eso?

— Pues que no va a ser fácil.

A Hurley le encantaba cuando él la miraba así. Se sentía el centro del mundo.

— ¿Bajas? Todo el mundo está despierto.

— Creí oír eso —respondió él sin poder ocultar su descontento.

Pero Hurley actuó como si nada hubiera pasado.

— He preparado el desayuno. Te estoy esperando.

Su voz era suave pero su tono era imperativo. Logan asintió con la cabeza. Tendría todo el tiempo para hablar con Hurley.

— Te sigo.

*

Callwin también se había levantado al amanecer, con la firme intención de mostrarle al estúpido sheriff lo que sabía hacer. ¿Por qué no entendía que a veces la vida nos obliga a humillarnos, a hacer cosas que nos repugnan solo para sobrevivir y no desmoronarnos por completo? ¿Y que las personas pueden cambiar?

Sabía que no debería haberse tomado esta historia tan en serio, pero apenas había recuperado su autoestima. No permitiría que nadie frustrara sus esfuerzos por convertirse en lo que siempre había soñado: una periodista de investigación respetable.

Por eso, en la mañana de ese martes, esperaba pacientemente en su Saturn estacionado cerca de la casa de Logan. Pasó el tiempo navegando en su iPhone. Leyó muchos informes de juicios ganados por Robert Gordon. No tenía pistas sobre el asesinato, pero la idea de que un condenado quisiera vengarse no era menos plausible que cualquier otra.

Se sorprendió al ver a Logan salir de su casa en compañía de los agentes del FBI. ¿Ya no había habitaciones de hotel en River Falls? ¿Logan practicaba comportamientos dudosos? ¡Qué noticia sería! Por supuesto, no creía ni por un segundo en eso.

Cuando el Cherokee y la camioneta del FBI se alejaron, Callwin salió de su coche y, con paso tranquilo, subió por la calle a la sombra de los arces. Los hogares eran todos iguales, separados por pequeños jardines con césped perfectamente cortado. Una zona residencial de clase media como las miles que existían en Estados Unidos.

Cuando llegó a la casa de Logan, tomó una gran bocanada de aire y timbró. Nadie respondió. Callwin esperó un minuto y volvió a timbrar. Todavía no había respuesta. ¿Podría ser que no estuviera allí? ¿Que Logan realmente hubiera organizado una fiesta con sus amigos?

Estaba a punto de dar la vuelta a la casa para mirar adentro cuando escuchó una voz que llegaba hasta ella a través de la puerta.

— Voy a dar la vuelta a la casa para mirar adentro —iba a decir Callwin cuando escuchó una voz a través de la puerta.

— ¡Voy! —cinco segundos después, Hurley, envuelta en un albornoz, con una toalla alrededor de su cabello, vino a abrirle la puerta—. Leslie, ¡vaya sorpresa!

Por lo general, tan dueña de sí misma, Callwin sintió que sus mejillas se sonrojaban. Verla nuevamente le producía una extraña sensación. Le debía mucho; gracias a ella, había cambiado de rumbo. Nunca podría olvidarlo.

— Hola, Jessica, ¿puedo entrar o el perro guardián todavía está aquí?

Hurley sonrió y le abrió el paso.

— Logan acaba de irse, pero supongo que ya lo sabes.

Callwin se sintió tonta y encogió los hombros.

— Creo que realmente me odia.

— No, fue en ese momento; ahora estoy segura de que lo ha olvidado.

Callwin consideró prudente no hablarle de la pelea del día anterior.

— En cualquier caso, tiene buen gusto —comentó mientras admiraba el interior de la casa. Le sorprendió que alguien tan antipático tuviera un gusto tan refinado. Los misterios del alma humana.

— Tiene algunas cualidades, si eso es lo que quieres decir —dijo Hurley con una sonrisa—. ¿Quieres un café?

— Con gusto.

Entraron en la cocina. Un torrente de emociones inundó a la periodista. Hurley era el símbolo de cierto éxito: un trabajo apasionante, un hombre que la amaba y una casa maravillosa. Maldita sea, ¡tenía mucha suerte!

— Me alegro por ti. Vi que sacaste tres artículos para el Tribune, ¡felicitaciones!

— ¿Los leíste? —preguntó sorprendida Callwin.

Hurley puso dos tazas en la máquina Nespresso.

— Por supuesto, no estaban mal, bastante audaces. No me sorprende viniendo de ti.

Callwin bajó la mirada, temiendo mostrar su orgullo. Había trabajado duro en ellos, convencida de que a nadie le importaría. Eran solo artículos menores entre cientos de otros.

— Lo siento, debería haberte mantenido informada, pero sabes cómo es...

— No te preocupes —la tranquilizó Hurley, colocando las dos tazas humeantes en la mesa antes de sentarse—. Me alegra que te esté yendo bien.

— Aún así, es gracias a ti.

Hurley hizo un gesto de negación con la mano. Aunque ella le había conseguido una cita con el editor jefe del Tribune, todo el mérito recaía en Callwin. Si no hubiera tenido las cualidades y habilidades necesarias, nunca habría podido publicar un artículo.

— Te lo debía. Estuviste ahí cuando pensé que el mundo se me venía encima. No lo he olvidado.

— A diferencia de lo que pueda pensar tu chico, no soy una cualquiera.

Hurley no tenía dudas al respecto, pero era necesario aclarar las cosas.

— Supongo que no estás aquí solo por una visita de cortesía.

No se lo iba a tomar a la ligera. Callwin volvió a bajar la mirada.

— No, pero no creas que vine solo para obtener información.

— Estoy segura de eso. No te habría dejado entrar si hubiera tenido la menor duda sobre tu amistad.

Una vez más, sus mejillas se ruborizaron. ¿Por qué los hombres no podían ser tan amables como esta mujer?

— Gracias. Obviamente, estoy aquí por Gordon. Conozco bien a ese tipo. Y, por cierto, tuve un romance con él. Me proporcionaba información sobre los juicios en curso y yo escribía artículos bastante escandalosos sobre algunos presuntos culpables. Nadie nunca supo quiénes eran mis fuentes, dijo Callwin, sumida en sus recuerdos. Sabes, esa fue una de las pocas veces que realmente me acosté por placer. ¡Ese tipo era un auténtico Adonis y un amante increíble! El problema era que no podía mostrarse con una chica como yo. Era de la alta sociedad. Solo salía con chicas de buena familia.

Detrás de su apariencia relajada, Hurley estaba completamente atento. Esto coincidía con la imagen que había reconstruido a partir de la información que encontró en línea. Gordon era un Don Juan que iba de conquista en conquista sin comprometerse. Quizás fuera tan simple como eso: una historia común de una mujer despreciada, herida en su orgullo de mujer de la alta sociedad o en sus sentimientos.

— En resumen, me preguntaba si te gustaría investigar conmigo.

Hurley no se esperaba en absoluto una propuesta así.

— No pongas esa cara, no te estoy pidiendo que me cuentes los secretos que Logan te revele en la cama, sino que trabajemos por nuestra cuenta, en paralelo, para ver quiénes son los mejores.

— Sabes que es imposible. Si Mike se entera de algo así, será el fin de nuestra relación. Nunca soportaría que trabaje a sus espaldas, dijo Hurley, esperando poner fin rápidamente a esa conversación.

— ¡Pero no dije que debíamos escondernos! Estás de licencia del FBI, tienes derecho a hacer lo que quieras en tu tiempo libre. ¿No estás bajo sus órdenes, verdad?

El argumento no era falso, pero era engañoso.

— Es el hombre que amo. No estoy tratando de demostrar que soy más fuerte que él. Sin embargo, te animo fervientemente a que no abandones el caso. Podría convertirse en un artículo muy interesante, dependiendo de lo que descubras.

Callwin no estaba realmente sorprendida, pero por principio, nunca abandonaba un caso hasta que al menos lo intentaba.

— ¿Sabes algo? preguntó ella.

— No, no, pero un abogado adinerado sin herederos puede despertar la codicia. No creo en absoluto en un crimen de un merodeador, y tampoco creo mucho en los celos. ¿No encontraron a la novia viva, verdad?

No estaba equivocada, pensó Callwin.

— ¿En qué estás pensando?

Hurley fingió reflexionar mientras tomaba un sorbo de café. Callwin era inigualable.

— En nada, pero antes de tomar un camino, elimino prioritariamente a aquellos que parecen no llevar a ningún lado.

— Un buen principio.

— Y si hablamos de otra cosa, sugirió Hurley, poniendo fin a cualquier debate. ¿Cómo está Seattle?

Callwin sonrió. No obtendría más información de Hurley, y tal vez eso era lo mejor. No mezclar asuntos personales y profesionales. Eso también era un buen principio.

*

— Gracias por venir. Sé que no es fácil, dijo Logan al abrir la puerta de su oficina. Siéntese. ¿Quiere café?

Samantha asintió con la cabeza mientras se secaba la nariz con un pañuelo de papel. Su maquillaje impecable no lograba ocultar sus ojos enrojecidos y su tez pálida.

— Aquí tiene, dijo él ofreciéndole una taza fragante.

Jaló una silla hacia ella. Samantha se sentó sin abrir la boca todavía. Logan rodeó su escritorio y se instaló en su silla.

— Lamento mucho tener que hacerle varias preguntas. ¿Lo comprende?

— Sí, respondió ella con indiferencia.

— Su amante fue asesinado, soltó él sin apartar la mirada de ella.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Samantha.

— Pero ¿cómo? ¡Yo estaba allí! ¡Habría habido ruido, me habría despertado! exclamó,

recuperando toda su energía.

— Creemos que el asesino le hizo inhalar cloroformo mientras dormía para poder actuar con total tranquilidad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Samantha. Tan absurda como pareciera la muerte de su amante, nunca había imaginado que pudiera ser un asesinato. Y la idea de que el asesino había deambulado por la casa mientras ella dormía en la habitación la aterró.

— No puede ser. Deben estar equivocados.

Logan negó con la cabeza.

— Lo siento, Samantha. No hay margen para la duda.

— ¿Pero por qué? ¿Quién?

Logan se hundió en su silla.

— Esperaba que pudiera ayudarnos.

Quizás era un poco temprano para este tipo de interrogatorio, pero Nolden había sido claro. Necesitaban resultados y rápido.

— Robert era abogado, su trabajo era ayudar a la gente. Era un hombre bueno.

Logan se abstuvo de dar su propia definición del trabajo de un abogado. Estaba ahí para escuchar y no debía ofender a la única testigo potencial.

— No lo dudo, pero ¿le pareció preocupado en los últimos tiempos? ¿Le habló de amenazas?

Samantha rodó los ojos.

— Por supuesto que no, le aseguro, sheriff, Robert no tenía enemigos. Todos lo querían.

No se puede ser amado por todos. Samantha lo sabía pero prefería ignorarlo.

— Entonces debe ser un merodeador, concluyó Logan.

Samantha había empezado a llorar de nuevo. No le revelaría nada en ese estado, al menos no en ese momento. De hecho, había sido una mala idea hacerla venir tan temprano.

— Escuche, regrese a casa, tome un calmante y, sobre todo, no se quede sola. Lamento haberla llamado.

— No tiene que disculparse, dijo ella antes de recuperar cierta determinación. Sheriff, tiene que encontrar al miserable que hizo esto. Tiene que pagar por su crimen.

— Eso es exactamente lo que planeo hacer. Venga, la acompañaré de vuelta.

Ningún periodista esperaba afuera. Nada que ver con la agitación que rodeó el asesinato de las dos chicas hace unos meses. Ninguna cadena de televisión interrumpiría su programación para hablar de este caso. Eso era algo positivo.

— Mi amor, volvamos a casa, dijo la madre de Samantha, que había estado esperando junto al auto.

El padre se acercó a su hija y le pasó una mano reconfortante por el cabello antes de dejarla con su esposa.

— Sheriff, en las noticias están sugiriendo que podría ser un asesinato. Eso son tonterías, ¿verdad?

Logan aún no había hecho un comunicado oficial, pero eso no tardaría en suceder, así que era mejor decir la verdad.

— No, desafortunadamente no, dijo solemnemente.

— ¡Dios mío! No puede ser cierto, dijo el padre sorprendido, se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. ¿Y tiene alguna idea de quién pudo haberlo hecho?

Logan miró a la madre y la hija mientras se subían a la limusina. El padre siguió su mirada.

— No me diga que piensa que...

— No, Samantha no tiene nada que ver en esto. Pondré a todos mis equipos en el caso. Tan pronto como sepamos más, les informaré. Si Samantha recuerda algún detalle extraño, no dude en informarnos.

— Por supuesto, sheriff, respondió el padre mientras se volvía a poner el sombrero. Sabe, en la ciudad estamos contentos con usted. A pesar de no ser de aquí, apreciamos su trabajo.

El comentario le afectó más de lo que pensó. Sabía que había sido elegido por defecto, frente a un exsheriff involucrado en un escándalo de moralidad, gracias al apoyo del alcalde Nolden. Pero estaba contento de saber que había logrado ganarse el respeto por sus cualidades personales.

— Gracias, dijo.

Definitivamente, no era bueno para los discursos largos. El padre se reunió con su familia, y Logan regresó a la comisaría. La teniente Blanchett lo detuvo en el camino.

— Tenemos los resultados de las muestras: cloroformo en los pulmones de Gordon y en la sábana. Si había alguna duda...

Logan no tenía ninguna duda sobre el asesinato, pero ahora tenía la certeza de que Samantha era inocente.

— Bien, voy a la casa de Gordon, ¿vienes conmigo?

A partir de ahora, la villa era oficialmente una escena del crimen.

— Sí, voy a coger mi chaqueta y estaré allí.

Cuando ella se unió a él en el Cherokee, Logan arrancó y se dirigió a Golden Hill. El tiempo seguía siendo hermoso. El verano indio.

— ¿Tienes alguna idea del motivo? preguntó Blanchett. Gordon era muy querido. Una persona de su bufete se dedica exclusivamente y de forma gratuita a ayudar a las organizaciones con una variedad de problemas legales. También donaba mucho a galas benéficas. Uno de sus compromisos era la lucha contra las drogas...

— ¡Lo sé! No creas que no me he informado sobre él, dijo Logan mientras cruzaba la bulliciosa avenida comercial de River Falls.

Blanchett se mordió el labio inferior. No podía evitarlo. Le tenía mucho aprecio a Logan, pero a veces lo encontraba... distraído. Quería asegurarse de que tuviera toda la información necesaria.

— Estaba más hablando conmigo misma que contigo. Estoy buscando personas que podrían tenerle rencor. Un traficante, por ejemplo.

— O un proxeneta, añadió Logan. Gordon dedicó mucho de su tiempo a ayudar en la rehabilitación de jóvenes prostitutas.

Pero no creía en ninguna de esas hipótesis.

— ¿Por qué arriesgarse a ser atrapado al alterar la escena del crimen? continuó él. ¿Por qué perder tiempo en arrastrar el cuerpo al jacuzzi? Matar a personas es un orgullo para las pandillas, y sobre todo les permite enviar una advertencia a todos los que se interpongan en su camino. Los traficantes no tienen ningún interés en ocultar un asesinato. Lo mismo ocurre con los proxenetas.

Blanchett no había considerado las cosas desde ese ángulo, y sin embargo parecía evidente.

— Solo lo mencioné por mencionarlo.

— El único elemento realmente interesante es que la escenificación es burda. No estamos tratando con un profesional.

— ¿Estás inclinado más hacia un caso de celos? Pero en ese caso, la novia probablemente habría sido afectada, y además, a menos que sea extremadamente fuerte, ¿qué chica podría arrastrar a un tipo de casi noventa kilos, verdad?

— Sí, pero tal vez debamos ver las cosas de otra manera. ¿Quién dijo que la persona estaba celosa de Gordon? Tal vez sea un antiguo amante de Samantha. Por cierto, una chica guapa, de la que imagino que uno solo puede lamentar separarse.

Blanchett soltó un largo "hum" de aprobación.

— ¡Finalmente sé por qué eres el sheriff!

Logan apreció el comentario.

En la luz de la mañana, el vecindario de Golden Hill mostraba su mejor cara. Sus magníficas mansiones, construidas en las laderas de la colina, con vistas a la ciudad, parecían fusionarse con una vegetación que recordaba los bosques cercanos.

— Lo único de lo que estoy seguro es que esto va a ser difícil.

Blanchett no tenía dudas al respecto. Había tantas pistas por explorar, sin ninguna certeza de llegar a alguna parte.

El Cherokee llegó a la casa de Gordon, y Logan tuvo la desagradable sorpresa de encontrar un equipo de River's TV.

— ¿Quieres que me encargue de esto?

— Por favor.

Estacionó el vehículo. Janet Stand se acercó.

— Sheriff, ¿qué nos puedes decir sobre la muerte de Robert Gordon? ¿Fue un asesinato?

— La teniente Blanchett responderá a sus preguntas. Déjenme pasar.

Los agentes apostados frente a la entrada saludaron a su jefe y activaron la apertura de la puerta principal. La furgoneta de Blake estaba estacionada al final del camino, al pie de la escalinata. Él le había informado a Blanchett sobre lo que podía decir. De todos modos, ella era quien redactaba la mayoría de sus comunicados oficiales.

— Te estábamos esperando, dijo Moore.

— ¿Alguna novedad?

— Las cámaras de vigilancia no mostraron nada. No cubrían toda la zona.

— ¿Y en las zonas no cubiertas?

— Tus agentes las están inspeccionando, pero es difícil encontrar rastros de pisadas en tanta vegetación. Sin embargo, tenemos rastros parciales de zapatos en la terraza. Restos de barro seco. Veremos qué nos dicen.

Entraron en la espaciosa villa y subieron directamente al piso de arriba. Un amplio balcón recorría la fachada. Logan admitió que debía ser muy agradable despertar con tal panorama todas las mañanas. Entraron en la oficina de Gordon. Un cuadro había sido retirado de la pared, en el que estaba incrustada una caja fuerte de última generación.

— Está bien, puedo abrirlo ahora, dijo Jeremy Hilton, el albacea de Gordon.

Un hombre que había superado los sesenta. Alto, delgado, con cabello gris acero y labios finos. Solo él conocía el código de la caja fuerte. Se había puesto en contacto con la comisaría tan pronto como se anunció la muerte de su cliente.

— Tranquilícese, la policía sabe lo que tiene que hacer, dijo Logan, que no había apreciado el tono utilizado por el hombre.

Hilton era el notario más prominente de River Falls. Se estimaba que su fortuna ascendía a varios millones de dólares, en gran parte debido a inversiones en propiedades, una herencia familiar que se transmitía de generación en generación. Alguien a quien había que tratar con cuidado.

— Velaré por ello, replicó Hilton secamente.

Hilton no estaba acostumbrado a recibir órdenes ni a que lo pusieran en su lugar. Sin embargo, se dirigió hacia la caja fuerte y, con la meticulosidad de un relojero, comenzó a ingresar series de números en la pantalla táctil. Un ligero clic anunció el desbloqueo. Hilton abrió la puerta.

— Las huellas dactilares, susurró Logan al darse cuenta de repente de que el asesino podría haber tocado esa caja.

— Ya fueron tomadas ayer, no arrojaron nada excepto las de Gordon, y solo las de él, lo tranquilizó Blake.

El agente del FBI se había deslizado silenciosamente en la oficina. Hilton sacó un grueso archivo azul y lo deslizó bajo su brazo.

— El resto es para ustedes, hagan su trabajo, ordenó Hilton con desdén.

Logan no podía creerlo. ¿Quién se creía que era? ¿Podría ser que tuviera tan poca consideración por las leyes de su país? Los testigos de la escena compartían su asombro.

— ¿Puedo saber qué está haciendo? lo interpeló Logan.

— Estoy volviendo a trabajar. ¡He perdido suficiente tiempo como para soportar esto! dijo con aplomo.

Y con paso firme, atravesó la oficina de Gordon hacia la puerta.

— Señor Hilton, espero que esté bromeando, lanzó Logan.

Hilton se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió para mirarlos con una mirada penetrante.

— ¿Parezco un payaso, sheriff? respondió con más altivez.

El tiempo parecía detenido. Los dos sargentos que estaban allí hubieran dado cualquier cosa por estar en otro lugar. A diferencia de los agentes del FBI, conocían la importancia de Hilton y el poder de sus conexiones. Era mejor no cruzarse en su camino.

— Acaba de tomar evidencia crucial en una investigación de homicidio, ¿y cree que puede irse así nomás?

— ¡Tonto! —Hilton se enojó—. ¿Tiene una orden judicial? No. Entonces, no intente hacerse el duro conmigo. Está destinado a perder en cada ocasión.

Sin esperar respuesta, Hilton salió de la oficina. Logan miró a Moore, luego a Blake y estalló en una risa nerviosa.

— Tracy, Stan, vayan tras él y pónganle las esposas —ordenó a sus sargentos—.

— Pero no ha hecho nada malo. Si no hay una orden judicial, no podemos arrestarlo —dijo Stan Lumley.

— Tendría que llamar al juez, pero no es seguro que le otorgue una —agregó Tracy Tackle.

Todos sabían que Hilton tenía influencias, al menos lo suficiente como para llegar al despacho de un juez.

— Pero no necesito un juez. Tengo cuatro testigos que confirmarán que Jeremy Hilton acaba de robar objetos personales del abogado Robert Gordon —respondió Logan, orgulloso de su astucia—. Vamos, apresúrense antes de que se escape.

Los sargentos no tuvieron más remedio que obedecer y corrieron escaleras abajo, seguidos de

Logan. Atraparon a Hilton justo cuando iba a cruzar el portón. La periodista todavía estaba allí. Por una vez, Logan estaba feliz de ver a una.

— Señor Jeremy Hilton, lo detengo. Sargento Tackle, por favor póngale las esposas.

La periodista inmediatamente interrumpió la entrevista que estaba haciendo a una vecina.

— Sam, no dejes de grabar, gritó corriendo hacia el portón. Señor Hilton, ¿fue usted quien mató a Robert Gordon?

Logan saboreó el momento. Hilton, furioso, intentó resistirse, amenazando a los sargentos con todo tipo de represalias. Pero Logan les prohibió ceder. Representaban la ley y debían hacerla respetar, sin importar las amenazas. Le quitaron el archivo azul y finalmente lograron esposarlo.

— ¡Me lo pagarán! gritó Hilton.

— Tiene derecho a permanecer en silencio, puede solicitar un abogado o se le proporcionará uno si no puede pagar uno. Pero el sargento Lumley le leerá sus derechos, dijo Logan muy tranquilo.

Al hacerlo, dejó asomar una pequeña sonrisa. No tenía nada en contra de los poderosos de este mundo, pero no podía evitar pensar que nadie llegaba a la cima sin haber tramado algo en algún momento.

— Estás acabado, Logan. Mírame a los ojos. Recordaré esto, lo recordaré, gritó Hilton.

Logan adoptó su expresión más inocente y se dirigió a la periodista y su camarógrafo.

— Por favor, dejen de grabar, esto no es un espectáculo, dijo sin mucha convicción.

Luego, volviéndose hacia sus sargentos:

— Llévelo en coche y métenlo en la celda mientras le notificamos su detención. Me uniré a ustedes lo más pronto posible.

El rostro de Hilton, enrojecido de ira, apenas pudo contener una serie de maldiciones. Esa maldita periodista y su maldito camarógrafo seguían grabándolo. Insultar a las fuerzas del orden no tenía nada de bueno. Tenía que mantener la boca cerrada, al menos para mostrar una cara inocente. Finalmente, se dejó llevar en el coche, sin ofrecer más resistencia.

— Sheriff, ¿qué cargos se le imputan a Hilton? ¿Tiene algo que ver con sus inversiones en Norton Corporation?

— No puedo decir nada por el momento, la investigación está en curso. Les mantendremos informados sobre su progreso a medida que avancemos en nuestras investigaciones.

Por una vez, Logan estaba cooperando. Sabía que esta detención iba a causar revuelo entre los poderosos de River Falls. La única forma de protegerse era ganarse el favor de la población.

— Pero, ¿puede confirmarnos al menos...

— No tengo más que decir —lo interrumpió—. Les enviaré mis comunicados en su momento. Ahora, si nos permiten trabajar... Gracias.

Forzó una sonrisa y atravesó el portón hacia la villa con paso aparentemente tranquilo. Su corazón latía a toda velocidad. Sabía que había atrapado a un pez gordo. Nolden se le echaría encima con furia. Pero no podía evitarlo. No podía permitir que Hilton pisoteara impunemente las reglas legales. Su credibilidad como sheriff estaba en juego. No tenía otra opción.

— Según entiendo, Hilton es una figura importante por aquí —comentó Blake, quien lo esperaba junto a la puerta principal.

Logan sacó un cigarrillo y lo encendió. Miró la ciudad extendiéndose abajo. Todo parecía tan tranquilo desde aquí.

— Sí, espero que apoyes mi regreso al FBI si me fuerzan a dimitir.

Blake no sonrió ante la broma.

— Somos tus testigos. Si te buscan, el FBI tiene la capacidad de derribarlos a todos. No te preocupes, pronto entenderán que es mejor dejarte en paz.

— Espero que tengas razón.

Blake le puso una mano en el hombro.

— Todos tienen algo que ocultar. Si al FBI se le ocurre escarbar en los expedientes de todas esas personas tan importantes, te aseguro que encontraremos algo.

Logan inhaló profundamente el humo de su cigarrillo y lo exhaló lentamente. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan enojado. Incluso su altercado de la noche anterior con Callwin le parecía ahora una simple discusión.

— Gracias —dijo mientras apagaba el cigarrillo en el suelo—. ¿Volvemos a ello?

Moore se había quedado en la oficina de Gordon con solo un agente como testigo. Logan regresó y de inmediato entregó el expediente azul al agente.

— Póngalo bajo custodia.

Luego se acercó al cofre. Había fajos de billetes almacenados en él. El rostro de Benjamin Franklin estaba impreso en ellos. ¡Fajos de billetes de cien dólares! Contó uno. Cien billetes por fajo. A simple vista, debía haber alrededor de cincuenta, tal vez el doble. Entre quinientos mil y un millón de dólares.

— ¡Maldición! Esto atraería a un montón de ladrones —dijo mientras se frotaba la barbilla.

Lo más desconcertante de este caso era que Samantha había afirmado el día anterior que nada parecía haber sido robado, y ahora encontraban este cofre lleno. Sin duda, un intruso habría extorsionado el código a Gordon. ¿Quién mataría a un hombre sin intentar apoderarse de tal botín? ¿Alguien aún más rico? ¿Alguien como Hilton, por ejemplo?

La idea le gustó mucho, pero Hilton era demasiado inteligente para cometer tal crimen él mismo, y sobre todo, ¡habría tenido cuidado de llevarse el expediente después de su fechoría! Qué lástima...

— Creo que vamos a tener una pequeña sesión de conteo —dijo.

Distribuyó los fajos sobre el escritorio, tomó su teléfono móvil y pidió a Blanchett y a otro agente, que estaban en el jardín buscando huellas de intrusos, que se unieran a ellos. También había otras posesiones de valor en el cofre, incluyendo joyas engastadas con piedras preciosas, como un hermoso collar de diamantes.

— ¿Es para mí? —bromeó Blanchett al entrar por la puerta.

— Ojalá... —respondió Logan—. Vamos, manos a la obra, ¡y asegúrense de contar bien!

A pesar de la resaca, Stuart estaba en la gloria. Había tenido una noche increíble. Él, que nunca había bailado, se había soltado por completo esta vez. Incluso había recibido una ovación de algunos estudiantes. Delta era la oportunidad de su vida. Un nuevo Stuart finalmente iba a nacer. ¡Todo el mundo había sido tan cálido! Aunque en gran parte gracias al alcohol y a la marihuana, no importaba, le había encantado. Sentirse respetado y apreciado.

— ¿Estás seguro de que no quieres comer con nosotros? —preguntó Phil.

Las clases de la mañana acababan de terminar. Stuart se había encontrado con uno de los novatos de la noche anterior. Phil Harper. Un alto moreno, delgado, que tocaba la guitarra como un dios.

— No, tengo una cita —respondió Stuart.

Se recomendaba que los novatos de Delta almorzaran juntos para crear lazos que se fortalecerían con el tiempo. Stuart esperaba no ofenderlos, pero no podía cancelar su cita.

Bajo un sol radiante, recorrió los céspedes del campus con una sonrisa en el rostro. Muchos estudiantes comían en el césped. El aire estaba cálido y seco, un verdadero placer. Los últimos efectos de su resaca se desvanecieron por completo. Pasó por el campus y subió al autobús que lo llevaría al centro comercial. Se sentó en la parte de atrás junto a una ventana. Apenas había acomodado su trasero cuando alguien se sentó a su lado y lo empujó bruscamente.

— ¡Eh! —gruñó antes de reconocer a Kyle.

— A veces me pregunto dónde tienes la cabeza, hermanito.

Hacía tiempo que Stuart había dejado de corregirlo sobre ese calificativo. Eran mellizos falsos, tenían la misma edad.

— Pensé que no debíamos vernos juntos.

Kyle encogió los hombros.

— No te preocupes. Estoy cuidando los dos, dijo, esforzándose por sonreír.

Un dolor inmenso le oprimía el pecho. Sabía que debía haber consultado a un médico, pero quería creer que no tenía nada roto. No podía olvidar el momento en que Eddy le había dado un golpe con un bate en las costillas.

— Sabes, fui aceptado en Delta. Tenías razón. ¡Son geniales! Pasé una noche increíble.

Kyle adoptó una expresión burlona.

— No deberías haber bebido. Tienes una pinta terrible.

Stuart se ruborizó y balbuceó una disculpa. Kyle le rodeó amistosamente el cuello con el brazo.

— Me alegra que te vaya bien. De todos modos, si alguien te busca, no dudes en decírmelo, ¿vale?

El autobús salió de la autopista y entró en el tráfico de River Falls.

— Sí, pero sinceramente, no creo que vaya a tener problemas —dijo Stuart, pasando por alto su encuentro turbulento con los jugadores de fútbol la noche anterior.

— Qué bien, entonces cuéntame sobre tu primer día.

Stuart comenzó a detallar su noche. Kyle estaba completamente fascinado por su relato. No podía creerlo. Después de todo, había sido una excelente idea traer a Stuart también.

Bajaron en la parada del centro comercial. Stuart continuó contando las diversas peripecias de la noche bajo la mirada conmovedora de Kyle. Compraron comida para llevar en McDonald's y

se dirigieron a un banco en un parque cercano para comer.

— Bueno, ¿y tú? Cuéntame —dijo Stuart cuando finalmente agotó todas las anécdotas posibles.

Kyle terminó de masticar una hamburguesa y se limpió la boca.

— Como pensaba, son todos "niños ricos". Todos vestidos con traje, raya en el pelo y una sonrisa eterna que te dice: "Vete al infierno, pobre". Pero bueno, parece que realmente necesitaban un receptor talentoso.

— ¡Genial! Estoy orgulloso de ti. Estaba seguro de que te aceptarían. Con Alpha a tu lado, puedes hacer lo que quieras en la vida, abogado, juez, médico...

— Stuart, para ser médico, tienes que estudiar medicina —lo interrumpió Kyle.

Con la boca llena de papas fritas, Stuart logró reír.

— Sabes perfectamente lo que quiero decir —dijo después de tragar un sorbo de Coca-Cola.

El parque estaba lleno de empleados que disfrutaban del verano indio. Las corbatas estaban colgadas sobre los hombros, las camisas protegidas con servilletas de papel. Otro mundo para Stuart y Kyle. Detrás del inmenso seto de cipreses, se escuchaba el murmullo del mediodía.

— Sí, veo lo que dices —respondió Kyle—. Sabía que era una oportunidad para ambos venir a esta universidad.

— Sí, siempre tienes razón. Tú eres el genio y yo soy el tonto.

Kyle le revolvió el cabello.

— Deja de decir tonterías. Si fuiste aceptado aquí, es porque tenías las calificaciones necesarias.

Kyle simplemente olvidó agregar que había tenido que usar una gran parte del dinero que el Sr. Flanagan les dejó para pagar sus dos entradas a una de las mejores universidades de la región. No es que hayan recibido una beca, como había pretendido.

— Y tú, porque eres el mejor receptor de todo el estado de Washington. Por cierto, ¿cuándo es tu primer partido?

Kyle esperaba ansioso ese momento. Desde que tenía memoria, siempre había tenido pasión por el fútbol americano. Seguía todos los campeonatos universitarios, especialmente los de la Conferencia Oeste. Las mejores universidades de la región habían tratado de convencerlo de unirse a sus filas, especialmente la de Seattle, pero Kyle había sido inflexible. Había elegido River Falls, para asombro de todos.

— Comienzo el entrenamiento esta tarde. El primer partido no será hasta dentro de tres semanas.

— Estoy deseando que llegue, con suerte llevaré a Judith conmigo. Uh... —se detuvo Stuart, que comenzó a sonrojarse y sudar profusamente—. Mierda, no he dicho nada.

Kyle se quedó con la boca abierta, mostrando una hamburguesa de pescado a medio masticar.

— Escuché claramente lo que dijiste: Judith?

— No, no, estaba bromeando. Digamos que realmente existe, pero ni siquiera la conozco. Es solo una chica que está en mi clase de química —mintió Stuart—. Es una belleza. Deberías ver lo guapa que es.

— Sabes lo que te dije. Nunca debes perder la esperanza, pero creo que deberías alejarte de las chicas atractivas, siempre terminan explotándote en la cara.

Kyle nunca había visto a su hermano con una chica, ni siquiera un pequeño coqueteo. Tenían dieciocho años, y aunque Kyle había tenido varias novias, Stuart siempre estaba en punto muerto.

— Sé que tengo que encontrar a alguien como yo —respondió con fatalismo.

Kyle no le gustaba ver a su hermano en ese estado. No era para nada feo, y después de todo...

— Sabes, lo importante es lo que hay aquí —dijo, golpeándolo en la cabeza—. Con el tiempo, uno se cansa del físico —agregó, como un seductor veterano que había visto de todo.

Los dos hermanos se miraron a los ojos y estallaron en carcajadas. Fue la frase más tonta que jamás había pronunciado. El mundo era injusto, incluso en ese sentido. Creer que la gente no se fija en el físico era ilusorio.

Cuando se calmaron, Kyle llevó la conversación de nuevo a terreno más realista.

— Encuentra a una chica agradable que no te complique la vida. ¡Las chicas sofisticadas son aburridas!

Stuart estuvo de acuerdo, aunque fantaseaba con todas las chicas de las series de televisión. Sabía que nunca tendría derecho a tocarlas. Representaba todo lo que odiaban: un tipo que no cuidaba de sí mismo.

— Entonces, ¿por qué solo sales con ese tipo de chicas?

Kyle no pudo responder adecuadamente. Finalmente dijo:

— Porque tienen traseros increíbles.

Stuart estalló en una nueva carcajada. Adoraba a su hermano. Nunca se jactaba, aunque tenía todo a su favor. Era realmente una gran persona. No dudaba de que algún día Kyle lograría grandes cosas, y entonces podría decirle a todo el mundo que fue el primero en creer en él.

— Por cierto, faltan solo quince días para "30 días de noche" en el cine.

— Sí, estoy esperando con ansias eso. Espero que sea mejor que "V de Vendetta".

Kyle no compartía la pasión de su hermano por los cómics, pero nunca se lo reprocharía. Todo el mundo tiene derecho a sus pasiones, por infantiles que parezcan.

— A mí me gustó —replicó Kyle.

El sol aún estaba en su punto más alto. Tenían tiempo antes de regresar a la universidad.

Con un fuerte frenazo y chirriando los neumáticos, Logan estacionó su Cherokee frente a la entrada principal de la comisaría. Salió inmediatamente, subió los escalones del pórtico y abrió con fuerza las puertas dobles.

Se encontró cara a cara con el alcalde, quien lo esperaba con firmeza.

— Vamos a hablar en su oficina —gruñó Nolden, con una vena pulsando en su cuello.

— Sí, con gusto.

Todos los agentes se habían alejado. Blanchett, quien había seguido a Logan, se mantuvo en segundo plano. Los dos hombres cruzaron el amplio pasillo que atravesaba el espacio abierto y entraron en la oficina de Logan.

Tan pronto como la puerta se cerró, Nolden explotó:

— ¡Está completamente loco! ¿Qué le pasó por la cabeza para poner a Hilton en detención? ¿Se ha vuelto totalmente idiota?

Logan se sentó en su silla. El rojo le subió a la cara.

— Solo seguí sus instrucciones.

Negándose a tomar asiento frente a Logan, Nolden caminaba de un lado a otro frente al escritorio.

— ¿Qué está diciendo? ¿Le pedí que pusiera a uno de nuestros ciudadanos más prominentes en prisión, y frente a las cámaras de los periodistas, además?

— Usted me dijo que utilizara todos los medios a mi disposición para encontrar lo más rápido posible al asesino de su amigo, eso es lo que hice —respondió Logan, elevando la voz.

Se estaba conteniendo para no explotar. Nolden estaba cruzando límites. Las leyes eran las mismas para todos. No importaba el grosor de la billetera del acusado.

— No se haga el inteligente, sabe muy bien a lo que me refiero —lo reprendió Nolden, señalándolo con el dedo índice.

Logan, hundiéndose en su silla, sacó su paquete de cigarrillos.

— Comprendo que le duela ver a uno de sus amigos acusado, pero ¿sabe siquiera de qué se le acusa? —preguntó, tratando de mantener la calma.

— No quiero saberlo, lo único que sé es que Jeremy Hilton es inocente, así que lo va a liberar de inmediato.

Logan encendió su cigarrillo y dio una profunda calada. Notaba que Nolden estaba perdiendo parte de su ferocidad. Estaba cerca, casi lo había conseguido.

— Debería preocuparse, sin embargo. Es posible que se arrepienta amargamente —dijo Logan.

Nolden lo miró con enojo.

— ¿Me está amenazando? ¿Yo, el alcalde de esta ciudad? ¿Yo que lo respaldé contra el antiguo sheriff? Usted no es nadie en River Falls.

Logan inhaló otro bocado de humo y reevaluó su opinión sobre el alcalde: no estaba tan calmado después de todo.

— Ahora va a cerrar la boca, o le juro que también lo encerraré —tronó Logan, golpeando su puño en el escritorio. Solo echó un vistazo al famoso archivo azul al que nuestro querido notario parece tan apegado. Muchos documentos relacionados con adquisiciones de terrenos no edificables, órdenes de transferencia, extractos bancarios de cuentas en las Bahamas, ¿entiende lo

que quiero decir? Será interesante investigar todo esto.

Nolden se detuvo y trató de leer los pensamientos de Logan. ¿Podría ser cierto?

— Tenga mucho cuidado con lo que dice. Estoy dispuesto a perdonar todos sus excesos, que atribuiré a su inexperiencia como sheriff. Pero si difama a los honrados ciudadanos de esta ciudad, le aseguro que lo pagará muy caro.

Era la segunda vez en el día que lo amenazaban. No debería convertirse en una costumbre, pensó Logan sin poder sonreír.

— Usted lo pagará caro si se asocia demasiado con Hilton y él es perseguido por el FBI — continuó Logan. No olvide que fue usted quien me pidió llamar al FBI en su ayuda, y desafortunadamente para Hilton, fueron testigos de la escena: un robo en toda regla.

— Ese archivo le pertenecía —respondió Nolden con cada vez menos convicción.

Para alguien que no sabía nada del asunto..., pensó Logan.

— ¿Puede probarlo? Realmente espero que pueda, porque necesitaré un abogado muy competente para sacarlo de este lío si ese archivo contiene información comprometedor.

Finalmente, Nolden se decidió a sentarse.

— ¿Qué va a suceder ahora?

Logan siempre había admirado la facilidad con la que los políticos cambiaban de opinión tan pronto como el viento cambiaba de dirección.

— No lo sé. Hay varias opciones. Si su amigo no tiene nada que ocultar, en ese caso, le ofreceré disculpas públicas y tendrá plena libertad para decir todo lo que piense de mí. Si es culpable de delitos más graves que simplemente robar un archivo, entonces nunca podré agradecerle lo suficiente por impedirme defenderlo a capa y espada.

La ira de Nolden se apagó rápidamente. Nunca había imaginado que Hilton podría ser acusado algún día. Siempre sospechó que la fortuna de su familia se basaba en algún oscuro secreto, pero nada que llamara la atención del FBI. Si ese fuera el caso, definitivamente debería alejarse lo más rápido posible. La población tenía una fascinación que rozaba el respeto por los poderosos, pero odiaba a los estafadores y ladrones. Si brindaba su apoyo a uno de ellos, sería un regalo para los demócratas, que nunca habían logrado tomar la alcaldía desde la fundación de la ciudad.

— Sinceramente espero que esté equivocado, dijo Nolden, pero su tono ya no lo reflejaba.

Nolden sabía que Logan estaba lejos de ser un tonto. Un hombre que había sabido ganarse el respeto en esta ciudad, a pesar de ser bastante hostil hacia los forasteros.

— Créame, preferiría no estar involucrado en esta historia, especialmente porque no tengo un asesino que atrapar, sino dos, aseguró Logan.

Nolden frunció el ceño.

— Sí, olvidé decirte: ayer por la mañana descubrimos el cadáver de un vagabundo. Fue golpeado hasta la muerte. Su cuerpo fue arrojado desde un puente y encontrado en la orilla del río.

— La prensa no lo mencionó.

— En efecto, todos pensaron que fue un accidente, ironizó Logan. Al menos, hasta que el agente Blake realizó la autopsia.

Nolden no entendía qué tenía que ver Blake en esta historia.

Logan le hizo un resumen detallado de los eventos. Durante el silencio que siguió, tuvo tiempo de saborear cómo había dado vuelta al alcalde. Nunca saques tus armas primero, deja que tu oponente dispare impulsado por la ira, tómate el tiempo para apuntar con precisión y alcanzar tu objetivo.

Nolden buscaba una manera de cambiar la situación a su favor.

— Quiero que seas más discreto en el asunto de Gordon, pasa el expediente a la unidad financiera del FBI, y si no encuentran nada ilegal, entonces redobla tus esfuerzos para encontrar al culpable. No quiero verte arrestar a todos los conocidos de Gordon.

Logan esbozó una sonrisa. Nolden había descartado la idea de un crimen de merodeador. ¿Temía que la investigación revelara una cascada de secretos inconfesables en las altas esferas de River Falls?

— Nunca tuve la intención de hacerlo.

Nolden ignoró la interrupción, absorto en sus pensamientos.

— Ocupa personalmente el caso del vagabundo. Haré un discurso esta noche, después de que anuncies a los medios la muerte de ese pobre desgraciado.

Técnica clásica de desviar la atención pública. Encender un nuevo fuego para hacer olvidar el anterior. Nolden no era alcalde por nada.

— Exactamente lo que tenía en mente.

— Me alegra ver que nos entendemos tan bien, se congratuló Nolden mientras se levantaba de su asiento.

Logan, aún sentado en su escritorio, tomó el teléfono con una mano y apagó su cigarrillo con la otra.

— Nunca lo dudé.

Nolden tuvo que admitir que Logan era exactamente el tipo de persona que le encantaba odiar. Una especie de idealista que había aprendido a nadar en aguas turbias. Muy diferente de los aduladores que llenaban su equipo municipal. Siempre era bueno tener una opinión diferente a la que uno quiere escuchar. Lo saludó brevemente y salió de la oficina sin decir una palabra más.

Finalmente solo, Logan marcó el número de Hurley y finalmente se permitió sonreír.

*

Sam Pommery salió de la comisaría al mismo tiempo que otros compañeros. Eran las 13 horas, hora de la pausa para almorzar.

Sentado en un banco al otro lado de la calle, Clark Spike lo observaba mientras fingía leer el periódico. La mayoría de los agentes de policía se dirigieron hacia Straton Street, donde se encontraba la cafetería, y, como esperaba Spike, Pommery les saludó brevemente y se fue en otra dirección.

Con unos sesenta años, el rostro arrugado, Pommery era la memoria de la comisaría. Había pasado toda su vida en River Falls y se unió a la policía tan pronto como alcanzó la mayoría de edad. Sin ambiciones y con habilidades limitadas, había permanecido como simple agente durante toda su carrera, ocupándose sin quejarse de las tareas más tediosas. Antes de la llegada de la informática, era él quien organizaba la mayoría de los expedientes de sus colegas. Ahora, no tenía mucho que hacer, excepto dar la bienvenida y vigilar las instalaciones mientras esperaba su jubilación.

— Entonces, ¿ya no saludas a tus antiguos colegas? —dijo Spike, quien no tuvo dificultades en alcanzarlo.

Durante una fracción de segundo, Pommery pensó que su hora había llegado, antes de reconocerlo.

— ¿Spike? ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que habías dejado River Falls.

Forzado a dimitir por Logan durante la investigación de los asesinatos de Lucy Paich y Amy Barton, el joven había tenido que buscar un nuevo trabajo donde sus habilidades fueran reconocidas. Se había unido al servicio de seguridad del Wonderland, el inmenso centro comercial en las afueras de la ciudad.

— ¿Por qué me habría ido? Logan no es más que un idiota que no entiende a los habitantes de esta ciudad. Solo estoy esperando a que ese cretino se vaya en las próximas elecciones y volveré a postularme.

No había duda de que el uniforme de policía atraía mucho más a las chicas que el de agente de seguridad.

— Bueno, me alegro por ti, pero discúlpame, tengo que ir a almorzar. Estoy contento de haberte visto de nuevo.

Spike miró al viejo agente y le regaló su mejor sonrisa.

— Sam, no nos vamos a despedir así. Tengo un montón de cosas que contarte —dijo mientras le pasaba una mano por la espalda—. Vamos, te invito a almorzar.

Por poco astuto que fuera, Pommery no ignoraba la reputación de Spike.

— No, gracias, voy a tomar un sándwich.

Spike pasó su brazo por la espalda de Pommery y lo apretó contra él.

— No me entendiste bien, no era una pregunta —susurró en su oído.

El tono no dejaba lugar a dudas. Pommery sintió el miedo crecer en él. Nunca había sido muy valiente, y mucho menos desde que sus sienes se volvieron grises.

— Pero, ¿qué quieres de mí? —preguntó tratando de controlar su voz.

Spike sintió de inmediato el miedo del agente. Estaba disfrutando. Nada como sentir el poder que uno tiene sobre alguien. Cuánto le habían hecho falta esas detenciones brutales en los barrios bajos...

— Nada, solo un pequeño favor. No te hagas el tonto, sígueme.

Pommery miró a su alrededor, esperando ver a un colega, pero solo había escasos transeúntes completamente indiferentes.

— Está bien, pero ¿qué tipo de favor es?

Spike lo soltó y le dio un golpecito en el hombro.

— Una tontería —respondió con un tono afable.

Subieron por la larga avenida y luego giraron hacia Cracker Street. Spike se detuvo frente a un viejo Hummer.

— Sube, vamos a dar una vuelta.

Pommery sintió un escalofrío recorrer su espalda. ¿Lo iba a matar? ¿Pero por qué?

— ¿Qué estás haciendo? Date prisa, tenemos que hablar. ¡Sube!

El tono ya no era amistoso en absoluto. Pommery prefirió obedecer. Spike se puso al volante y comenzó a conducir hacia la autopista sur. Regularmente giraba la cabeza hacia Pommery, disfrutando de su creciente incomodidad.

Cuando estuvieron en la autopista, Spike decidió que era hora de presionar un poco más.

— Necesito que me hagas un pequeño favor, algo entre amigos, ¿entiendes?

Pommery lo miró en silencio. Spike se colocó detrás de un camión y redujo la velocidad.

— Logan ha traído un montón de papeles de la villa de Robert Gordon, necesito que recuperes un archivo azul para mí. Algo que puedas meter en tu maletín, sin que nadie lo note.

Pommery abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Era una locura. Spike le lanzó una sonrisa amigable.

— Sabía que podía contar contigo. Eres un buen tipo, Sam.

— Pero, pero... Es una locura —balbuceó, completamente aturdido. No puedo.

Spike soltó el volante con la mano derecha y la posó en el hombro de Pommery.

— Claro que puedes, Sam. Nadie espera que alguien se atreva a hacerlo. Conoces la casa mucho mejor que yo, y conoces la falta de vigilancia de algunos. No hay cámaras dentro de Fort Knox. Era allí donde conseguía cocaína. La más barata del mercado.

Fort Knox era como llamaban al arsenal, que también servía como almacén para evidencia de todo tipo y objetos bajo custodia antes de ser enviados al palacio de justicia.

— Pero es imposible. Si alguien me atrapa, acabaré en la cárcel. Y solo me quedan dos años para jubilarme —se defendió Pommery, quien sudaba profusamente.

Spike había anticipado esta reacción. Era hora de sacar su carta secreta.

— Mantén la calma, Sam. Sobre todo, no me contradigas, somos amigos, ¿verdad?

Pommery no respondió y fijó su mirada en los autos que los adelantaban.

— Non vorrai che metta in rete i tuoi exploit sessuali con i minori, vero? Non so cosa penserebbe Logan...

Pommery sintió que la tierra se abría en dos. El infierno nunca había estado tan cerca. Miró horrorizado a Spike y creyó ver al diablo bailando en sus ojos.

— Es mentira. Nunca, nunca he tocado a un chico —dijo con voz aguda. No es cierto.

Spike se divertía. Era patético.

— Ho il file video, vecchio pervertito, e ho anche il ragazzo con cui sei andato a letto pronto a testimoniare. Controlla la loro età la prossima volta!

Spike no aveva idea di come i suoi sponsor fossero riusciti a scovare tutto questo, ma una cosa era certa: questi ragazzi erano davvero bravi.

— Sono fregato. Qualunque cosa faccia, sono fregato", si lamentò Pommery.

— No, non prendermi per il culo, non c'è motivo che qualcuno scopra che sei dipendente dai ragazzini.

— Non ho mai toccato un ragazzino! Sono solo uomini che incontro nei bar. Giovani, sì, ma non ho mai pensato...

— Detente. No tienes que justificarte, no soy tu juez y francamente, no me importan tus historias de sexo. Solo quiero que me hagas un pequeño favor. ¿Entendido?

Los patrocinadores de Spike fueron muy claros. No debía permitir que Pommery flaqueara. El miedo era, sin duda, una buena herramienta, pero el deseo de ganancia serviría mucho mejor a sus intereses.

— Y además, si logras hacerlo, además de poder seguir divirtiéndote con los chicos, recibirás treinta mil dólares. ¿No está mal, verdad?

A Pommery le importaba poco. Tenía la mente demasiado nublada para darse cuenta de la cantidad, pero una vez calmado, Spike estaba seguro de que eso lo motivaría en su misión.

— Bien, te llevaré de vuelta al trabajo. La mitad de los equipos se fue a almorzar, es ahora o nunca, dijo Spike, quien salió de la autopista para regresar a la ciudad.

— ¿Ahora? — Pommery casi se atragantó.

La risa demoníaca de Spike fue su única respuesta.

— Hola, mi amor, dijo Logan.

Al otro lado del teléfono, Hurley rodó los ojos:

— Hola, sheriff, ¿a qué se debe este entusiasmo?

— El alcalde vino a reprenderme, pero se fue con el rabo entre las piernas.

Comenzó a contarle la mañana. Una vez más, Hurley quedó impresionada por la determinación de su hombre. Aunque a veces odiaba su carácter, era también lo que más valoraba en él. Habría pagado mucho por ser una mosca y ver al alcalde desinflarse como un globo.

— De hecho, todo esto se dirigirá al FBI, y yo personalmente retomaré el caso de John Doe.

A pesar de que Hurley había avanzado en sus investigaciones sobre Gordon: un abogado brillante y un gran filántropo que se dedicaba incansablemente a las organizaciones de reintegración de la ciudad. Pero sus primeras investigaciones en Seattle le proporcionaron información mucho más interesante. Gordon también, a través de empresas offshore, era accionista de una importante propiedad inmobiliaria (hoteles, residencias de vacaciones) distribuida por toda la costa de California. Sería una lástima dejar el caso en manos de otros.

Pero no dudaba de que sus colegas de Seattle lo harían tan bien como ella podría haberlo hecho. No tenía intención de socavar a su hombre. Iba a olvidar toda esta historia por ahora y ocuparse activamente del cadáver del vagabundo.

— Admite que todo esto te conviene, dijo Hurley.

Siempre un poco paranoico por teléfono, Logan prefirió mentir.

— Pero para nada, ninguna investigación me asusta.

El adorable idiota. Estaba claro que el caso Gordon era un enigma insondable. Meterse en él era correr el riesgo de no poder salir.

— Bueno, supongo que no me estás llamando por nada.

— ¡Por supuesto que no! Solo quiero almorzar contigo y los tres Stooges. Se van esta tarde y Dios sabe cuándo los volveremos a ver.

Hurley no pudo evitar sonreír. Logan quería olvidar su mal humor de la mañana. Aunque no había dicho nada ofensivo, todos habían sentido su irritación.

— De acuerdo, déjame ponerme una braguita y estaré allí. Te amo.

Colgó el teléfono, contenta con su pequeña broma. Se sentía eufórica. La noche anterior le había recordado momentos tan buenos que estaba encantada de ver a sus tres colegas una última vez antes de que regresaran a Seattle.

Afuera, el aire era suave, casi cálido. Con paso decidido, se dirigió a su coche estacionado frente a la casa. Eran las 13 horas pasadas por unos minutos cuando llegó a las afueras de la comisaría. Su mirada fue inmediatamente atraída por una silueta que no podía haber olvidado. Clark Spike. El ex policía al que Logan había forzado a renunciar. Estaba en la acera hablando con un anciano. Luego lo abrazó.

Su padre, dedujo Hurley. Lo que demostraba que incluso los jóvenes inexpertos podían tener fuertes lazos familiares.

Hizo un pequeño gesto con la cabeza y continuó conduciendo hasta la comisaría cercana.

Cuando entró en el edificio, ya había olvidado esa escena.

Logan la esperaba en la recepción, listo para irse.

— Hola, Rudy — dijo Hurley saludando al empleado de recepción.

— Hola, Jessica, ¿que disfrutes tu comida!

A Logan no le gustaba que los vieran juntos, él y Hurley, pero hoy estaba de buen humor. Pasó su brazo alrededor de la cintura de su compañera y se fueron juntos como amantes.

— ¿Y los tres Stooges? — preguntó Hurley.

— Ya nos están esperando en el restaurante.

Subieron al Cherokee. Logan encendió un cigarrillo.

— No estoy descontento con cómo van las cosas — se felicitó mientras bajaba la ventanilla.

— Yo sí — respondió Hurley. Me habría gustado trabajar en este caso. La muerte de Gordon es un enigma como los que me gustan.

— Sabes, no hay mucho misterio. Este tipo era multimillonario y al parecer tenía participaciones en un montón de empresas. Probablemente estuvo involucrado en tratos financieros más o menos turbios. Tal vez intentó estafar a uno de sus socios y eso es todo.

— ¿Y eso es todo? — respondió Hurley.

— Bueno, alguien puso precio a su cabeza y fin de la función.

El semáforo se puso en verde, y Logan volvió su atención a la carretera.

— Me encanta tu capacidad de síntesis. ¡Siempre todo es tan sencillo contigo! — bromeó ella. Pero una vez que dices eso, no has dicho nada. ¿Qué motivo podrían haber tenido sus socios para eliminarlo? ¿Qué hizo él para ponerlos en su contra? Y sobre todo, ¿por qué olvidar el expediente en su maletero?

Esa era la verdadera pregunta. Logan lo sabía, pero había reflexionado sobre el asunto.

— Porque nadie debía saber, aparte de Hilton, que el expediente estaba ahí. Eso lo excluye de la lista de sospechosos. Pero estoy seguro de que el FBI encontrará muchos otros.

— Posiblemente. Pero sinceramente, me habría gustado trabajar en esto — repitió mientras giraban hacia Spencer Park.

— Escucha, si quieres, te asigno el caso de John Doe. Y nunca somos demasiados para encontrar al culpable.

Lo habían mencionado vagamente la noche anterior, pero Logan rápidamente puso fin a las conversaciones de trabajo para volver a temas más ligeros y, francamente, más íntimos.

— Cuéntame más.

— Blake fue a la morgue a tomar fotos del cadáver. Las comparará con la base de datos de personas desaparecidas y demás. Veremos qué sale de eso. De todos modos, si quieres jugar a ser detective en esto, estoy dispuesto. Porque temo que nunca encontraremos al asesino.

Hurley sabía que las posibilidades de resolver el asesinato de un crimen sin motivo aparente eran casi nulas. Sin evidencia física ni testigos, era como buscar una aguja en un pajar.

— De acuerdo, estoy dentro.

Logan estaba seguro de que no llegarían a ninguna parte, pero si eso la hacía feliz...

Diez minutos después, se encontraron con Blake, Moore y Freeman en el O'Toole's Beef. Habían tomado una mesa frente a una ventana que daba a un pequeño jardín.

— ¡Hola, justiciero! ¿Entonces, solo quedan unas horas antes de que te retiren del cargo? — bromeó Freeman.

— ¡Oh, para nada! Les paso la antorcha. Nuestro alcalde está muerto de miedo por lo que

pueda haber en el expediente de nuestro querido abogado. No quiere tener nada que ver con esto.

— Es agradable ver que aquí en River Falls saben apreciar los métodos del FBI — respondió Freeman.

— Hablas en serio, no les importa en absoluto, solo prefieren no estar cerca cuando la cosa explote. Eres un astuto, Mike — dijo Moore, no convencido de que fuera idea del alcalde.

— Piensa lo que quieras, pero en cualquier caso, no ocultaré que me viene bien.

Todos sonrieron. Una camarera llegó y tomó sus pedidos.

— Por cierto, volví a la morgue, tomé fotos de John Doe, con y sin barba. Incluso le corté el pelo — dijo Blake.

— ¡Qué delicadeza! — se burló Freeman.

— ¿Y lograste obtener el nombre de la persona que encontró el cuerpo? — preguntó Logan.

— Una llamada anónima — indicó Blake, y añadió: Y antes de que me hagas la pregunta, sí, hice una solicitud urgente al proveedor de telefonía para saber de dónde provenía la llamada y obtuve un nombre. Y hablando de pasar la antorcha, con gusto te la paso a ti.

Sacó una tarjeta con un número de teléfono móvil y el nombre de Lens Wagner.

— Esto es una muy buena noticia, tenemos nuestro primer sospechoso — dijo Logan, emocionado.

La camarera regresó con una bandeja y colocó en la mesa los aperitivos y una selección de galletas saladas.

— Ojalá fuera tan sencillo — dijo Hurley con escepticismo.

Las estadísticas mostraban que el autor de un crimen a menudo era la persona que alertaba a las autoridades.

— No digas tonterías. Eres tú la que espera que sea mucho más complicado. La facilidad nunca ha sido lo tuyo — afirmó Freeman, señalando a Logan con un pequeño gesto de cabeza.

Hubo algunas risas.

— Punto para ti — admitió ella mientras bajaba la mirada hacia su copa.

Afuera, hubo un fuerte claxon seguido de gritos. Sus miradas se dirigieron más allá del jardín. Era solo un joven skater que casi es atropellado por un automóvil cuyo conductor ahora lo insultaba, llamándolo de todo.

— Entonces, ¿estás ansiosa por volver a Seattle? — preguntó Blake metiendo deliberadamente la pata.

Todas las miradas se posaron en Hurley.

— Es complicado, preferiría no hablar de eso por ahora — dijo ella.

Blake estaba convencido de que el lugar de Hurley estaba en Seattle. Había esperado que esta oportunidad que le brindaba le diera el coraje de revelar lo que realmente pensaba. No es que quisiera romper la relación que ella tenía con Logan, pero realmente la consideraba una amiga y la extrañaba más de lo que jamás hubiera imaginado.

— Nathan, tienes un don para arruinar el ambiente. Yo que esperaba con ansias almorzar contigo — lo regañó Logan.

— Lo siento, pero tendrás que acostumbrarte. En menos de un mes, ella estará de regreso entre nosotros.

Logan sintió un nudo en el estómago. Al final, este pequeño almuerzo había sido una muy mala idea.

— Nada está decidido, y de todos modos, esto solo nos concierne a Mike y a mí, así que si pudiéramos hablar de algo más... — respondió Hurley.

Discretamente, colocó una mano cariñosa en el muslo de Logan.

— Por cierto, si a alguien le interesa, recibí una carta de Sarah Kent hace un mes. Dejó sus estudios y se fue a tomar un respiro a Inglaterra — agregó. Parecía bastante tranquila.

Sarah Kent, la que había traído la desgracia a River Falls la primavera pasada.

— Me alegra por ella. Pobre chica, la prensa no fue amable con ella — reconoció Moore.

— Tiene carácter esa chica, no es del tipo que se deja aplastar por los idiotas — añadió Logan.

Recordó que ella lo había visitado varias veces en el hospital después del drama que lo había mantenido postrado en la cama durante muchos días. De repente, sus problemas de pareja le parecieron insignificantes en comparación con lo que había soportado la joven. ¡Hurley era increíble! Realmente era la mejor para calmarlo.

— ¡Oh, mira esto! Nos vamos a deleitar — exclamó Freeman al ver llegar sus platos bien servidos.

La atmósfera se calentó de inmediato y la conversación volvió a temas mucho más ligeros.

*

Durante la pausa del almuerzo, la plantilla se redujo al mínimo. Pommery regresó a la comisaría con un sándwich, bajo la mirada amigable de Rudy Spencer, el recepcionista.

— Deberías aprovechar el sol. Tan pronto como el clima se ponga gris, no lo veremos de nuevo en mucho tiempo.

Pommery esbozó una sonrisa forzada.

— No me siento bien, prefiero quedarme adentro.

— ¿Quieres ver a un médico?

— No, estaré bien, gracias — respondió Pommery, quien sudaba profusamente.

Spencer pudo ver que Pommery tenía un problema.

— Mira, solo estoy un poco cansado. Voy a comer esto tranquilo adentro, eso es todo — se excusó Pommery, señalando su sándwich. Nos vemos.

Spencer lo siguió con la mirada, dudando si hacerle otra pregunta, y finalmente regresó a su revista.

Pommery pasó por los escritorios de los pocos agentes que todavía estaban presentes, quienes le saludaron distraídamente. Luego bajó por la escalera central que conducía al sótano. Fue allí donde se encontró la armería, protegida por una puerta blindada cuyo código era conocido por muy pocos.

Pommery estaba entre los afortunados que lo sabían. Una de sus tareas ingratos era hacer un inventario semanal de las armas y municiones. No es que hubiera un arsenal muy grande, pero había una variedad de objetos incautados de los delincuentes de la ciudad.

Ingresó el código de apertura de la puerta. Sin hacer ruido, la luz indicadora cambió a verde. Pommery echó un vistazo detrás de él pero no vio a nadie en el pasillo que conducía a la escalera. El sudor goteaba por su frente, sentía su camisa empapada en la espalda. Con las manos sudorosas, se obligó a cerrar los ojos y tomar coraje.

— Puedes hacerlo, puedes hacerlo — murmuró entre dientes.

Nunca había tenido tanto miedo en su vida.

No le importaba admitir que era culpable de atentado al pudor y tal vez incluso de abusar de una menor, si ese canalla de Spike tenía razón; por otra parte, no se podía quitar el hecho de que

siempre había sido un policía ejemplar y nunca había hecho nada malo. Siempre siguiendo los procedimientos, nunca vacilando, aceptando todas las órdenes, por dolorosas que fueran.

También soportó las miradas tiernas, despectivas o incómodas de sus colegas. En más de cuarenta años en la fuerza, nunca se quejó. Y hoy iba a traicionar lo que había creído toda su vida.

No puedo, ¡no puedo! se dijo a sí mismo mientras mantenía la mano en la manija de la puerta blindada.

Pero la imagen de Spike y sus amenazas regresaron como un latigazo. La idea de que sus relaciones pudieran ser reveladas a toda la ciudad lo paralizó. ¿Por qué? ¡¿Por qué?! Estaba al borde de un ataque de nervios. Como un sonámbulo, accionó la manija y empujó la pesada puerta.

Cálmate, respira, todo saldrá bien. Acababa de hacer lo más difícil.

Encendió la luz y entró en el depósito de armas. Todo estaba en su lugar. Rifles, escopetas, pistolas, alineados en la pared. Las incautaciones del día estaban en un rincón, a la izquierda. Dos cajas apiladas. Los sellos de la villa Gordon.

Jadeando, se secó las manos en su pantalón y abrió la primera caja. Sus ojos se posaron de inmediato en una voluminosa carpeta azul. La suerte estaba de su lado. Se quedó mirándola durante unos segundos sin poder tocarla. Miró una última vez afuera. Nadie a la vista. Era ahora o nunca. Rompió la bolsa de plástico que contenía la carpeta. Su decisión estaba tomada. Había tomado la única elección posible. La menos insoportable. No dudaba de que, pase lo que pase, no podrá salir de esto, ¡pero prefería ser sospechoso de obstrucción a la justicia que de pedofilia!

Puso la carpeta en una bolsa de Walmart que tenía debajo de su camisa y cerró la caja. Con el sudor que le brotaba de los dedos, sus huellas dactilares serían muy fáciles de identificar. De todos modos, ya había demasiados testigos que lo habían visto dirigirse hacia la escalera que conducía al sótano. Miró alrededor una vez más y, antes de abandonar la armería, hizo un último "préstamo" que apenas entró en su bolsa de compras.

De manera sorprendente, se sentía casi sereno. El sudor ya no le corría por la frente y sus manos ya no estaban sudorosas. Había pasado toda su vida temiendo que alguien descubriera su secreto. Una vida de ocultar una sexualidad atípica en una ciudad conservadora, arraigada en valores cristianos. Ahora sabía lo que tenía que hacer.

Subió las escaleras con una sonrisa en los labios. Cruzó todo el edificio de la comisaría con la bolsa de Walmart en la mano. Nadie le hizo preguntas. Era como parte del mobiliario. A todos les caía bien Pommery, pero nadie realmente le prestaba atención. A menudo lo lamentaba, pero ese era su oportunidad en este día memorable.

En la recepción, Spencer seguía absorto en su revista.

— Al final, voy a tomar un poco de aire, me hará bien — dijo Pommery.

Spencer levantó la vista y le sonrió. Estaba leyendo un artículo sobre los últimos escándalos de Britney Spears. Notó la bolsa, pero no le dio importancia.

— Hasta luego — respondió mientras volvía a sumergirse en su revista.

Por reflejo, el aire cálido y seco de la calle le hizo temblar. Sin detenerse, Pommery se alejó de la comisaría. Caminó por Wilson Avenue y vio a Spike en la esquina de Brown Street, esperándolo sentado en un banco.

Pommery se sentó a su lado, sorprendido de seguir tan tranquilo.

— Aquí tienes, tengo lo que me pediste — dijo, dejando la bolsa a los pies de Spike.

El ex policía escudriñó el entorno, mostrando signos de nerviosismo.

— ¿Estás seguro de que nadie te vio?

Pommery disfrutó de este cambio de roles. Spike ya no se mostraba tan seguro ahora que el crimen estaba consumado.

— Creo que sí, al menos eso espero — respondió, aunque en realidad no tenía dudas.

Spike lo miró con intensidad. No sabía a qué estaba jugando Pommery.

— Si intentas traicionarme, juro que te destrozaré como a ese maldito Larry Brooks.

Pommery no tomó la amenaza en serio. Spike era solo un fanfarrón. No tenía nada de un asesino.

— ¿Crees que llevo un micrófono encima?

Spike se pasó la mano por la parte inferior de la cara. No le gustaba nada esto. Pommery ya no era el mismo hombre. En lugar de temblar y sudar profusamente, se mantenía tranquilo como si no hubiera hecho nada grave.

— Si es así, estás muerto.

Esta segunda amenaza no tuvo más efecto que la primera.

— No hay trampa, Clark. Hice lo que me dijiste. Ahora solo quiero que me prometas que nunca difundirás ese video.

Spike no notó ninguna señal sospechosa en el entorno. El flujo de autos era normal, los conductores y peatones parecían concentrados en sus asuntos.

— Prometido, soy un hombre de palabra. Nunca me acosté con un colega.

— Te creo — dijo Pommery, aunque de todas formas no tenía otra opción.

— Por el dinero, me pondré en contacto contigo en unos días. Si Logan empieza a sospechar de ti, no sería muy inteligente que descubriera un montón de dinero en efectivo o en tu cuenta bancaria.

Eso ni siquiera había cruzado la mente de Pommery. Le importaba poco.

— Claro, entiendo.

Spike no dudaba de su inteligencia para entenderlo, pero parecía que a Pommery no le importaba demasiado. ¿Qué estás tramando, viejo pedófilo? Gritó Spike en su interior.

— Bueno, ahora regresa al trabajo y, sobre todo, no le cuentes a nadie lo que acaba de pasar. Si Logan te interroga y te presiona, niega todo y pide un abogado. Nuestros amigos tienen los medios para conseguirte el mejor. No corres ningún riesgo. Te aseguraste de no dejar huellas en el lugar, ¿verdad?

Pommery no parpadeó.

— Por supuesto.

Spike no encontró ningún rastro de engaño en su respuesta. Tal vez estaba pensando demasiado. Después de todo, Pommery había cumplido con su misión, ya no tenía por qué tener miedo.

— Sabía que podíamos contar contigo — dijo Spike, finalmente tomando la bolsa.

Se levantó, sintió cómo su corazón latía a toda velocidad. La sensación de estar siendo vigilado era abominable. Si Pommery le hubiera tendido una trampa, no evitaría un juicio, y Logan se deleitaría en ponerlo tras las rejas. Pero nada sucedió. No hubo sirenas de coches, ningún escuadrón de policía.

"Está bien, todo está normal", pensó aliviado. Subió por la Avenida Wilson y se dirigió tranquilamente hacia su viejo Hummer. Una vez que abandonó el barrio, dejó salir su alegría. ¡Acababa de ganar cincuenta mil dólares! No tenía idea de lo que contenía ese expediente, pero una cosa era segura, la información que contenía debía ser de vital importancia para que alguien

gastara tanto para recuperarla.

Se puso a reír tontamente. ¡Finalmente podría comprarse un 4x4 en perfecto estado! ¡La vida era realmente genial!

Finalmente, la comida transcurrió en un ambiente amigable. Logan había bebido un poco de más, pero nadie lo detendría por conducir bajo los efectos del alcohol.

— Sabes, tienes que disculparme por mi comportamiento. Estuve un poco estresado estos últimos dos días.

Hurley, sentada en el asiento del pasajero, miraba pasar las tiendas.

— Sí, seguramente, y el hecho de que pueda regresar a Seattle no tiene nada que ver con todo esto, por supuesto.

Logan hizo una extraña mueca.

— Tal vez un poco, pero realmente no creo que puedas irte.

Nada como la autosugestión. Ilusionarse hasta distorsionar la realidad.

— Y si regreso a Seattle, ¿por qué querrías que eso ponga fin a nuestra relación? Hay muchas parejas que solo se ven los fines de semana.

Y aquí estaba, comenzando a argumentar sobre su partida. Estaba perdido.

— Porque en el FBI, "fin de semana" es una palabra que no existe.

No era del todo cierto, pero tampoco era falso, Hurley lo admitió para sí misma.

— De todos modos, no he tomado mi decisión. Todavía tenemos tiempo para discutirlo. Pero debes saber una cosa, me quedaré definitivamente en River Falls solo si finalmente me explicas por qué me dejaste hace tres años.

Las manos de Logan se tensaron en el volante. Realmente creyó que nunca le haría esa pregunta de nuevo. No preguntó nada en los días siguientes a su agresión. Cuando finalmente pudo regresar a casa, ella hizo todo lo posible para evitar cualquier conflicto. Luego pasaron semanas y meses...

— ¿Para qué servirá eso? Es pasado, ¿verdad? —respondió incómodo.

Hurley cruzó los brazos y negó con la cabeza.

— No se construye un futuro en base a secretos. Me dejaste una vez sin que yo entendiera la razón, no correré el riesgo de que lo hagas de nuevo.

Logan esbozó una pequeña sonrisa triste. Soltó el volante durante dos segundos, sacó un cigarrillo de su paquete y lo colocó entre sus labios antes de encenderlo.

— Está bien, hablaremos de eso cuando llegue el momento. Pero me gustaría que tomes tu decisión antes de que te explique mis razones.

— De acuerdo, pero si te echas atrás, independientemente de mi elección, te juro que te arrepentirás amargamente.

Logan no veía lo que podría ser peor que su partida.

— No te preocupes, una promesa es una promesa.

Hurley suspiró y pasó una mano por su cabello.

— Creo que no te imaginas cuánto me dolió cuando te fuiste.

A Logan no le gustaba que ella volviera a hablar de ese período. Hasta ahora, siempre había logrado evitar ese tipo de discusión, y este no era ni el lugar ni el momento.

— Bueno, hemos llegado —dijo al ver la comisaría.

Hurley no insistió.

— Por cierto, respecto a John Doe, creo que lo mejor es que trabaje con uno de tus tenientes.

Logan había planeado hacerlo personalmente. Lo antes posible. Estacionó la Cherokee en el

estacionamiento y apagó el motor.

— ¿No quieres trabajar conmigo?

— Te recuerdo que oficialmente estoy de vacaciones, y todos aquí lo saben —dijo señalando el edificio—. Siempre habrá gente que dirá que no confías en sus habilidades.

No lo había visto desde ese punto de vista, pero una vez más, ella tenía razón.

— Pediré a Blanchett que dirija la investigación. Le agradas.

Hurley asintió con la cabeza y ocultó una sonrisa. De entre todos sus tenientes, había elegido a la única mujer. Celos masculinos.

Eran las 14:30. La mayoría de los agentes habían regresado de almorzar. Mientras Logan y Hurley ingresaban a la comisaría, el teniente Heldfield se acercó corriendo hacia ellos.

— Me alegra verlos, sheriff. Hilton es un verdadero bastardo. Nunca creí que alguien tan detestable pudiera parecer tan estricto y elegante.

Logan había encomendado a sus agentes que vigilaran a Hilton para asegurarse de que no hiciera ninguna tontería durante su detención.

— Me encargaré de eso, voy enseguida.

Vio a Blanchett sentada en su escritorio hablando por teléfono. Con un gesto, ella le indicó que no tardaría mucho. La alcanzó después de atravesar el laberinto de oficinas dispuestas en la gran sala.

— Sí, señora Delanoy, no hay problema, nos ocuparemos de eso, adiós —dijo antes de colgar.

Ella soltó un suspiro ruidoso mientras levantaba los ojos al cielo.

— Una loca que piensa que su vecino la observa mientras duerme. Llama una vez a la semana. —Reconoció a Hurley detrás de Logan.— Hola, Jessica, ¿cómo estás?

— Muy bien, ¿y tú?

— Si tan solo todos los locos pudieran ser internados, seguramente estaríamos mejor.

Logan se sentó en el borde del escritorio y notó la foto de la hija de Blanchett, una linda niña sonriente.

— Tania, no voy a tener tiempo para ocuparme de John Doe, te encargo llevar a cabo las investigaciones, y si no te importa, la agente Hurley le gustaría colaborar con nosotros.

Blanchett encontró conmovedora la forma en que Logan planteó las cosas. ¡La agente Hurley!

— No hay problema. No seré yo quien se queje de tener demasiada gente. Nunca tenemos suficientes para atrapar criminales.

— Muy bien, bueno, los dejo, voy a visitar a nuestro invitado de honor.

Dejando a las dos mujeres allí, cruzó el espacio abierto antes de tomar el pasillo que llevaba al fondo de la comisaría.

— ... ¡rindan cuentas! Tengo buena memoria, agente Olson. Puedo...

— ¡Cierra la boca, nos estás molestando! —tronó Logan al entrar en la habitación donde estaba detenido Hilton.

El sargento Brian Olson, sentado frente a las celdas, había estado soportando los insultos del detenido.

— Brian, puedes irte, yo me encargo.

El sargento no necesitó que se lo dijeran dos veces. Desapareció de inmediato.

— Mi abogado te destrozará, nunca podrás volver a poner un pie en River Falls —atacó Hilton acercándose a los barrotes.

Logan se sentó tranquilamente frente a él y encendió un cigarrillo.

— ¿Te crees muy listo? —continuó el acusado—. Pero no eres nada. Te aplastaré como el miserable insecto que eres.

— No me intimidas, señor Hilton. He doblegado a personas mucho más duras que usted, respondió Logan, siempre imperturbable. El dinero no puede comprarlo todo. Cree que sus amigos lo respaldarán en esta prueba, pero está completamente equivocado. Serán los primeros en abandonarlo. Todas las irregularidades que descubramos recaerán sobre usted. Supongo que sus amigos que aún están en libertad están borrando las huellas de sus fechorías, asegurándose de dejar las suyas.

— ¡Cállate! —gritó Hilton sacudiendo los barrotes como un demente.

Logan disfrutaba de la visión de un poderoso cayendo de su pedestal.

— Cuando el FBI decide llevar a cabo una investigación a fondo, nada puede detenerlo. El hecho de que sea una eminencia en River Falls los impresiona tanto como el grito de un mosquito.

Logan nunca había escuchado a un mosquito gritar, pero le gustaba la imagen.

— ¡Cállate, idiota! —insultó Hilton.

Su pequeño monólogo lo había afectado de todos modos. Hilton era un depredador que solo conocía una ley, la del más fuerte. La ley de la selva. Pero en la jungla, un animal herido nunca es cuidado, todo lo contrario, es dejado a la manada de carroñeros, dándole al clan tiempo para escapar.

Si Logan hubiera tenido una propensión un poco más alta a la empatía, tal vez habría sentido lástima por Hilton. Pero lo que sentía era un placer intenso. Odiaba a este tipo de personas. Esos tipos que se llenaban los bolsillos y pregonaban un montón de valores morales, cuando en realidad eran lo peor de la humanidad.

— Si me prometes que no se va a suicidar, puedo ahorrarle la humillación de la vigilancia.

En realidad, odiaba tanto a este hombre que ya no le importaba si ponía fin a su vida. Eso causaría mala impresión y no era muy caritativo, pero no le importaba. Si Hurley hubiera podido leer sus pensamientos, habría estado horrorizada. Afortunadamente, la telepatía seguía siendo parte de la ciencia ficción.

— Déjame, vete. Avísame solo cuando llegue mi abogado.

Hilton se había asegurado los servicios de un destacado abogado de Los Ángeles, conocido por defender a todo tipo de delincuentes de cuello blanco, muchos de los cuales salían sin cargos.

Logan aplastó su cigarrillo en el suelo y arrojó la colilla en la papelería. Dirigió una última mirada a Hilton y disfrutó sin remordimientos al ver cierta angustia en sus ojos.

*

Blanchett estacionó el Corvette frente a uno de los edificios más antiguos de River Falls: la casa de Lens Wagner, uno de los últimos magnates de la industria maderera en la región, ubicada al norte, en los límites de la ciudad. Más allá, el bosque reclamaba su territorio.

Debido a la competencia con el gigante canadiense, solo unas pocas empresas familiares habían resistido la disminución de la demanda. Las demás habían cerrado. Muchos edificios abandonados eran el refugio de algunos marginados.

Hurley salió del coche y observó el movimiento de las nubes que aparecían al este.

— Un buen clima no podía durar —dijo Blanchett acercándose a ella.

— Mientras no llueva.

Como para contradecirla, una ráfaga de viento agudo la hizo estremecer. Las nubes estarían sobre sus cabezas antes de que terminara su inspección.

La casa de Wagner tenía tres pisos. Debió de haber sido magnífica en algún momento, pero había perdido su esplendor de antaño. Se podía notar un esfuerzo por parte de los propietarios por mantenerla en pie, pero necesitaría una importante renovación.

Antes de que las dos mujeres tuvieran la oportunidad de tocar el timbre de la puerta, esta se abrió y un hombre de unos cincuenta años apareció. Vestía overoles de mezclilla, una camisa a cuadros y botas de goma; era la viva imagen de un leñador.

Hurley se contuvo la risa mordiéndose el interior de la mejilla. Sintió que el hombre no era del tipo que bromeaba.

— ¿Qué quieren? Si es para pedir madera, deben ir a la oficina en la ciudad —dijo Wagner desde el porche de su casa.

— No, soy la teniente Tania Blanchett, vengo a hacerle una o dos preguntas sobre el cadáver que descubrió.

Ya de por sí poco amigable, el rostro de Wagner se cerró aún más.

— ¿Qué quiere saber? No pensé que haciendo mi deber de ciudadano estadounidense, tendría a la policía encima mío —dijo con un tono que apenas ocultaba su desprecio.

"Olvidas que hiciste una llamada anónima", se guardó Hurley de responder.

— No se preocupe, no nos llevará mucho tiempo, solo una o dos preguntas más —repitió Blanchett.

Hurley se preguntó si el desprecio mostrado por Wagner podría deberse al color de piel de la teniente.

— ¿Y quién es ella? —dijo señalándola con la cabeza.

No. No era racista. ¡Simplemente misógino!

— Agente Jessica Hurley, del FBI —respondió.

El rostro de Wagner se oscureció aún más.

— No me diga que me acusa de haberlo matado.

— No pensamos nada parecido. Al contrario, esperamos que pueda ayudarnos a encontrar a su asesino —continuó Blanchett.

La arrogancia dio paso a la sorpresa. Hurley no tenía ninguna duda sobre su inocencia. Una mujer apareció detrás de él.

— Lens, ¿hay un problema?

— No, entra, no es nada.

La mujer los observó un momento, indecisa, y luego volvió a entrar cerrando la puerta detrás de ella.

— ¿Qué quiere saber exactamente? —preguntó acercándose a ellas.

— ¿A qué hora exactamente encontró el cuerpo y podría mostrarnos el lugar? —preguntó Blanchett.

Wagner pareció sumirse en una larga reflexión antes de asentir con la cabeza. Dio media vuelta, entró en su casa y salió dos minutos después con un sombrero de ala ancha. Se puso una vieja parka y llamó a su perro, un hermoso labrador.

— Vamos, Jumper, no muerdas a estas damas, no son carne de calidad —se burló mientras se acercaba a las dos investigadoras.

Hurley adoraba a los perros. Se inclinó hacia el labrador.

— Es hermoso.

Acercó su mano suavemente y le acarició el hocico. El animal no se inmutó y pareció disfrutarlo.

— Normalmente, no le gustan los desconocidos.

Una mujer quien le gustaban los perros no podía ser completamente idiota, pensó mientras sacaba un cigarrillo enrollado de su bolsillo. Lo encendió y señaló su 4x4 con la mano.

— Suban conmigo. El camino está en mal estado. No quisiera que me acusen de haber arruinado su coche a propósito.

— No le queremos hacer ningún daño, señor Wagner —intentó tranquilizarlo Blanchett poniéndose frente a él.

Wagner no se movió ni un centímetro. Carraspeó y escupió saliva a un lado.

— Claro —dijo, poco convencido—. Solo piensan que maté a uno de esos vagabundos que merodean por aquí. ¿Por qué debería preocuparme?

Blanchett comprendió que no iba a cambiar de opinión sobre el asunto. Decidió bajar el perfil. Por ahora, todavía necesitaban a este hombre.

Subieron al 4x4, las dos mujeres en la parte trasera, Wagner al volante y el perro en el asiento del pasajero.

— Está a unos quince minutos de aquí. Los lunes por la mañana, suelo dar una vuelta por la zona.

Blanchett reemplazó "dar una vuelta" por "cazar". Hurley por "cazar furtivamente". Se miraron y sonrieron al darse cuenta de que habían tenido la misma idea.

Tomaron un pequeño camino de tierra que se adentraba en el bosque siguiendo el río. Wagner encendió la radio y una música country llenó el habitáculo. A medida que avanzaban, el camino se volvía más caótico y la visibilidad disminuía. Los árboles los rodeaban por todas partes. Era difícil imaginar que una ciudad como River Falls estuviera a menos de diez millas de distancia.

En una pequeña claridad, vieron un cielo que se llenaba de densas nubes.

— ¿Por qué no llamó a la policía? —preguntó Hurley.

Wagner bajó el volumen de la radio.

— ¿Por qué debería haberlo hecho? El tipo debió caer del puente. Saben, yo no soy de sentimentalismos. Los vagabundos son malditos borrachos que viven robando y cazando furtivamente. ¿Por qué vienen a fastidiarnos aquí? ¿No pueden arrastrar sus caras sucias hasta la costa?

Si Hurley no hubiera estado convencida de su inocencia, lo habría convertido en su principal sospechoso.

— Su rostro está marcado por golpes. Es imposible que no lo haya notado.

Wagner soltó una risa estruendosa.

— Se pasan el tiempo peleándose. No creas que se tienen respeto mutuo. Sabes, lo que pienso es que se peleó con otro idiota de su tipo y que el otro lo arrojó al vacío. Y el asesinato de un vagabundo no merece que llamemos a la policía.

Blanchett apenas podía contenerse de explotar. Afortunadamente, Hurley la instaba a mantener la calma.

— ¿Hay muchos por aquí? —preguntó Hurley.

Wagner encogió los hombros.

— ¡Quién sabe! Hay un montón de ellos que se quedan en las antiguas aserraderos. No sé de qué viven. Tengo que vigilar mis máquinas para que esos hijos de puta no me las roben. Y

cuando uno de ellos muere, no voy a llorar en su tumba.

— ¿Entonces por qué alertó al hospital? —intervino Blanchett.

Wagner percibió la ira contenida de la teniente. Cruzó miradas con ella en el espejo retrovisor y no le gustó lo que vio.

— Fue mi esposa la que me obligó.

— ¿Ella estaba contigo? —preguntó Hurley.

— ¡Claro que no! Pero cuando le conté lo que había visto, me dijo que no podíamos dejar a un hombre sin sepultura —dijo Wagner—. Sabes, yo también soy un fiel seguidor de la iglesia, pero estos tipos no tienen lugar en el paraíso.

Claramente, Wagner no se andaba con medias tintas. Hurley se preguntó qué había vivido para albergar tanto odio en su interior.

— Miren, ya casi llegamos —añadió, señalando un antiguo puente de madera que cruzaba el río en su parte más estrecha.

Hubo un silencio. Wagner se detuvo poco después, al borde de la carretera.

— Aquí estamos —indicó, señalando un punto aguas abajo del puente, en la orilla.

El viento soplaba fuerte. Las nubes habían cubierto casi por completo el cielo. A su alrededor, altos abetos negros hacían guardia. El lugar perfecto para un asesinato.

Hurley notó de inmediato que el puente, aunque lo suficientemente alto para que los barcos de carga mediana pudieran pasar con su carga de madera, no era lo suficientemente alto como para que un hombre se matara al caer sobre la barandilla.

Se acordó entonces de que Logan le había dicho que John Doe no tenía agua en los pulmones. Ya estaba muerto.

Ligeras gotas comenzaron a caer. El perro comenzó a ladrar al cielo.

— ¡Jumper! —gritó Wagner.

El perro agitó la cola y comenzó a jadear mientras se acercaba a su dueño.

— Estaba medio sumergido. Estaba atrapado contra ese tronco —explicó Wagner.

Hurley y Blanchett se acercaron a la formación natural. Tendrían que peinar cuidadosamente la zona. Hurley pensó en llamar a Blake, pero se dio cuenta de inmediato de que el FBI no enviaría a nadie. Eso no era de su competencia, a menos que Logan los llamara, pero era poco probable. Estaba a punto de ser despojado del caso Gordon y no podía permitirse dar la impresión de la incompetencia de los servicios de policía locales una vez más.

Blanchett examinó la zona con la mirada y luego cruzó el puente. Wagner la siguió, con su perro siguiéndole de cerca.

— ¿Se sigue utilizando este puente? —preguntó.

Habiendo vivido siempre en River Falls, creía conocer cada rincón. Sin embargo, tuvo que admitir que esta parte era desconocida para ella.

— No, no lo haría pasar un coche ni por todo el oro del mundo —dijo, golpeando fuertemente la barandilla.

La madera crujió fuertemente. Blanchett temió por un momento que el puente se derrumbara. Pero nada sucedió. Avanzó con precaución, con la mirada puesta en el otro lado del río.

— ¿Qué hay al otro lado? —preguntó.

— Aserraderos abandonados —respondió Wagner.

Hurley se les unió. No encontró nada en el tronco ni en la orilla. Jumper se acercó, y ella le acarició el cuello.

Un relámpago iluminó el cielo. Las gotas de lluvia se intensificaron.

— Deberíamos volver —dijo Wagner, resguardado bajo su sombrero.

— Sí, volveremos mañana —acordó Blanchett.

Hurley se dio la vuelta para regresar, pero su mirada captó la silueta de alguien escondida tras la maleza, al otro lado del puente, a unos veinte metros de su posición.

Se apresuró a caminar hacia esa dirección, pero la persona que los observaba se dio cuenta de que la habían visto y huyó hacia el bosque. Un nuevo relámpago iluminó el cielo.

— ¡Eh, espera! —gritó Hurley.

Su voz fue inmediatamente ahogada por un estruendo de trueno. La lluvia comenzó a caer con fuerza.

— No sirve de nada, ya se fue —dijo Wagner, que no se había movido.

Pero Hurley no estaba dispuesta a perder la oportunidad de interrogar a un posible testigo. Comenzó a correr por el puente, que se había vuelto resbaladizo, con Jumper pisándole los talones.

— ¡Estás perdiendo el tiempo! —gritó Wagner, quien no tenía la menor intención de ayudar a Hurley.

Dubitativa, Blanchett finalmente decidió unirse a Hurley, aunque sabía que no podría mantener el ritmo de una carrera por el bosque. Hurley casi alcanzó el otro lado del puente cuando, con un crujido espantoso, su pie atravesó el podrido tablón cubierto de musgo.

Cayó hacia adelante y se estrelló de bruces. Al intentar agarrarse, sus manos rasparon las tablas y una astilla grande y afilada como una aguja le atravesó la mano derecha. Gritó de dolor y frustración. A la luz de otro relámpago, logró ver al fugitivo detenerse por un momento y darse la vuelta. El hombre tenía barba, al igual que John Doe. Un vagabundo, sin lugar a dudas. ¿Un amigo de la víctima o su asesino?

Blanchett llegó hasta ella y soltó un pequeño grito al ver la mano sangrante de Hurley. El cielo estaba oscuro. La lluvia y el viento arreciaron.

Jumper empezó a ladrar y Wagner finalmente se les unió.

— ¿Qué están haciendo? No tienen...

Se detuvo cuando vio la herida.

— ¡No se equivocaron con la fuerza! Vamos, tenemos que cuidar eso de inmediato.

Hurley lamentaba su torpeza. Su intuición le decía que el vagabundo no estaba allí por casualidad. Los asesinos siempre regresan al lugar del crimen. Escuchó el sonido de una tela rasgándose. Wagner acababa de cortar la parte inferior de su camisa con una navaja de caza.

— ¿Dónde lo tenías escondido? —preguntó Blanchett impulsivamente.

Wagner ni siquiera se molestó en responder y se inclinó hacia Hurley, que aún estaba sentada en el puente.

— Dame tu mano.

Hurley se la entregó y, con una delicadeza sorprendente, Wagner la sostuvo entre las suyas.

— Aprieta los dientes, va a doler un poco —le advirtió.

Un relámpago. Un ladrido, seguido de un breve grito de Hurley cuando Wagner retiró la larga astilla.

— Ahí está, ya está hecho.

Él le vendó la mano y la ayudó a levantarse. Bajo la lluvia torrencial y un cielo rasgado por los relámpagos, regresaron al automóvil estacionado cerca de la orilla. Wagner encendió la calefacción y tomó su teléfono móvil. Mientras conducía, llamó a su esposa.

— Cariño, llegaré tarde, tengo que llevar al agente del FBI a urgencias, yo...

— Llévanos de regreso a tu casa, ya te hemos causado suficientes problemas —interrumpió Hurley desde el asiento delantero.

Wagner había hecho subir a Jumper en la parte trasera. Quizás no era tan mal tipo como aparentaba.

— No me molesta, y no quiero que me acusen de omisión de socorro.

A pesar del dolor que irradiaba desde la mano hasta el antebrazo, Hurley logró esbozar una sonrisa.

— No hay posibilidad de eso, gracias.

Wagner sacó un cigarrillo liado de su bolsillo interior de la parka.

— ¿Puedo? —preguntó.

— Mi amigo también es un fumador empedernido.

— El sheriff Logan. Lo sé, usted es la perfiladora del FBI. La reconocí en cuanto la vi. Hizo un buen trabajo en primavera.

Blanchett, sentada en la parte trasera, no podía creerlo. Esto demostraba que nunca se debía juzgar por las apariencias.

El camino de tierra se volvió embarrado, pero el todoterreno avanzaba sin esfuerzo. Wagner manejaba su vehículo a la perfección. En menos tiempo del que les había llevado el viaje de ida, llegaron a su casa.

— Bueno. Encantado de conocerlas.

Las dos mujeres le agradecieron y salieron del vehículo bajo una lluvia torrencial. Corrieron para refugiarse en el Corvette de Blanchett. Esta ayudó a Hurley a abrocharse el cinturón de seguridad y arrancó a toda velocidad, con las luces de emergencia encendidas.

Veinte minutos después, estacionó frente al hospital central de River Falls. Observando su vendaje ensangrentado, Hurley suspiró.

— Realmente no soy muy hábil.

— Hablaremos de eso más tarde —respondió Blanchett mientras le quitaba el cinturón de seguridad.

La lluvia se había calmado. Tal vez el día no terminaría tan mal después de todo.

*

Eran cerca de las 16 horas cuando David Corval llegó a la comisaría.

— Me gustaría ver a mi cliente —dijo en la recepción.

— Por supuesto —respondió Spencer.

Inmediatamente llamó a Logan en la línea interna y, menos de dos minutos después, este último apareció con una sonrisa en el rostro.

— Buen día, señor Corval. He oído mucho sobre usted. Su reputación como defensor de delinquentes le precede.

Corval no pareció afectado por el ataque. Sin embargo, no había escapado al diluvio que acababa de caer sobre River Falls.

— ¿Podría hablar con mi cliente, por favor?

— Sígame —dijo Logan, un tanto decepcionado. Había esperado un enfrentamiento directo para decirle sin rodeos lo que pensaba de personajes como él, que vivían a lo grande gracias a las honorarios desorbitados que les pagaban todo tipo de mafias. Aun así, Logan lo acompañó en silencio hasta la celda de Hilton.

Sin sorpresa, este último seguía con vida.

— Les dejaré hablar en privado.

Los dejó solos, preguntándose qué estratagema podría idear para sacar de quicio al abogado, sin darle la oportunidad de alegar un vicio procesal. Sin ninguna inspiración, decidió ir al armero para revisar su botín. Bajó las escaleras que conducían al sótano y recorrió el pasillo hasta la puerta blindada, ingresó el código de acceso, tiró de la manija y encendió la luz.

La sala se iluminó por completo. Al instante, sintió que algo no estaba bien. Sin embargo, todo parecía estar en su lugar.

Te estás volviendo completamente paranoico, se burló de sí mismo mientras avanzaba hacia la pared del fondo. Las armas estaban alineadas contra la pared y los dos cartones de evidencia seguían en el suelo a la izquierda. No tenía por qué preocuparse. Por bueno que fuera Corval, no podría hacer nada contra los cargos que el FBI iba a imputar a Hilton.

Sin embargo, esa desagradable sensación de que algo andaba mal no se disipaba. Había algo en el aire. Lo olió, tratando de analizarlo. No olía a nada más que a humedad. Miró con más atención los cartones. La tapa del de arriba no estaba completamente horizontal. Como si estuviera mal cerrada.

Logan sintió un escalofrío recorrer su espalda. No, eso no podía ser. Menos eso. No se atrevía a abrirlo. Con la mano en la tapa, sentía el sudor perlado en sus sienes. La levantó lentamente. El cartón se movió hacia atrás como si fuera demasiado ligero.

— ¡Oh no, no esto! —murmuró entre dientes.

Creía que su corazón iba a detenerse. ¡El cartón estaba vacío!

Logan luchó por mantener la calma. Tal vez se había equivocado, después de todo. Sí, eso era. Debe estar equivocado. Puso la mano en la tapa del segundo.

Haz que me haya equivocado, rogó. Lo levantó y, desafortunadamente, solo encontró asuntos de menor importancia.

Logan se mareó. Pensó que iba a perder el equilibrio y se apoyó en una pared, al borde de los nervios. Se obligó a sí mismo a mantener la compostura, a no dejarse llevar por una ira negra que sentía crecer en su interior. El expediente debía ser encontrado a toda costa, lo más rápido posible. El ladrón tenía que ser alguien de dentro de la comisaría. Seguramente, el expediente aún estaba dentro de sus muros. Lo mejor que podía hacer era no despertar sospechas.

Volvió a colocar las cajas en su lugar, cerró el armero y regresó al piso de arriba como si nada hubiera pasado.

Desde su despacho, llamó a sus tenientes de confianza que estaban en el edificio.

— Siéntense —dijo cuando Heldfield y Morris estuvieron frente a él.

Logan tenía dificultades para mantenerse bajo control. No dejaba de jugar con las tapas de sus bolígrafos.

— Alguien ha robado el expediente azul que recuperamos de Gordon. Saben cuánto confiaba en su contenido para aclarar los tráfico de Gordon y sus cómplices.

La noticia sorprendió a los dos tenientes. Una sorpresa genuina se reflejó en sus rostros.

— Definitivamente alguien de aquí, dijo Heldfield, con la boca seca.

Logan apreció su sangre fría. Podía contar con ellos y con su capacidad analítica.

— No hay duda, pero la pregunta es: ¿quién?

Hubo un incómodo silencio. Nadie podía creer que uno de los suyos hubiera podido cometer tal crimen. ¿Quién sería lo suficientemente loco para hacerlo?

— ¿Cuándo creen que ocurrió esto? —preguntó Heldfield.

Al principio, Logan encontró la pregunta estúpida, pero al ver que Morris parecía aprobarla, comprendió su pertinencia.

— En la hora del almuerzo, sí, sin duda. Ese es el momento en que hay menos gente —dijo, recuperando la esperanza.

— Eso es lo que pienso también —dijo Heldfield—. Estoy dispuesto a apostar a que no fue Spencer. Sin embargo, podría decirnos si vio a alguien salir en ese momento con un comportamiento inusual.

— Hay una cámara exterior. Sería interesante revisar la cinta —agregó Morris.

La única cámara de vigilancia en la comisaría. Desde que asumió el cargo de sheriff, Logan no había considerado necesario aumentar la seguridad en el lugar. Hoy, lo lamentaba amargamente.

— Sí, supongo que es una buena idea. Tim, ve a interrogar discretamente a Spencer. No quiero despertar sospechas hasta que estemos seguros de que el culpable no está dentro del edificio.

Luego, Logan se volvió hacia Morris.

— Intenta averiguar quién salió y quién debía estar aquí. Por mi parte, voy a revisar la cinta de la cámara exterior. Si en quince minutos aún no tenemos pistas, tendré que anunciar el robo y hacer que todos sean registrados.

Los dos tenientes entendieron la magnitud del problema. Los agentes no apreciarían ser sospechosos.

— Esperemos que no lleguemos a eso —dijo Heldfield.

— Sí, esperemos —respondió Logan.

En ese momento, los tres hombres sintieron una especie de empatía mutua. Por terrible que fuera la situación, se dieron cuenta de cuánto se respetaban mutuamente.

— Adelante, no perdamos tiempo —dijo Logan, sorprendido de encontrar una cierta calma.

Cuando sus dos tenientes se fueron, su primer movimiento fue llamar a Hurley. Pero ella tenía el teléfono apagado. No dejó un mensaje y se dirigió al cuarto de suministros donde se encontraba el grabador que registraba las entradas y salidas de la comisaría.

*

Logan estaba viendo la cinta a toda velocidad cuando Heldfield entró en la sala de suministros, seguido por Spencer.

— ¿Sí?

Por sus rostros, entendió que tenían algo importante que compartir.

— Díselo —le dijo Heldfield a Spencer.

El joven recepcionista carraspeó. Su rostro estaba enrojecido por la emoción. No sabía de qué se trataba, pero sentía que su testimonio era crucial.

— Normalmente, Pommery siempre sale a comer afuera, pero hoy se excusó por sentirse mal y decidió almorzar en el interior. Incluso le sugerí que tomara el día libre. Parecía realmente enfermo. Al menos, eso pensé.

Pommery, de todas las personas en la comisaría, era el menos propenso a tomar decisiones audaces. ¿Qué le había pasado por la cabeza?

— Pero cuando salió veinte minutos después, se veía mucho mejor. Admito que no me pareció extraño. La gente va y viene, ¿sabes a lo que me refiero?

Logan lamentaba la falta de perspicacia del joven, pero no podía culparlo realmente.

— No te preocupes, no es culpa tuya, al contrario, nos has ayudado mucho.

Alguien llamó a la puerta.

— Entra —dijo Logan.

Morris, muy emocionado, se unió a ellos, pero al ver a Spencer, lanzó una mirada interrogante a Logan.

— Puedes hablar —le aseguró Logan.

— Pommery no está aquí. Nadie sabe dónde está.

Logan asintió con la cabeza. La buena noticia del día era que tenía dos tenientes excepcionales.

— Bien, tú no le cuentes a nadie lo que nos has dicho. Vuelve a tu puesto como si nada hubiera pasado. Explicaré todo al personal una vez que hayamos resuelto este asunto.

— Por supuesto, sheriff, puede contar conmigo.

Spencer salió de la sala de suministros, y Logan apagó la cinta que se deslizaba en la pantalla.

— Ve a buscar tu arma de servicio. Si Pommery es lo suficientemente descabellado como para intentar robar una comisaría, podemos suponer que estará dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar ser arrestado.

Unos minutos más tarde, los tres policías estaban en el Cherokee de Logan, conduciendo a toda velocidad hacia Pacific Quarter, donde vivía Pommery.

Se trataba de un barrio de edificios de baja categoría, habitado por numerosas familias de bajos ingresos y jóvenes parejas que recién comenzaban en la vida.

— ¿Y si no está en casa? Tal vez deberíamos emitir una alerta de búsqueda interestatal —propuso Heldfield desde el asiento trasero.

El teniente había planteado la única pregunta que los atormentaba.

— No puedo entenderlo. No puedo imaginar a Pommery cometiendo este robo. No es una persona valiente —agregó Morris.

— La codicia. Todos tienen un precio. Incluso alguien como Pommery —dijo Logan.

¿Cuánto habían pagado los amigos de Hilton para corromper a un funcionario de policía?

— Recogiste el expediente al mediodía. Todo debió hacerse apresuradamente. No puedo creer que Pommery ya haya hecho sus maletas. No debe esperar que descubramos el robo antes de un tiempo —se tranquilizó Heldfield.

Logan compartía la misma esperanza. Atravesó otro semáforo en rojo y después de tomar dos intersecciones de manera más que audaz, se estacionó frente al 358 de Flower Street, bajo un cielo todavía cargado de nubes.

Por una vez, la calle llevaba bien su nombre. A lo largo de toda su extensión, grandes macetas rebosantes de flores marchitas prohibían el estacionamiento en la acera.

Los tres policías estacionaron en diagonal frente a la entrada del edificio y salieron disparados del auto. No había un código de acceso. Logan fue a golpear la puerta del conserje.

— ¡Ya voy, ya voy!

Logan y sus hombres estaban ansiosos.

— ¿Quiénes son ustedes? —preguntó el conserje al abrir su puerta.

Con cabello gris alborotado, sin maquillaje, vestida con un vestido de otra época y usando pantuflas gastadas, les lanzó una mirada sospechosa.

Logan sacó su placa de sheriff.

— Sheriff Logan, necesito que me indique el piso y el número de apartamento de Sam Pommery.

— Es un colega suyo, debería saberlo si son policías.

— Justamente, venimos a ayudarlo, ¿puede indicarnos dónde vive?

— Esperen, regreso.

Estos tipos no eran policías. Su comportamiento era sospechoso. Seguramente eran criminales que querían hacerle algo a ese pobre Pommery. Estaba a punto de cerrar la puerta, pero Logan la bloqueó con el pie. Sacó su pistola y la apuntó hacia la conserje.

— Por última vez, le pido amablemente su dirección.

Ella palideció. Era la primera vez en su vida que la apuntaban con un arma. Nunca hubiera imaginado que fuera tan impresionante.

— No me mate, por favor —suplicó.

— Responda —le ordenó Logan.

Incomodos, Heldfield y Morris estaban en guardia, temiendo que un residente los descubriera.

— Cuarto piso. No hay número en la puerta, pero es el tercero a la izquierda, en el lado de la escalera.

— Gracias.

Con su arma en la mano, Logan corrió escaleras arriba, con Heldfield y Morris detrás de él. Llegaron sudorosos y sin aliento al tercer piso y se dirigieron al pasillo que llevaba al apartamento de Pommery.

— Aquí es —susurró Heldfield al ver el nombre en el timbre.

— Estén listos —advirtió Logan.

Heldfield y Morris sacaron sus armas y quitaron el seguro.

Logan presionó el timbre y pegó su oreja a la puerta. Escuchó ruidos de movimiento. Se alejó y, con gestos claros, indicó que Pommery estaba dentro.

Pasaron unos segundos, pero nadie abrió la puerta. Logan se acercó a Morris.

— Baja y ponte en posición para vigilar las ventanas, mira si hay una escalera de servicio en su balcón —susurró en su oído.

Morris, comprendiendo el mensaje, se alejó de ellos corriendo.

Logan volvió a llamar al timbre. Nuevamente, escuchó ruidos de movimiento, pero no hubo respuesta.

— Sam, soy el Sheriff Logan. Solo quiero hablar contigo. Si devuelves el expediente, te prometo que no te pasará nada. Sé sensato. Si...

Su frase fue interrumpida por el sonido de un disparo.

— Mierda —murmuró Logan entre dientes.

Se alejó, disparó contra la cerradura y, con un fuerte golpe de pie, abrió la puerta que golpeó contra la pared.

Entró en el apartamento y encontró a Pommery desplomado en el suelo, con la cabeza sumergida en un charco de sangre.

— ¡No toques el arma! —tronó Logan.

Heldfield se detuvo justo a tiempo. El rifle recortado de Pommery había caído cerca del sofá donde él estaba sentado segundos antes.

— El abogado de Hilton es un tipo duro. Seguro que será fácil demostrar que no tienes residuos de pólvora en los dedos, pero prefiero evitar una batalla de expertos que nos hará perder tiempo a todos —explicó Logan sin apartar la vista del cadáver de Pommery.

Su rostro no era más que una masa informe. Fue entonces cuando Logan se dio cuenta de que Pommery todavía no estaba muerto. Un repugnante gorgoteo salía de su garganta.

— Tim, llama a los servicios de emergencia, ¡Sam no está muerto! —gritó.

Sintió cómo se le revolvía el estómago. ¡Pommery había fallado! Ese idiota había colocado el rifle debajo de su barbilla en lugar de en su boca. Con el retroceso, se había arrancado la cara.

— Aguanta, Sam, no vas a morir. Mantente fuerte, te lo ruego.

Heldfield había abierto la ventana y estaba llamando desde el balcón. Él también estaba a punto de vomitar. Había visto heridos antes, pero nunca en un estado tan grotesco. Pobre Pommery. En su lugar, nunca perdonaría a la persona que le salvara la vida. Preferiría morir que quedar desfigurado.

Logan también lo habría dejado morir, pero necesitaba su testimonio. ¿Dónde estaba el expediente? ¿Quién se lo había pedido?

Un grito de una mujer los sobresaltó. Era una vecina alarmada por el sonido del disparo. Carrie Denport había vacilado antes de entrar en la casa de su vecino policía, pero finalmente, armándose de valor, decidió ver qué estaba pasando. Salió corriendo gritando a todo pulmón:

— ¡A asesinato!

— ¡La idiota! —maldijo Logan mientras salía en su búsqueda.

Pero tan pronto como puso un pie en el pasillo, una bala le silbó cerca de los oídos.

Logan retrocedió de un salto en el apartamento y comenzó a gritar.

— ¡Soy de la policía! ¡No disparen!

— ¿Qué prueba eso? —dijo una voz desde el pasillo.

Logan realmente no tenía tiempo para tratar con maníacos gatilleros. Sacó su placa y la arrojó al pasillo.

— ¡Soy el Sheriff Logan! ¡Miren mi placa!

Fue entonces cuando escuchó una orden que le sacó una sonrisa.

— Baje inmediatamente su arma, o lo arrestaré por intento de asesinato de oficiales de policía —gritó Morris.

Cuando escuchó el disparo, Morris inicialmente había dudado en vigilar el exterior. Finalmente, decidió unirse a la operación dentro del apartamento.

— Bien, sin movimientos bruscos, eso es todo —dijo Morris mientras se apoderaba del arma.

Logan se unió a él y lanzó una mirada de desprecio al hombre desarmado. "Un héroe duerme en todo estadounidense", pensó, aunque no recordaba qué presidente había dicho esa tontería. Le habría dado una paliza por incitación al asesinato.

— Sam intentó suicidarse. Los paramédicos van a llegar.

Algunos vecinos estaban parados en sus puertas. Uno de ellos reconoció a Logan.

— Sheriff, ¿qué ha pasado?

— Un accidente. No puedo decirles más. Lo siento.

El que se había creído un justiciero miró suplicante a Morris.

— ¿Puede devolverme mi arma?

— Por el momento, la mantendré. Puede recogerla en la comisaría si no se presentan cargos en su contra. Ahora váyase a casa y no quiero volver a verlo —sermoneó Morris.

La sirena de la ambulancia no tardó en sonar. Logan regresó junto a Pommery.

El hombre había perdido una cantidad considerable de sangre, pero afortunadamente, el disparo no había alcanzado las venas yugulares. Ya no se movía, pero su pulso seguía latiendo. Morris y Heldfield habían comenzado a buscar, pero no encontraron el expediente azul. Logan

los ayudó, pero sin mucha esperanza. Dudaba que lo encontraran allí.

— Voy de regreso a la comisaría. Jeff, quédate aquí y espera refuerzos para hacer una búsqueda completa del apartamento. Y tú, Tim, cuida a Pommery como si fuera tu ojo derecho. Haré que coloquen guardias en su habitación del hospital.

Logan se detuvo en la cocina y bebió dos vasos de agua antes de irse. Una multitud de curiosos lo esperaba abajo en el edificio. Abrió camino entre la gente sin decir una palabra y se subió a su Cherokee. La ambulancia estaba llegando. Los paramédicos salieron con su equipo de rescate. Y el día no había terminado...

Empapados hasta los huesos, Kyle y sus compañeros lanzaron un grito de guerra cuando Harry Flynn, su entrenador, pitó el final del partido. Vistiendo sus uniformes de fútbol americano, se quitaron los cascos y se felicitaron mutuamente. A pesar de la lluvia torrencial que había caído durante el entrenamiento, algunas valientes estudiantes habían querido presenciar el regreso de los guerreros al estadio construido en el extremo sur del campus universitario.

— ¿Qué fue eso, chicos? —gritó Flynn.

El hombre tenía unos cincuenta años, cabello corto, rostro cuadrado y una forma física que haría enrojecer a muchos jóvenes.

— ¿Se creen en una conferencia femenina?

Todos se callaron de inmediato. Es cierto que durante el entrenamiento reinaba un ambiente amigable, muy alejado de las indicaciones espartanas de Flynn.

— ¡Van a tener que cambiar radicalmente su perspectiva sobre el fútbol! Ahora están en la universidad, ya no son unos críos, y si creen que impresionarán a las chicas, se arrepentirán cuando reciban su primera paliza en el primer partido.

Las jóvenes estudiantes se reían por lo bajo. Era conmovedor ver a esos fornidos jugadores, con sus musculosos cuerpos destacando en sus impresionantes uniformes, ser tratados como niños.

Kyle echó un vistazo a las gradas, atrapó una mirada y sonrió a la chica.

— ¡Eh, tú! ¿Qué te parece tan gracioso? —lo llamó Flynn. ¿Crees que soy un comediante? ¿Me ves como un payaso?

— No —respondió Kyle recuperando su dignidad.

Flynn se abrió paso entre el grupo y se plantó frente a Kyle. El hombre le sacaba una cabeza entera.

— ¿Crees que te acostarás con una de esas niñitas solo porque estás en el equipo?

Kyle prefirió no responder.

— Soy yo, y solo yo, quien decide quién jugará en los partidos, y los pequeños engreídos como tú no me impresionan.

Una risa burlona acompañó estas últimas palabras. Inmediatamente, Flynn se dio la vuelta y se encontró con la mirada del alborotador.

— ¿Te parece gracioso? ¿Tú también crees que soy un payaso?

Kyle identificó a Steven.

— No, coach.

— Bueno, vamos a ver si todavía tienen ganas de reír —continuó Flynn dirigiéndose a todos—. Tres vueltas al estadio, luego series de flexiones, y repetimos hasta que uno de ustedes decida dejar el equipo.

¿Qué locura era esa? Ninguno de ellos imaginaba abandonar el equipo de fútbol. Era el sueño de todos formar parte de él. Conocían la reputación de Flynn, pero nunca habrían creído que fuera tan duro.

— Vamos, y no olviden dar las gracias al señor Simmons y al señor Rattner.

Miradas llenas de enojo se dirigieron hacia los dos estudiantes.

A Kyle no le importaba, sabía que no se quebraría. No sería él quien suplicaría a Flynn que lo dejara ir.

Una hora después, Flynn les pidió que se reunieran a su alrededor. Después de kilómetros de carrera con sprints, flexiones y dominadas, los chicos estaban exhaustos.

— Bien, chicos, prefiero eso. Por un momento pensé que tenía un grupo de blanditos —dijo Flynn, de mejor humor—. River Falls siempre ha terminado en los tres primeros lugares de su conferencia. No permitiré que este año sea diferente a los demás. ¿Me entienden?

— ¡Sí, coach! —respondieron los estudiantes al unísono.

Una verdadera sonrisa iluminó el rostro de Flynn.

— Bien, chicos, pueden ir a las duchas.

Un suspiro de alivio recorrió el estadio. Flynn disfrutó de ese momento. Era un grupo de jóvenes pretenciosos pero increíblemente entrañables. Como al comienzo de cada año escolar, le encantaba el primer contacto con los nuevos estudiantes. Solo se necesitaba una sesión de entrenamiento para detectar a los fuertes y a los débiles. Al mirar a Kyle, que volvía tranquilo con los demás, no dudó de haber encontrado un recluta de primera clase.

— Maldición, la próxima vez que mires a las chicas, trata de ser más discreto —dijo Hugh acercándose a Kyle.

Hugh era un gigante de casi dos metros, lleno de músculos, con el pelo corto.

— Lo siento, pero algunas de ellas son realmente impresionantes.

En las gradas, solo tres groupies se quedaron viendo hasta el final. La hermosa chica morena estaba entre ellas.

— Normal, la crema llama a la crema —bromeó Garth uniéndose a la conversación.

A diferencia de Hugh, medía apenas un metro setenta, pero era un receptor formidable. Detrás de ellos, Steven aceleró el paso para unirse a ellos.

— Eh, idiota, no se te ocurra meternos en problemas de nuevo...

— Cállate, Steven. Eres tan culpable como él, y estoy seguro de que Flynn planeaba hacernos sufrir de todas formas —interrumpió Hugh.

— Aun así, si vuelves a hacer algo así, te lo juro, pagarás por ello.

Hugh y Garth estallaron en una risa burlona.

— Entendido —respondió Kyle tratando de evitar el conflicto.

— Tienes que saber que tipos como tú...

— ¡Steven! —intervino Marie, su novia, abrazándolo por el cuello—. ¡Fuiste increíble!

Steven lanzó una última mirada a Kyle y llevó a su novia a un lado.

— No eres de aquí, ¿verdad? —preguntó Cheryl, la joven morena que lo había estado observando desde las gradas.

Hugh se alzó de puntillas y, desde su altura de dos metros, apoyó el codo en la cabeza de Kyle.

— El enano es de Seattle, burló—. Si buscas a un verdadero hombre, aquí es donde debes mirar —añadió, señalando su ingle.

— No creas eso, el tamaño del miembro es inversamente proporcional al tamaño del cuerpo —intervino Garth, encogiéndose aún más de lo que ya era.

Pero Cheryl solo tenía ojos para Kyle.

— Dejen de tonterías, ¿no ven que lo están avergonzando? ¿Cómo te llamas? —preguntó Cheryl.

Kyle no podía creerlo. La chica no tenía miedo. Ya había conocido a coquetas, pero ella tenía algo más... ¡Un cuerpo de ensueño y un rostro que podría hacer pecar a un santo!

— Kyle, ¿y tú?

— Cheryl —dijo ella con voz seductora.

Risas burlonas siguieron este intercambio verbal.

— Déjala en paz. A él no le gustan las chicas como tú —intervino Corey, otro miembro del equipo que se había quedado en segundo plano.

— ¿Y qué tipo de chica soy entonces? —preguntó Cheryl, ofendida, cruzando los brazos.

— Del tipo con el que no debes meterte o perderás tu alma —respondió Corey.

Las risas estallaron de nuevo. Cheryl ignoró el comentario y recuperó su sonrisa.

— Esta noche, si te aburres, ven al Floppy's Bar y olvida a todos estos envidiosos —dijo, acariciando la mejilla de Kyle con ternura.

Cheryl se fue con sus dos amigas, moviendo sensualmente las caderas.

— ¡Guauu! —gritó Garth—. ¡Maldición, eso sí que es un coqueteo! Hombre, eres el tipo más afortunado que conozco.

— ¡Cheryl Norman! ¡He estado soñando con que me hablara durante años! —dijo Hugh, encantado.

— ¡Pero no te estaba hablando a ti! —lo corrigió Garth.

— De todos modos, es demasiado vulgar para mí —dijo Kyle.

Las risas se multiplicaron y volvieron al vestuario.

*

La jornada escolar había terminado. Stuart decidió dar un paseo por la ciudad en busca de una tienda de cómics digna de ese nombre. A pesar del éxito de las adaptaciones cinematográficas, la industria del cómic estaba en crisis y, incluso en Seattle, las estanterías disminuían rápidamente. Pero en River Falls... Esperaba que la dirección que había encontrado en Internet pudiera satisfacer sus necesidades.

Cuando llegó al número 102 de la calle Crampton, se dio cuenta de que había encontrado las puertas del paraíso. La tienda se extendía por varios metros y la fachada era magnífica, decorada con reproducciones de los más grandes superhéroes. En el interior, había exhibidores bien organizados, con los cómics de DC y Marvel en un lado y los independientes en la parte de atrás. Un hombre de unos cuarenta años, con cabello largo y barba corta, le sonrió desde detrás del mostrador.

Stuart se sintió aliviado. Realmente había temido no encontrar una tienda que le gustara. Ahora podría seguir viviendo plenamente su pasión.

— ¿Tienen el último X-Men?

— No, estará aquí el jueves.

Stuart ya lo sabía, pero tenía que romper el hielo de alguna manera.

— ¿Y el último Spawn?

— ¿Qué número?

De pregunta en respuesta, el vendedor se dio cuenta de que estaba tratando con un experto. Media hora después, Stuart salía de la tienda con una bolsa llena de una docena de cómics, cinco de los cuales había elegido siguiendo los consejos del vendedor. La lluvia había cesado. Stuart aceleró el paso para evitar otra tormenta, y sobre todo, estaba ansioso por sumergirse en su lectura.

Estaba cerca de Lincoln Square cuando vio a una chica en la acera de enfrente. Era Judith. Stuart sintió que su rostro se ruborizaba. Era hermosa. ¡Si tan solo tuviera el físico de su

hermano!

Deja de pensar así, no son del mismo mundo, le decía una pequeña voz en su cabeza.

¿Y qué? ¿No tienen derecho a tener amigos de diferentes orígenes?, replicaba una segunda voz.

Si no te le acercas ahora, nunca lo harás, lo instigaba una tercera voz.

Reuniendo valor, esperó a que el semáforo se pusiera en rojo y cruzó la calle para acercarse a ella. Ahora estaba a menos de diez metros de distancia. ¿Cómo podía abordarla de manera natural?

De repente, se sintió tonto con sus cómics. Si ella le preguntara qué tenía en su bolsa, estaba seguro de que perdería el escaso crédito que pudiera tener con ella. A las chicas no les gustan los cómics. Sobre todo, no quería darle la imagen de un friki, uno de esos adolescentes autistas que viven solo para su pasión juvenil. Quizás no era el momento adecuado. ¿Qué podría decirle de todos modos?

Su determinación repentina se desvaneció. Era pequeño y gordo, ella, alta y hermosa. ¡La bella y la bestia! No tenía ninguna oportunidad. Sin embargo, no pudo evitar seguirla. Incluso de espaldas, era encantadora. Caminaba como una reina. Tenía ganas de conocerla, de saber lo que le gustaba...

Se dio cuenta de que debía dar la impresión de un maniático acechando a su presa. Pero a su alrededor, los transeúntes no mostraban ningún interés en su situación.

¡Detén estas tonterías y ve a leer tus cómics!, le susurró la primera voz.

Sí, creo que es lo mejor, dijo la segunda.

Un poco más y me voy, se dijo a sí mismo.

Stuart siguió a Judith durante diez minutos, hasta que llegó frente a un gran edificio de arquitectura victoriana. Timbró en el interfono y, después de un corto momento, entró en el edificio.

Intrigado, se paró frente a la entrada y descubrió una inscripción grabada en la piedra sobre la puerta. "Fundación Margareth-Smith". No tenía ni idea de quién era esta persona y de lo que había hecho. Estuvo a punto de llamar para entrar y pedir explicaciones. Pero si Judith lo descubría, seguro que pensaría que era un psicópata.

No, lo mejor era volver a la universidad y conectarse a Internet para obtener información sobre esta Margareth Smith. Una sonrisa iluminó su rostro. Stuart estaba contento de retomar su papel de detective privado. Comenzó a elaborar una serie de teorías, cada una más extravagante que la anterior.

Sintiendo una gota de lluvia en su cabeza, apresuró el paso para llegar antes de que un aguacero le cayera encima.

Logan estaba estacionando en el estacionamiento de la comisaría cuando su teléfono comenzó a sonar. Era Blanchett.

— ¿Qué? —gruñó Logan—. ¡Esto no puede ser posible! ¡No podemos dejarla ni un segundo sin vigilancia!

La teniente acababa de informarle que estaban en el hospital para atender la herida de Hurley.

— Escucha, no puedo hablar contigo mucho tiempo. ¿Puedes encargarte de Hurley y encontrarme tan pronto como termines? Voy a necesitarte para preparar un breve discurso para la prensa.

Logan colgó y salió de su coche. Había cruzado dos vehículos de policía en el camino de regreso, agentes que iban a ayudar a Heldfield con la búsqueda. Tan pronto como entró en el edificio, todas las miradas se dirigieron hacia él, incluida la burlona de Corval, el abogado de Hilton.

— Debe liberar a mi cliente —le espetó—. Si entiendo correctamente, ya no hay evidencia de lo que lo acusa. Si es que alguna vez existió.

El ataque lo tomó por sorpresa. El bastardo iba a negar la existencia del expediente.

— Venga conmigo, tengo un par de palabras para usted.

Los agentes, sintiendo que la tensión aumentaba entre los dos hombres, se apartaron de su camino. Logan lo llevó a la celda donde Hilton leía tranquilamente una revista y señaló acusadoramente al notario.

— Usted corrompió a un oficial de policía para obtener el expediente de Robert Gordon. No sé qué presión utilizó contra él, pero le prometo que no va a salirse con la suya.

Hilton dobló el periódico, aún sentado en su banco, con una ligera sonrisa en los labios.

— Pero, ¿de qué está hablando, sheriff? Su acusación es extremadamente grave. Podría demandarlo por difamación, ¿sabe?

Corval rió.

Logan lo fulminó con la mirada antes de volverse hacia Hilton.

— Usted y yo sabemos muy bien de qué se trata. Está dispuesto a hacer cualquier cosa para eludir la ley. La vida de un hombre significa poco para usted en comparación con los millones de dólares que maneja. Pero sepa que las cosas no van a salir así.

— ¿Y qué planea hacer usted? ¿Un juicio? Me acusa de robar un expediente hipotético. ¿Qué jurado le creará si no presenta pruebas?

— Tengo cuatro testigos que lo vieron, al igual que yo, sacándolo del maletero de Gordon.

— ¿Testigos, dice? Dos amigos suyos y dos de sus subordinados. Perdóneme, pero sus testimonios pueden no ser muy imparciales.

— Todos son oficiales de la ley juramentados. No son como usted. La justicia y la verdad tienen significado para ellos.

Hilton finalmente se levantó y se acercó a los barrotes.

— ¡Vaya, eso es interesante! Bueno, esperemos. Anticipo con placer las revelaciones sobre las faltas de sus policías, ¿verdad, Maestro Corval?

— De hecho, todos tienen secretos que ocultar, especialmente en las ciudades pequeñas —respondió el abogado, como si estuviera recitando un diálogo de teatro—. Encontraremos formas de manchar la reputación de sus hombres. Tenemos los medios para contratar a los mejores

detectives y escarbar en cada rincón oscuro de sus vidas. Espero que sus testigos soporten la prueba. Revelaremos todo, ya sea en el juicio o en la prensa.

La basura. Lo peor era que no podía hacer nada al respecto: un juicio sin pruebas formales sería la ejecución pública de sus equipos y el colapso de su trabajo. Por doloroso que fuera admitirlo, Corval tenía razón. Tenía que liberar a Hilton.

— El agente al que obligó a robar el expediente se suicidó. Supongo que, de todos modos, su muerte estaba programada.

— ¿Qué me está diciendo? ¿Uno de sus hombres robó una prueba? Hay dos posibilidades. O esa prueba existió, lo que haría parecer que los agentes de la comisaría están corruptos. O nunca existió y su hombre se suicidó por razones personales. Depende de usted cómo presente las cosas. En mi caso, me da igual. Juicio o no, no puede acusarme de nada concreto.

Logan cerró los ojos y rezó para que Pommery sobreviviera a sus heridas. Su testimonio era crucial para encontrar el expediente, o al menos a los hombres que lo habían obligado a cometer ese crimen. No podía creer que fuera solo una cuestión de dinero. ¡Pommery no era así!

La boulote en el estómago, Logan fue a buscar las llaves de la celda y, en un silencio cargado, liberó a Hilton.

— Voy a ser magnánimo con usted. No presentaré cargos. Pero que esto no vuelva a ocurrir en el futuro, lo advirtió Hilton.

— Salga rápido antes de que cambie de opinión —respondió sin ocultar su frustración.

Les abrió la puerta y los dejó ir sin acompañarlos. Se sentó frente a la celda abierta, maldiciendo el sistema judicial que otorgaba todos los derechos a aquellos que tenían dinero.

Media hora después, Blanchett lo visitó en su oficina.

— Me enteré sobre Pommery. Morris me lo explicó todo en el hospital. Hiciste bien en liberar a Hilton.

Logan le devolvió una mirada desalentada.

— No lo sé. Me pregunto para qué sirvo si tipos despreciables como ese pueden salir impunes. Casi tuve que disculparme por haberlo arrestado.

A Blanchett no le gustaba verlo en ese estado. Para ella, él era un modelo a seguir, una roca que nada podía quebrantar. Tenía que recuperarse.

— Hilton acaba de hacer una declaración en las noticias. El hombre es talentoso. Ha dado un giro positivo a la situación. Incluso lo ha disculpado por su arresto. Comprende que, en la urgencia de encontrar un culpable, los seres cercanos sean los primeros sospechosos, etc. ¿Lo entiende?

Logan lo entendía perfectamente. Movilizar la opinión pública formaba parte del juego. O.J. Simpson se había librado en su día al utilizar la opinión afroamericana contra los malvados blancos.

— Debemos reaccionar de inmediato. Me pidió que preparara un informe para la prensa. Creo que lo mejor es no hablar del expediente ni de su robo por Pommery. Tome.

Le tendió por encima del escritorio dos hojas de un discurso escrito a mano. Logan lo leyó por encima y logró esbozar una sonrisa. Blanchett era realmente talentosa.

— Perfecto, llame a los medios y dígales que daré una conferencia de prensa en el pórtico de la comisaría en una hora.

— Es lo mejor que podemos hacer.

Logan dudó en llamar a Hurley. Temía que toda su acumulada mala humor se convirtiera en

una avalancha de ira contra ella. En su lugar, comenzó a reformular la nota de Blanchett.

*

— ¿Qué ha pasado? preguntó Callwin.

— Un accidente, nada grave, evadió Hurley.

La periodista había tropezado por casualidad con la agente del FBI a la salida del hospital; había venido con la esperanza de obtener información sobre el extraño intento de suicidio de Sam Pommery. Ella conocía la reputación del hombre y, francamente, no tenía el perfil de una persona depresiva. Un hombre mayor tranquilo, sin preocupaciones.

— ¿Tienes tiempo para tomar algo?

Aunque sabía que Hurley no le diría nada sobre el caso Gordon, quería hablar con ella. Incluso si solo era para ordenar sus pensamientos.

— No, lo siento. Creo que voy a descansar —se disculpó Hurley.

— Bueno, en ese caso, déjame llevarte de vuelta. No vas a conducir con la mano vendada.

Era exactamente lo que tenía en mente. Pero ante la insistencia de Callwin, no tuvo el coraje de discutir. Después de todo, tal vez tenía razón. Lo último que necesitaba era tener un accidente de coche. Logan la regañaría de nuevo por ser irresponsable y todo eso.

— De acuerdo, tienes razón. ¿Dónde has aparcado?

— Justo aquí —dijo, señalando un Saturno gris.

Subieron al coche y Callwin arrancó suavemente.

— Bien, sé que no quieres decirme nada sobre el caso Gordon, pero vi en las noticias la ridícula detención de Jeremy Hilton, y luego me entero de que un viejo agente de policía se pega un tiro en la cabeza. Y tú te atraviesas la mano con quién sabe qué. ¡Hay motivos para hacerse preguntas!

Hurley sonrió. En su lugar, habría pensado lo mismo.

— Sobre todo, hay material para un buen artículo. Inventa, elabora teorías. Eso es lo que hacen los periodistas, ¿verdad?

El coche pasó junto a Lincoln Square y giró en Convent Road.

— Bueno, está bien —dijo Callwin, participando en el juego—. Esto es lo que pienso. Logan acusa a Hilton de robo. Poco después, un policía se suicida. Ambas historias están relacionadas. ¿Me equivoco?

— Es posible, ya te dije que no te revelaría nada.

Callwin levantó la mano derecha en señal de paz.

— Muy bien. Continúa: este policía estaba involucrado en una operación turbia con Gordon y Hilton. En el expediente que Hilton robó, había pruebas que los incriminaban a todos. Hilton ahora está tras las rejas. Pommery, por su parte, prefirió suicidarse en lugar de enfrentar su caída. ¿Estoy cerca?

— No es imposible —respondió Hurley riendo.

— Solo hay una cosa que me preocupa. ¿Por qué Hilton salió libre de la comisaría? Con las pruebas del expediente, no deberían haberle permitido salir bajo fianza. Debería haberle estado completamente prohibido hablar con nadie, a menos que...

— ¿Qué? ¿Hilton está libre? —preguntó preocupada Hurley, su rostro palideciendo.

— ¿No lo sabías? Acaban de decirlo en las noticias. Hilton, de hecho, está a punto de hacer una declaración pública en cinco minutos.

La radio estaba en silencio.

— Sube el volumen, quiero saber qué tiene que decir.

Callwin no ocultó su satisfacción. Finalmente, la perseverancia siempre daba sus frutos. Estaba segura de que lograría sacarle una o dos informaciones. Dos canciones del Top 40 más tarde, el locutor anunció el discurso del notario Jeremy Hilton. Al final de su monólogo, Hilton agradeció a la prensa. Callwin bajó el volumen.

— Vaya, al final parece que no robó nada. Me resulta difícil creer que tu hombre sea tan incompetente —bromeó Callwin—. Aunque...

— ¡Imposible! Ve al comisariato, por favor.

Logan no era del tipo que cometía errores tan evidentes. Además, Blake y Moore también habían visto el expediente. Hurley sacó su teléfono móvil de su bolso y vio que tenía un mensaje. Era de Blanchett.

— El expediente ha desaparecido —dijo Hurley después de escucharlo.

— ¿Quieres decir que ha sido robado? —corrigió inmediatamente Callwin.

Hurley asintió. Era un verdadero desastre. Logan debía de estar furioso.

— ¿Y si te digo que Pommery es el responsable, ardo en llamas? —propuso Callwin.

Era la pieza que faltaba en el rompecabezas.

— Estás en lo cierto, pero temo que esa información no te sirva de nada. Has escuchado a Hilton, no hubo robo y ese expediente nunca existió. Todos cerrarán los ojos y la verdad quedará sepultada —dijo Hurley desilusionada.

La Saturn pasó junto al Garden Park. A pesar del mal tiempo, había algunas personas paseando por sus senderos.

— Esa es nuestra razón de ser. Sacar la verdad a la luz. Te haré un maldito artículo. No hay manera de que esto quede enterrado.

Hurley suspiró.

— Si no tienes pruebas concretas, ninguna revista publicará esa información. Te demandarían por difamación y pondrías en peligro tu carrera.

Callwin frunció el ceño frustrada. Tenía razón. Pero, maldita sea, debía de haber pruebas.

— Pommery aún no ha muerto. Si se recupera, podría contarnos algo —dijo ella.

— Tal vez. Pero primero tiene que sobrevivir. El médico dice que es demasiado pronto para decirlo.

Giraron hacia Wilson Avenue. Hurley recordó de repente la escena que había visto por la mañana: Clark Spike y su padre. Hubo un tiempo en el que Callwin estaba involucrada con Spike a cambio de información confidencial.

— ¿En qué estás pensando?

— Me crucé con Clark Spike. Estaba con su padre, por allá —dijo señalando con la mano. Fue casi conmovedor.

Callwin hizo una maniobra brusca y estuvo a punto de llevar el coche a la acera. Un peatón gritó y les mostró el puño.

— ¡¿Estás bromeando?! ¡¿Y me lo dices ahora?! —exclamó Callwin.

Hizo una maniobra para estacionar junto a la acera, se desabrochó el cinturón y se volvió hacia Hurley.

— ¿Viste a Spike merodeando cerca del comisariato esta mañana y no relacionaste eso? —preguntó Callwin atónita—. Spike es el hijo de puta más asqueroso que he conocido en mi vida. Este tipo es escoria, un maldito misógino que solo piensa en su miembro y en dónde meterlo.

Hurley se sintió la profiler más estúpida de todos los Estados Unidos y más allá.

— ¡Oh, no! ¡Qué idiota soy!

Callwin golpeó el volante con las manos planas.

— No te lo discuto. Sueño con ver a ese hijo de puta tras las rejas, y tú pierdes la oportunidad de atraparlo.

Hurley seguía repasando la escena en su mente y ahora que lo pensaba detenidamente, entendía su error.

— ¿Puedes decirme cómo es Pommery? —preguntó.

— Un hombre de unos sesenta años, con cabello canoso, mide alrededor de un metro setenta y cinco. ¿El famoso padre de Spike, apuesto?

— Es muy posible —respondió Hurley.

Callwin estalló en una carcajada estruendosa.

— ¡Muy posible! Más que probable, ¿quieres decir? Los ha engañado bien.

Hurley recordó lo que había notado de él y sobre todo lo que Logan le había dicho sobre él. Debería haber reaccionado en cuanto lo vio. Hurley no dudaba de que, en circunstancias normales, se habría preocupado al ver a ese hombre cerca del comisariato, pero ya no tenía esa presión constante que sufren todos los agentes del FBI. Por difícil que fuera de soportar, era una aliada valiosa para encontrar pruebas e indicios donde un simple oficial no habría notado nada.

— Sin pruebas concretas, Logan no tiene motivo para detenerlo. De todos modos, debe ser lo suficientemente astuto como para no tener nada en su casa.

— Y puedes estar segura de que Hilton le proporcionará un abogado del calibre de Corval para liberarlo, confirmó Callwin.

Hurley lamentaba aún más su falta de discernimiento, ya que Logan debía de estar completamente abatido. No era casualidad que no la llamara. Pero ella, por su parte, no se sentía más dispuesta a llamarlo.

— No pongas esa cara, no se puede ganar siempre —dijo Callwin en un intento de consolarla.

Estas palabras cayeron en oídos sordos. Al igual que Hurley, Callwin hubiera deseado darle una lección a ese tipo despreciable.

— Supongo que ya no lo ves en absoluto, ¿verdad? —preguntó, tomando por sorpresa a la periodista.

— ¿Qué? ¿Volver a ver a ese imbécil? Estás bromeando, ¿verdad?

— Lo siento. Me equivoqué.

Callwin no podía creerlo. ¿Cómo había llegado a pensar por un segundo que había mantenido algún tipo de contacto?

— Puedes, cariño. Ya no soy la misma. Nunca más me rebajaré ante tipos como él. Tengo cosas mejores que hacer en mi vida.

— No lo dudo. Solo estaba pensando que si no es tan tonto como cree Logan, podría haber hecho copias de los documentos del expediente antes de devolvérselos a quien se los encargó.

Una chispa de entendimiento se encendió en la mente de Callwin, y una gran sonrisa iluminó su rostro.

— Está lejos de ser tan tonto como pensamos. Sabe cómo protegerse. Su única equivocación fue cruzarse con Logan, pero no es del tipo que cae dos veces en la misma trampa. Si había material comprometedor en ese expediente, probablemente tengas razón... Creo que finalmente llamaré a ese bastardo. Pero esta vez, las reglas cambiarán.

Hurley dudaba que Callwin lograra algo, pero siempre era mejor hacer algo en lugar de

lamentarse por un error de juicio.

— Puedes llevarme de vuelta a la casa de Mike. Prefiero hablar con él en casa que frente a sus colegas.

— No hay problema, vamos para allá.

Mientras pasaban frente al comisariato, Callwin vio a colegas periodistas apiñados frente a la entrada. A ella no le importaba en absoluto; tenía cosas mucho más importantes que hacer.

*

Eran las 6:30 p.m. cuando Logan salió al pórtico del comisariato, que se había convertido en un improvisado escenario. Le recordaba los eventos de la primavera pasada. La horda de periodistas atraídos por la sangre derramada. Nunca se acostumbraría a eso. Sorprendentemente, no vio a Callwin. Tal vez había seguido su consejo y había regresado a Seattle. ¡Buena suerte!

El silencio se hizo presente bajo la lluvia constante, y comenzó a hablar.

— Queridas conciudadanas y conciudadanos, lamento informarles que Robert Gordon no fue víctima de un accidente doméstico, sino de un asesinato. Tengan en cuenta que emplearemos todos los recursos disponibles para detener y castigar al culpable. Robert Gordon fue un hombre ejemplar, un modelo para todos, conocido por su generosidad hacia las poblaciones más desfavorecidas. Desafortunadamente, no tenemos pistas por el momento. Quiero disculparme con Jeremy Hilton y su familia por el perjuicio que les hemos causado. Debe quedar claro que no lo acusamos de nada. Es más que probable que se trate de un asesinato cometido por un vagabundo, especialmente dado que se ha cometido un segundo crimen esa misma noche.

Logan se detuvo por un momento. Sentía como si cuchillas de acero se hundieran en su lengua. Nunca habría imaginado tener que pronunciar un discurso tan incoherente, pero Blanchett tenía razón, debían mantener un perfil bajo. Hilton aún tenía algo pendiente. Los periodistas reaccionaron como esperaba. Un tumulto de preguntas lo asaltó.

— ¿Quién fue asesinado?

— ¿Por qué nos lo ocultaron?

— ¿Tiene esto algo que ver con Gordon?

— ¿Es una mujer?

Logan pidió silencio y continuó hablando.

— Se trata de una persona sin hogar encontrada cerca de las antiguas aserradoras. Su cuerpo fue arrojado al río después de ser golpeado. Nada indica que los dos casos estén relacionados, pero nada impide pensar que lo estén. Por el momento, difundiremos un retrato suyo y rogamos a cualquier persona que lo reconozca o que lo haya visto el día de su muerte que se dé a conocer. (Tomó un sorbo de aire antes de concluir.) Les agradezco.

Las preguntas volvieron a arremolinarse, pero Logan se apartó y regresó al interior de la comisaría.

— Parece que uno de sus agentes intentó suicidarse, ¿puede decirnos más al respecto? ¿Podría haber sido víctima de un intento de asesinato también?

Los carroñeros. Cualquier cosa servía para hacer un titular. A pesar de su deseo de evitarlos, se sintió obligado a regresar para aclarar las cosas antes de que comenzaran a circular todo tipo de rumores.

— Sam Pommery efectivamente intentó suicidarse. Ahora se debate entre la vida y la muerte. Les pido, en nombre de sus seres queridos y de todos los que lo aman, que recen por su

supervivencia. No tengo nada más que agregar.

Esta vez, los periodistas guardaron un momento de silencio. Logan pudo finalmente retirarse y respirar profundamente. Estaba agotado. Recurrir a un Dios en el que no creía para salir adelante era una ironía cruel.

Regresó a su oficina y pidió que no lo molestaran. Necesitaba estar solo y desahogarse. Sin fuerzas para llamar a Hurley, se sentó frente a su computadora y comenzó a abrir las docenas de correos electrónicos que lo esperaban.

*

Callwin pensó que él nunca llegaría. Miró el reloj sobre el mostrador del Uncle Tom. Eran las 19:40. Diez minutos de retraso ya.

Sentada en la parte trasera del bar, con una cerveza al alcance de la mano, se sentía extraña. Esto le recordaba tantos momentos dolorosos. Otra vida. A su alrededor, pocos clientes. La música de rhythm and blues salía de los altavoces. La puerta del bar se abrió y apareció Spike. Sus miradas se cruzaron y una sonrisa depredadora se formó en el rostro del ex policía. Pidió una cerveza en el mostrador y se acercó a ella.

— Hola, cariño. Entonces, ¿extrañas a tu buen viejo Spike?

Se sentó frente a ella y tomó un sorbo de cerveza que dejó una fina espuma en su labio superior. ¡Cuántos recuerdos afloraron en la mente de Callwin! Sintió su corazón latir a toda velocidad. Nunca debería haberlo llamado. Spike pertenecía al pasado.

— Lo siento si te decepciona, pero estoy aquí por trabajo. Supongo que estás al tanto de los eventos que están ocurriendo en la ciudad en este momento.

Spike se hundió en su silla y se tomó su tiempo para responder.

— Se está poniendo bastante caliente. Tres cadáveres en dos días. Una buena estadística.

— Pommery no está muerto, lo corrigió.

Spike no mostró ninguna emoción en particular.

— Entonces, ¿qué tienes para decirme? ¿Qué es tan importante?

Raramente Callwin se había sentido tan nerviosa. Durante los años que había pasado en River Falls, solo había sentido desprecio por ese hombre. Volver a verlo aquí la hacía odiarse a sí misma por haberse rebajado tantas veces al acostarse con él para obtener información.

— Como siempre, vengo a pescar noticias.

Spike tomó otro trago de cerveza y guardó silencio.

— Necesito saber si hiciste copias de los documentos del archivo que Pommery te dio, soltó.

Instantáneamente, el rostro de Spike perdió todo color. Vio claramente que su mano tenía un tic nervioso.

— Temo que no tengamos nada más que hablar, Leslie, dijo mientras se levantaba.

— Clark, siéntate. No tengo la menor intención de delatarte a la policía. Ni a nadie.

Spike miró a su alrededor y volvió a sentarse.

— Escucha, Leslie, no sé a qué estás jugando, pero te aconsejo que tengas mucho cuidado.

— Te vi en la Avenida Wilson al mediodía. Estabas con Pommery. Pensé que habías venido a saludar a un antiguo colega. Pero su suicidio y la desaparición del archivo me hacen ver las cosas de manera diferente.

— Ese archivo nunca existió. Nadie puede demostrar lo contrario, dijo Spike, comenzando a entrar en pánico.

Callwin se inclinó hacia él y puso una mano cariñosa en su hombro.

— Estamos en el mismo bando, Clark. ¿Crees que te entregaría a la policía? ¿Realmente crees que podría enviarte a la cárcel?

No percibió ningún engaño en su mirada. Esta mujer era realmente atractiva. A pesar de que no tenía problemas con las mujeres, Callwin siempre tuvo un efecto especial en él.

— No sabes en qué te estás metiendo, Leslie. Sería mejor que olvidaras todo esto. Mis amigos no son personas a las que les guste que los molesten, si me entiendes.

Callwin no tenía dudas al respecto, pero matar a una periodista, ¿en serio? Demasiado arriesgado.

— No soy estúpida, al menos puedes concederme eso, ¿verdad?

Spike echó miradas furtivas alrededor de la habitación.

— ¿Qué quieres de mí?

— Te lo dije. Eres demasiado astuto como para no haber hecho copias del archivo. Una especie de seguro de vida.

Spike no hizo ningún comentario.

— Estoy dispuesta a pagarte una suma considerable por ellas.

De repente, un detalle volvió a su memoria.

— ¿No eras amiga de la esposa del sheriff?

Spike se rió y se levantó de la mesa.

— Bien jugado, Leslie, pero puedes decirle a ese maldito sheriff que no me atrapará hoy.

Callwin se levantó también y, a pesar de odiarse a sí misma por actuar de esa manera, se acercó a él.

— ¿Crees que llevo un micrófono encima, que soy enviada por el FBI? ¡Adelante, búscame! ¡Paranoico estúpido!

Spike sintió que su excitación crecía. Estaba tan cerca de él. Con su piel, su aroma...

Una de sus manos se deslizó sobre sus nalgas, pero la mirada indignada de un cliente la obligó a retirarla.

— Vamos a discutir en otro lugar.

Pagaron sus consumiciones y salieron del bar. En este comienzo de otoño, el aire se volvía fresco en cuanto el sol se ponía. Callwin ajustó el cuello de su abrigo. Spike escudriñó los alrededores con la mirada, pero no notó ninguna camioneta sospechosa ni francotirador en las ventanas.

Callwin probablemente decía la verdad. No era lo suficientemente astuta como para planear algo así.

— Clark, necesito esa información. Tengo que hacer méritos en el Seattle Tribune. Con un escándalo así, estoy segura de que me mantendrán.

Pobre chica, pensó él. La reconocía completamente. No era tan fuerte como quería aparentar. Le gustaba tenerla bajo su control.

— ¿Cuánto estás dispuesta a pagar?

Callwin no tenía idea de cuánto podría ofrecer su periódico, pero lo intentó de todos modos.

— Diez mil dólares.

Spike la miró directamente a los ojos.

— Treinta mil, ni un dólar menos. Esto es una bomba que te ofrezco.

Un coche pasó lentamente. El sexto sentido de Spike se activó, pero al ver al conductor, un anciano, entendió su error.

— Escucha, no sé si estarán dispuestos a pagar. Tengo que consultarlo con mi jefe.

— No hay problema, tengo todo el tiempo del mundo.

Spike miró al cielo y pensó que su suerte finalmente estaba cambiando. Cincuenta mil dólares de un lado, más treinta del otro. Era un doble triunfo. Realmente tenía sus ventajas no seguir siempre las reglas.

— ¿Bien, vamos a mi casa o te quedas en el hotel? —preguntó mientras la rodeaba con el brazo.

Callwin puso su mano sobre la suya y la retiró lentamente.

— Eso se acabó, amistad —dijo con amabilidad—. Ahora es todo trabajo.

Spike se quedó paralizado. ¿Qué estaba haciendo? Lo había calentado hasta el límite y ahora se alejaba cuando estaban a punto.

— ¿Estás bromeando, verdad? No estás casada, ¿verdad? Y aunque lo estuvieras, no me harás creer que eres fiel.

Y no se te ocurra pensar que tengo ganas de acostarme contigo, se contuvo para no gritarle en la cara.

— No me digas que no disfrutabas de nuestras escapadas sexuales. Vamos, deja de actuar como una puritana.

Intentó abrazarla de nuevo, pero Callwin logró mantenerlo a distancia sin ser brusca.

— Clark, por favor. Olvídalo. Te estoy ofreciendo un montón de dinero y, por supuesto, la fuente de mi información se mantendrá en el anonimato. Eso ya es bastante, ¿no?

Nunca habría creído eso de ella. ¿Desde cuándo se negaba a él?

— Escucha, Leslie, esto es muy simple. O tenemos sexo, o te largas.

Estoy loco. Dispuesto a perder treinta mil dólares por un simple revolcón, pensó, y añadió:

— No estoy bromeando, Leslie, decide rápido.

Su miembro estaba tan duro como una barra de hierro. Ella estaba jugando con él.

— De acuerdo, pero una vez que se haga la transacción —aceptó Callwin.

Nunca pensó que diría eso. Sin embargo, las palabras salieron por sí solas.

Elle realmente necesitaba esa información. Spike sintió que no obtendría más. Era mejor que nada. Estaba ansioso por tomarla en ese mismo lugar.

— Está bien, pero asegúrate de cumplir tu promesa. Puedo ser muy malo si quiero.

Un escalofrío de miedo recorrió a Callwin. Odiaba a este tipo, un psicópata que no se daba cuenta.

— No habrá ningún problema. Siempre cumplo mis promesas.

Spike le pasó la mano por las nalgas. Callwin se dejó hacer.

— Eres realmente una zorra hermosa —le susurró al oído.

Callwin reprimió las ganas de darle una patada en sus partes.

— Si cumples tu palabra, yo cumpliré la mía.

Spike agarró firmemente sus nalgas y la atrajo hacia él.

— Me imagino nuestra ardiente noche de amor.

La besó en los labios y trató de introducir la lengua. Al principio, Callwin lo rechazó, pero ante su insistencia, finalmente cedió. Después de saciarse con ese beso, se apartó de ella, orgulloso de sí mismo.

— ¿No me digas que no te gustó?

Callwin bajó la mirada avergonzada y enojada. Spike lo interpretó como un consentimiento. Se rió y sacó un cigarrillo.

— Sabía que todavía sentías algo por mí. Vamos, llámame pronto, cariño.
Spike encendió su cigarrillo y, con el corazón ligero, se alejó por la calle.
Aterrorizada, Callwin lo miró marcharse con lágrimas en los ojos.

*

Logan estacionó su Cherokee en el camino de entrada de su casa. La noche había caído sobre River Falls. Las farolas habían tomado el relevo del sol. Todo estaba tranquilo. Salió de su coche y se quedó mirando la larga avenida de casas. La vida sería mucho más sencilla si hubiera elegido otro trabajo. Las personas normales olvidan los incidentes del día en cuanto ponen un pie en su hogar. Pero esa tranquilidad era imposible para él.

Demasiada presión, demasiado estrés, demasiada implicación. Él conocía la canción. La puerta de entrada se abrió. Hurley estaba parada en el umbral.

— Entra, pedí pizzas. Estarán frías.

Logan sonrió y subió por el camino de entrada. Afortunadamente, Hurley estaba a su lado. Tenía el don de hacer que olvidara todos sus problemas. La alcanzó, la abrazó tiernamente y le dio un beso en los labios.

— Solo una cosa, mi amor. No hablamos de trabajo. Ya estoy harto por hoy.

Estaba exhausto. Tenía ganas de dormirse en un baño bien caliente.

— Suena perfecto, no tenía intención de hacerlo. ¿Una noche de televisión?

— ¡Es perfecto!

Cerró la puerta detrás de él y vio la mano vendada de Hurley.

— Blanchett me lo contó. Eres incorregible.

Después del primer shock, ya no tenía ganas de discutir con ella. Después de todo, fue solo un accidente. Nada grave.

— Dijimos que no hablaríamos de trabajo.

— Pero esto no tiene nada que ver. Yo...

Hurley puso un dedo en sus labios.

— Shhh.

Logan se calló y la siguió a la cocina.

Comieron sus pizzas con una botella de vino californiano en silencio, luego se tiraron en su nuevo sofá y vieron una vez más Blade Runner.

La película y la presencia de Hurley a su lado le hicieron mucho bien a Logan. Rara vez se había sentido tan vacío. El día había sido terrible. Pasó por todas las emociones posibles. Euforia y buen humor por la mañana, preocupación, pánico y enojo más tarde, y finalmente decepción, humillación y resignación. Demasiado para un solo día.

Cuando los créditos finales aparecieron en la pantalla, apagó el televisor y pasó su mano bajo el suéter de Hurley. En silencio y a la tenue luz de una lámpara en el aparador, se quitaron la ropa mutuamente y hicieron el amor en la nueva alfombra de lana beige.

— Te amo —le susurró al oído después de un último estremecimiento orgásmico.

— Te amo, Mike —dijo Hurley mientras lo abrazaba con fuerza.

El Floppy's Bar estaba ubicado en el barrio caliente de River Falls. Kyle inmediatamente se sintió a gusto en el lugar. Solo le sorprendió que una chica como Cheryl lo citara en un antro como ese. Sonaba "All of you," un viejo estándar de Don Felder, desde los altavoces. El mostrador estaba atendido por una especie de hippie directamente sacado de Easy Rider, y un fuerte olor a marihuana impregnaba el ambiente. Los rednecks bebían cerveza mientras jugaban al billar. Otros se reían alrededor de una mesa cubierta de botellas de cerveza vacías. Las chicas llevaban ropa provocativa, shorts de mezclilla o minifaldas de cuero.

Cheryl estaba en uno de los rincones de la sala principal. Estaba sentada junto a otra chica y a un tipo que debía tener unos treinta años y llevaba una barba estilo ZZ Top. Tan pronto como vio a Kyle, le hizo señas para que se les uniera.

— Encantada de verte.

Sus ojos brillaban con una extraña luz. No había esperado a Kyle para abusar de sustancias ilícitas.

— Te presento a Gibley, mi primo, y su novia Masha.

Kyle les estrechó la mano y se sentó junto a ellos.

— Buen bar. Un antro sureño perdido en el norte de América.

— Lo has dicho —dijo Gibley, pasándole un porro. Es de primera.

Sopló lentamente una nube de humo.

— No sé dónde la conseguiste, pero está genial.

Gibley y Masha se miraron cómplices. Hierba directamente de su propia plantación.

— Puedes decirlo. La mejor.

Kyle dio otra calada y le pasó el porro a Cheryl.

— Nunca habría imaginado que te gustara este tipo de lugar.

— Es para hacerlo feliz —respondió, señalando a su primo. No viene por aquí con frecuencia, así que es lo mínimo para no desorientarlo demasiado.

— Nunca entenderé por qué alguien querría pasar su vida en este lugar. Tienes que venir a Texas. El alma de América está allí —afirmó Gibley.

Kyle no estaba de acuerdo, pero le importaba muy poco. Una canción de Patti Smith tomó el relevo de Felder. Una camarera con un escote pronunciado llegó a tomar su nuevo pedido y se fue meneando las caderas.

Kyle pensó que de ahí venía el arte de Cheryl.

La conversación abordó temas tan diversos como la música, el sentido de la vida, las mejores cervezas estadounidenses y los lugares donde encontrar las personas más atractivas del mundo.

Eran casi las doce de la noche cuando Cheryl dio la señal de partida. Kyle miró su reloj. Ya llevaba dos horas bebiendo y fumando en ese lugar. Era increíble que la policía permitiera que un lugar así estuviera abierto. "El dueño debe tener buenas conexiones en el ayuntamiento", pensó mientras se levantaba.

Cheryl tambaleaba. Kyle la ayudó a mantenerse erguida y Gibley tomó a Masha por la cintura. Los cuatro se encontraron afuera. A pesar de sus abrigos, el frío de la noche los hizo tiritar.

— Joder, nunca me acostumbraré a esto. ¡Y hay idiotas que hablan de calentamiento global! ¡Vamos, qué estupidez! —gruñó Gibley.

Su voz resonó en la calle. El portero les hizo señas para que hablaran más bajo.

— Está bien, está bien —concedió Gibley en señal de apaciguamiento. Luego, volviéndose hacia Kyle—: Bien, te confío a mi prima favorita. Si llego a enterarme de que no has sido correcto con ella, te mato.

Con eso, subió a su Harley, su amiga hizo lo mismo y, sin casco, se perdieron en la noche.

— La adoro —dijo Cheryl aferrándose al brazo de Kyle.

— Muy agradable, para un texano.

Cheryl soltó una risa aguda. Había bebido demasiado. Kyle esperaba que el frío la revitalizara.

— ¿Dónde vives?

— En casa de mis padres, en Golden Hill, pero si me atrapan así, estoy muerta. Nos esperan en un hotel.

Ah, la juventud dorada, pensó Kyle divertido.

Debido al frío y al estado de Cheryl, no se pusieron quisquillosos. Entraron en el primer hotel que encontraron. En el barrio, la mayoría de los hoteles eran de paso. El recepcionista no se preocupó por su estado ni por su edad. Tomó el dinero y les dio una llave. Cheryl ya no hablaba y realmente tambaleaba. Kyle la llevó en brazos hasta el tercer piso. Logró abrir la puerta de la habitación sin soltar a la joven. Un olor a humedad le atacó la garganta. Solo encendió la luz del baño y regresó junto a Cheryl.

— ¿Estás durmiendo?

— No —murmuró suavemente.

— Confía en mí, ¿vale?

Otra murmuración igual de suave fue su respuesta. Él le quitó suavemente la ropa, dejándole solo el sostén y la tanga antes de deslizarla en la cama.

Él también se desnudó y apagó la luz. Finalmente, se hundió con deleite en las sábanas con un olor dudoso. Había tenido una gran noche. No había pensado que Cheryl fuera tan agradable y relajada. Al principio, solo había planeado tener un encuentro con una mujer guapa. Pero para ser una chica provocativa de clase alta, tenía una mente abierta y no era tan tonta como parecía. Cheryl se giró hacia él, puso una mano en su pecho y se acurrucó junto a él.

— Eres un buen chico, Kyle. Lo supe desde que te vi —murmuró con una voz casi inaudible.

Kyle sonrió y se volvió hacia ella. La abrazó y la besó apasionadamente. Cheryl metió la mano en su ropa interior y agarró su miembro entre sus dedos, pero no tenía la fuerza para excitarlo. Sin embargo, Kyle no necesitaba realmente eso. Soportaba el alcohol mucho mejor que ella. Moviéndola suavemente su mano, le quitó la braga y se posicionó sobre ella, listo para penetrarla, cuando una duda lo detuvo en pleno acto.

— Cheryl?

Ninguna respuesta.

— Cheryl?

Todavía sin respuesta.

La idiota se había quedado dormida. Kyle soltó una pequeña risa. Era la primera vez en su vida que le ocurría algo así. Se esforzó por controlar su deseo y rezó para que Cheryl estuviera más despierta al despertar.

*

Eran las doce de la medianoche cuando Stuart regresó al dormitorio. No había tenido un segundo para sí mismo. A su regreso a la universidad, había asistido a las clases de la tarde y

luego se había unido a la residencia Delta por segunda noche consecutiva. Apenas había bebido alcohol, lo que le permitió disfrutar aún más del ambiente. La música era buena y los estudiantes eran agradables. Todos le hablaban con normalidad. No había discriminación por su apariencia. La fraternidad Delta era realmente un sueño. Sin embargo, en cuanto pudo escapar sin parecer sospechoso, se dirigió a su habitación y se conectó a Internet.

Tumbado en su cama, con su computadora portátil frente a él, Stuart ingresó "Fundación Margareth-Smith" en la barra de búsqueda de Google. Era un centro de tratamiento para pacientes con anorexia. Si Judith era delgada y esbelta, no le había parecido anoréxica. ¿Tal vez había sido una paciente anteriormente?

Stuart se mordió la uña del pulgar. Sentía que no era eso. Los ex pacientes suelen evitar los hospitales y este tipo de centros como la peste. Demasiados malos recuerdos. Decidió hacer lo que mejor sabía: hackear la computadora de la fundación. No le llevó más de cinco minutos. Demasiado fácil. Aunque había cortafuegos instalados, no eran muy complicados de superar. Nadie se habría imaginado que un experto en informática se interesaría en una fundación como esa.

Registró la base de datos y encontró el archivo de los pacientes. La fundación tenía actualmente alrededor de cuarenta pacientes. Supuso que Judith debía tener una amiga en la lista. Recorrió rápidamente las fichas. Solo había mujeres de entre quince y treinta años. Pero ¿cuál era la amiga de Judith? Las revisó una por una, más lentamente.

De repente, tuvo una idea. ¿Cuál era el apellido de Judith? Se sentó en la cama y buscó en su memoria. Joey le había dicho la noche anterior: "Judith, la más hermosa de las hermanas...". ¡Ahí está! Se impacientó apretando los puños de frustración. Pero si veía el nombre, seguramente lo recordaría. Volvió a la lista y la examinó detenidamente: Rebecca Campbell, Alanis Cook, Suzie Edwards, Madison Morgan, Myranda Grey, Shannon Tipper. ¡Bingo!

"Judith, la más hermosa de las hermanas Tipper."

Entonces, Judith tenía dos hermanas. Una mayor y otra de dieciséis años que estaba en un centro de tratamiento. Apagó su computadora y se acercó a la ventana de su habitación. Ahora entendía mejor por qué Judith se había conmovido cuando los jugadores de fútbol americano la habían agredido la noche anterior. No había soportado que se burlaran de él por su peso. No debía ser fácil tener una hermana menor con anorexia.

Al menos, no tendría ilusiones. ¡No se había sentido atraída por su cuerpo de chico regordete! A pesar de todo, no pudo evitar sentir tristeza. ¡Si tan solo hubiera sido guapo!

Odiaba a todas esas chicas bonitas que pasaban su tiempo diciendo que la apariencia no era esencial. Belleza interior. ¡Vamos! suspiró.

Con el corazón pesado, miró la hora y se dio cuenta de que sería mejor acostarse si no quería llegar tarde a las clases al día siguiente. Colocó su computadora en el escritorio y se puso el pijama antes de meterse en la cama. Fue más fuerte que él: se propuso elaborar un plan para volver a verla. Si no podía salir con ella, podría convertirse en su amigo. Siempre era mejor que nada. Stuart, el eterno confidente.

Heather terminó de colorear el cielo con un lápiz azul. Se apartó para contemplar su obra. No era eso. Faltaba algo. Volvió a su dibujo con un lápiz verde. Heather, de seis años, era una niña especialmente despierta. Estaba acostumbrada a quedarse sola durante largos momentos. Mamá trabajaba mucho y no estaba en casa a menudo. Incluso si Tommy, el novio de mamá, o la Sra. Klein, la vecina del piso de arriba, la cuidaban en algunas noches, ella estaba acostumbrada a pasar las noches sola. Pero esta noche, mamá había llegado temprano. Parecía especialmente cansada y se fue a descansar en su habitación.

— Voy a tomar una pequeña siesta y regreso, mi amor. Dibuja mientras tanto — le susurró, acariciándole el cabello.

Como una niña modelo, Heather se encerró en su habitación con la ambición de hacer el dibujo más hermoso para su mamá. Media hora después, casi había terminado. Una casa, una niña, una mamá, un gato y un hermoso sol en el cielo. Se dispuso a retocar la cola del gato, y esta vez supo que había terminado. Se levantó con su dibujo en la mano, salió corriendo de su habitación y golpeó la puerta de la habitación de su madre.

— ¡Mamá, mamá, terminé! ¿Puedo entrar?

Ninguna respuesta.

— ¡Mamá, he terminado! — repitió después de un minuto.

Sin respuesta. Heather nunca entraba en la habitación sin permiso. Una vez olvidó esta regla y vio a mamá y Tommy desnudos, gritando. La regañaron como nunca. No tenía intención de repetir eso. Pero tal vez mamá se había quedado dormida. Además, no escuchaba gritos.

Reunió valor y abrió la puerta lentamente.

— Mamá?

Heather la encontró acostada en la cama. No se había quitado la ropa, pero tenía una banda elástica apretada alrededor del brazo derecho. Heather nunca había visto los brazos de su madre completamente desnudos. Estaban llenos de moratones. Una jeringa yacía en el suelo junto a la cama.

— Mamá?

Heather sintió que algo iba mal. ¿Por qué no se despertaba?

— ¡Mamá! — sollozó, presa del pánico.

Agarró el brazo de su madre y lo sacudió lentamente, luego con todas sus fuerzas.

— ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Por qué no te mueves?

Un día después, la policía forzó la puerta.

— Dios mío, pobre niña — suspiró el inspector principal al descubrir a la niña dibujando al pie de la cama.

— Mamá está durmiendo, la van a despertar, ¡shh! — dijo Heather, poniendo un dedo en su boca.

Lunes 15 de octubre

La lluvia había estado cayendo sin parar durante unas diez días. No eran fuertes precipitaciones, pero una fina lluvia persistente que invitaba a quedarse en casa y abandonar cualquier búsqueda.

De pie en el barro del bosque, Hurley no tenía la intención de dejarse vencer por el mal tiempo. Aunque Logan le había sugerido buscar otra pista, Hurley estaba segura de que la solución estaba aquí, cerca del puente donde se encontró el cuerpo de John Doe.

Habían pasado dos semanas desde que comenzaron a interrogar a todos los vagabundos, marginados y personas sin hogar de las antiguas aserraderas. No obtuvieron nada de eso. No vieron ni oyeron nada. Y lo que es peor, nadie reconoció la foto de John Doe. Su publicación en la prensa no dio mejores resultados.

Por su parte, el FBI no encontró nada en el cuerpo de ese hombre que permitiera seguir la pista de un posible culpable. Sus archivos permanecieron tan callados como los vagabundos de River Falls. El cadáver aún no tenía identidad.

En este decimotercer día de investigación, Hurley no tenía más pistas que el día siguiente al crimen.

— ¿Estás segura de que esto sirve para algo? —preguntó el sargento Portnoy.

Logan había decidido dar por terminado el caso y había retirado a la teniente Blanchett de la investigación, que habría enterrado si Hurley no hubiera insistido en mantenerla abierta. Había reservado los servicios del sargento Portnoy.

— No estás obligado a quedarte. Puedo manejar esto perfectamente por mi cuenta —respondió ella bruscamente.

Hurley no tenía intención de ser desagradable, pero se sentía tan frustrada.

— No tenía intención de ofender —se disculpó Portnoy.

El joven sargento miró sus botas y continuó buscando cualquier señal sospechosa. Era la cuarta vez que Hurley regresaba a este antiguo puente. Pero era la primera vez que tenía que conformarse con un personal tan reducido: el sargento y ella misma.

No podía olvidar al hombre que los había observado en su primera visita a este lugar. Debía encontrarlo y hablar con él a toda costa. Aunque sabía que había una alta probabilidad de que fuera solo un vagabundo curioso por su presencia, necesitaba asegurarse.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —continuó Portnoy.

Hurley levantó la vista y le sonrió.

— Claro.

Desde su posición, podían ver el puente y el río a través de los arbustos.

— ¿Por qué los asesinos siempre regresan al lugar del crimen?

Obviamente, conocía la respuesta, pero estaba harto del silencio. ¡Estaban perdiendo su tiempo aquí!

— No hay una respuesta definitiva. En primer lugar, no todos los asesinos regresan al lugar del crimen. De hecho, muy lejos de eso —comenzó Hurley en tono profesoral.

Ella se sentó en un tronco de árbol. Solo esperaba que sus pantalones K-way fueran tan impermeables como decía el manual.

— Pero para los demás, hay dos razones principales. La primera, obviamente, es asegurarse de no haber dejado ninguna pista. Hablo en el contexto de un asesinato "normal", —dijo haciendo comillas con los dedos.

Portnoy frunció el ceño. A la sombra de su sombrero, parecía mucho más viejo que sus veinticinco años, notó Hurley.

— Cuando digo "asesinato normal", me refiero a una persona que mata solo una vez. Por venganza, celos, dinero, etc. No a un asesino en serie, si lo prefieres.

Portnoy asintió con la cabeza. Ella le hablaba como a un estudiante, pero no le importaba.

— Un aficionado, en resumen.

— Sí, se podría decir así —admitió antes de continuar—: Estos asesinos no están acostumbrados a este tipo de estrés, incluso si su crimen fue premeditado, a menudo pierden los nervios en el momento de cometer el acto y cometen muchos errores. Es así como los encontramos la mayoría de las veces.

Portnoy aclaró su garganta.

— Sé eso, por supuesto. Solo quería decir que nunca entenderé a aquellos que solo regresan para revivir las sensaciones que su crimen les proporcionó.

Hurley rió tristemente.

— Perdón, pero es mi vena pedagógica. No dudo de tus habilidades, pero en el FBI, a veces somos tan egocéntricos, ¿sabes?

Portnoy sonrió a su vez. Antes de este día, solo la había visto de pasada. Solo la conocía por rumores. Pensó que si el sheriff Logan estaba enamorado de ella, entonces debía ser una buena persona. Estaba contento de no haberse equivocado.

— Sí, sé que más allá de la frontera este de Seattle, todos los habitantes son unos paletos. Pero, bueno, es solo una leyenda que mantenemos. Si la gente supiera cuán agradable es la vida aquí, nos invadirían y adiós a nuestra comodidad.

— No está mal —respondió Portnoy—. Y para responder a tu pregunta, la otra razón por la que los asesinos regresan es principalmente una especie de ritual. Un impulso irresistible de revivir su crimen de manera idéntica. La vida humana es lo máspreciado del mundo. Transgredir tal prohibición puede proporcionar una sensación de poder casi místico. Regresar al lugar es revivir el momento en el que se convirtieron en iguales a los dioses.

Hurley se levantó, se secó la cara y concluyó:

— Los recuerdos se desgastan con el tiempo. Es importante para este tipo de psicópatas mantenerlos intactos el mayor tiempo posible, aferrándose a objetos tangibles. Por eso, a menudo guardan trofeos de su acto. Ropa, objetos personales, o incluso el cuerpo o partes del cuerpo que han torturado —dijo, recordando algunos casos de asesinos en serie.

Portnoy la miró con respeto.

— Tienes una forma de hablar muy agradable. ¡Deberías ser profesora!

Hurley no detectó ningún rastro de ironía en el tono del sargento. Sabía que podía parecer pedante cuando exponía sus conocimientos de esta manera. Pero nunca lo hacía por complejo de superioridad. Simplemente trataba de ser lo más claro y preciso posible.

— Me aburriría lejos del campo. Necesito este contacto con el exterior. Sinceramente, incluso si no encontramos nada, ¿no es una vista fantástica? —preguntó mientras se levantaba.

Las nubes que oscurecían el cielo, los enormes pinos con agujas que brillaban bajo las gotas de lluvia, formando un escenario natural al río cuyo flujo se hacía más tumultuoso en ese lugar, creaban un espectáculo fascinante que imponía respeto. Uno se sentía insignificante. Pensó que

el día en que el hombre desaparezca, la naturaleza reclamará sus derechos.

Portnoy no compartía esa visión. Habría preferido estar en casa. Llevaban dos horas caminando por la orilla y el bosque cercano. Dos horas sin encontrar nada...

Escuchó un crujido y se dio la vuelta.

Su mirada se encontró de inmediato con la de un desconocido que los observaba a menos de veinte metros de su posición.

— ¡Eh, tú! ¿Qué estás mirando? —gritó.

El desconocido la observó durante un segundo más, luego se dio la vuelta y salió corriendo.

Hurley apenas tuvo tiempo de ver su rostro. Estaba casi segura de haberlo reconocido. Era el mismo hombre que la había sorprendido en su primera visita.

Portnoy no esperó su orden para correr tras él. El suelo estaba embarrado bajo sus pies, pero el sargento tenía un excelente estado físico a su favor. A pesar de las innumerables trampas que obstaculizaban su avance, mantuvo al fugitivo a la vista. El hombre corría como un loco, dando la impresión de volar por el bosque como un duende. Portnoy había grabado la imagen del hombre en su memoria. ¡Un rostro de locura! Vestido con harapos, tenía una espesa barba negra y cabello largo que le caía mucho más allá de los hombros.

— ¡Detente! —gritó.

Pero el hombre no pareció escucharlo. Portnoy casi se resbaló en el suelo húmedo, pero se recuperó a tiempo. El desconocido recuperó los metros que había perdido. ¡Maldición! Portnoy maldijo para sí mismo. No tenía intención de dejarlo escapar. Habían tenido mucha suerte de que el asesino volviera una vez más al lugar. Eso probablemente no volvería a suceder.

Siguiendo un buen ritmo a través de esta vegetación hostil, decidió sacar su arma y quitar el seguro.

— ¡Detente o dispararé! —gritó.

El fugitivo no perdió tiempo en mirar hacia atrás y se abrió paso con la misma destreza a través de los diversos obstáculos vegetales. Portnoy levantó su pistola hacia el cielo y disparó un tiro.

El sonido del disparo resonó en el bosque. El fugitivo se deslizó y se agarró a un tronco antes de continuar. Maldita sea, ¿cómo podía un indigente tener tanto aliento? Portnoy sentía que sus propios pulmones comenzaban a arder. Disparó un segundo tiro de advertencia, pero esta vez el fugitivo no se dejó distraer y recuperó algo de energía.

Portnoy decidió concentrarse en su carrera y guardó su arma. No tenía intención de dispararle por la espalda. Nunca olvidaría lo que Spike hizo la primavera pasada. Al recordar eso, una rabia revitalizante se apoderó de él. Su respiración sonaba como un gruñido. Paso tras paso, empezó a recuperar terreno.

Los metros se reducían uno tras otro hasta que estuvo a menos de tres metros del fugitivo. Este lo escuchó y puso sus últimas fuerzas en su desesperada carrera. Era mucho menos hábil que al principio y regularmente se golpeaba la cara con ramas.

Portnoy avanzó otros dos metros y, sin previo aviso, dio un salto hacia adelante, lanzando sus pies con todas sus fuerzas en la espalda del hombre, quien perdió el equilibrio y cayó hacia adelante. Portnoy se le echó encima. Un segundo después, le apuntaba su arma en la frente.

— ¡Intenta algo y te disparo en la cabeza! —rugió.

El fugitivo lo miró, aterrorizado. Jadeaba, luchando por recuperar el aliento. Portnoy temió que sufriera un paro cardíaco. Podía ver las venas yugulares latiendo bajo la piel de su cuello. La

saliva le caía de la boca.

Escuchó a Hurley finalmente llegar, jadeando hasta quedar sin aliento. Se detuvo junto a los dos hombres. Portnoy no cambió de posición, el cañón de su pistola seguía apuntando a la frente del fugitivo.

— Toma mis esposas —dijo Portnoy.

Hurley las encontró colgadas de su cinturón.

— Me levantaré, te aconsejo que no hagas ninguna tontería, ¿entendido?

El sospechoso se mantuvo en silencio, aún buscando su aliento. Sin embargo, parpadeó en señal de asentimiento. Portnoy se retiró. Hurley, muy atenta, logró ponerle las esposas en las muñecas al fugitivo.

— Está bien. Solo queremos hablar contigo, ¿de acuerdo?

El hombre asintió con la cabeza.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Hurley con voz suave.

El hombre no dijo una palabra. Una mirada cargada de sufrimiento se cruzó con la de Hurley. La agente del FBI sintió que su corazón se encogía. Rara vez había visto tanto miedo en los ojos de un ser humano.

— No te queremos hacer daño —continuó Hurley.

El hombre no debía tener más de veinte años. Su barba era larga y espesa, como si nunca se hubiera afeitado en su vida. A pesar de su corpulencia atlética, no asustaba a Hurley. Parecía un niño pequeño que había tenido un terrible susto.

— Debes confiar en nosotros. Somos la policía. No tienes nada que temer de nosotros.

Portnoy frunció el ceño. ¿Qué estaba diciendo? Tenían a su asesino. Lo iban a encarcelar por el resto de su vida, o incluso peor. Las palabras o el tono de voz parecieron tranquilizar al hombre. Asintió nuevamente con la cabeza y controló su respiración, cerrando la boca. Su rostro se relajó un poco.

— Voy a cuidar de ti, confía en mí —continuó Hurley, agarrando su brazo.

— Espera, detente —la detuvo Portnoy.

Sosteniendo su arma, se acercó al vagabundo y palpó con la palma de la mano la parte baja de su espalda y las caderas, luego descendió por las piernas. Ahí encontró lo que temía. Hurley vio el pánico renacer en los ojos del hombre.

— Mírame, confía en mí —repitió mirándolo directamente a los ojos.

Portnoy sacó un cuchillo de caza de su funda en la pantorrilla.

— Deberían dejar de pensar que son Rambo —ironizó—. Ni él ni yo habíamos nacido cuando terminó Vietnam.

— No vamos a robártelo. Te lo devolveremos tan pronto como sea posible, ¿de acuerdo? —dijo Hurley, que no apartaba la mirada del hombre.

El fugitivo negó con la cabeza una vez más. Tal vez era sordo o mudo y solo leía los labios. Pero en ese caso, el disparo del arma no debería haberle asustado. Hurley descartó esa hipótesis y prefirió la del retraso mental.

— Ven con nosotros. Nos vamos a ocupar de ti.

Bajo una lluvia persistente, regresaron a su vehículo estacionado cerca del puente. El hombre no ofreció resistencia y subió al asiento trasero sin objeciones. Hurley se sentó a su lado mientras Portnoy tomaba el volante.

Stuart había estado pensando en ello todo el fin de semana. Tenía que ponerse en contacto con Judith a toda costa, o su relación con ella estaría definitivamente arruinada. Estaban empezando su tercera semana de clases y no se habían vuelto a ver. Al menos, ella no lo había visto. Stuart, por otro lado, se las arregló para espiarla.

En la cafetería, en la biblioteca o incluso en la calle cuando iba a visitar a su hermana. Había ideado todo tipo de planes más ridículos que los anteriores para volver a acercarse a ella, pero se sentía incapaz de ponerlos en práctica. Sin embargo, cuanto más la observaba, más enamorado estaba. Era completamente absurdo. La Bella y la Bestia. No tenía la menor oportunidad. Pero no le importaba. Se convertiría en su confidente y quién sabe, con el tiempo...

— Y no olviden hacer sus ejercicios, retumbó el profesor de matemáticas, el Sr. Headley.

La campana acababa de sonar. Todos los estudiantes guardaron sus cosas en sus mochilas. Un bullicio liberador llenó el anfiteatro.

— Este Headley es insoportable, se quejó Alastair.

El joven estudiante se había convertido en su amigo. También era un novato en Delta. Con una apariencia promedio y una incapacidad para destacar entre las chicas, era tan torpe como Stuart.

— El día en que veas a un profesor de matemáticas pedagógico, me lo dirás, bromeó Stuart mientras terminaba de guardar su mochila.

Salieron del anfiteatro mientras seguían charlando, pero Stuart estaba en otro mundo. Tenía que aprovechar el descanso del almuerzo para encontrar a Judith y poner en marcha el Plan F.

— Hoy no voy a comer, dijo Stuart. Me duele el estómago. No sé qué me pasa.

— Seguro que con la comida que sirven aquí..., respondió Alastair.

Recorriendo los pasillos del edificio B, se toparon con otros estudiantes de Delta. Alastair se unió a ellos y Stuart aprovechó para desaparecer.

El tiempo era espantoso. La lluvia no paraba de caer. Había esperado que el diluvio terminara, permitiéndole abordar a Judith en el parque, pero tuvo que resignarse: River Falls era peor que Seattle. ¡Lluvia, siempre lluvia!

Se dirigió al anfiteatro Tennessee Williams. Demasiado tarde: todos los estudiantes del curso de historia de la literatura ya se habían ido. Caminó rápidamente por las escaleras que conducían a la planta baja del inmenso edificio, con la esperanza de encontrar a Judith. Con la mano en el bolsillo, se aseguró de que todavía tenía la carta que le había escrito. Era lo mejor que podía hacer. Nunca podría hablarle cara a cara. Tenía demasiado miedo de perder todas sus facultades y parecer un psicópata.

Muchos estudiantes charlaban en los pasillos. Stuart maldijo este contratiempo. De repente, reconoció la silueta de Judith no lejos de la salida. Se detuvo y se agachó, como si estuviera atándose los cordones de los zapatos. Los estudiantes iban y venían en el gran vestíbulo de entrada, pensando solo en ir a comer.

Puedes hacerlo, debes hacerlo, se animó Stuart, sintiendo oleadas de calor enrojecer sus mejillas. Judith estaba hablando con dos de sus amigas. Estaba riendo a carcajadas. La inocencia hecha mujer. Vamos, Stuart. Se enderezó y, prometiéndose a sí mismo que se suicidaría si la situación se volvía insoportable, caminó con paso firme hacia Judith. Ella le daba la espalda. Todavía podía retroceder. ¡No, debes hacerlo!

Las amigas de Judith lo miraron acercarse con desconfianza. Judith se dio la vuelta. Una gran sonrisa iluminó su rostro cuando lo reconoció.

— ¡Stuart! ¡Hola, ¿cómo estás?!

No había olvidado su nombre. ¡Y Kyle, que no creía en Dios!

— No estoy mal, ¿y tú? —respondió él sin tartamudear.

Sentía que sus piernas temblaban y el sudor le corría por la espalda, pero logró mantener la compostura.

— Bastante bien. Permíteme presentarte a Lindsay y Cindy.

Estrechó sus manos. Hubo un breve silencio.

— Bueno, vamos a comer —dijo Cindy, sin ocultar su aburrimiento.

No tenía ningún interés en quedarse con este tipo. ¿Cómo podía Judith hablar con semejante perdedor?

Stuart se sintió de inmediato incómodo y perdió el hilo. Sus mejillas se ruborizaron y su boca se secó. No necesitaría cometer harakiri en su habitación, ¡iba a morir de vergüenza allí mismo!

— ¡Oye, Stuart! —gritó alguien detrás de él.

Las miradas de las estudiantes se dirigieron al recién llegado.

— ¿Cómo estás? Veo que estás en muy buena compañía —lo felicitó Joey.

La actitud de las dos amigas de Judith cambió drásticamente: ¡el gran maestro de Delta estaba interesado en ellas!

— ¿Eres Joey, verdad? —preguntó Lindsay mientras jugueteaba con un mechón de su cabello, entrecerrando los ojos para seducirlo.

— El único e inigualable —se jactó el apuesto estudiante.

Puso su mano en el hombro de Stuart.

— Veo que te has encontrado con nuestra mejor recluta de primer año —continuó, luego, volviéndose hacia él—. ¿Por qué no me presentas a tus nuevas amigas?

— Judith, dijo, sintiendo como si de repente le hubieran quitado el peso del mundo de los hombros.

¡Joey acababa de salvarle la vida! Nunca le agradecería lo suficiente.

— Lindsay, la amiga rubia se adelantó, asegurándose de resaltar su pecho.

— Soy Cindy, afirmó la segunda amiga. Siempre he pensado que los chicos de Delta son los mejores. ¿Sería posible asistir a una fiesta?

Joey mantuvo su mano en el hombro de Stuart.

— Por supuesto, pero hay reglas que seguir. Necesitan una invitación de uno de los miembros. Stuart, es tu elección.

Los rostros de las dos amigas palidecieron de repente. Lindsay intentó una sonrisa vaga. Stuart la encontró patética y estalló en risas.

— Judith, si estás de acuerdo, cuento contigo.

— Con mucho gusto. ¿Cuándo es la próxima fiesta?

— El sábado por la noche en el pabellón Delta.

Lindsay y Cindy, con semblante apenado, se dirigieron a Joey.

— Gran maestro, te suplicamos que nos invites.

Joey se volvió hacia Stuart.

— ¿Qué opinas al respecto?

Pensaba que merecían una buena lección, sin embargo, no era como ellas. Tal vez le mostrarían más consideración después de su decisión.

— Muy bien, pueden venir.

— En ese caso, todo está perfecto. ¡Hasta el sábado! dijo Joey, quien se fue tan rápido como había llegado.

Aprovechando este momento de gracia, Stuart se acercó a Judith. Ya no necesitaba la carta. Se sentía lleno de una extraña fuerza.

— Judith, ¿puedo decirte algo?

— Claro.

Stuart miró a las dos amigas, que actuaron como si nada pasara.

— Está bien, pueden dejarnos. Los alcanzaré en el comedor. ¡Vamos, lárguense! dijo Judith con un amplio gesto de la mano.

Lindsay y Cindy rodaron los ojos y salieron del vestíbulo. Stuart y Judith se alejaron del resto de los estudiantes y se sentaron al pie de una columna.

— Perdónalas, a veces pueden ser tontas.

¿Todo el tiempo, quieres decir? pensó Stuart.

— No hay problema, estoy acostumbrado, prefirió responder.

Judith le ofreció una sonrisa reconfortante.

— Entonces, ¿querías decirme algo en particular?

Comenzaba a no estar tan seguro de sí mismo. ¡Ve a por ello o terminarás echándote atrás!

— Te vi entrar en la Fundación Margareth-Smith, soltó él de un tirón.

Ahora estaba dicho. El destino estaba sellado. El rostro de Judith se endureció y adoptó un tono acusador.

— ¿Me espiabas? ¡No puedo creerlo! ¿Por qué...

— Detente, la interrumpió, sintiendo el pánico apoderarse de él. Acababa de comprar cómics en World of Comics. Iba de regreso para tomar un autobús cuando te vi en la calle. Cuando llegué para saludarte, ya habías desaparecido en un gran edificio.

— ¿Y qué? ¿En qué te afecta? continuó Judith con un tono igual de agresivo. Perdóname, pero creo que me equivoqué contigo.

Stuart hubiera deseado cavar un agujero y enterrarse vivo. Nunca habría imaginado que ella pudiera tener una reacción tan violenta. La anorexia de su hermana debía afectarla mucho más de lo que él pensaba.

— Por favor, Judith, solo quería decirte que si necesitas ayuda, estoy aquí, dijo con un tono apenado.

Judith no supo qué pensar. Lo miró con desconfianza.

— No pude evitar investigar qué era esa fundación. Judith, debes creerme cuando te digo que puedo ayudarte a superar la anorexia.

Nunca podría admitirle que había pirateado los servicios informáticos y descubierto que era su hermana quien estaba enferma. ¡Ya estaba al borde de considerarlo un maniático!

— No soy anoréxica, Stuart. ¿No crees eso, verdad? Estoy delgada, eso es todo. De todos modos, ¿qué podrías hacer?

— Creo que entiendo sobre problemas de peso y cómo te ven los demás. Podríamos haber hablado de eso, pero bueno, perdón por molestarte. Lo siento, dijo él avergonzado.

Sin atreverse a enfrentar su mirada, bajó la vista y estaba a punto de irse cuando se sintió obligado a añadir:

— Por cierto, aún puedes ir a la fiesta del sábado. Yo no iré.

Judith no respondió. Stuart regresó a su habitación, se arrojó sobre su cama y, por primera vez

en mucho tiempo, se puso a llorar.

Blanchett golpeó la puerta y, sin esperar respuesta, entró en la habitación de hotel para encontrarse con Hurley, quien estaba terminando de afeitarse al sospechoso en el baño.

— Espero que esto le quede bien, dijo Blanchett sacando ropa limpia de su bolso.

Hurley le agradeció con la mirada y continuó recortando la barba. El hombre no había dicho una palabra desde su arresto. Respondía a las diversas preguntas con miradas incomprensibles. Tampoco reaccionó cuando Hurley decidió hacerse cargo de él. Ella le explicó claramente que planeaba bañarlo, vestirlo y alojarlo.

— ¿Todavía no ha dicho su nombre? preguntó Blanchett.

Hurley negó con la cabeza.

— ¿Te importaría si te pido que le traigas algo de comer?

A Blanchett no le gustaba la idea de dejar a Hurley sola con este tipo. Aunque Portnoy hacía guardia frente a la habitación, ella no se sentía segura.

— No. ¿Hamburguesas y papas fritas estarán bien?

— Perfecto, respondió Hurley a través del espejo.

Blanchett dudó un momento antes de salir. Portnoy estaba sentado en una silla en el pasillo.

— Voy a traerle comida, dijo Blanchett.

— Si el sheriff se entera de que la dejé sola con este loco, tendré problemas eternos en el tráfico, trató de bromear Portnoy.

— Ella ya no cree en su culpabilidad. No ha mostrado ningún signo de violencia. Como ella dice, si hubiera peleado con John Doe, debería haber signos de golpes, pero no hay nada.

Portnoy respiró profundamente.

— De todos modos, no me siento cómodo en su presencia. No me gusta cómo me mira. ¿Y por qué no habla? Sabemos que no es sordo. ¿Quizás no entiende inglés? se aventuró antes de agregar: Este tipo está loco. ¿Quién sabe de qué es capaz?

Blanchett no supo qué responderle.

— ¿Quieres que te traiga algo de comer?

Portnoy hizo su pedido y esperó que hubiera elegido bien confiando en el instinto de Hurley.

*

— Ahí está, ¿no es mejor así? se felicitó Hurley.

El hombre se dejó lavar el cuerpo, luego el cabello y finalmente le cortaron la barba sin mostrar ninguna incomodidad. Hurley tenía la impresión de que no debía tener más de diez años mentales. ¿Cómo había logrado sobrevivir en el bosque sin la ayuda de nadie? Debió de tener un protector.

— Vamos, vas a probar esto.

Le entregó la ropa que Blanchett acababa de comprar. La teniente había elegido con buen gusto y la talla era perfecta. Cuando estuvo vestido, Hurley quedó asombrada por el cambio. Nadie habría podido reconocer al hombre que había sido solo una hora antes. Era bastante apuesto a pesar de sus dientes dañados.

— ¿Te gusta? le preguntó mientras lo ponía frente al espejo de la habitación.

El joven se miró durante largos segundos sin reaccionar. Luego, las lágrimas rodaron por sus

mejillas. Hurley se mordió el labio para no llorar con él. Con ternura, pasó la mano por su cabello mojado.

— Eres un verdadero caballero. Debes tener un nombre. Puedes decírmelo, no se lo diré a nadie.

El joven apartó la mirada del espejo y le lanzó una mirada llena de devoción.

— Tom, respondió con un fuerte defecto de pronunciación.

Hurley le sonrió. Al menos entendía inglés.

— Está bien, Tom. La teniente Blanchett fue a comprarte comida. Necesitas recuperar un poco de fuerzas. Ya no tendrás que vivir en la calle. Voy a cuidar de ti.

Ella ya había contactado con un centro de acogida. Estaban dispuestos a recibirlo, pero debía cumplir estrictamente algunas reglas, siendo la higiene la más importante.

— ¿Todavía no quieres hablar? Sabes que soy tu amiga.

Tom asintió con la cabeza y se miró de nuevo en el espejo.

— ¡Estaré contento! dijo él sonriendo.

Así mostraba sus dientes amarillos, pero a Hurley no le importaba. Se sentía conmovida por este niño atrapado en el cuerpo de un hombre y enojada con aquellos que lo habían abandonado a su suerte.

"Los niños con discapacidad intelectual son los más generosos y amables", había dicho un psicólogo de renombre.

Hurley nunca había tenido una opinión clara al respecto, pero frente a Tom, pensó que era muy probable.

— También necesitarás que te compremos zapatos, dijo cuando Tom empezó a sentarse en la cama para ponerse sus viejas zapatillas.

Dos horas más tarde, regresaron a la comisaría. Hurley cruzó la oficina central acompañada de Tom, bajo las miradas inquisitivas de los agentes. Portnoy los seguía, acompañado de Blanchett, aliviada de no tener ningún incidente que lamentar. Se encerraron en una de las salas traseras. Hurley hizo sentar a Tom en un sillón junto a la ventana y se sentó a su lado.

— Por favor, déjanos solos.

Portnoy se retiró.

— Si me lo permites, me gustaría participar en el interrogatorio, intervino Blanchett.

Tenía mucho respeto por la perfiladora, pero aún así era su caso.

Hurley entendió que no debía ofenderla.

— Claro, dijo con naturalidad y amabilidad.

Blanchett se sentó frente a ellos. No estaba convencida de que Hurley hubiera tomado la decisión correcta. Si bien por ahora no había evidencia de que Tom fuera el asesino de John Doe, tampoco había evidencia en contrario. Había algunas reglas básicas a seguir. Pero bueno, dejaría que ella llevara a cabo el interrogatorio y luego decidiría.

— Tom, encontramos el cuerpo de un hombre cerca del lugar desde donde nos observabas. Estoy segura de que no tienes nada que ver, pero también creo que sabes algo. ¿Me equivoco?

Hurley había tomado la mano de Tom y le hablaba de la manera más suave posible. Tom no se movió y guardó silencio. Hurley no mostró signos de impaciencia y durante casi un minuto sostuvo su mirada suplicante.

— Puedes contarme todo, Tom. Soy tu amiga. No tienes nada que temer. Al contrario, mientras el asesino esté libre, podría volver a matar. ¿Quieres que alguien más muera?

Tom miró a Blanchett, luego a Hurley, y asintió lentamente con la cabeza en negación. Era la primera vez que respondía a una pregunta sobre el caso. Hurley sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. No debía cerrarse en sí mismo ahora. Acababa de admitir implícitamente que había presenciado el asesinato. ¿Era él el asesino? ¿Una pelea se había salido de control?

Hurley recordó su cuerpo. Sin signos de golpes, pero eso no probaba nada. Si Tom fuera el asesino, seguramente no se trataba de un caso de legítima defensa.

— Tom, no tienes que tener miedo de nadie. Estoy segura de que no quieres que quien hizo esto lo repita, ¿verdad?

Una vez más, Tom miró fijamente a Blanchett antes de volver su mirada hacia Hurley y asentir nuevamente con la cabeza.

— Está bien, Tom. Está bien, dijo ella poniéndole una mano en el hombro.

Blanchett había sentido la hostilidad del hombre hacia ella. Estaba claro que quería que los dejaran solos. Pero, ¿podía correr ese riesgo? ¿Y si el sospechoso estaba esperando solo ese momento para atacar a Hurley? Este hombre le daba miedo. No era normal. Sin embargo, tenía que reconocer que había tenido mil oportunidades para atacar a Hurley en la habitación de hotel. ¿Estaba lo suficientemente loco como para hacerlo ahora, en una comisaría? No. Por más inquietante que pareciera, Tom no representaba un peligro inminente.

— Tengo que llamar a mi hija, los dejo, dijo mientras se levantaba.

Hurley le agradeció con la mirada.

— Adelante, me quedaré con Tom.

Hurley esperó a que la puerta se cerrara antes de continuar con sus preguntas.

— ¿Presenciaste el asesinato? ¿Viste al asesino? ¿Te da miedo?

Hurley vio la indecisión en el rostro de Tom. Miró varias veces por la ventana, como si estuviera buscando una forma de escapar de algo. Empezó a temblar y luego a llorar.

— No es mi culpa. No pude salvarlo. No sé nadar.

Hurley acercó su silla aún más a la de Tom y lo abrazó. Tom apoyó su cabeza en su pecho y lloró en silencio.

— Tom, eres un buen chico. No tienes nada de qué culparte. El hombre ya estaba muerto antes de caer al agua. No eres culpable de nada.

Hurley lo dejó llorar durante un buen rato. Estaba contenta de no haberse equivocado. Si la vida era difícil para las personas con discapacidad intelectual, en la cárcel era infernal.

— ¿Recuerdas al asesino? ¿Lo viste? preguntó cuando el ataque de llanto pasó.

En esa gran habitación llena de mesas y sillas, Tom se sentía completamente perdido. Después de separarse de Hurley, sostuvo firmemente su mano.

— Estaba oscuro. No vi bien. Pero las luces del coche iluminaron su rostro.

— ¿Crees que podrías ayudarnos a hacer un retrato? Es importante si queremos poner a este asesino tras las rejas.

— Sí, puedo hacerlo. Me gusta dibujar.

Hurley le sonrió con ternura y le acarició la mejilla.

— No, no es necesario. Vamos a hacer un retrato robot en una computadora. Verás, es como un juego. Elegimos cada parte del rostro una por una.

Tom parecía no entender completamente, pero aún así sonrió.

— Vamos a ir a otra habitación. ¿Siempre confías en mí?

— Sí, señorita.

Fue conmovedor. Un hombre corpulento que hablaba como un niño pequeño. Siempre

tomados de la mano, salieron de la habitación y encontraron a Blanchett esperando no muy lejos.

— Vamos a intentar hacer un retrato robot. Llama a Logan.

— Claro, dijo Blanchett.

La teniente no podía creerlo. ¡Hurley había logrado sacar algo de este chico! Definitivamente, esta perfiladora merecía todos los elogios que el sheriff le dedicaba.

Sin perder tiempo, fue a buscar a Logan en su oficina. Logan estaba al teléfono, pero le hizo señas para que entrara. Blanchett esperó a que colgara.

— ¿Hurley todavía está con ese tonto? preguntó tan pronto como terminó su conversación telefónica.

— Quiere que te unas a ella. Está listo para hacer un retrato robot del asesino.

Logan frunció el ceño. A su parecer, no había duda de que él era el asesino. De hecho, le había echado una buena bronca al sargento Portnoy por dejar a Hurley sola con ese idiota en la habitación de hotel.

Mientras subía por el pasillo que conducía a la sala de informática, no pudo evitar imaginar a Hurley como víctima de su locura asesina. Se estremeció cuando la vio sentada junto a él. El sargento Brooks también estaba en la habitación, abriendo el software de retratos robot.

— Jessica, ¿puedo hablar contigo?

Con la mirada, le indicó que no era posible.

— Tan pronto terminemos, dijo de manera perentoria.

Logan hizo una mueca de descontento. Instintivamente metió la mano en el bolsillo y jugó con su paquete de cigarrillos.

— Enseguida. No me llevará mucho tiempo.

Hurley entendió que no la dejaría en paz. Se volvió hacia Tom y le habló con voz tranquilizadora.

— Estoy justo detrás de la puerta. Hablaré con el sheriff y volveré, ¿de acuerdo?

Tom asintió pero comenzó a temblar. Hurley pudo ver el pánico que se apoderaba de él. ¡Logan podía ser un verdadero terco cuando se lo proponía!

— Te dejo con Tania. La conoces. Fue ella quien te compró la ropa y la comida. Te lo dije, todos somos tus amigos.

— No voy a hacerte daño, dijo Blanchett al entrar en la habitación.

Con un nudo en el estómago, Hurley salió y cerró la puerta tras de sí.

— ¿Qué tienes tan importante que decirme que no puede esperar? atacó de inmediato.

Logan rió levemente.

— Te comportaste como una idiota, y eso es quedarse corto.

Hurley lo agarró de la manga. Uno de los problemas de esa comisaría era que tenía una mala insonorización.

— He encontrado un testigo crucial en el asesinato de John Doe y te atreves a insultarme, ¿verdad? dijo mientras golpeaba el pecho de Logan con el dedo índice.

— El sargento Portnoy me describió a ese tipo. Es un tonto. Le falta un tornillo, y tú, ¿le haces la manicura? ¿Te has preguntado si intentaría violarte?

— El sargento Portnoy estaba en el pasillo.

— Porque insistió en quedarse frente a la puerta. Le habías dicho que regresara a la comisaría. ¿Verdad?

Hurley suspiró y cruzó los brazos.

— Soy una perfiladora. Sé cuándo tengo a un criminal frente a mí. Este tipo es tan inocente

como un polluelo que ha caído del nido. Tiene miedo, está aterrorizado, pero no está loco.

— No eres una experta en psiquiatría. La justicia debe decidir sobre su caso.

— ¿No planeas ponerlo bajo custodia, verdad?

— Me gustaría interrogarlo una vez que hayas terminado con este simulacro. Sabes muy bien cómo son los retratos robots. Se parecen al diez por ciento de la población de una ciudad. No sirve de nada.

— Sin mí, nunca habríamos encontrado a este testigo. Te prometo que si le haces daño, te arrepentirás.

Hurley estaba realmente enojada. Estaba cruzando límites. Le dio la espalda y se esforzó por volver a sonreír antes de entrar en la habitación. Habían comenzado sin ella. Tenían una cara bastante ovalada y una boca. Sin ojos, nariz ni orejas todavía.

— No, dijo Tom.

Brooks puso otra boca, luego otra y otra más. Hurley se sentó junto a Tom y le tomó la mano. Después de unos treinta intentos, Brooks detuvo la secuencia y se volvió hacia Tom.

— ¿Quieres empezar con los ojos, tal vez?

Hurley sintió la tensión subir. Brooks ya no creía en la pertinencia del ejercicio y ella estaba casi de acuerdo con él. Tom parecía estar en otro lugar, como si no entendiera realmente lo que se le pedía.

— Sí, respondió Tom.

Brooks lanzó una mirada escéptica a Hurley, pero continuó trabajando. Desfilaban docenas de pares de ojos. En vano. Tom fue incapaz de elegir. Hurley notó que el estrés aumentaba en el joven.

— Tom, ¿quieres que paremos y lo intentemos más tarde? ¿Quieres descansar? le preguntó.

— Puedo describirlo, intervino Blanchett. Su edad, ¿llevaba gafas, era calvo, barbudo, gordo, delgado, bajo, entiendes?

— Yo tener lápices.

Blanchett lo miró y ya no supo qué pensar. Estaba empezando a creer seriamente que Hurley tenía razón y que era inocente, pero que no obtendrían nada valioso de él. ¡Un retrato robot dibujado por una persona con discapacidad mental!

— De acuerdo, no te muevas, voy a encontrarlos.

Hurley salió de la habitación y regresó unos minutos después con un cuaderno de espiral, marcadores y lápices.

— Toma, son para ti, te los regalo.

Hurley vio la sonrisa burlona de Brooks y se prometió hablar con él en privado. Odiaba esa actitud condescendiente.

Tom tomó los lápices con una delicadeza extrema y pasó casi dos minutos eligiendo un lápiz negro de punta fina. Tomó el cuaderno y, lentamente, con una sorprendente precisión, comenzó a dibujar el contorno de un rostro.

Brooks y Blanchett quedaron sin palabras. Hurley estaba radiante.

La naturaleza a menudo es caprichosa. Lo que le quita a una persona, se lo devuelve en otra forma. Si Tom no podía hablar, claramente tenía un don para el dibujo.

Muy rápidamente, el rostro se delineó. Con pequeños trazos extremadamente precisos, dibujó la nariz, la boca, las orejas, la barba.

— ¡Vaya, si hubiera imaginado esto! —exclamó Blanchett, maravillada por el talento del joven.

— Que Dios me perdone, ¡este chico es un jodido genio! —dijo Brooks, encantado.

Hurley no pudo evitar hacerle un comentario.

— Nunca juzgues un libro por su portada.

Pero Brooks estaba demasiado absorto en la contemplación del artista y no captó el mensaje. La puerta se abrió y entró Logan.

— Vuelve a decirme que soy una idiota —dijo Hurley con un tono lleno de insinuaciones.

Logan frunció el ceño y comprendió por la actitud de Blanchett y Brooks que algo estaba sucediendo. Vio a Tom garabateando en su cuaderno, luego abrió los ojos de par en par al descubrir el rostro.

— ¡Increíble!

Era el mejor retrato robot que había visto nunca. Miró a Hurley con una expresión de disculpa.

Tom se detuvo y dejó su lápiz.

— Él —dijo señalando su dibujo—. Arrojar hombre del puente.

Su tono era seguro, sin la menor duda. Logan tuvo que confiar en la opinión de Hurley. Haría circular este retrato lo más rápido posible en televisión y en la prensa.

— ¿Y no viste nada más? —preguntó.

Tom lo miró y respondió con tranquilidad:

— Coche, dijo antes de retomar su lápiz.

Stuart había decidido pasar la noche en su habitación. No tenía ganas de salir con sus amigos de Delta. La tarde le había parecido interminable. Ahora estaba leyendo sus cómics cómodamente acostado en su cama. Sonaba una canción de Fergie en la radio. Escuchó un golpe en su puerta. Miró su reloj. Eran las 21:12. Seguramente era un estudiante de Delta que venía a buscarlo para salir a la ciudad. No tenía muchas ganas, pero tal vez le cambiaría el ánimo. Se levantó y abrió la puerta.

— ¿Puedo hablar contigo? —preguntó Judith.

Stuart se esperaba cualquier cosa, menos eso.

— Sí, por supuesto.

— Quería disculparme por esta tarde. Fui injusta contigo.

Se había sentado en la cama. De pie frente a ella, Stuart todavía no podía creerlo. ¡Judith en su habitación!

— No te guardo rencor. Te entiendo.

— Al contrario, debes estar enojado conmigo. Actué como una tonta. Pero no podías saberlo. Es mi hermana pequeña la que sufre esta enfermedad. Es terrible verla deteriorarse día tras día. No puedo entender lo que pasa por su cabeza.

Stuart no sabía qué responder y se quedó en silencio mientras la nueva canción de Britney Spears llenaba la habitación.

— ¡Ojalá mejore! —dijo sinceramente afligida.

Ese tono de verdadera tristeza fue suficiente para hacer olvidar cualquier resentimiento a Stuart.

— He investigado sobre esa enfermedad. Se puede curar.

Sospechaba que ella seguramente sabía mucho más que él sobre esa plaga, pero nunca está de más recordar algunas verdades.

— Lo sé, pero Shannon está cada vez peor, no quiero que muera.

Stuart sintió toda su angustia en esas palabras. ¡Si tan solo hubiera sido como Kyle! Se habría sentado a su lado, la habría abrazado y reconfortado. Pero él solo era un chico tímido y con sobrepeso...

— No hay razón para que muera. Mientras sepa que hay gente que se preocupa por ella, vivirá. Está bien que la visites.

Judith levantó la cabeza.

— Gracias. Realmente me siento mal por lo de esta tarde. Pero si supieras cuánto sufro al ver a mi hermana en este estado.

— ¿Cuántos años tiene?

— Dieciséis años. Hace apenas dos años era tan hermosa.

— Tal vez podría hablar con ella. Yo tengo montones de kilos de más y no me va tan mal. Quizás logre convencerla de que coma.

Judith sonrió.

— No es tan simple. Shannon no está en contra de la idea de comer, es solo que no puede hacerlo.

— Siempre se puede intentar, a menos que te parezca mal.

Judith se levantó de la cama.

— Eres amable, Stuart, lo pensaré. De todos modos, espero que no estés enojado conmigo.

— No hay problema. Lo prometo —dijo sintiéndose completamente diferente.

Él, que siempre se había sentido inferior a los demás, tenía la sensación de que ella lo había mirado como a un sabio. ¡Eso era increíble!

— Bueno, en ese caso, espero verte en la fiesta del sábado. Cuento contigo.

— Estaré allí.

Judith abrió la puerta.

— Buenas noches, Stuart.

— Buenas noches, Judith.

Una vez que cerró la puerta, Stuart dejó salir su alegría. No podía creerlo. Había actuado como un campeón. Sin una nota discordante ni un comentario inapropiado. Judith estaba dispuesta a ser su amiga. ¡Eso era genial! Subió el volumen de la radio y se recostó en su cama, conmocionado y lleno de esperanza.

*

Kyle caminó cuesta arriba por la carretera que serpenteaba junto a Golden Hill. La noche estaba fría. En el cielo estrellado, la luna llena le daba al paisaje un aspecto fantasmagórico. Las villas dispersas en la ladera de la colina, iluminadas como estrellas por reflectores que ignoraban el ahorro de energía, se vislumbraban más allá de altos muros y densos setos.

Un coche se acercó por detrás de él. Kyle se detuvo y vio pasar un Ferrari. El ronroneo del motor era fabuloso, una joya de tecnología y elegancia. Cruzó miradas con un hombre de unos cuarenta años que lo observó detenidamente, pero continuó su camino hacia otros destinos haciendo rugir su motor.

Que cantidad de dinero, mientras millones de estadounidenses vivían en una pobreza extrema. Kyle sabía que así funcionaba el mundo. No creía mucho en la humanidad en general y mucho menos en los políticos. Demócratas, republicanos, todos eran productos de una élite adinerada. El dinero como único criterio de éxito.

Continuando su camino hacia la Villa Paradise, Kyle se sumió en sus pensamientos. Era más de medianoche, pero no había podido liberarse antes. Sus compañeros de la fraternidad Alpha lo habían invitado a una fiesta en la ciudad que no podía permitirse perder si quería mantener buenas relaciones con los miembros de la fraternidad. Odiaba a la mayoría de ellos. Eran herederos que despreciaban a todos los que no formaban parte de su círculo. Si Kyle no hubiera sido un excelente jugador de fútbol, sin duda habría tenido que soportar ese desprecio.

Caminó otros trescientos metros antes de llegar a un tramo de la carretera que hacía una curva. Un lujoso portón de hierro forjado marcaba la entrada de la Villa Paradise, ubicada al final de un largo camino de grava rodeado de una vegetación cuidadosamente mantenida. La intuyó gracias a la luz de una farola en la calle: no se escuchaba ningún sonido, ninguna luz provenía de la casa. Vio la cámara de vigilancia, pero le importaba un bledo. Estaba seguro de que el dispositivo estaba desconectado.

Comenzó a trepar el portón de apertura electrónica, esperando que ningún automóvil pasara en ese momento. Pero no percibió nada en el horizonte, ningún ruido de motor. Se inclinó hacia el otro lado y aterrizó en la propiedad con un salto.

Caminó despreocupadamente por el camino y rodeó la fachada principal para seguir el muro

derecho. Escuchaba el susurro del viento en los árboles y apreciaba la vista de River Falls más abajo. Llegó frente a la inmensa ventana del salón, que abrió lentamente. Una vez adentro, cerró la puerta detrás de él.

El calor ambiente le provocó un estremecimiento de placer. Abrió su chaqueta y, utilizando la luz de la pantalla de su teléfono móvil, atravesó la sala hasta llegar a una escalera. El silencio era absoluto. Ascendió la escalera hasta el primer piso. El suelo cubierto de alfombra absorbía el sonido de sus pasos.

Lentamente pero seguro de su objetivo, se encaminó hacia la habitación de fondo. La puerta estaba cerrada. Guardó su teléfono móvil en el bolsillo y abrió la puerta. Una joven dormía en una cama. No había bajado la persiana y la luz de la luna le daba a su rostro un brillo irreal.

Kyle se acercó sin hacer ruido.

Estaba terriblemente excitado. Se quitó la chaqueta y luego toda la ropa, procurando hacer el menor ruido posible. Levantó el edredón y se deslizó contra la chica. Cuando la tocó, ella se despertó y gritó.

Kyle soltó una carcajada mientras se apartaba de ella.

— Idiota, ¿me has asustado!, regañó Cheryl.

Pero el tono no estaba ahí. Ella se acercó a él y se acurrucó contra su cuerpo.

— Ven aquí, déjame calentarte —dijo ella.

Kyle la abrazó y la cubrió de besos antes de hacer el amor. Después de su abrazo, permanecieron largo rato uno junto al otro, mirándose a la luz de la lámpara de noche.

Finalmente, Cheryl se incorporó en la cama y, apoyándose en la pared, encendió un cigarrillo. Se sentía bien. Nunca habría imaginado poder enamorarse tan rápido. Sus amantes siempre eran guapos, chicos de buena familia. Jóvenes que tenían tiempo y dinero suficiente para esculpir sus cuerpos como Apolo sin descuidar sus estudios. Pero Kyle era diferente. Aunque se negaba a hablarle de su vida, estaba segura de que no nadaba en la abundancia. Había algo en él que la atraía intensamente.

— Eres el tipo más extraño con el que he estado —dijo ella.

— Es porque es la primera vez que sales con un chico de Seattle —respondió él.

— No te equivoques. He salido con muchos más chicos de los que crees. Además, no estás entre los mejores.

Kyle le sonrió y tomó suavemente el extremo de uno de sus senos entre el pulgar y el índice.

— ¿Repite eso, a ver? —dijo, pellizcando ligeramente.

Cheryl emitió un pequeño grito.

— Está bien, solo bromeaba, eres bastante buena en esto —dijo ella.

Tomó una calada de su cigarrillo y añadió con voz suave:

— En realidad, eres genial en esto.

Kyle puso las manos detrás de la cabeza y se tumbó de espaldas. Cheryl era un regalo del cielo. Era todo lo que necesitaba para desconectar. Bonita, con mucho humor, una personalidad fuerte y un apetito sexual notable. ¿Qué más se podía pedir?

— Si tan solo tus padres pudieran morir en un accidente. ¿Te das cuenta? Todo sería tuyo. ¡Me casaría contigo de inmediato!

Los padres de Cheryl se habían ido tres días antes de un viaje de una semana a las Bahamas. Le habían dejado la villa con la condición de no organizar fiestas ni invitar a cualquiera. Ella había cumplido su promesa; era la tercera noche que Kyle se unía a ella.

— No bromees con eso —se indignó.

Kyle sintió que su broma había caído en saco roto. Se incorporó y acercó su rostro al de Cheryl.

— Me importa un comino el dinero. De todos modos, dentro de tres o cuatro años, me uniré a uno de los mejores equipos de la Conferencia Oeste y ganaré suficiente dinero para comprarme cualquier cosa: un coche, una villa, tal vez incluso un yate, ¿quién sabe? Pero hay una sola cosa que nunca se podrá comprar, esto —dijo mientras depositaba un beso en sus labios. El corazón de una mujer.

Cheryl le perdonó inmediatamente su torpeza. Dio una calada a su cigarrillo y lo apagó sin terminarlo.

— Eres un gran mentiroso. Solo me ves como un objeto sexual. Realmente tienes suerte de tener una cara de ángel.

Si bien no dudaba de que la segunda parte de la frase fuera cierta, ambos sabían que la primera parte era una completa mentira. Sentía algo real por Cheryl. Tal vez no amor, pero una auténtica afinidad.

Desde su primera noche en el hotel, se habían visto casi todos los días. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más se apreciaban. No tenían tantas cosas en común, pero compartían una visión de la vida similar. Y Cheryl apreciaba la forma en que la miraba. Sabía que no era un trofeo que él hubiera añadido a su lista de conquistas. Era un amante apasionado y delicado. No era uno de esos asquerosos que sólo pensaban en su propio placer o que querían filmar cómo hacían el amor. Bajo su apariencia de chico malo, Kyle era el más tierno de los amantes.

— Sabes que te quiero —dijo ella, abrazándolo con fuerza.

Kyle sintió que su deseo regresaba a todo galope y se sumergieron en una larga noche de pasión.

Eran casi las 8 de la noche cuando Logan llegó a casa. Hurley le había avisado que no cenaría con él; había sobras de la noche anterior en el refrigerador.

Logan calentó un gratin de papas en el microondas y comenzó a comer la ensalada de tomate directamente del recipiente, de pie, sosteniendo el tazón en la mano y con una cerveza abierta cerca del fregadero. Se sentía terriblemente culpable por su error de juicio: ese Tom era un buen tipo. Había sido injusto y, lo que era peor, no había mostrado compasión por ese pobre tipo. Entendía que Hurley estuviera molesta con él, se lo merecía, pero esperaba que ella lo perdonara una vez que se disculpara.

El timbre del microondas sonó; los faros iluminaron la calle. Logan se acercó a la ventana y vio el Ford Escort de Hurley estacionarse en el borde de la acera. Echó un vistazo al tazón, en el que solo quedaban dos míseras rodajas de tomate.

¡Espero que tenga ganas del gratin! pensó sin poder sonreír.

Hurley salió del coche con el rostro serio. No auguraba nada bueno. Volvió a poner el tazón y dio un sorbo a la cerveza. Escuchó la puerta abrirse, pero se quedó en la cocina.

El sonido de los tacones en el parquet, un abrigo colgado en el armario de la entrada, luego Hurley apareció en el marco de la puerta.

— Lo siento. Me equivoqué en más de un sentido.

Hurley se apoyó en el umbral sin decir nada.

— Tenía miedo por ti. Estaba preocupado de que te quedaras con un posible asesino. Portnoy no me pintó un buen retrato de ese Tom. Preferí seguir el consejo de mi sargento en lugar del tuyo. Eso es todo —dijo encogiéndose de hombros.

— ¿Es todo? ¿Y ahora debo decirte que acepto tus disculpas y que actuemos como si nada hubiera pasado?

El tono era implacable. Logan lo odiaba. No la reconocía.

— ¿Qué más quieres que te diga? ¿Quieres que te suplique que me perdones? ¿Que me arrodille a tus pies?

Hurley suspiró profundamente y se acercó a la cocina para servirse un whisky.

— Estoy muy enojada contigo —dijo con voz apenas controlada. ¡Tienes suerte de darte cuenta de lo estúpido que fuiste! Si hubieras intentado absolverte a ti mismo... (Elevó los ojos al cielo y tomó un trago de alcohol.) La vida de un joven estaba en juego. ¿Te das cuenta de que estabas dispuesto a convertirlo en el chivo expiatorio solo porque es diferente?

Logan mantuvo su mirada, pero se sentía muy pequeño.

— Tom no habría sido capaz de defenderse, te habría firmado todas las confesiones del mundo. El asesinato de John Doe, el de Robert Gordon e incluso los de Martin Luther King y Kennedy si se lo hubieras pedido.

— No soy tan tonta.

¿Pero tal vez lo era? ¿Realmente habría presionado a Tom para que hiciera confesiones sin evidencia circunstancial?

— ¡A veces me lo pregunto! —respondió Hurley.

Tomó un sorbo de whisky y salió de la cocina con determinación. Logan no podía culparla. Se tomó su tiempo para terminar su cerveza antes de atreverse a encontrarse con Hurley en la sala de estar. Había puesto un CD de Schubert y bajado las luces. Sentada en el sofá, con los ojos

cerrados, intentaba calmarse. Con la ayuda del alcohol, lo estaba logrando.

— Envié el retrato robot a los medios de comunicación. Espero que dé resultados —dijo mientras se sentaba frente a Hurley. ¿Llevaste a Tom al centro?

Hurley abrió los ojos de nuevo. No tenía ganas de hablar con él en ese momento, pero tampoco quería empeorar la situación.

— Sí, aceptaron mantenerlo durante la semana. Le dieron ropa limpia. Tendrá que llenar montones de documentos y justificar su identidad. ¿Te das cuenta de que no tiene documentos? No conocemos su apellido. Estoy bastante segura de que no está registrado en ningún registro civil. Tendremos que emitir una orden de búsqueda. Tom no pudo sobrevivir en el bosque sin ayuda. Debe haber estado viviendo con otros indigentes. Valdría la pena interrogarlos para saber quién se encarga de él.

Eran realmente las cosas correctas que hacer. ¿Por qué tuvo que entenderlo con retraso?

— Este chico no debe haber tenido una vida fácil. Cuando veo esto, no puedo evitar gritar contra la injusticia. Un país tan rico como el nuestro...

Logan asintió. Regresó a la cocina y regresó con un vaso en una mano y la botella de whisky en la otra.

— ¿Te sirvo otro?

Hurley le entregó su vaso vacío. El alcohol y la música de Schubert la habían calmado por completo. Ahora se sentía más desanimada que enojada.

— Algún día, esto tendrá que cambiar. Este país está patas arriba.

Logan estaba completamente de acuerdo, pero no creía en ello ni por un segundo. Cada uno para sí mismo y Dios para todos. Ese era el lema de América.

— Afortunadamente, hay personas como tú, Jessica —dijo simplemente.

Hurley suspiró, era tan insignificante... Demasiado egoísmo, individualismo y envidia. ¿Para qué luchar contra un sistema así?

Logan, dándose cuenta de que estaba deprimida, se sentó junto a ella. La abrazó, y en un silencio casi religioso, bebieron su whisky mientras escuchaban en su totalidad el cuarteto de cuerda de Schubert.

Sábado 20 de octubre

— Tom, hay alguien que quiere verte —dijo la Sra. Winter.

El joven se levantó de su cama.

— Sí, señora.

Esperaba que fuera la agente del FBI. Ya había venido el martes y el jueves, prometiéndole que volvería durante el fin de semana. Aunque la Sra. Winter también era una mujer amable, Tom pensó que Jessica Hurley era mucho más bonita mientras se sonrojaba.

Se vistió rápidamente y siguió a la directora del centro por los pasillos del edificio. Eran apenas las 7 de la mañana. Muchos residentes aún estaban durmiendo.

Bajaron las escaleras que conducían a la recepción y el entusiasmo de Tom se desvaneció cuando reconoció al recién llegado: Ritchie, su padre adoptivo, al menos así se autodenominaba desde que había tomado a Tom bajo su protección.

— ¡Ven a mis brazos, hijo mío! —exclamó Ritchie al lanzarse hacia el chico con una gran sonrisa.

La Sra. Winter se quedó atrás, conmovida por el reencuentro. Podía ver que el hombre, de unos cincuenta años, había hecho un esfuerzo para venir a la ciudad. Aunque su ropa estaba desgastada, le quedaba bien, y sobre todo se había lavado y no emanaba ese terrible olor que impregnaba a las personas sin hogar que habían vivido demasiado tiempo en la calle. Se había peinado su larga melena e incluso su barba.

— ¡No puedes imaginar la preocupación que me has causado! Llevo días buscándote por todas partes —continuó Ritchie.

Había colocado sus dos grandes manos en los hombros de Tom y lo admiraba como si fuera la octava maravilla del mundo.

— Vaya, no se han burlado de ti, estás guapo como un príncipe —dijo antes de volver hacia la Sra. Winter. Usted ha sido muy amable. ¿Cuánto le debo por la ropa?

La Sra. Winter entendió que el hombre no tenía más dinero que Tom, pero encontró el gesto delicado y ya no dudó de sus buenas intenciones.

— Nada en absoluto —respondió con amabilidad. Entonces, Tom, ¿estás contento de ver a tu padre de nuevo?

Mantuvo un rostro imperturbable y no pronunció ni una sola palabra.

— Sí, señora.

El tono carecía terriblemente de calidez.

— ¿Hay algún problema, Tom? —preguntó ella.

Aunque el hombre parecía honesto, no quería dejar ir a uno de sus residentes con cualquiera. La Sra. Winter no era tan ingenua como algunos podían pensar en River Falls. Ya no tenía ilusiones sobre el alma humana.

— No, yo estar contento. Volver a casa.

A pesar de todo, la frase sonó falsa en los oídos de la Sra. Winter. ¿Pero qué más podía hacer aparte de dejarlo ir? Tom era mayor de edad, y aunque las condiciones de vida seguramente eran mejores en el centro que en los refugios improvisados en las antiguas serrerías, tenía que reunirse con su familia. El centro era un lugar de paso, no un alojamiento de por vida. Ella acarició su

mejilla.

— Cuento contigo para volver a verme el lunes. Debes retomar las clases de elocución y escritura, ¿prometes?

— Claro que vendrá, ¿verdad, hijo? —dijo Ritchie sin perder su buen humor.

— ¿Puedes llevar lápices? —preguntó Tom.

La Sra. Winter sintió que su corazón se conmovía; era tan conmovedor.

— Claro, Tom, y también hojas de dibujo. No olvides que tengo que presentarte a algunas personas. Un talento como el tuyo no debe perderse.

— Siempre le he dicho eso. ¡Un día será famoso!

— Bueno, vamos a preparar tus cosas —continuó la Sra. Winter—. Nos disculparás por un momento.

Ritchie le sonrió y le hizo un gesto de que esperaría pacientemente.

Quince minutos después, con una maleta en la mano, vestido con su ropa más elegante, Tom lo encontró en la recepción.

— Ven aquí para que te dé un beso —dijo la Sra. Winter, dándole un gran beso en la mejilla.

Tom no se movió. Habría deseado quedarse allí. Le habría encantado ver una última vez a la agente del FBI.

— Vamos, mi Tommy, ¿listo para irnos?

Tom asintió con la cabeza y salió del centro sin mirar atrás. Afuera, todavía no amanecía por completo, pero se podía ver que el cielo estaba nublado. Tom sintió el frío abrazándolo. Apretó su larga bufanda morada. Fue el mejor regalo que le habían dado, después del equipo de dibujo. Su nombre estaba bordado en él por la propia Sra. Winter.

— Vaya, no te andas con rodeos. ¡Veo que el señor quiere vivir en el mundo de lujo! —bromeó Ritchie una vez que cruzaron la calle.

Tom mantuvo silencio, mirando sus zapatos.

— ¿Te das cuenta de que si no hubiera visto tu cara en las noticias, nunca te habría encontrado? ¡Puedes agradecer al sheriff por esforzarse tanto en encontrar a tu familia! —ironizó.

Los dos hombres se detuvieron en la parada de autobús más cercana. Ritchie se sentó en el banco y miró a Tom.

— ¿No vas a decir nada? ¿Puedes explicarme ahora por qué no diste noticias tuyas? ¿No tenías intención de irte así? ¡Después de todo lo que hice por ti! —dijo con un tono cada vez menos amigable.

— Perdón —respondió Tom.

¡Qué idiota! pensó Ritchie sacudiendo la cabeza. No es un hombre, ¡es un pobre tipo débil!

— Ah, ¿pero crees que puedes salirte con la tuya con disculpas? Me heriste profundamente, Tommy. Estabas dispuesto a abandonarme por esas personas que ni siquiera conoces. ¿Pero sabes siquiera lo que piensan de ti?

Cuando no lo vio regresar el lunes por la noche al refugio, se sintió traicionado. Había estado cuidando de él durante quince años. Quince años que se quejó de su puta madre que lo dejó con el niño. ¡Un niño que ni siquiera era suyo! Si bien nunca se consideró su padre, se había encariñado con él. Una de las pocas razones para seguir viviendo en esta maldita vida, pensaba a menudo.

— Se están riendo de ti. Les hace gracia, un idiota como tú. ¿Realmente crees que te quieren? Solo iban a mostrarte a los médicos, como a una bestia de feria. No eres como ellos y nunca lo

serás. ¡La única persona que te quiere en este mundo soy yo!

Tom no lo estaba escuchando. No podía dejar de pensar en Hurley. Tenía que volver a verla. Ella fue la primera persona que fue amable con él, que lo entendió. Aunque Ritchie no fuera realmente malo, no era lo mismo. Nunca hablaban. Con la agente del FBI, por primera vez en su vida, se sintió seguro. Tenía ganas de hablar.

— ¿Y Cox? ¿Has pensado en Cox? Ese pobre perro aúlla todas las noches.

Tom levantó la cabeza. Claro que lo había pensado. Era lo único que lo consolaba de volver a casa: ver a su perro, un leal labrador que Ritchie le había regalado cuando cumplió doce años. Diez años de una amistad inseparable.

— Quiero volver. No quiero irme siempre.

Ritchie lo miró con desconfianza.

— Eso es lo que dices ahora, murmuró. Pero si no te hubiera venido a buscar, tengo la sensación de que nos habrías olvidado rápidamente.

Tom no respondió. No tenía sentido mentir. El ronroneo del motor de un autobús anunció su llegada. Ritchie se levantó del banco y le dio un suave golpe en la espalda a Tom.

— No vuelvas a hacer algo así. Pensé que estabas muerto, gran tonto.

Un hombre al volante de un Mercedes de alquiler esperó a que el autobús se alejara para seguirlo. Esto ya no podía continuar. Debía neutralizar a este elemento disruptor a toda costa. Mientras el sol apenas comenzaba su ascenso, el hombre supo que el día iba a ser especialmente largo.

*

Logan sintió una presión y abrió los ojos para descubrir a Hurley acurrucándose contra él. Habían pasado cinco noches desde la última vez que hicieron el amor. A pesar de que habían enterrado el hacha de guerra la misma noche de su pelea, Logan podía ver que Hurley todavía tenía rencor.

Ella evitaba sus caricias nocturnas y se acurrucaba en la cama, de espaldas hacia él y mirando la pared. Durante el día, ya no almorzaba con él. Lo evitaba tanto como podía. Sabía que ella había estado ocupándose del futuro de Tom. Pero eso solo le llevó dos días. ¿Qué hacía el resto del tiempo? Por las noches, solo se comunicaban para tocar temas de conversación extremadamente triviales, sin que ninguno de los dos tuviera el coraje o el deseo de profundizar en las cosas.

Logan tenía miedo de sus propios cambios de humor. Sabía que era su peor defecto. Un comportamiento impulsivo que a veces lo hacía decir cosas sin sentido. En la primera mañana del fin de semana, sentir la cálida mano de Hurley en su abdomen fue una bendición. Se giró hacia ella y disfrutó de la mirada que le brindaba.

— No quiero volver a pelear nunca más. Promételo —dijo ella.

— Te lo prometo. Eres la persona más importante para mí. Si algo te pasara, no lo sobreviviría.

Lo dijo sinceramente. La muerte sería mucho más deseable que una vida sin Hurley.

— Nadie va a morir, macho tonto —se burló de él cariñosamente.

Sus bocas se acercaron, y sus cuerpos les siguieron...

*

— Tengo planeado visitar a Tom esta mañana. ¿Te parece bien si nos encontramos después del almuerzo?

Estaban en la cocina desayunando. El reloj de pared marcaba las 8 de la mañana.

— Ve, yo pasaré por la comisaría.

A pesar de que el retrato robot era bastante preciso, su difusión no había llevado a nada. Habían recibido unas treinta llamadas, pero tras verificar, los hombres señalados en las llamadas tenían principalmente la desgracia de tener una larga barba. En cuanto al automóvil que había dibujado Tom, era un Ford Serie F, el modelo más común en todo Estados Unidos. Comenzar a interrogar a todos los propietarios llevaría meses, sin mencionar que podría tratarse de un vehículo robado.

John Doe no era tan importante como una princesa de Gales, y no se movilizarían todos los recursos para él. A menos que ocurriera un milagro, el John Doe de River Falls se uniría a la pila de casos cerrados sin resolver, pensó Logan mientras terminaba su taza de café.

Estaba feliz de ver a Hurley de mejor humor en esa mañana nublada. ¡Ella iba a volver al trabajo en menos de dos semanas! Simplemente no podía acostumbrarse a la idea. Y, sin embargo, no dudaba de que ella regresaría a Seattle.

— ¿Vendrás a visitarme todos los fines de semana? —preguntó él.

Perdida en sus propios pensamientos, Hurley lo miró sin comprender.

— ¿Tienes la intención de volver a trabajar el 1 de noviembre?

Desde que Logan prometió contarle la causa de su primera ruptura, nunca más habían tocado el tema, y mucho menos en los últimos cinco días.

— Sí, y vendré a verte tan a menudo como pueda. Dependerá del trabajo. No tengo ninguna intención de dejarte.

Logan asintió y encendió un cigarrillo. Ahí estaba, tenía la confirmación que temía. Ella se iba a ir. ¿Podría soportar vivir de esta manera?

— ¿Ya no quieres saber por qué te dejé en ese momento?

— Sí, pero eso no cambiará mi decisión.

— Entonces, en otro momento.

Tomó una calada de su cigarrillo y desvió la mirada hacia la ventana. Fuera de la vista, fuera del corazón. ¿Me olvidarás en Seattle?, pensó. Sin embargo, sabía que estaría en una posición incómoda para culparla si eso sucedía. Él la había dejado, ella había vuelto...

— Debes entenderlo. Tengo que volver a Seattle —dijo Hurley—. Necesito trabajar. No soy una ama de casa. Lo siento.

— No tienes que disculparte. No se puede encerrar a un pájaro en una jaula, por delicado que sea su plumaje y melodioso su canto.

La comparación conmovió a Hurley. Extendió la mano y la colocó sobre la de él.

— Al igual que tú. Me gustaría que fueras más reflexivo, menos impulsivo, pero en fin, ya no serías tú, y al final te amo tal como eres.

Logan se sintió incómodo por el cumplido. A pesar de que había hecho un esfuerzo real por cambiar, era más fuerte que él.

— Está bien, estoy seguro de que podemos hacerlo.

La autosugestión. Nada como ella, se burló en su interior.

— No tengo la menor duda —respondió Hurley.

Stuart se sentía cada vez más incómodo. ¿Qué le había llevado a decir eso? ¿Qué podía hacer para ayudar a la hermana de Judith? Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás; estaba a menos de tres puertas de la habitación de Shannon.

— Estoy contenta de que estés aquí. Estoy segura de que le hará bien hablar contigo —dijo Judith.

— Espero que sí —respondió él con la garganta apretada.

El edificio de la fundación era hermoso. La arquitectura y la decoración interior reflejaban el deseo de crear un lugar de armonía, serenidad y belleza.

Stuart había aprendido en Internet que Margareth Smith había construido este centro hace una década, tras la muerte de su hija. Lamentó que la caridad de los ricos solo se manifestara cuando una tragedia personal los afectaba. Pero después de todo, era mejor que nada. Y si la hermana de Judith pudiera beneficiarse de ello...

Llegaron a la puerta de la habitación de Shannon. Judith golpeó la puerta; no hubo respuesta, pero ella giró la manija y entró. Una joven estaba sentada en una silla frente a una ventana desde la que se veía un jardín cerrado. Una llovizna ligera que caía del cielo plomizo contribuía a darle un aspecto sepulcral a la escena.

— Hola, Shannon —dijo Judith acercándose a su hermana.

Shannon hizo el esfuerzo de girarse hacia ella. Stuart apenas podía ocultar su consternación. La adolescente estaba en los huesos. Con los pómulos prominentes, los ojos hundidos en las órbitas y un tono de piel cadavérico.

— Hola, Judith —dijo sin levantarse de su silla.

Miró con curiosidad a Stuart, quien tenía la sensación de que ella podía ver a través de él, ¡como un mutante de los X-Men!

— Hola, mi nombre es Stuart.

Shannon se levantó lentamente, giró su silla para quedar frente a él y se sentó de nuevo.

— ¡Como el ratón pequeño! ¡Pero mucho más grande! —se burló ella.

Esto comenzaba bien.

— No es cierto, Stuart Little pesa cerca de cien kilos, pero para la película lo encogieron, la magia de los efectos especiales —se defendió espontáneamente.

Shannon lo miró con asombro antes de girarse hacia su hermana mayor.

— ¿Quién es este tipo?

— Es un amigo de mis mejores amigos, así que te ruego que le hables bien —respondió Judith.

— ¿Qué me importa un gordito? ¿Qué intentas demostrarme? ¿Crees que ver eso me dará ganas de comer?

Judith conocía los cambios de humor de su hermana. Podía ser extremadamente amable y, a veces, la peor de las molestias. Desafortunadamente para él, ella estaba pasando por uno de sus malos días.

— Ven, Stuart, discúlpala —dijo Judith, comenzaba a lamentar haberlo traído; debía sentirse terriblemente humillado.

— No entendiste, vieja. Solo quería ver cómo se ve un cadáver ambulante. Por cierto, si pudieras levantarte para que vea mejor..., dijo con una desfachatez que no sabía que tenía.

Sorprendentemente, Shannon no lo intimidó en absoluto. Parecía sacada de uno de sus cómics. Una de esas criaturas crueles y traviesas. Sabía cómo los héroes debían hablarles.

— ¡Stuart! —le reprendió Judith, indignada.

Toda clase de emociones cruzaron el rostro demacrado de Shannon, y se levantó de un salto con un grito fantasmal.

Stuart estuvo a punto de gritar, pero se contuvo y creyó discernir un atisbo de picardía en los ojos de la enferma.

— ¿Eso es todo lo que sabes hacer? No estás cerca de ser contratado por Wes Craven.

— ¡Un gordito que sabe de películas de terror!

— El gordito te dice que eres solo una pequeña peste mal educada de la burguesía —respondió Stuart más bruscamente de lo que había querido.

Con el rostro rojo de ira, salió de la habitación y se sentó en los primeros escalones de la escalera. Judith nunca volvería a hablarle; sin embargo, no podía lamentar su arrebato. Era la primera vez en su vida que no se dejaba avasallar. Había respondido a su agresor con una determinación feroz. ¡Podía estar orgulloso de sí mismo!

¡Una pobre anoréxica al borde de la muerte! ¡Qué acto de valentía! —ironizó una pequeña voz en su cabeza.

— Es un comienzo, todo a su debido tiempo —le reconfortó una segunda voz.

Stuart se quedó esperando a que Judith saliera de la habitación, pero para su sorpresa, fue Shannon quien se le unió y se sentó en los escalones a su lado.

— Mi hermana acaba de darme una charla, pero aún así, te tiene un rencor tremendo por haberme insultado. No se imaginaba que fueras capaz de ser tan malo. La adorable idiota —comenzó Shannon en tono de confidencia.

— ¿Qué está haciendo?

— Le pedí que se quedara en la habitación. Creo que me equivoqué contigo. Quizás no eres tan diferente de mí después de todo. Tu físico te hace parecer un grandullón amable pero un poco tonto, y estoy segura de que nadie realmente se interesa por lo que realmente pasa en tu cerebro. Nadie te entiende, ¿verdad?

Stuart no sabía qué pensar. ¿Debería reír o llorar? Había venido a ayudarla y ahora era él quien estaba siendo analizado psicológicamente. ¡Y por una especie de espectro, lo que faltaba!

— Mi hermana te trajo con la esperanza de que me mostraras que se puede lidiar con los problemas de peso. Pero esta tonta no se da cuenta de que darías todo por no ser un gordito. ¿Me equivoco? —preguntó con una sorprendente perspicacia—. Todavía no ha entendido que mi enfermedad no tiene nada que ver con el hambre. Simplemente no puedo comer. Me dan ganas de vomitar. Tengo fobia a la comida, al igual que otros tienen fobia a las arañas.

Judith salió de la habitación y se acercó a ellos.

— Stuart, vamos, —dijo.

— No, se queda conmigo. Al final me cae bien, el gordito. ¿Lo trajiste aquí para ayudarme o no? —preguntó Shannon.

Judith imploró a Stuart con la mirada, pero Shannon se interpuso.

— No lo vas a tener así.

Apretó fuerte la mano de Stuart en la suya.

— Sabes perfectamente que está locamente enamorado de ti. Es evidente. No vino a ayudarme, solo encontró una manera de parecer heroico a tus ojos. El único problema es que se engaña completamente a sí mismo. Te adoro, Judith, pero no entiendes mucho sobre la

naturaleza humana.

Stuart sintió como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Se avergonzó tanto... ¡Ojalá la muerte pudiera llevárselo en ese mismo momento!

Shannon apretó los dedos de Stuart con fuerza.

— Por favor, déjanos solos. Hazlo por mí —concluyó con una voz más suave.

Judith estaba roja de confusión. Amaba a su hermana, pero a veces era completamente histérica. Y ese pobre Stuart... bueno, ¡que se las arreglara solo! Después de todo, fue su idea venir aquí.

— Está bien, como quieras. Adiós, Shannon.

Bajó las escaleras sin mirar atrás. Unos momentos después, se oyó el ruido de una puerta cerrándose en la planta baja.

Stuart tenía ganas de llorar pero también de estrangular a Shannon. Esta última clavó su mirada en la suya y estalló en risas antes de abrazarlo. Le pareció que su risa duraba una eternidad, pero extrañamente, el contacto del cuerpo esquelético de Shannon no le resultó repulsivo. Al contrario, tuvo la sensación de que le transmitía energía.

Finalmente, se calmó y soltó a Stuart. Otros residentes habían salido al pasillo para ver quién estaba causando tanto alboroto.

— Ven, volvamos a mi habitación. Estoy segura de que tienes cosas interesantes que contar, pero nada que ver con lo que pensaba mi hermana.

Stuart estaba completamente desorientado, pero aceptó la mano que le tendió Shannon y la siguió obedientemente.

Logan regresó a principios de la tarde. La mañana no había aportado más que algunos testimonios nuevos, pero nada valioso. El retrato robot se había estado difundiendo durante casi una semana y las posibilidades de que alguien reconociera al asesino disminuían. No se daba más de diez días antes de dejarlo por imposible.

Se dejó caer en el gran sillón que había adquirido a principios de mes, con una cerveza en la mano, y cerró los ojos. Se sentía exhausto y algo desorientado. Dos investigaciones en menos de un mes y no podía llevarlas a cabo. Todavía le costaba digerir la muerte de Robert Gordon. Estaba convencido de que todo aquello tenía que ver con mucho dinero y que Hilton tenía su parte de responsabilidad en el asesinato. Pero, ¿cómo demostrarlo sin infringir la ley?

Había imaginado toda clase de acciones, más o menos legales: escuchas telefónicas, seguimientos, interrogatorios a familiares... Pero sin el menor indicio, nada resistiría frente a un abogado. Aunque creía en la justicia de su país, sabía que no podía ser perfecta, como cualquier institución humana.

Hilton se escaparía de cualquier acusación, sin importar cuánta certeza tuviera Logan.

Escuchó la puerta abrirse. Absorto en sus pensamientos, no había prestado atención al Ford que acababa de estacionarse frente a la casa.

—¿Mike? —dijo Hurley avanzando por el pasillo de la entrada.

—Estoy aquí —respondió él incorporándose en el sillón.

Ella dejó su bolso y se sentó frente a él.

—El padre adoptivo de Tom fue a buscarlo al centro. Lo vio en el periódico.

Fue Logan quien había hecho circular su foto en los medios el día anterior. "Tom, un joven amnésico, busca a su familia", decía el comunicado. No había lugar para personas sin hogar ni mucho menos para el hecho de que él era el autor del retrato robot difundido días antes. No se debía asustar a los familiares de Tom ni insinuar que estaba relacionado con el asesinato de John Doe. Tom necesitaba encontrar a su familia.

—Me alegra por él. Solo espero que sea realmente su padre —dijo Logan.

Pero su intento de humor cayó en saco roto.

—¿Qué? —respondió Hurley inmediatamente.

—Nada, solo bromeo. Bueno, ¿qué te parece dar un paseo por la ciudad? Ir de compras...

—No dejo de pensar en eso —dijo Hurley.

Logan frunció el ceño. ¿Qué tenía en mente?

—Y si tienes razón. No dejo de pensar que cualquiera podría haber venido a buscarlo. Tom es como un niño obediente. No sabe decir que no y tiene miedo a la autoridad. ¿Quién nos dice que alguien con malas intenciones no vino a buscarlo?

—Eso supondría que esa persona sabe que Tom tiene discapacidad intelectual. Me aseguré de no mencionarlo. La única persona que pudo haberlo recogido es necesariamente alguien que lo conoce —le tranquilizó Logan, y luego en un tono más severo agregó—: Después de todo, fuiste tú quien insistió en publicar su foto, ¿verdad?

—Lo sé, pero me hubiera gustado estar allí para verificar la identidad del padre.

—¿Qué dijo la directora del centro? Supongo que no lo dejó ir así como así.

—No, me aseguró que Tom lo reconoció y parecía completamente simpático, pero, por supuesto, parecía un vagabundo.

Logan se levantó y se sentó cerca de Hurley.

— ¿Sabes lo que voy a hacer? —la miró directamente a los ojos—. Vamos a verlo para asegurarnos de que esté bien, ¿te parece?

Hurley adoptó una expresión inocente.

— ¿Hacer eso por mí?

— Creo que te lo debo. Aunque no sea muy reglamentario. Tom es mayor de edad y, hasta que se demuestre lo contrario, no está bajo la tutela de ninguna institución, por lo que es libre de moverse y relacionarse con quien quiera.

— Sí, pero todo sistema es imperfecto.

Logan se sorprendió al escuchar un eco de sus propios pensamientos. Realmente estaban hechos el uno para el otro. Inmediatamente se obligó a dejar de pensar en su partida.

Afuera, el cielo estaba nublado, pero la lluvia aún se resistía a caer.

— Creo que sería mejor que nos cambiemos. Podría llover antes de esta noche. —Luego, después de un silencio—: Y me encanta cuando te pones tus botas de cuero.

*

Por supuesto, era de esperar. Un relámpago iluminó el cielo, seguido al instante por un trueno y una fuerte lluvia.

— Maldición, algún día tendré que arreglar ese techo —maldijo Ritchie mientras miraba cómo la lluvia goteaba del techo.

Había estado viviendo en esta antigua cabaña de cazadores perdida en el bosque durante más de cinco años. Construida con materiales recuperados de obras en construcción, estaba apartada de la comunidad de vagabundos que vivía en las antiguas serrerías. A Ritchie no le gustaba la promiscuidad. Le gustaba su soledad, y ni Tom, que apenas hablaba, ni Cox iban a molestarlo.

Su vida era un completo desastre, pero le gustaba. A los cincuenta años, sabía que era demasiado viejo para cambiar. Pasaría sus días en este lugar miserable, y con suerte, Tom se encargaría de pagarle un funeral.

Abrió una nueva botella de vino. Esta noche era una fiesta. ¡El regreso del hijo pródigo! Además de su talento para el dibujo, Tom tenía otra cualidad: era un excelente cazador. Con Cox, hacían un gran equipo. Nunca podría haberse permitido tanta carne sin ellos: traían caza casi todos los días.

La caza furtiva estaba, por supuesto, prohibida, pero ¿era normal dejar morir de hambre a buenos estadounidenses que habían luchado en Vietnam? pensaba a menudo, a pesar de que solo tenía quince años cuando terminó la guerra.

Ritchie odiaba al mundo entero. No tenía duda de que era alguien excepcional y que el destino le había jugado una mala pasada al enviarle a la maldita madre del retrasado, para empezar. Ella le rompió el corazón. Se consoló como pudo, ahogando su pena en alcohol.

— ¡Por ti, Tommy! —exclamó Ritchie levantando su botella.

El final del día se acercaba y tuvo que encender la lámpara de queroseno para ver. Llevó el cuello de la botella a su boca y se tomó tres tragos de un solo golpe.

— ¡Ahhh! ¡Maldita sea, eso se siente bien!

Se limpió los labios con el reverso de su gastado saco. Ninguna prostituta podía proporcionar tanto placer como una buena botella de vino. Lo cual era conveniente, porque hacía meses que no había tenido uno. ¡Eran demasiado caros para él! Maldita vida...

Los relámpagos seguían, acompañados por el retumbar del trueno. Ahora el agua caía a chorros en la cabaña, formando un gran charco en la alfombra.

— ¡No pueden dejarme en paz! —gruñó mientras levantaba el puño hacia los elementos enfurecidos.

Bebió tres tragos más y se levantó para colocar recipientes debajo de los agujeros del techo. Aprovechó para encender la estufa de gas y mirar por la única ventana. La lluvia era densa, el crepúsculo había caído sobre el bosque, por lo que apenas podía ver nada. Y para empeorar las cosas, su vista había disminuido mucho.

— ¿Qué estás haciendo, Tommy? No atraparás nada con este clima —masculló.

No le gustaba que Tom estuviera fuera en ese clima. Era como un instinto paternal o el miedo a estar solo en medio de la tormenta. Luego, se le ocurrió la idea de que Tom había aprovechado la excusa de la caza para dejarlo definitivamente con Cox. Esta idea lo enfrió mucho más que el frío. Volvió a sentarse y tomó su botella de vino.

— ¿No me harías eso, Tommy? ¿Dejarías a tu buen viejo padre solo para morir como un perro? —preguntó en voz alta.

Bebe nuevas sorbos de vino con una especie de rabia. ¡El pequeño bastardo debió haberse acostumbrado a la ciudad! La ingratitud de los hijos. Te sacrificas por ellos y te apuñalan por la espalda. Ni siquiera le dejaría al perro.

— ¡Hijo de puta! Debería haberte dejado morir cuando tu madre se fue. ¡Y pensar que ni siquiera eres de mis huevos!

Ayudado por el alcohol, comenzó a sollozar solo y luego a reírse de su miserable vida. Terminó la botella y se levantó para tomar otra. Mientras lo hacía, vio de reojo una figura deslizándose entre los árboles. Sintió un intenso alivio. ¡El idiota! Realmente había pensado que no volvería. Fue a la puerta y, a pesar del viento y la lluvia, la abrió de par en par.

— ¡Tommy! ¡Tommy? —gritó, buscándolo con la mirada.

Curiosamente, no escuchó los ladridos de Cox. Maldición, algún día tendría que encontrar gafas.

— ¿Tommy? —volvió a gritar.

A través de la cortina de lluvia, escuchó ruidos a su izquierda. Alguien se acercaba. Era demasiado alto para ser Tommy.

— ¿Quién eres tú?

Pero cuando la hoja se hundió en su garganta, la respuesta se convirtió en lo menos importante.

*

Tommy se detuvo detrás de un arbusto. La lluvia no tardaría en caer. Era ahora o nunca.

— No hablar, Cox —susurró al labrador.

Bajo la cubierta de los árboles, era casi tan oscuro como de noche. Pero a diferencia de Ritchie, Tom tenía una excelente visión. Un joven ciervo estaba alerta. No todos los días encontraba una presa tan hermosa.

Controló su respiración, colocó su rifle y se tomó su tiempo para alinear el objetivo. El animal parecía nervioso. Deben haber olido su presencia. Tom dejó de respirar y, en un estado de concentración total, apretó el gatillo.

La bala golpeó al animal en el pecho y cayó al suelo instantáneamente. Tom levantó el cañón

de su arma y le dio un golpecito en la cabeza a Cox.

— Comer carne.

Cox ladró y saltó hacia el animal.

Tom estaba contento. Aunque la vida en la ciudad no le había disgustado, su lugar era el bosque. Le gustaba esta vida, lejos del tumulto de los humanos, sin necesidad de hablar. Los otros sentidos eran mucho más importantes. Lo único que le faltaba era el rostro de la mujer del FBI. Era tan hermosa. Realmente esperaba poder verla de nuevo.

Salió del arbusto y se unió a Cox, quien estaba emocionado y dando vueltas alrededor del ciervo muerto, lanzando breves ladridos en dirección a su amo.

— ¡Buen perro! —dijo Tom.

Sacó su cuchillo de caza. Ritchie no quería que despiezara animales demasiado cerca de su cabaña. Tom esperaba que la lluvia le diera unos minutos más de indulgencia.

*

El Cherokee avanzaba por el camino de tierra. Logan estaba contento de tener un vehículo como ese, ya que el terreno era bastante accidentado. Habían dejado la carretera hace más de diez minutos y se adentraban en el bosque en dirección a las antiguas serrerías, el refugio de los marginados y las personas sin hogar.

Esos pobres tipos intentaban sobrevivir como podían. No tenía sentido arrestarlos por tonterías. Mientras no perturbaran el orden público y llevaran a cabo sus pequeños negocios entre ellos, Logan no veía por qué debía perseguir a los olvidados de la prosperidad.

— ¿Te molesta, verdad? —preguntó Hurley, malinterpretando la expresión en el rostro de su pareja.

Ahora ella misma dudaba de la pertinencia de buscar a Tom. Él no era tan inmaduro. No habría seguido a un hombre en contra de su voluntad.

— No, para nada. Solo estaba pensando en esos tipos que viven aquí. Para ellos, el sueño americano se detuvo hace mucho.

Ese podría ser el problema, pensó Hurley. Dejar que Tom viva su vida. Pero, ¿qué vida? ¿La de un vagabundo? La de miles de estadounidenses en todo el país, sin nadie que se haga cargo de ellos. Algunos gestos de caridad aquí y allá no reemplazaban a una organización de reinserción adecuada.

— El sueño americano —continuó ella—. Si tan solo existiera.

El silencio llenó el interior del coche. Logan finalmente vio los letreros corroídos por el óxido que anunciaban las antiguas serrerías. Más allá, se podían vislumbrar los edificios en ruinas a través de una vegetación densa.

— Estamos casi allí. Espero que esta vez sean más comunicativos que la última vez.

Varios policías habían venido a la zona para interrogar a los residentes después del descubrimiento del cuerpo de John Doe. Nadie había visto ni oído nada. De todos modos, por el tono de sus respuestas, Hurley sospechaba que, incluso si hubieran visto algo, no lo habrían dicho. Estas personas vivían en comunidad. La sociedad los ignoraba, y ellos hacían lo mismo a cambio.

Logan llegó a una zona despejada y estacionó frente a un imponente edificio donde durante décadas se habían procesado grandes pinos regularmente. En los lados, había almacenes donde se guardaba la madera antes de ser cortada.

Logan apagó el motor, encendió un cigarrillo y salió del coche. Ajustándose su sombrero, echó una mirada poco tranquilizadora al cielo. Le pareció haber visto relámpagos a lo lejos. La luz de los bidones donde encendían fuego para calentarse era visible en varios puntos. Cuando cerraron la fábrica, el liquidador no encontró ningún comprador para el inventario de madera que quedaba por cortar, unos cientos de toneladas repartidas en los almacenes. Los desamparados lo habían estado usando como combustible durante años.

— ¿Nos separamos? —preguntó Hurley.

— ¿Estás bromeando?

— ¿Qué piensas? —dijo ella tratando de aligerar la atmósfera.

Además de la lluvia, las ráfagas de viento que se levantaron, la oscuridad que caía y el estado de abandono de la serrería, incluso el ánimo del más curtido habría sido quebrantado al pensar en los pobres desafortunados que vivían allí. Nadie los recibió. Logan abrió su chaqueta, preparado para sacar su arma si fuera necesario.

Se acercaron a la inmensa puerta del edificio principal, que se abrió antes de que Logan tuviera tiempo de poner la mano sobre ella, revelando a un hombre con la estatura de un luchador profesional de la WWE y una barba rubia.

— ¿Sheriff? ¿Qué diablos vuelves a hacer por aquí? Ya le dijimos a tus hombres que no conocíamos al cadáver. ¿Estás sordo o qué?

El tono estaba establecido. Logan dio una calada a su cigarrillo y le sopló el humo en la cara.

— Ten cuidado con lo que dices, grandullón. Tengo la sensación de que si mis hombres y yo volviéramos a investigar por aquí, encontraríamos razones para mantenerte tras las rejas hasta el fin de tus días. Así que no me busques o me encontrarás —dijo con autoridad.

Si no hubiera tenido a Hurley a su lado, quizás habría sido más conciliador. Pero no tenía intención de dejarse insultar delante de la mujer de su vida. El hombre le lanzó una mirada amenazante antes de relajarse.

— Tienes valor, sheriff. No como el idiota al que reemplazaste.

Le tendió la mano.

— Jacob Petersen. No estaba aquí cuando sus hombres interrogaron a los míos. De lo contrario, les habría dicho de inmediato que estaban perdiendo el tiempo.

Y, ¿dónde estabas? ¿En qué estabas involucrado? Logan se contuvo de preguntarle.

— ¿Por qué? —intervino Hurley.

La mirada que le lanzó le desagradó profundamente a Logan: Petersen se demoraba demasiado en las formas de la perfiladora.

— Porque no tenemos nada que decirte. ¿Por qué lo haríamos? ¿A quién le importamos? ¿Ven cómo nos obligan a sobrevivir?

Detrás de Petersen, otros sin hogar se estaban agrupando. Lucían lamentables en sus harapos.

— Alguien mató a uno de los suyos. Me parece que deberían estar interesados en saber quién es el asesino.

— Son nuestros asuntos. ¿Por qué habríamos de preocuparnos por la muerte de un vagabundo? Es solo para ocultar su incompetencia para resolver el asesinato de Robert Gordon. No porque vivamos lejos de todo, no estamos al tanto de lo que sucede en la buena sociedad, sheriff.

— Estás equivocado sobre mí. Cualquier muerte sospechosa implica una investigación. Ya sea que la víctima sea un multimillonario o un desamparado.

Un murmullo de descontento surgió del pequeño grupo, luego las invectivas comenzaron:

- ¡Mentira!
- ¡Propaganda de mierda!
- ¡No te queremos aquí!
- ¡Vuelve a casa!

Logan temió por un momento que la situación se volviera violenta, pero Jacob levantó la mano y impuso silencio.

— ¿Quieren hablar de justicia ejemplar? Entonces, explíquenme por qué nadie se ha molestado en investigar las desapariciones.

— ¿Qué desapariciones?

— No finjas ser inocente —dijo Jacob, recordando algo—. Es cierto que no hace ni siquiera un año que eres el nuevo sheriff. Quizás tu maldito predecesor no te informó.

— ¿Informarme de qué?

Los desamparados se acercaron un poco más a Jacob. Algunos aparecieron en los andamios y plataformas interiores del edificio.

Logan estaba listo para sacar su arma.

— No pasa un mes sin que algunos de nosotros desaparezcan sin dejar rastro. Y ha estado ocurriendo durante años. Hemos alertado a las autoridades, pero siempre obtenemos la misma respuesta: vayan al infierno, montón de despojos.

— ¡Es cierto!

— Solo se preocupan por los ricos.

— ¡Podemos ser asesinados a todos, a nadie le importa! —otros desamparados se unieron al coro.

Logan levantó las manos en un gesto de apaciguamiento.

— Escúchenme, todos. Les prometo que reabriré todos los casos. Si alguno de ustedes quiere presentar una denuncia por desaparición el lunes, la tomaré personalmente y les garantizo que se llevará a cabo una investigación, ¿de acuerdo?

Detrás de Jacob, los sin hogar se multiplicaban. ¿Cuántos de ellos vivían allí?

— Olvídenlo, sheriff, hace mucho que dejamos de creer en la justicia.

— Están equivocados —respondió Logan, mirándolo a los ojos fijamente.

Jacob sostuvo su mirada, evaluando al sheriff.

— Tal vez, pero así es como somos. Solo les pedimos que nos dejen en paz.

Luego, después de una pausa:

— Su tipo se llamaba Vinnie Lowry.

Logan frunció el ceño.

— Así es como se llamaba su John Doe. Si pudiera poner ese nombre en su tumba y alertar al resto de su familia. Venía de Whitehall, Montana. Creo que tenía una hija que se quedó con su madre.

El trueno resonó a lo lejos y comenzó a llover.

— Si tienen más preguntas, háganlas pronto. De lo contrario, se empaparán —dijo Jacob, quien seguía en el marco de la puerta del edificio.

— Sí, solo una pregunta más —intervino Hurley.

Jacob la miró con un toque de lascivia en los ojos.

— Estoy escuchando.

— ¿Sabe dónde podemos encontrar a Tom y a su padre? ¿Sabes, el joven amnésico?

Jacob suspiró irónicamente.

— Todos nos reímos mucho cuando supimos que lo estaban buscando, pero entren. Arruinarán su hermoso peinado. Jacob se apartó para dejar entrar a Hurley y Logan.

El edificio era aún más impresionante por dentro, un espacio inmenso con plataformas, escaleras y herramientas de gran tamaño. Había al menos cincuenta residentes, adultos y también algunos niños.

Seguro que no van a la escuela, pensó Hurley. ¿Por qué nadie se preocupa por ellos?

— Tom no tiene amnesia. Solo está un poco loco en la cabeza. Casi no habla, pero sabe hablar —explicó Jacob—. Él y su padre viven más adentro del bosque. Prefieren mantenerse aislados, así son ellos. Nosotros los dejamos en paz. A veces, Tom nos trae...

Jacob se interrumpió bruscamente. Casi revela que el chico solía cazar furtivamente. Siempre hay que desconfiar de la policía.

— Está bien, fingiremos que no escuché nada. Solo queremos saber si alguien podría llevarnos a su cabaña.

Logan sospechaba que Tom cometía algunos robos. ¿Qué persona sin hogar no había robado en su vida?

— Nunca he estado allí, pero tal vez alguien lo conozca —dijo Jacob mientras se volvía.

— ¡Yo lo sé! Puedo llevarlos, pero les costará diez billetes —dijo un joven desdentado que saltaba en su sitio.

Risas burlonas resonaron en todo el edificio.

— Incluso te daré veinte si están en casa cuando lleguemos —respondió Logan.

Una sonrisa iluminó el rostro del chico.

— Les presento a Louis, nuestro mejor rastreador —dijo Jacob.

Las risas se reavivaron. A Logan no le gustaba eso.

— ¿Estás seguro del camino? —preguntó.

— Claro, no hay problema.

— Muy bien, entonces no perdamos más tiempo.

Logan y Hurley se despidieron de Jacob y salieron bajo la lluvia para tomar una linterna eléctrica del maletero del Cherokee. Después de ponerse impermeables, Louis los alcanzó e invitó a seguirlo.

— No está lejos, no nos llevará mucho tiempo.

*

Cuando Cox comenzó a ladrar sin motivo, Tom supo que algo no iba bien, aunque nada en el paisaje fuera diferente a cualquier otro día. La cabaña estaba en su lugar y la luz brillaba desde el interior. Las persianas estaban cerradas, pero era costumbre de Ritchie cerrarlas al caer la noche. El aislamiento no era precisamente el punto fuerte de la cabaña.

Tom había logrado desollar su presa y la llevaba orgullosamente sobre sus hombros, con las patas atadas de dos en dos. Cox corrió hacia la cabaña y comenzó a ladrar enérgicamente frente a la puerta.

— ¡Cox! —gritó Tom.

No iba a dejarse contaminar por el miedo irracional del perro. Sin embargo, le pareció extraño no escuchar a Ritchie maldiciendo al animal. Debía de estar demasiado borracho para gritar... Tom no estaba contento con eso. Ritchie podía volverse violento, y entonces los golpes comenzaban a llover. Tom podría haberlo dominado fácilmente y devolverle los golpes

multiplicados por mil, pero era su padre; sabía que no se golpeaba a su padre. Así que recibía los golpes sin realmente sufrir, esperando a que la fatiga se apoderara del cuerpo empapado en alcohol.

Los perros tienen un olfato mil veces más desarrollado que los humanos. ¿Quizás Cox olía el vino? pensó Tom. Dejó el cuerpo del joven ciervo cerca de un montón de madera apoyado en la cabaña. A su alrededor, todo parecía normal, pero algo no encajaba. Tom podía confiar en su sexto sentido, en lo que llamaba su instinto animal. Fue entonces cuando un pensamiento terrible se apoderó de él: ¡Ritchie estaba muerto! ¡Era el olor de la muerte lo que Cox había sentido! Se precipitó hacia la casa.

— Hola, Tom, pero sobre todo, no hagas ninguna tontería y quédate tranquilo —lo recibió un hombre apuntándolo con una pistola.

Tom reconoció de inmediato al desconocido.

¡Era el mismo que había arrojado a John Doe al río!

*

— ¿Falta mucho todavía? —preguntó Logan.

A pesar de que su sombrero y el dosel del bosque le ofrecían cierta protección contra la lluvia, estaba bastante harto de caminar por este enredo de ramas rotas, hojas muertas y tierra esponjosa.

— Sea paciente, estamos casi allí. Es solo que no hay realmente un camino por aquí —se disculpó Louis, su joven guía con dientes faltantes.

— Mejor no te hayas estado burlando de nosotros, o te juro que pasarás tus próximas noches en una celda —amenazó Logan.

Casi tropezó con una raíz y solo se mantuvo en pie gracias al brazo salvador de Hurley.

— Ten cuidado dónde pones los pies. No estamos en la ciudad, sheriff —advirtió Louis.

Además, se atrevió a burlarse de él. Logan estaba a punto de estallar.

— Tiene razón, trata de calmarte. Si no lo haces por ti, al menos hazlo por mí —le rogó Hurley.

Ella tampoco apreciaba particularmente caminar bajo la lluvia en el bosque; preferiría estar en casa con un tazón de té caliente. Pero asegurarse de que Tom estuviera bien era mucho más importante que su comodidad personal.

— Sí, de acuerdo, pero no vamos a ver nada en breve.

— No olvides que tengo la linterna —dijo Hurley alzándola frente a su rostro.

Había sospechado que el camino sería más largo de lo que su guía les había dado a entender. Un rugido de agua enojada los sorprendió. El joven aceleró el paso y los superó por unos metros.

— Pero, ¿qué está haciendo ese idiota? —gruñó Logan.

— ¿Puedes dejar de quejarte, aunque sea por un momento? —respondió Hurley.

Alcanzaron al guía, quien se había detenido un poco más adelante en una colina que dominaba el río. Las fuertes lluvias habían aumentado su caudal.

— Se van a reír, creo que me equivoqué de camino —dijo Louis.

Logan negó con la cabeza, pero la presión de la mano de Hurley en su brazo lo instó a contenerse.

— Pero bueno, creo que reconozco esto. Si subimos un poco más, no debe estar muy lejos. Les prometo que llegaremos.

Logan habría deseado creerle, pero el tono de voz del joven guía no era tan seguro como al

comienzo de su expedición.

— Si no estás seguro del camino, no pasa nada, volveremos mañana —dijo Hurley, quien también empezaba a dudar de las habilidades del joven guía.

— No, no, estoy seguro de que es por aquí. Estamos casi allí.

Reanudó la marcha. Logan lanzó una mirada desesperada a Hurley, quien encogió los hombros y le sonrió.

— Ten un poco de paciencia, trata de calmarte —intentó calmarlo encendiendo la linterna.

Y en la creciente oscuridad, siguieron los pasos del joven.

*

— Eres bastante hábil para dibujar. Felicidades —dijo el hombre.

Estaba de pie en la cabaña, apuntando a Tom con su arma. A su izquierda, Ritchie estaba hundido en su sillón, con la cabeza inclinada hacia su pecho, su suéter manchado con una gran mancha de sangre. La sangre goteaba lentamente en el suelo. Tom estaba demasiado en shock para reaccionar. No podía creer lo que veía. ¡Ritchie estaba muerto!

— En la vida, uno debe saber mantenerse en su lugar, muchacho. ¿Nunca te enseñaron que la curiosidad es un defecto desagradable?

Tom no se movía ni un centímetro. Las palabras del hombre no tenían sentido para él. No entendía lo que estaba pasando. Solo un miedo tremendo lo había invadido.

Un rayo rasgó el cielo, dándole al rostro del hombre un aspecto aún más demoníaco.

— Bien, vas a hacer exactamente lo que te diga, o de lo contrario, tendré que volverse muy malo, ¿entendido?

Tom todavía no se movía.

— ¿Entiendes o realmente quieres que me enoje? —continuó el hombre.

Su voz había tomado un tono gélido.

Tom asintió con la cabeza.

— Entendido.

— Muy bien. Entonces, vamos a dar un pequeño paseo afuera tú y yo. Tienes que hacer exactamente lo que te digo —dijo el hombre, levantando su arma de manera explícita.

— Sí.

Los dos hombres salieron. Cox seguía gruñendo, listo para saltar sobre el desconocido.

La lluvia ya no era tan intensa, pero el cielo se había oscurecido. Casi no se veía nada. El hombre no le gustaba actuar con prisas, pero no había tenido elección. Cuando descubrió su retrato robot en la prensa, se felicitó por nunca salir sin su barba postiza y sus gafas grandes para cometer sus fechorías. Algunos de sus amigos aún se burlaban de él por su parecido con el retrato. Ese chico tenía una memoria visual impresionante. Si sus caminos se hubieran cruzado en River Falls, lo habría reconocido de inmediato.

— Realmente tuviste mala suerte, ¿sabes? —dijo el hombre, forzando a Tom a avanzar.

A su lado, Cox emitía pequeños gemidos. Estaba tan confundido como su dueño.

— Si la policía no hubiera difundido tu retrato en la prensa, nunca habría sabido quién era el tipo que me sorprendió tirando un cuerpo al agua.

Si Tom había visto al hombre, lo contrario también era cierto, pero habría sido demasiado arriesgado intentar encontrarlo de inmediato, sin ninguna preparación. ¿Quién sabía cuántos vagabundos había en la zona?

Ahora había recuperado la ventaja. Fue muy fácil encontrar el lugar donde estaba alojado Tom, y desde entonces lo había estado vigilando. Cuando un hombre de mediana edad lo había recogido por la mañana, supo que tenía la oportunidad de darle la vuelta a la situación y elaboró un nuevo plan. ¡Un crimen perfecto más!

— No digas nada. Jurado. No digas nada —sollozó Tom sin dejar de avanzar.

La pistola en su espalda lo hacía temblar mucho más que el frío de la noche. El hombre había encendido una linterna y estaba señalando el camino.

— Lo sé.

El hombre acababa de darse cuenta de que Tom no era amnésico, como decían los periódicos, ¡sino retrasado! Los policías no habían sabido hacer la diferencia. Unos incompetentes que hacían su felicidad...

— Vamos, detente —ordenó.

Tom se detuvo. Estaban al borde de un pequeño claro. Tom conocía este lugar de memoria. En pleno verano, solía tumbarse aquí para descansar. Era un lugar hermoso... cuando hacía buen tiempo.

— Mira el árbol —dijo el hombre señalando la primera rama.

La rama formaba un codo perpendicular con el tronco masivo. Una cuerda con un nudo corredizo estaba atada a ella. Tom lanzó una mirada aterrorizada al hombre.

— No morir. Por favor, no morir.

— Todo el mundo debe morir algún día. ¿Y no es un día maravilloso para eso?

Ese hombre era el diablo en persona.

— Vas a subir a ese tronco y ponerte la cuerda alrededor del cuello. Y si lo haces amablemente, te prometo que no mataré a tu perro.

— No. No morir. No poder —suplicó Tom mientras caía de rodillas a los pies del hombre.

Tom podría haberlo derribado si lo hubiera intentado, pero extrañamente, incluso entre los desesperados, el coraje es raro.

— Shh, tranquilo —lo consoló el hombre con calma.

El perro comenzó a aullar a la luna. Era casi conmovedor.

— Vamos, un poco de valor. La muerte no es nada. El sufrimiento es mucho peor. No puedes imaginar cuántos hombres piden la muerte cuando el sufrimiento es insoportable. Y, ¿sabes? No siempre soy tan complaciente.

Tom se quedó postrado de rodillas en el suelo empapado. El hombre apuntó con la pistola a su frente.

— Ahora te levantarás, o no solo tendré que matar a tu perro, sino que cuando comience a ocuparme de ti, suplicarás que te mate.

El tono no dejaba margen de negociación. Tom comenzó a llorar, pero encontró la fuerza para ponerse de pie. Había pasado a la cuarta etapa de la muerte. Después del aturdimiento, la negación, la suplicación, finalmente llegaba el momento de la resignación, se felicitó el hombre.

*

— ¡Creo que este tipo está perdido, idiota! —susurró Logan al oído de Hurley.

Ella no pudo más que darle la razón. El joven se había ofrecido voluntario por codicia, pero obviamente no tenía ningún sentido de la orientación. Sus compañeros seguramente aún se estaban riendo de él en este momento.

— Vamos a volver —dijo. Luego, en voz alta—: Louis, no tiene sentido. La noche ha caído y realmente nos vamos a perder. Llévanos de vuelta a la aserradora y volveremos mañana.

Le habían confiado la linterna al guía, quien los iluminó directamente en la cara.

— ¡Baja la linterna, idiota! —gritó Logan.

Louis obedeció y se disculpó antes de agregar:

— Estoy seguro de que no estamos muy lejos. Solo un poco de paciencia, se los prometo.

— ¿Prometes qué?! —gritó Logan—. Llevamos casi una hora caminando en círculos. Eres realmente...

— Aquí tienes tu dinero, pero por favor, llévanos de vuelta ahora —intervino Hurley.

Ella solo esperaba que supiera cómo encontrar su punto de partida.

— No es un problema, simplemente llévanos de vuelta a nuestro automóvil. No te culpamos —la tranquilizó Hurley.

Logan estaba hirviendo de rabia. ¿Cuánto tiempo llevaba perdido sin atreverse a decirles? Y ahora, ¿qué prueba tenía de que sería capaz de encontrar su camino de regreso?

— Tonto —masculló entre dientes.

Louis escuchó el insulto y se quedó en silencio.

— Debe ser por aquí —dijo, señalando en dirección opuesta.

Logan y Hurley lo siguieron en silencio. Los dos estaban convencidos de que tendrían que pasar la noche bajo la lluvia en el bosque, sin refugio. Logan no iba a convocar a sus tropas para organizar una búsqueda.

Diez minutos después, Louis detuvo su marcha y dio un grito de alegría.

— ¡Hemos llegado! —exclamó feliz.

— ¿Llegamos a dónde? —gruñó Logan.

— ¡Mira, hay luz allá!

Efectivamente, Logan creyó distinguir una luz en la distancia. Aliviado, comenzó a reír tontamente y le dio una palmada en el hombro al joven.

— Mi pequeño Louis, no sabes la suerte que tienes. Estaba a punto de hacer que te comieras la linterna.

— Bueno, ¿y si aceleramos un poco? Estoy realmente congelada —dijo Hurley. Estaba completamente empapada y tiritando. Su guía apresuró el paso, animado por la luz que crecía a medida que se acercaban.

— Estoy deseando llegar. Tengo un hambre de lobo —dijo Hurley. Logan le pasó un dedo por la mejilla. Ya no tenía ganas de quejarse. En algún momento, se reirían de esta desventura.

Louis fue el más aliviado. Temía más las burlas de los otros sin hogar que las reprimendas del sheriff, y esa luz era como un faro en medio de un mar embravecido. Pero de repente, una duda lo asaltó, que se convirtió en certeza. Se detuvo de nuevo, y Logan casi choca contra él.

— ¿Qué pasa ahora? —gruñó el sheriff.

— Hay fuego.

Logan estalló en risas, señalando la lluvia que seguía cayendo.

— No, tiene razón —se preocupó Hurley, para quien el destello de la luz era un mal presagio.

Corrieron detrás de su guía, por su cuenta y riesgo. Muy pronto, ya no había duda: podían ver las llamas bailando en la distancia.

Cuando llegaron al lugar, una zona despejada más allá de la cubierta de los árboles, presenciaron impotentes el terrible espectáculo. La lluvia no era lo suficientemente fuerte como

para detener la propagación del incendio. La madera, probablemente empapada de gasolina, se estaba consumiendo a toda velocidad.

Logan se acercó lo más que pudo. A través de la ventana abierta, distinguió un cuerpo en el suelo.

— ¡Mierda! —masculló entre dientes. Luego se volvió hacia Louis y lo agarró por el cuello de su chaqueta.

— ¡Maldito mocoso! Si tan solo no te hubieras equivocado de camino...

Las lágrimas brotaron en los ojos del joven guía, tanto por el humo como por un fuerte sentimiento de culpabilidad.

— ¡Déjalo! —intervino Hurley con un tono perentorio—. Él no tiene la culpa.

Logan estaba deseando dejar salir su enojo y frustración, pero entendió que el joven estaba aterrorizado. Odió la imagen que le devolvía de sí mismo: un ser impulsivo, incapaz de controlarse. Lo soltó de inmediato y se alejó.

Hurley reconfortó rápidamente al guía y se unió a Logan.

— No es momento de dudar. Tenemos que encontrar a Tom lo más rápido posible.

— ¿Qué? —dijo Logan, creyendo que era el cadáver de Tom el que estaba ardiendo en el suelo de la cabaña.

— Tom probablemente no quería volver. Aceptó solo para preparar su partida definitiva. No debía tener una buena relación con su padre.

Nunca debió haberlo dejado ir de esa manera. Un error de principiante. Ella, que se consideraba una de las mejores perfiladoras de los Estados Unidos, había sido incapaz de percibir el dolor oculto en el alma de ese pobre chico. Lo había abandonado cuando necesitaba su ayuda.

— Quiero que lo encontremos antes de que haga más tonterías.

— ¡Tonterías! —casi se atraganta Logan—. ¡Mató a su padre! Sabía que estaba loco. Debería haberlo arrestado y no haberte escuchado.

Había visto la locura en los ojos de ese joven desde el principio. Instintivamente, había sabido que era un enfermo mental. ¿Por qué había escuchado a su corazón en lugar de su razón? Un hombre inocente acababa de pagar con su vida.

— Tendremos tiempo para saldar cuentas. La urgencia es encontrarlo cuanto antes. El incendio es reciente. Tom no debe estar muy lejos —insistió Hurley.

Logan sacó su teléfono móvil y marcó el número de los bomberos. Ella tenía razón, la prioridad era detener a Tom para evitar que cometiera otro crimen.

— Louis, te quedas aquí y esperas refuerzos, ¿de acuerdo? —dijo Hurley.

— No me quedo solo, voy con ustedes —respondió el guía con firmeza.

Seguramente era arriesgado seguir las huellas de un hombre en pánico, pero probablemente era aún peor quedarse solo en el bosque.

Una pregunta atormentaba a Hurley: ¿y si Logan había tenido razón desde el principio? ¿Y si realmente Tom había matado a John Doe? Ella se esforzó por apartar ese pensamiento y se centró en un solo objetivo: encontrarlo lo antes posible.

— He llamado a los bomberos. Envían un helicóptero a recogernos. Espero que vean el fuego cuando sobrevuelen la zona.

Logan no sabía qué hacer. ¿Debería alertar a toda la comisaría y organizar una búsqueda en medio de la noche? Incluso si la lluvia había disminuido, no sería una tarea sencilla. El bosque era el dominio de Tom. Debería conocer todos los lugares donde esconderse.

— ¡Oye, alguien se acerca hacia nosotros! —dijo Louis.

Logan sacó su pistola y la apuntó de inmediato en la dirección señalada. Vio una figura que se movía a toda velocidad a través del denso bosque. Estaba demasiado oscuro para distinguir algo con claridad.

— ¡Detente o disparo! —fue la primera advertencia. La figura se acercó más. Logan se preparó para disparar. Si Tom estaba dispuesto a suicidarse, que así fuera. No iba a correr el riesgo de que otra persona muriera esa noche. Pero segundos después, vieron a un perro que salió corriendo de los arbustos y empezó a dar vueltas alrededor de ellos.

— ¡No disparéis! —gritó Hurley.

Tom le había hablado de su perro.

— Cox, cálmate —dijo ella al perro.

El perro pareció reconocer su nombre y se acercó a Hurley gimiendo. Giraba alrededor de ella, con la cola moviéndose frenéticamente de un lado a otro. Ella se agachó, puso su mano en su cuello y lo acarició.

— Cálmate, todo está bien.

Logan seguía apuntando con la pistola al animal. Si tenía la intención de saltar sobre Hurley, una bala le atravesaría el cráneo.

Cox pareció calmarse. Se alejó de Hurley y se dirigió hacia el bosque.

— Quiere que lo sigamos —dijo el agente del FBI.

— Está bien, pero yo voy delante —dijo Logan mientras se volvía hacia Louis—. Dame la linterna.

Cinco minutos después, la linterna de Logan iluminó una visión espantosa.

— ¡No! —gritó Hurley y corrió hacia Tom.

Su cuerpo colgaba de una rama.

Logan fue más rápido que Hurley y enderezó el trozo de tronco cortado, lo que le permitió subir y levantar el cuerpo de Tom.

Hurley recordó un detalle y, subiéndose el pantalón hasta la pierna derecha, sintió el cuchillo de caza. Se lo pasó a Logan, quien en un abrir y cerrar de ojos cortó la cuerda que sujetaba a Tom al árbol. En un equilibrio precario, Logan cayó hacia atrás con el cuerpo de Tom en brazos. Hurley apenas logró esquivarlos. Se inclinó inmediatamente sobre Tom y tomó su pulso, pero no sintió ningún latido.

Por favor, que esté todavía vivo, rezó para sí misma.

Hurley había recibido entrenamiento en primeros auxilios. Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura y comenzó una serie de compresiones cardíacas acompañadas de respiración boca a boca.

Logan y Louis la observaban en silencio. Cox seguía gimiendo mientras daba vueltas a su alrededor. Después de un tiempo considerable, Logan se acercó a ella y puso una mano en su hombro.

— Ya no sirve de nada. Está muerto —anunció de manera definitiva.

— Uno, dos, tres —continuó Hurley, con las manos en el pecho de Tom—. Uno, dos, tres.

Luego le pellizcó la nariz, selló su boca con la suya y le insufló aire en los pulmones.

— ¡Está muerto! ¿Me oyes, Jessica, está muerto!

— ¡Déjame, déjame! —gritó Hurley.

Realizó una última serie de compresiones cardíacas y luego se derrumbó llorando sobre el

pecho sin vida de Tom.

Conmoverlo, Louis también comenzó a llorar. Logan no era de piedra, pero sabía que debía mantener la calma.

Había un momento para cada cosa y no era hora de llorar. Luego, escuchó las aspas de un helicóptero zumbando en el cielo nocturno.

En esa noche de sábado, la lluvia finalmente había cesado. Kyle y Cheryl ya habían tomado algunas copas antes de llegar a la residencia Delta. Se estaba organizando una gran fiesta, abierta a todas las demás fraternidades. Cheryl insistió en ir y Kyle no tuvo el corazón de negárselo, sobre todo porque ella habría sido capaz de ir sola.

La música resonaba a kilómetros a la redonda. Era "Makes Me Wonder" de Maroon 5. Cheryl apretó fuerte la mano de Kyle y le dedicó su mejor sonrisa.

— Me encanta esta canción —dijo ella.

Kyle, por su parte, adoraba la forma en que ella lo miraba. Se sentía bien, casi eufórico.

Desde todos los rincones del campus universitario, los estudiantes se dirigían al pabellón de fraternidades más alejado. Kyle sabía que pocos estudiantes de Alpha asistirían, lo cual no estaba mal. A excepción de algunos, realmente le costaba lidiar con ellos. Eran hijos de papá, llenos de sí mismos, arrogantes y desagradables. Stuart le había pintado una imagen completamente diferente de Delta. Era hora de comprobarlo.

Un grupo de miembros de Delta hacía de porteros en la entrada. Dejaban pasar a todas las chicas, pero rechazaban a la mayoría de los chicos que llegaban solos o en grupos.

— Oye, colega, ¿qué pasa? Pensé que esto estaba abierto para todas las fraternidades —se quejó un joven pelirrojo vestido de manera relajada.

Su amigo que esperaba detrás de él también estaba decepcionado.

— Escucha, esta noche no es una fiesta gay. Así que o vuelves con una chica o te vas a jugar Scrabble con tu amigo —se burló un joven barbudo, particularmente musculoso.

— Déjalo entrar, es demasiado mono —dijo una joven rubia con una cerveza en la mano—. A mí me gustan los chicos gays.

El chico se ruborizó pero se sintió encantado de poder entrar con su amigo. Kyle y Cheryl se presentaron a su turno.

— ¿No eres de Alpha, por casualidad? —preguntó el barbudo.

— ¿Eres el talentoso receptor de Seattle? —añadió la rubia—. Maldición, eres realmente guapo de cerca.

El barbudo no veía las cosas de la misma manera.

— Escucha, lárgate. No nos mezclamos con idiotas como tú.

Los otros dos estudiantes que hacían de porteros y estaban un poco retirados se acercaron.

— Maldita sea, es uno de esos tontos de Alpha —dijo uno de ellos—. ¿Quién se cree que es? ¿No sabe que Delta nunca aceptará a un miembro de Alpha en sus filas?

Kyle podría haber mostrado lo que un chico de Alpha sabía hacer, pero con Cheryl a su lado, no estaba seguro de que provocar una pelea fuera lo mejor.

— Y yo que pensaba que Delta era la crema de las fraternidades. Qué lástima, nos vamos —dijo Cheryl.

Estaba hirviendo de rabia y tenía muchas ganas de poner en su lugar a esos imbéciles. Sin embargo, tenía miedo de que Kyle se sintiera obligado a mostrar sus músculos para defender su honor.

Kyle clavó su mirada en la del barbudo, que no se amilanó. La tensión era palpable.

— ¿Vienes, Kyle? —preguntó Cheryl.

— Sí —respondió, dándose la vuelta.

— ¡Buena suerte! —se burló el barbudo, inflando el pecho.

Desde el interior llegó la canción "Rockstar" de Nickelback. Cheryl también adoraba esa canción. Una verdadera lástima.

Abrieron paso entre la multitud de estudiantes que se amontonaban en el porche. Tan pronto como se alejaron un poco, Kyle se dio la vuelta hacia la residencia, levantó su puño derecho en el aire y mostró un elegante gesto obsceno.

Cheryl estalló en risas y lo imitó.

— ¡Váyanse al carajo! —agregó—. Banda de mariquitas barbudos.

Kyle se rió a carcajadas. Todavía estaban sintiendo los efectos del alcohol, y si Delta no los quería, conocían otros lugares donde continuar su noche de manera memorable.

— ¡Eh, tú! —dijo un chico a quien Kyle reconoció pero no pudo ponerle nombre—. ¿No eres el amigo de Stuart Simmons?

Kyle se congeló y sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. La regla era clara: nunca decirle a nadie que eran hermanos y, si se cruzaban en el campus, fingir indiferencia.

— ¿Qué quieres? —le respondió agresivamente.

— ¡Eh, tranquilo! —dijo Joey—. Soy el presidente de Delta. Stuart me habló de ti, el receptor de Seattle. Dijo que vendrías con tu novia. Vaya, tienes buen gusto. Stuart me ocultó eso.

Extrañamente, Kyle sintió que su enojo desaparecía al instante. Este tipo tenía un carisma evidente y no mostraba ningún desprecio hacia él.

— Nos conocimos en Seattle con Stuart. Tenemos el mismo apellido —explicó—. Me cae bien ese chico. Mucho menos idiota que los tontos que cuidan tu refugio.

Joey le sonrió y le tendió la mano. Kyle dudó antes de estrecharla. Un apretón firme pero no agresivo.

— Van a venir conmigo. Son mis invitados de honor. No se dirá que Joey Barney rechazó la entrada a un chico de Alpha y a una chica tan guapa.

La envidia debería haber apretado el corazón de Kyle, pero no había rastro de deseo en esa frase. Solo un cumplido gratuito.

— De acuerdo, pero si pudiera romperle la cara al gran barbudo de la entrada, estaría en deuda contigo para siempre.

Joey estalló en risas.

— ¡Te encontraste con Neil! Se toma muy en serio su papel de portero. Hablaré con él. No quiero tener que recoger su dentadura postiza, sería un desorden.

Kyle y Joey se miraron intensamente. Kyle supo de inmediato que podía confiar en el chico. ¿Quién sabe si no se convertirían en amigos?

Cheryl no perdió detalle del intercambio y sintió toda la intensidad del encuentro entre estos dos personajes. Saltó sobre su amor y lo besó apasionadamente. Nunca en su vida había estado tan enamorada.

— ¡Y yo que pensaba que tenía mis oportunidades! —bromeó Joey.

— ¡Si la tocas, estás muerto!

— No te preocupes, ya tengo una presa. Una amiga de Stuart. Pero supongo que él te lo ha contado.

Kyle entendió de inmediato el problema.

— Stuart también la aprecia mucho, trata de llevarlo bien con él.

— Claro, me cae bien el chico. No dejaré que nadie le haga daño. Si Judith me prefiere a él, lo haré con tacto.

— Me molestaría tener que romperte los dientes.

— Me molestaría perder mi sonrisa encantadora —respondió Joey.

Kyle apreció que no intentara mostrarse más fuerte que él. Mucha humildad para alguien de la alta sociedad. Un punto a su favor.

— ¿Nos siguen?

— Con gusto —respondió Cheryl.

Kyle sintió una extraña emoción. La sensación de que finalmente podía dejar que Stuart viviera su vida. Si alguna vez desapareciera, alguien estaría allí para ayudarlo. Estaba seguro de ello. Mientras retrocedían sobre sus pasos, sonaba "Big Girls Don't Cry" de Fergie en sus oídos, para el deleite de Cheryl.

Acurrucada en su bata de baño, Hurley seguía postrada en el sofá cuando Logan bajó de la planta de arriba también con su bata. Acababa de regresar y de ducharse. Eran más de las 2 de la madrugada.

— ¿No puedes dormir? —preguntó él, sin saber qué palabras reconfortantes decir.

— Me siento tan culpable.

Ella miraba la chimenea apagada con la mirada perdida. Había regresado en helicóptero cuando finalmente lograron aterrizar.

Logan se había quedado en el lugar esperando al teniente Heldfield, el único sin esposa ni hijos, para realizar los procedimientos habituales. Pero la secuencia de eventos estaba clara como el agua: asesinato seguido de suicidio.

— ¿Whisky? —propuso Logan.

Con las piernas dobladas y el mentón apoyado en las rodillas, Hurley se lamentaba de su estupidez. ¿Cómo no pudo prevenir esta tragedia? Dos hombres habían muerto debido a su incapacidad para comprender la psicología de Tom.

— Por favor.

Logan fue al bar y les sirvió un trago, luego se sentó junto a Hurley y le pasó un brazo por los hombros.

— No tienes la culpa. Todo es mi culpa. No debí publicar su foto en el periódico. Tendrías más tiempo para ocuparte de él y descubrir sus debilidades.

Ella dio un pequeño trago que la reconfortó.

— Buen intento, pero fui yo quien insistió en que la publicaras —dijo ella, mirando al vacío. Me equivoqué en todo.

— Nadie podría haberlo predicho. Tienes que dejar de pensar en eso.

Hurley dio otro sorbo. Era imposible. El cuerpo sin vida balanceándose en la cuerda estaba grabado en su memoria. Un joven a punto de comenzar una nueva vida. ¿Por qué no pudo ver los demonios que atormentaban su alma? ¿Realmente aún estaba hecha para este trabajo? Apenas quedaban doce días antes de su regreso a Seattle... ¿Todavía era efectiva? ¿Los seis meses de inactividad habían afectado su capacidad de juicio?

Tantas preguntas la atormentaban.

— Es la primera vez que cometo un error tan grave. No puedo perdonármelo. No puedes imaginar lo que siento. Soy responsable de su muerte —dijo con voz rasposa.

Logan apretó los labios. Incluso en las peores adversidades, no sabía expresarse con delicadeza. Solo pensamientos comunes llenaban su mente.

— No me gusta verte así —dijo finalmente.

Hurley no reaccionó y permaneció en posición fetal. Logan terminó su copa de un trago y se enderezó.

— Jessica, tenemos que acostarnos. Mañana será un día muy largo. Cité al teniente Ascott y a dos de mis agentes a las 7 de la mañana en la comisaría. Vamos a regresar juntos al lugar.

Como ella seguía sin reaccionar, agregó:

— Creo que sería bueno que vinieras. Necesitas exorcizar esta tragedia, y sobre todo, eres inigualable para investigar una escena del crimen.

— Si lo dices tú —suspiró Hurley, poco convencida.

Dejó su vaso de whisky a medio llenar y finalmente se levantó.

Logan la abrazó. Hurley apoyó la cabeza en su hombro. Subieron las escaleras y en silencio se acurrucaron uno junto al otro.

Cuando Stuart llegó frente a la entrada del pabellón Delta, la noche estaba bastante avanzada. Muchos estudiantes ya comenzaban a dirigirse hacia los dormitorios. Stuart no había mirado la hora, o mejor dicho, no le había prestado atención. Había pasado toda la tarde y el comienzo de la noche en compañía de Shannon. ¡Era increíble todas las cosas que tenían que decirse! A pesar de que ella era poco atractiva, con su piel pálida y sus huesos visibles bajo ella, había algo mágico en ella...

Acababa de regresar en taxi al campus universitario. Esperaba que Kyle no hubiera tenido problemas con los miembros de Delta. Algunos habían dejado claro que no se permitiría la entrada a ningún Alfa. Le había pedido a Joey que hiciera una excepción para Kyle y su novia, alegando una amistad establecida en Seattle.

Subió los pocos escalones del porche y encontró la entrada vacía; la música no era tan estridente como esperaba.

"Parece que la fiesta está llegando a su fin", pensó mientras entraba en la residencia al ritmo de la música de Beyoncé. Atravesó varias habitaciones antes de encontrarse con uno de sus amigos más cercanos de la fraternidad.

— ¿Dónde has estado? No te hemos visto en toda la noche. No me digas que te has ligado a una niña bien en la ciudad, ¿verdad? —dijo Phil.

Stuart escuchaba distraído. Estaba buscando a su hermano. Necesitaba hablarle de Shannon. Tenía que hablar con alguien en quien confiara, sin importar qué. Era la primera vez en su vida que se llevaba tan bien con una chica. Le hacía sentir cosas extrañas. Una emoción que lo llevaba más allá de todo. No importaba su apariencia, tenía una belleza interior increíble, con un sentido del humor afilado que adoraba.

En varias ocasiones, ella se burló de su apariencia y timidez, pero él sabía que era en tono de broma y para quitarle importancia a su situación.

"Dos patitos feos juntos en un cuarto funerario. ¡Hacemos una pareja estupenda!" había bromeado ella.

— Hey, ¿me estás escuchando? —continuó Phil.

— Sí, pero estoy buscando a un tipo de Alfa, es receptor en el equipo...

— ¿El tipo que sale con la bomba? Claro que los hemos visto. Su novia es una mujer impresionante. ¡Guau! Una belleza así se guarda bajo llave.

Así que habían venido y habían causado sensación. Fue genial. El día sería memorable para ambos.

— ¿Sabes dónde están?

— No tengo ni idea. Probablemente ya se fueron. Mira, puedes preguntarle a Joey, él los dejó entrar. Hizo todo un discurso sobre el primer miembro de Alfa que entró en Delta. Nadie pudo perderse eso. ¡El gran Joey! —concluyó levantando su cerveza bien alto.

Stuart también habría querido ver eso. Pero bueno, Kyle le contaría todos los detalles.

— ¿Está arriba? —preguntó.

— En su oficina, está ocupado con algo. Le vendrá bien tomar un descanso —respondió Phil.

Sly y Andrew estallaron en risas. Los estragos del alcohol, pensó Stuart mientras salía de la habitación al ritmo de la última canción de Timbaland.

Subió las escaleras que llevaban al piso de arriba. Estudiantes tumbados en los escalones se

besaban sin ningún pudor. Stuart los ignoró y llegó al rellano. Se dirigió directamente a la oficina de Joey. Tenía muchas ganas de saber qué pensaba de su hermano... de su amigo, se corrigió a sí mismo.

Recorrió el pasillo a paso ligero y pasó junto a Zachary sentado en el suelo, fumando relajadamente un porro con una chica de otra fraternidad. Stuart no se detuvo y puso la mano en la manija de la puerta. Justo cuando la abría, escuchó a Zachary decir:

— Oye, chico, no creo que sea...

Stuart no tuvo tiempo de escuchar el final de la frase. Se encontró con asombro a Joey y Judith desnudos como actores de películas pornográficas. Judith estaba de rodillas haciendo una felación a Joey. Ambos giraron sus rostros hacia él al mismo tiempo.

Stuart cerró inmediatamente la puerta.

Por un momento, no supo qué pensar.

Pero cuando escuchó la risa de Zachary, comenzó a reírse junto a él y se acercó a los dos fumadores de marihuana.

— Toma una calada, tonto —dijo la joven.

Stuart escuchó el sonido de una llave girando y rió aún más fuerte. ¡Recordaría toda su vida las caras de esos dos! Era demasiado divertido.

Sorprendentemente, Stuart no sentía envidia alguna. Siempre supo que Judith no era la chica adecuada para él. Si estaba saliendo con Joey, no estaba mal. Era un chico realmente agradable... ¡Y las caras que ponían!

Estalló de risa nuevamente.

Heather había estado temiendo este día durante casi un mes. Desde el momento en que Babeth, Grace y Louise le aseguraron que harían de su cumpleaños un día inolvidable.

Ese día, el 3 de julio, Heather cumplía trece años. El verano estaba en pleno apogeo. Un sol radiante brillaba sobre la ciudad. Los preparativos para la conmemoración del Día de la Independencia mantenían ocupado a todo el personal del internado de chicas. Después del desayuno, Heather había pedido permiso para volver a su habitación. No se sentía bien. Su único deseo era quedarse sola en su habitación todo el día. La supervisora no se molestó en preguntar más y aceptó, haciéndole prometer que iría a la enfermería si no se sentía mejor. Heather prometió, pero en realidad, lo único que tenía era un profundo desánimo.

Su cumpleaños, como todas las demás festividades familiares, era para ella un día de sufrimiento. Su madre había fallecido hace siete años. Siete años para darse cuenta de que su vida sería un largo calvario...

Incapaces de localizar a su padre, habían colocado a Heather en una familia de acogida. Desafortunadamente, a pesar de todos los esfuerzos de Heather por ser aceptada, los hijos legítimos de los Wingin la rechazaron. Tuvo que ser retirada rápidamente de esa primera familia después de "accidentalmente" romperse una pierna al caer.

Heather nunca olvidaría la sonrisa burlona del hijo mayor de los Wingin cuando la empujó con todas sus fuerzas por las escaleras.

Luego, la colocaron durante dos años en una familia encantadora. Pero el padre enfermó gravemente y, debido a un seguro de salud deficiente, se encontraron en graves dificultades. Tuvieron que separarse de Heather y devolverla a la asistencia pública.

Tenía nueve años en ese momento y no se encontró ninguna familia dispuesta a aceptar a una niña tan grande. La colocaron en un internado en Portland, donde permaneció hasta el mes pasado. Fue entonces cuando estalló una pelea entre las chicas. Decidieron que ella era la culpable y la trasladaron a un internado disciplinario en el interior de Seattle. Desde entonces, Heather comprendió que lo peor estaba por venir. Las otras internas la evitaban como si fuera la peste. Era la última en llegar, y todos sus intentos de entablar contacto resultaron infructuosos.

Pasaba su tiempo sola. Aunque tenía un carácter solitario, le costaba soportar las miradas sospechosas de las otras chicas. ¿Qué había hecho para terminar con ellas? Heather habría deseado poder justificarse, gritarles que no había sido la responsable de la pelea generalizada que envió a cinco chicas al hospital. Pero, ¿quién le creería? Los adultos habían decidido que era la líder y la habían castigado en consecuencia.

Tres chicas le hablaban regularmente. Tres chicas mayores de quince años, incluida Babeth, de aspecto siniestro, que se divertía amenazándola a espaldas de las supervisoras...

Heather miró por la ventana de su habitación. Tenía una vista privilegiada del patio. El personal estaba colocando banderas estadounidenses en todas partes donde era posible. Algunas niñas saltaban la cuerda, adolescentes practicaban baile callejero en el patio o simplemente se relajaban en el césped, disfrutando de ese hermoso día de verano. Era casi mediodía. Hora de ir a almorzar.

Heather temía las burlas en este día de cumpleaños. Pero si no aparecía, sin duda alguna, una supervisora vendría a buscarla. Todas las internas debían firmar el libro de asistencia en el

comedor. Cuando los inspectores de la asistencia pública las visitaban, era crucial que encontraran a las chicas en buen estado físico. ¿Y la salud mental? ¿A quién le importaba?

Heather se dirigía hacia la puerta cuando alguien golpeó en ella. No esperaba a nadie. Una duda la invadió. Se quedó sentada en su cama sin hacer el menor ruido.

— Heather, no finjas ser tímida, sé que estás ahí — dijo Babeth.

Heather se acurrucó en su cama y guardó silencio.

Dios mío, por favor, ayúdame, rezó en su interior.

El capellán del internado era la única persona que le agradaba. Un anciano comprensivo que era el único que la entendía. Desafortunadamente, solo venía una vez a la semana y no la veía más de media hora. Sin embargo, había logrado persuadirla de que un Dios estaba en el cielo y que para todas las penurias sufridas en la Tierra, nos esperaba una alegría eterna en el paraíso.

Heather le gustaba pensar que su madre estaba allí.

— ¡Heather, abre esta puerta! Por favor, tengo un regalo para ti.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la adolescente. El pomo giró y la puerta se abrió.

— ¡Feliz cumpleaños, Heather! — exclamó Babeth.

Detrás de ella, Louise y Grace sonreían con todas sus fuerzas.

— Déjenme en paz — balbuceó Heather.

Solo dos años separaban a Heather de las tres chicas jóvenes. Pero para ella, era un abismo. A sus ojos, eran adultas.

Babeth entró en la habitación con sus dos amigas, que cerraron la puerta detrás de ellas.

— Te prometimos que no olvidarías tu cumpleaños, y sabes que para nosotras, las promesas son sagradas.

— ¡Váyanse! — suplicó Heather mientras se acurrucaba aún más en su cama.

Babeth se acercó a ella y sacó un gran cuchillo de cocina de su bolso.

— Si intentas escapar o haces el menor ruido, te juro que te corto la garganta — dijo Babeth en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Heather rompió a llorar. A pesar de que odiaba su vida, no quería morir. El reverendo Gardner le había prometido que un día su vida cambiaría, que se convertiría en una hermosa joven floreciente. Dios no podía abandonarla en este momento.

Comenzó a rezar con los ojos llenos de lágrimas.

— Atrápenla — ordenó Babeth a sus cómplices.

Grace agarró un brazo de Heather, Louise el otro, inmovilizándola en la cama.

— ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales? — preguntó Babeth burlonamente.

Heather no respondió e intentó en vano defenderse, pero cuando el cuchillo le rozó la garganta, jadeó.

— Sólo queremos complacerte. Eres una chica guapa, Heather. Ya verás qué bien.

Dos horas más tarde, preocupada porque no había bajado a comer, una matrona llamó a su puerta. Cuando entró en la habitación, la asaltó la visión de una niña con aspecto inerte, desnuda, con el cuerpo cubierto de sangrientos tajos.

— Dios mío, ¿quién te ha hecho esto? ¿Quién te ha hecho esto?, gritó horrorizada la directora.

Miércoles 31 de octubre.

— ¿Qué pasa? — preguntó Hurley. Con los ojos hinchados de sueño y la cabeza nublada, se incorporó en la cama.

— Tienes que escuchar esto, ¡ven rápido!

Logan no podía quedarse quieto.

— ¿Pero de qué estás hablando? ¿Puedes explicarme?

Miró el reloj. Eran las 7:10. Le había pedido que la dejara dormir hasta las 8.

— No, baja, necesitas verlo con tus propios ojos.

— Está bien, voy. Dame solo un minuto y apaga la luz, por favor.

Logan estaba emocionado. ¡Si alguna vez hubiera imaginado esto! pensó mientras accedía a la solicitud de Hurley.

Estaba en su bata, tomando su café cuando las noticias anunciaron la novedad. Casi volcó su taza. Acababa de volver arriba para despertar a Hurley.

Tres minutos después, con su aspecto más somnoliento, Hurley bajó al salón en ropa interior.

— ¿Por fin puedo saber por qué me has despertado de esta manera tan brusca?

De pie frente a su pantalla de plasma de cincuenta y dos pulgadas en el mueble bajo, Logan estaba listo para impresionar.

— Siéntate y disfruta del espectáculo.

Encendió la televisión en River's TV. Hurley vio a Martin Harris, el presentador del pronóstico del tiempo, frente a un mapa de la región.

— ... y hacia el oeste, el sol también debería estar presente, aunque se esperan algunas nubes...

— ¿Me despertaste de un sobresalto para mostrarme esto? ¡Dime que es una broma!

Logan le hizo entender con un gesto que no iba por ahí.

— No seas tonta. Espera, las noticias volverán. Siéntate, te dije.

Se sentó en el sofá en posición de protesta, con los brazos cruzados.

Harris terminó su pequeño espectáculo meteorológico y luego hubo una docena de anuncios publicitarios antes de que el conjunto del periódico volviera a aparecer en la pantalla. Janet Stand estaba en su lugar como presentadora. Un enorme "Breaking news" se mostraba permanentemente en la parte superior izquierda de la pantalla.

El interés de Hurley se disparó.

— Queridos habitantes de River Falls. En este día de Halloween, acabamos de recibir una noticia de gran importancia. Según un artículo publicado en el Seattle Tribune de hoy, todo indica que numerosas personalidades de la ciudad estarían involucradas en transacciones inmobiliarias fraudulentas. El delito involucraría varios millones de dólares y abre una nueva pista para el asesinato del abogado Robert Gordon. El conocido notario Jeremy Hilton es una de las personalidades más mencionadas. El artículo del Seattle Tribune va acompañado de reproducciones de contratos autenticados. Hasta ahora, las partes implicadas no han hecho ninguna declaración. Nos unimos de inmediato a Alex Kelly en directo desde el palacio de justicia de River Falls...

Logan silenció el sonido y se volvió hacia Hurley. Se miraron y estallaron en risas al unísono. Una risa de alivio y satisfacción.

Hurley saltó del sofá y se acercó a Logan.

— Es increíble. Finalmente, vas a atrapar a ese Hilton. Nolden te adulará como nunca antes.

La abrazó con fuerza. Tenía la sensación de que ese terrible mes de octubre finalmente había quedado atrás y que noviembre sería un nuevo comienzo.

— ¡Nolden! —repitió en eco, pensando en el alcalde. Espero que no esté involucrado en estos tratos turbios, porque si el Tribune tiene razón, y no me atrevo a creer que no tengan pruebas de lo que afirman, ¡todos esos idiotas terminarán en la cárcel más pronto de lo que piensan!

Hurley le acarició cariñosamente el cabello. Ya no lamentaba haber pedido dos meses adicionales sin sueldo en la Oficina. Después del suicidio de Tom, se sentía completamente incapaz de volver al trabajo. Primero, tenía que hacer balance de ese terrible fracaso. ¿Seguía siendo capaz de trabajar o había perdido todas sus facultades deductivas y empáticas?

— Te amo —le dijo, dándole un beso en los labios.

— Entonces, me amarás aún más cuando te revele un pequeño secreto.

Ella le contó que había visto a un hombre mayor en compañía de Spike el día del robo del expediente azul de Gordon, y que Callwin había deducido que se trataba de Sam Pommery.

— ¿Pommery? —preguntó Logan en eco.

El pobre hombre no había sobrevivido a pesar de los cuidados proporcionados por los equipos médicos. Con su testigo número uno ya no en este mundo, Logan había tenido que enterrar definitivamente la investigación. Al menos, eso fue lo que pensó hasta esta mañana.

— ¿Y viste a Callwin ese día? —continuó, sin culparla realmente.

No podía creer que una chica tan tonta como Callwin hubiera descubierto un asunto tan complejo. Sin embargo, aunque River's TV ocultara el nombre de la periodista responsable del artículo, Logan solo conocía a una chica de River Falls que trabajaba para ese periódico.

— No solo la vi, sino que fui yo quien le pidió que sacara información de Spike. Parece que supo cómo hacerlo.

Hurley nunca se atrevió a llamarla desde que la había alentado a volver a acostarse con él. Se había odiado por eso. Pero ya estaba hecho. Solo esperaba que algún día fuera ella quien diera el primer paso y aceptara sus disculpas.

— Vender su cuerpo por información, eso es un gran periodismo, ironizó Logan.

— Prohíbo que lo digas, y sobre todo, debes estar contento de que haya personas como ella haciendo el trabajo de la policía, respondió ella con firmeza.

Logan entendió que se había pasado de la raya y le lanzó una mirada de disculpa.

— Perdón, retiro lo dicho. Debo admitir que hizo un buen trabajo. Muy buen trabajo.

— Me alegra que finalmente lo reconozcas.

Lo mínimo ahora era llamar a Callwin para felicitarla. Sinceramente esperaba que Spike no hubiera abusado de la situación.

— Bueno, ¿por qué no me preparas un café? —preguntó ella para poner fin a la conversación.

*

Sentada en el trigésimo piso de un rascacielos con vistas a la bahía de Elliot, Callwin bebía leche. Este 31 de octubre de 2007 iba a ser el día más hermoso de su vida. Eran casi las doce del mediodía y no paraba de contestar el teléfono. Todos querían detalles: otros medios de comunicación, políticos de la región y, por supuesto, los estados afectados por las revelaciones de fraudes inmobiliarios.

Después de una semana de mal tiempo, el clima parecía haber decidido estar de su lado en este día de Halloween. Un sol radiante iluminaba la bahía.

Llamaron a su puerta y, sin esperar respuesta, entró Richard Paris. Su oficina estaba dos pisos arriba, junto a las de la dirección editorial. Con alrededor de cuarenta años pero un físico de atleta, era uno de los periodistas más prominentes del Seattle Tribune.

— Así que estás haciendo secretos, ¿eh? —dijo en tono acusador fingido.

— Golding y Bahier estaban al tanto. Cuantas menos personas supieran, más posibilidades teníamos de ser los primeros en revelar el asunto —respondió Callwin.

Paris acababa de tener una reunión con los dos coeditores del periódico. Ahora conocía todos los detalles del caso, pero necesitaba saber más sobre esta Callwin. Una freelancer que destapaba una primicia así merecía ser conocida.

— ¿Te gustaría almorzar conmigo? —propuso con voz encantadora.

— Claro.

No podía creerlo. ¡Richard Paris la invitaba a almorzar! Apenas si la miraba cuando pasaba por las oficinas.

— ¿Qué te parece el Rover's? —preguntó.

Uno de los restaurantes más elegantes de Seattle. ¡Por supuesto que estaba dispuesta!

— Perfecto, me encanta la comida francesa —agregó, demostrando que conocía el lugar.

Paris sonrió levemente.

— Muy bien, te espero en la recepción a las... (Miró su reloj y luego alzó la mirada) 12:30.

— Estaré allí.

— Perfecto.

Y salió de la oficina. ¡Qué tipo! Tenía una elegancia indiscutible con su mandíbula cuadrada... ¡Era demasiado atractivo! Sin duda, este Halloween sería un día memorable.

Su teléfono móvil sonó. El nombre de la persona más despreciable del mundo apareció en la pantalla. Realmente tuvo ganas de no contestar, pero sabía que eso no lo detendría. Respiró profundamente, giró su silla hacia la ventana y respondió.

— Hola, Spike, feliz Halloween.

— Hola, cariño. Leí tu artículo. Felicitaciones, supongo que eso te ha reportado un buen montón de dinero.

El dinero, siempre el dinero.

— Mucho menos que a ti, si eso te tranquiliza —respondió.

Había logrado conseguir los treinta mil dólares que él le había pedido, y dado lo fácil que había sido que la dirección se los concediera, estaba segura de que podría haber duplicado o triplicado la suma.

Un scoop como ese no tenía precio para un periódico como el Seattle Tribune. No solo consolidaba la imagen de seriedad y la reputación del periódico, sino que también aumentaba significativamente las ventas.

— Creo que me lo he ganado. Gracias a mí, te has convertido en una estrella.

"Estrella" era sin duda una exageración, pero ya tenía una cita en la radio de noticias más grande de la costa oeste, además de las negociaciones en efectivo con CNN y Fox News para su testimonio en vivo.

— Gracias, pero solo hice mi trabajo. Sabes, el lado estrella de los medios de comunicación no es para mí.

Spike estalló en risas. Callwin no le guardó rencor. Había soñado tanto con esta situación.

— Bueno, estaré en Seattle esta tarde. ¿A qué hora puedo verte?

Una nube aislada pasó frente al sol. Callwin sospechaba que no solo estaba llamando para felicitarla.

— Creo que eso no va a ser posible. Voy a tener una agenda especialmente ocupada en los próximos días. Lo siento.

No quería ser desagradable. Spike no le arruinaría el día.

— ¿Qué estás tramando, cariño? No me digas que ya olvidaste tu promesa.

El tono era mucho menos amigable.

— ¿Qué promesa? Nos diste los archivos y te pagamos exactamente lo que pediste. Trato hecho. Punto final.

El silencio se instaló. Callwin debería haber colgado, pero sabía que huir no era la solución. Tenía que llegar al final de esta conversación.

— Me prometiste que tendríamos relaciones una vez que se revelara el asunto. No me digas que mentiste —dijo antes de continuar con voz que pretendía ser tierna—. Entiendo que estés muy ocupada en estos momentos, pero no debes olvidar quién eres. La Callwin que conozco siempre cumplía sus promesas. Realmente te deseo, cariño.

Qué asquerosa palabra en su boca. ¿Realmente creía que la seduciría de esta manera?

— Detente, no insistas. Es un "no" definitivo.

Un nuevo y largo silencio, luego Spike se soltó:

— Maldita perra. Te juro que tendremos sexo, quieras o no.

Callwin sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero se esforzó por mantener el control de sus emociones. No se dejaría intimidar.

— ¿De qué te quejas, imbécil? —atacó, inspirando repentinamente—. ¿No ves que te estoy jodiendo en todos los sentidos posibles? ¡El jodienda más grande de tu miserable vida!

Spike se quedó sin palabras. Callwin aprovechó para agregar:

— Y ten en cuenta que si me buscas, solo tengo que revelar tu nombre a tus queridos patrocinadores para que te encuentres en el océano con los pies en el hormigón.

— Maldita perra, te juro que voy a...

— Vete a la mierda, ¡y feliz Halloween! —lo interrumpió cortante y colgó bruscamente.

Su corazón latía desbocado. Tenía las mejillas enrojecidas y una urgente necesidad de romper algo. Apretó los puños y controló su ira. ¡Qué basura! La había amenazado claramente con violación. Tenía suerte de no haber grabado la conversación. Estuvo a punto de presentar una denuncia.

¿Por qué todos los hombres tenían que ser unos enfermos? ¿No había uno que supiera respetar a las mujeres en este planeta? Pensó en Richard Paris. Conocía su reputación de mujeriego empedernido. Tomó el teléfono para cancelar su almuerzo. Ya no estaba de humor para eso.

Pero antes de que tuviera tiempo de llamar a la recepción, alguien golpeó su puerta.

— ¡Adelante! —gritó en un tono agresivo.

La puerta se abrió de par en par. Richard Paris entró en la oficina, visiblemente preocupado.

— Llegué más rápido de lo previsto. Venía a ver si estabas lista, pero creo que no he llegado en el momento adecuado.

— Oh, usted, no me moleste. Claro que vamos a almorzar, y más rápido que eso —dijo en un acto de contradicción.

Se levantó y tomó su chaqueta.

— Tendrá que alegrarme el día, o le juro que esta será la primera y la última vez que

comamos juntos —afirmó, con autoridad.

Paris quedó atónito por su reacción. La había escuchado gritar antes de abrir la puerta. No habría imaginado que tenía tanto carácter. Una mujer bastante fuerte. Había dudado un momento en darle el honor de acostarse con él, y ahora se había convertido en su desafío.

— Me atrevo a esperar que estaré a la altura de tus expectativas —susurró.

Callwin lo miró directamente a los ojos y se sorprendió a sí misma por su audacia e insolencia. Después de todo, Spike no estaba del todo equivocado, ¡no había cambiado tanto!

Cheryl estaba cómodamente tumbada en una tumbona en el jardín de la villa familiar. El sol brillaba y la temperatura era agradable. Nada que ver con el frío de la semana anterior. Este sería un gran Halloween este año, sobre todo porque Bridget estaba organizando la fiesta.

Sus padres tenían una de las villas más hermosas de Golden Hill. Todos los estudiantes de élite de River Falls estaban invitados. Una fiesta que no debía perderse bajo ninguna circunstancia. Afortunadamente, no tenía clases esta tarde. Aunque la regla era venir disfrazado de monstruo, planeaba tomarse su tiempo para lucir lo más hermosa posible en su traje de Elvira, la maestra de las tinieblas.

Un grupo de pájaros cruzó el cielo, sobrevoló la propiedad y luego desapareció más allá de los pinos. Cheryl se estaba estirando perezosamente cuando sonó su teléfono móvil.

— ¿Hola?

— ¿Quieres jugar un pequeño juego conmigo? —preguntó una voz que intentaba ser intrigante.

— ¿Quién eres?

— Dime tu nombre y te diré el mío.

Cheryl se levantó y miró a su alrededor.

— No lo creo —dijo mientras recorría el amplio césped.

— ¿Qué oigo?

— Estoy haciendo palomitas de maíz. Alquilé una película de terror para esta noche —dijo, jugando el juego de su interlocutor.

Estaba cerca de la cerca que separaba su propiedad de la de los Preston. Pero no vio a nadie en su jardín.

— ¿Cuál es tu película de terror favorita?

— No lo sé —respondió.

— Debes tener una. Dime la primera que te venga a la mente.

Cheryl cruzó el césped en la dirección opuesta, hacia la villa de los Robinson.

— Halloween, la película del tipo con la máscara blanca que apuñala a las niñas.

— Bien, ¿tienes novio?

— ¿Por qué? ¿Quieres invitarme a una cita? —respondió en el mismo tono ingenuo.

— ¿Por qué no? Todavía no me has dicho tu nombre.

Ella sonrió y pasó la mano por su largo cabello.

— ¿Por qué debería decirlo?

— Porque siempre me gusta saber el nombre de aquellos a quienes observo —dijo con un tono más inquietante.

Cheryl aceleró el paso y llegó a la cerca que los separaba de sus otros vecinos. Vio a Marcy Robinson tomando el sol con rodajas de pepino en la cara.

— ¿Qué dijiste?

Pero nadie respondió.

— ¿Hola? —insistió mientras volvía hacia la terraza.

Todavía no hubo respuesta. Aumentó el ritmo y pasó junto al gran árbol de álamo que era el orgullo de su padre.

De repente, Kyle se lanzó sobre ella sorpresivamente, emitiendo un grito escalofriante. Cheryl

no pudo contener un grito de susto. Sin embargo, desde el principio sospechaba que él estaba escondido en algún lugar.

— ¡Me has dado un buen susto, estúpido idiota! —dijo antes de darle un beso cariñoso en los labios.

— Espero que sí, me esforcé lo suficiente —respondió él, retomando su voz intrigante.

Ella se abrazó a él y disfrutó de su contacto.

— ¿Cómo entraste?

— Ningún ladrón revela sus secretos. No olvides que soy un chico malo.

Con la cabeza apoyada en su hombro, podía ver la ciudad abajo. Había tantas cosas que le fascinaban de él. En particular, las grietas que adivinaba. Estaba claro que tenía una fuerza de carácter excepcional, pero también una sensibilidad a flor de piel. Sus noches de amor no eran solo encuentros casuales. Ningún amante la entendía como él. La respetaba. Le encantaba su mirada cuando alcanzaba el clímax dentro de ella.

— Me gustaría tanto que me cuentes tu pasado. Me doy cuenta de que aún no sé nada de ti. Excepto que eres de Seattle y que conoces a un Stuart en los Delta —se lamentó.

— Nunca me lo preguntaste antes.

— Pudiste haberme hablado de ello sin que yo te lo pidiera. Yo no te oculto nada. Conoces mi vida, lo que hace mi familia... Cuéntame todo sobre ti.

Kyle le sonrió tiernamente y tomó sus manos en las suyas.

— Mi vida es increíblemente común. No vengo de un vecindario elegante. No hay un Porsche en el garaje ni vacaciones en Aspen. Un estadounidense promedio de una familia estadounidense promedio. ¿Qué más puedo decir?... ¿Que me importas mucho?

Quizás todo eso fuera cierto, pero estaba lejos de ser toda la verdad, pensó Cheryl.

— ¿Supongo que debo conformarme con eso?

Kyle levantó su mentón.

— El día en que haya perdido todo mi misterio, me dejarás.

— Por supuesto que no. Te amo.

Kyle cerró los ojos y la abrazó fuertemente. Tenía muchas cosas que decirle, pero sabía que ella no podría escucharlas. Su historia no tenía futuro. Sin embargo, él también la amaba sinceramente. No eran del mismo mundo.

No tenía ninguna duda de que el día en que ella descubriera su pasado, lo dejaría sin el menor remordimiento. La nobleza no se mezcla con la plebe. Si Cheryl tenía un arrebato adolescente al salir con él, la presión social la pondría rápidamente de vuelta en el camino correcto.

— Sonríe, por favor. No me gusta cuando pones esa cara.

Le puso una mano firme en las nalgas.

— ¿A qué hora vuelven tus padres?

*

— ¿Estás bromeando? ¿Realmente crees que voy a ir contigo? —se indignó Shannon.

Era el final de la tarde. Stuart se levantó de un banco en la universidad y tomó el primer autobús para encontrarse con Shannon en la Fundación Margareth-Smith. Se habían visto solo dos veces desde su primer encuentro, pero chateaban todas las noches por Internet. Discutían cosas ligeras, como cine, música y chismes de celebridades, pero también temas más profundos que los involucraban más, como sus sentimientos acerca de cómo los demás los percibían, la

hipocresía de los moralistas o la injusticia del mundo.

— Esta noche es Halloween, ¿no me digas que nunca lo has celebrado? —dijo Stuart.

Shannon bajó la mirada.

— Sí, pero ¿me has mirado bien? Soy un monstruo en sí misma. Todos se burlarán de mí, y eso es lo último que quiero.

— Precisamente, nadie te notará. ¡Esta noche, todos los monstruos están sueltos! —bromeó Stuart.

La broma no hizo reír a Shannon.

— ¿Realmente me ves así? ¿Como un monstruo?

— No, por supuesto que no —dijo él, sonrojándose un poco. No era completamente cierto. El primer contacto visual aún lo desconcertaba. ¡Ella estaba tan delgada!

— No intentes mentir. Puedo leer en ti como en un libro abierto, y es por eso que me agradas. Eres una de las pocas personas honestas que conozco por aquí. Todos fingen preocuparse por mí, pero en realidad, les importa un bledo. Solo sienten vergüenza de tener a una loca anoréxica en la familia. ¿Cuántas veces te he dicho que mi hermana mayor vino a visitarme?

Stuart negó con la cabeza, contento de cambiar de tema.

— Nunca. Ni siquiera para mi cumpleaños. Fue Judith quien trajo su regalo, y ni siquiera estoy seguro de que ella lo eligiera.

Stuart se sintió indignado. Kyle nunca lo abandonaría, sin importar lo que hiciera.

— Es solo una maldita tonta —dijo espontáneamente.

— Te prohíbo que insultes a mi hermana —lo reprendió de inmediato Shannon.

Stuart encogió los hombros. Podía ver que Shannon no estaba en su mejor momento, pero en general, eso no duraba mucho. Solo tenía que esperar a que pasara la tormenta, y ella volvería a ser la chica elegante que le gustaba.

— Levanta la cabeza y mírame —dijo ella, sonriendo.

Parece que la sonrisa embellece a todos, al menos a los anoréxicos no, pensó Stuart, inmediatamente alejando ese pensamiento totalmente inapropiado.

— Te perdono. Dices en voz alta lo que no me atrevo a admitir. Eres el chico más amable, el más sincero que conozco. Tengo tanto miedo de que te ocurra algo malo. Las personas amables siempre son las víctimas, necesitas endurecerte a toda costa.

Stuart nunca había tenido tantas ganas de contarle su vida. Quería gritarle que sabía lo que era sufrir. Pero había hecho una promesa a Kyle, y mientras él no lo liberara, no revelaría nada sobre su vida. Nadie debía saberlo.

— Bueno, si no quieres salir, está bien. Pasaremos la noche los dos frente al televisor. Están transmitiendo muchas películas de terror esta noche.

— ¿Realmente crees que quiero pasar la noche a solas contigo?

Esta vez el tono no estaba allí, y Stuart vio su sonrisa oculta.

— ¡Ah! Pero no tienes elección. Debes protegerme. Mira, el sol casi se ha puesto y los monstruos saldrán de sus escondites. ¿Realmente quieres que el pobre Stuart sea devorado?

— No, es cierto, tendría demasiado miedo de que mueran de indigestión. Así que te quedas, pero yo elijo la película.

Stuart estaba contento. Ella había vuelto a ser la encantadora Shannon, y nuevamente comenzó a acostumbrarse a su apariencia externa.

El día finalmente había terminado. El reloj de pared marcaba las 19:33. Sentado frente a su sólido escritorio de roble, Gary Borden estaba exhausto. Apenas tenía treinta y cinco años y ya sentía los estragos de la vejez.

Como director de Borden & Co, una de las empresas de construcción más importantes del estado de Washington, Borden Jr. era el único hijo de una antigua familia de River Falls. Tan lejos como llegara su árbol genealógico, la familia siempre había vivido aquí. La ciudad había sido construida por sus antepasados, al menos esa era la leyenda que los Borden disfrutaban alimentando. Pero había días en los que Borden deseaba arrojarlo todo y ser simplemente un empleado, olvidando sus preocupaciones en cuanto llegara a casa.

Mientras manipulaba un ridículo objeto de lujo que su esposa le había regalado para su décimo aniversario de bodas, Borden pensó que esa idea era una ilusión. Era un hombre de acción. Le gustaba tomar decisiones, liderar a su equipo con mano firme y llevar a cabo proyectos importantes. En la vida, había ovejas y pastores. Borden había hecho su elección rápidamente, aunque a veces fuera especialmente agotador.

Había pasado toda la tarde evitando a los periodistas. Con el escándalo inmobiliario que involucraba a Hilton y otros, todas las miradas se habían posado en él. ¿Era concebible que el principal promotor de River Falls no tuviera nada que ver con estos asuntos fraudulentos?

Borden giró su silla de cuero y abrió el cajón inferior de su escritorio. Una botella de brandy lo esperaba allí. Sirvió un vaso y vertió el líquido ámbar. Desde el primer trago, la tensión en su espalda disminuyó ligeramente. Con el segundo, encontró cierta serenidad. Sin embargo, tenía que admitir que había tenido suerte en esta historia. La única razón por la que nunca había querido participar en el negocio montado por Robert Gordon era que despreciaba profundamente al abogado. Si nunca había alertado a nadie sobre sus trampas, era principalmente porque algunos de sus amigos más cercanos estaban muy involucrados en ello.

Sea como fuere, Gordon había fallecido el mes anterior y ahora se había revelado el pastel. Borden sonrió ante su suerte. Hilton, Sinise, Hillsberg y otras figuras de menor influencia iban a ser acusados por el FBI, que había iniciado una investigación y ya estaba registrando los principales despachos de la ciudad. Incluso con buenos abogados, Borden no veía cómo podrían salir de esta. Cuando el FBI estaba tras de ti, estaba todo perdido de antemano.

Terminó de un trago su vaso de brandy y decidió levantarse. La noche había caído sobre River Falls. Halloween estaba a punto de comenzar. Esperaba que Tenny, de nueve años, y Tyron, de siete años, no le reprocharan no estar con ellos en esta noche de fiesta. Amaba a sus dos hijos más que nada. ¡Eran auténticos Bordens! Ni siquiera tenían diez años y ya eran unos cabezotas. Estaba claro que se parecían más a él que a su madre. Sin embargo, tenía otro compromiso que no podía cancelar.

"Si quieres seguir haciendo tus compras en Versace y Gucci, alguien de los dos tiene que trabajar", esa era su frase favorita, la que le gustaba repetirle a su esposa. Ella le lanzaba una mirada venenosa, pero lo dejaba en paz. Eso era parte del privilegio de ser un pastor en lugar de una oveja.

Se levantó de su sillón, tomó su abrigo y apagó la luz antes de salir. Todos ya se habían ido. Como buen republicano paternalista, Borden se esforzaba por tratar bien a sus empleados. Al menos a aquellos que estaban bajo su mando directo. Les había permitido salir temprano del

trabajo, más temprano de lo habitual, para que tuvieran tiempo de ocuparse de Halloween con sus hijos. De hecho, ya fuera un niño o no, a Borden no le importaba. No había discriminación en la sede de su empresa. Hombre, mujer, negro, blanco, latino, soltero o casado, no importaba, siempre que se hiciera el trabajo. Todos le rendían homenaje y ningún sindicato había logrado infiltrarse en Borden & Co. Era uno de los grandes orgullos de los Bordens, de padre a hijo.

Tomó el ascensor que lo llevó al primer piso de un edificio de cinco plantas, ubicado cerca del centro de la ciudad. Pasó frente a la recepción vacía, cruzó el vestíbulo y atravesó las puertas de cristal. Dos guardias de seguridad que trabajaban para una empresa de seguridad privada ya estaban en su puesto.

— Buenas noches, señor Borden.

Borden los saludó de vuelta sin detenerse. Se dirigió al estacionamiento y subió a su Maserati Quattroporte, una limusina deportiva negra que siempre causaba impacto.

Puso en marcha el motor y disfrutó del sonido. Su dolor de espalda finalmente se había disipado. Encendió la radio y metió un CD recopilatorio de Robert Palmer. "Every Kinda People" resonó en el interior del automóvil.

Manteniendo un firme control sobre el volante, encendió un cigarrillo y se dirigió hacia la carretera periférica. La vida realmente valía la pena vivirla. Nunca entendería a esas personas que se atiborraban de antidepresivos y ansiolíticos. El deporte, una mentalidad ganadora, y la vida se convertía en un camino lleno de rosas. Bueno, una pequeña línea de coca de vez en cuando también ayudaba.

Salió de la ciudad y tomó la rampa que conducía hacia el oeste. El tráfico estaba fluido. No condujo más de diez minutos antes de salir de la autopista hacia una carretera paralela que conducía al Pacific Express, un motel básico, sin lujos ni adornos, pero con la gran ventaja de estar lo suficientemente apartado como para no encontrarse con nadie que conociera. Un bosque rodeaba este rincón tranquilo.

Estacionó frente a la oficina principal. Luke Lamar, un anciano de casi setenta años, vestido con un peto de mezclilla que le quedaba demasiado grande, se acercó a saludarlo.

— Buenas noches, señor, voy a abrirle el garaje.

Borden condujo su sedán al garaje y luego salió para tomar una bocanada de aire fresco.

— Un buen Halloween este año, ¿verdad? —dijo.

— Sí, lo es —respondió Lamar mientras cerraba la puerta del garaje de nuevo.

Sacó la llave de la habitación 12 de uno de sus bolsillos.

Borden le entregó los habituales ciento cincuenta dólares.

Lamar enrolló los billetes y los guardó en su billetera.

— Buenas noches —dijo antes de entrar en la cabina de recepción.

Borden adoraba a Lamar. Un tipo que conocía su trabajo. Discreción garantizada, nunca una palabra de más, un verdadero profesional.

Feliz, Borden caminó haciendo crujir las gravas bajo sus zapatos y pasó por una serie de pequeños bungalows adosados unos a otros. Tres autos estaban estacionados en el estacionamiento exterior. No había mucha gente esa noche.

Encendió la luz de la habitación. Como de costumbre, la limpieza se había hecho a fondo. La decoración, aunque sencilla, tenía un toque de buen gusto. A Borden le gustaba estar en ese motel. Nada que ver con el lujo de las habitaciones del Fairmont Olympic, el Monaco y otros grandes nombres de la hotelería de Seattle. Aquí se convertía en un estadounidense común y corriente, y le gustaba eso.

Colocó su abrigo en un sillón y abrió la pequeña nevera, contento de encontrar la indispensable botella de champán. Quizás no era tan común como pensaba, se dijo mientras sacaba la botella. Bajo su apariencia de tipo sencillo, Lamar sabía elegir lo mejor.

Borden volvió a colocar la botella en el refrigerador y se dirigió al baño para pararse frente al espejo. ¡Maldición, tenía realmente clase! Acomodó su corbata y peinó su cabello con la mano. Sonrió y se guiñó un ojo. ¡El tipo se veía increíble!

Llamaron a la puerta. Borden miró su reloj. Eran las 20:10. Alysson debía haberse liberado antes de lo previsto.

Genial, pensó Borden mientras se inclinaba hacia el espejo para asegurarse de que no había ningún punto negro arruinando su aspecto. No, su piel estaba perfecta. Salió del baño satisfecho, cruzó la habitación y fue a abrir la puerta.

— Feliz Halloween —dijo la Muerte mientras le enviaba una descarga de Taser en el abdomen.

Vestida con su túnica negra, su guadaña en la mano y llevando una máscara de calavera, la Muerte entró rápidamente en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Borden intentó recobrar la compostura, pero una segunda descarga lo hizo perder el conocimiento.

Cuando recobró la conciencia, comprendió de inmediato la horrorosa situación en la que se encontraba. Estaba desnudo, atado a los barrotes de la cama. Junto a él, Alysson, aparentemente inconsciente, en la misma posición. Pero lo peor fue la visión de la Muerte, sentada en una silla, mirándolo a través de su máscara.

— ¿Quién es usted? ¡Por favor, desátame!

Nunca en su vida había sentido un miedo tan intenso.

— Habla más bajo o te mato —dijo la Muerte mientras se levantaba.

El disfraz era totalmente convincente, y a pesar suyo, le aterraba aún más. Sabía perfectamente lo que estaba pasando. Su despreciable esposa ya no soportaba que la engañara.

¿No podía simplemente pedir el divorcio como cualquier mujer respetable de la alta sociedad?

— Te daré dinero. Dime cuánto te ha pagado y te daré el doble.

La Muerte se acercó a él y acercó su rostro al suyo.

Borden pudo ver sus pupilas brillando intensamente. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

— Dime tu precio.

La Muerte guardó silencio y se acercó a la cama.

— No se trata de dinero...

— Buenas noches, sheriff, ¿estorbo?

Con un bol lleno de caramelos en la mano, Logan esperaba recibir todo tipo de pequeños monstruos, pero no al peor de todos.

— ¿Qué haces aquí?

— ¡Eh, Leslie! —dijo Hurley, interponiéndose de inmediato.

Las dos mujeres se abrazaron con cariño.

— Entra, por favor.

Logan rodó los ojos y se retiró.

— He leído tu artículo. ¡Perfecto! Es todo lo que la gente comenta en las noticias. Bravo.

— Te debo mucho por eso.

Leslie se quitó el abrigo. Hurley lo recogió y lo guardó en el armario de la entrada.

— Estoy tan contenta por ti. Estoy deseando que me cuentes todo —dijo Hurley, mirando detrás de ella para ver si Logan las estaba vigilando, pero ya no estaba allí. ¿Cómo fue con Spike? —preguntó en voz más baja.

— ¿Quieres saber si me acosté con ese miserable para sacarle información?

Hurley se mordió el labio, incómoda.

— ¡Estás bromeando! —exclamó Callwin sin ocultar su alegría—. Debo contarte. ¡Fui genial!

La bola que se le había formado en el estómago de Hurley desapareció como por arte de magia. Se habría odiado si Callwin hubiera vuelto a sus viejos hábitos debido a ella.

— Pero creo que no soy bienvenida —añadió la periodista, mirando por encima del hombro de Hurley.

Esta se dio la vuelta y vio a Logan observándolas con una mirada inquisitiva desde la parte superior de la escalera.

— Olvídalo. Voy a dar un paseo. Los dejo para su noche de chicas —dijo con un tono sarcástico.

No pudo evitarlo. No la soportaba. Era una reacción visceral. A pesar de que gracias a su intervención, muchos manzanos podridos caerían en River Falls, a sus ojos, siempre sería una trepadora dispuesta a todo para triunfar.

Pasó junto a ella, tomó su chaqueta y, sin mirar atrás, salió de la casa. No tenía ni idea de dónde pasaría la noche. ¿Un pequeño restaurante? Después de todo, ya eran casi las 20:00. Adiós a la deliciosa comida que habían preparado.

Se subió a su Cherokee y vio a un grupo de niños disfrazados subir por la calle residencial. Sonrió y recuerdos de su infancia le vinieron a la mente. Una época en la que todavía creías que los monstruos solo existían en los cuentos.

Arrancó el motor y se lanzó a la noche. Estaba a punto de llegar a Jonathan's Burger cuando se le ocurrió una idea. Sacó su teléfono móvil, llamó a la comisaría y pidió que le pusieran a Heldfield.

— Hola, Tim, ¿todo va bien?

— Aquí está bien. ¿Por qué? ¿Hay algún problema? —preguntó el teniente de guardia preocupado.

— No, todo está bien. Me preguntaba si te gustaría dar una vuelta por los barrios conflictivos. ¿Ya has cenado?

Logan detuvo el Cherokee en un semáforo y abrió los ojos cuando una réplica perfecta de Jabba el Hutt pasó frente a él.

— Pedí comida china, pero puedo pasarla a alguien. Me compraré un sándwich en la ciudad.

— Yo estaba pensando más en una buena hamburguesa. ¿Conoces Jonathan's Burger?

— Por supuesto.

— Te espero allí. Deja el control a Dowley y dile que no dude en llamarnos si hay algún problema.

— Vale, allí estaré —dijo Heldfield.

Realmente no era una noche para quedarse solo y sentirse abatido. Por paradójico que pareciera, Halloween era un día de celebración y alegría para todos los niños. Una forma de conjurar las pesadillas que los acechaban por la noche.

El semáforo se puso en verde. Logan subió por la calle Field Street unos cien metros antes de estacionarse. La fachada, iluminada con luces de colores, de Jonathan's Burger se reflejaba en la carretera y en los edificios cercanos. Un enorme letrero con un vaquero montando una hamburguesa se alzaba frente al restaurante.

Logan salió y subió la cremallera de su chaqueta. Un ligero viento frío se había levantado. A pesar de un cielo más claro, esa última noche de octubre tenía un anticipo del invierno.

Entró en el restaurante y se alegró al ver que había pocos clientes. Saludó al camarero, quien le asignó una mesa en uno de los rincones del fondo. Mientras esperaba a su teniente, pidió un cóctel casero.

*

— Hace un frío increíble. Hacía tan bueno esta tarde —dijo Heldfield mientras se quitaba los guantes y la chaqueta. A la luz de la lámpara que iluminaba su mesa, tenía las mejillas y la nariz rojas.

— Estamos entrando en el invierno. Tan pronto como se va el sol, vuelve el frío intenso.

Heldfield asintió, se sentó y pidió una cerveza de inmediato. El restaurante se había ido llenando poco a poco desde la llegada de Logan, pero estaban lo suficientemente apartados como para hablar en privado.

— Entonces, ¿cuál es el trato? —preguntó Heldfield de repente.

Logan se sorprendió por la pregunta, poco común viniendo de Heldfield, generalmente reservado.

— Nada, solo quería asegurarme de que todo estuviera tranquilo en la ciudad. Es mi primer Halloween como sheriff, no me gustaría que hubiera problemas. Una pequeña patrulla no hará daño a nadie.

— Podrías haber venido más tarde. Si va a haber problemas, será tarde en la noche.

El camarero trajo la cerveza del teniente. Logan aprovechó para pedir un segundo cóctel casero.

— ¿A dónde quieres llegar? —preguntó Logan a la defensiva.

Solo había querido pasar una noche tranquila y, sobre todo, olvidar que Hurley cenaba con esa idiota de Callwin.

Heldfield apartó la mirada, incómodo. No era su estilo hablar de lo que no le incumbía, pero por una vez el sheriff le estaba dando la oportunidad...

— Nosotros estamos preocupados por ti —dijo finalmente.

Logan abrió los ojos asombrado.

— ¿Qué quieres decir? ¡Todo está yendo muy bien! Has leído los periódicos. Ese desgraciado de Hilton y sus amigos van a ser acusados por el FBI. Pasarán un buen tiempo tras las rejas. Te aseguro que no tengo nada que temer.

Luego se dio cuenta del pronombre personal.

— ¿Quiénes son « nosotros »?

Heldfield seguía sintiéndose incómodo, su mirada evitaba la de Logan. Empezaba a lamentar haber hablado demasiado. Mañana, los demás le iban a dar un buen rapapolvo. Pero no importaba, necesitaban sacar el asunto a la luz.

— Blanchett, Ascott, Morris y yo. Tenemos la sensación de que ya no te sientes cómodo en River Falls.

Logan no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Qué era esta locura? Sus cuatro tenientes más leales dudaban de él.

— ¿Qué les hace pensar algo así? Me siento perfectamente bien y no tengo intenciones de irme a menos que sea necesario.

Heldfield reunió el valor para sostener su mirada.

— Ese es precisamente el problema. Deténme si me paso, pero tu relación con Hurley parece preocuparte mucho. Sabemos que ha extendido su licencia. Nos preguntamos si no estás pensando en unirme a ella en Seattle. No eres un provinciano, y la agente Hurley no es del tipo que se conforma con una ciudad como la nuestra. Ni siquiera has sido sheriff por un año, y creemos que te estás aburriendo.

Increíble lo que podía pasar por la cabeza de la gente. Logan estaba atónito. Se habría reído si no fuera tan grave.

— ¿A quién le has compartido tus teorías? ¿Todo el departamento de policía piensa lo mismo?

Heldfield no pudo soportar su mirada.

— Si Tania quiso que habláramos de esto entre nosotros, fue precisamente porque tu relación con Hurley está siendo objeto de muchas conversaciones. Una mujer hermosa, joven, inteligente y ambiciosa, quedándose en River Falls por amor...

— Detente, ya no quiero escuchar nada más —lo interrumpió Logan abruptamente.

Era demasiado. ¿Quiénes se creían que eran para meterse en su vida personal? El respeto a la privacidad, ¿acaso no lo conocían? El Patriot Act no llegaba tan lejos aún.

— Mi vida personal solo me concierne a mí —dijo en tono autoritario.

— Está bien, lo siento —dijo Heldfield desanimado.

El camarero trajo los cócteles caseros.

— Vamos a hacer el pedido —dijo Logan, tratando de poner fin a esa incómoda conversación.

Una vez hecho el pedido, Heldfield miró por la ventana.

— No hay mucha gente en la calle.

Y Logan continuó con un tema mucho más aceptable para ambos.

Habían terminado sus postres y estaban esperando sus cafés cuando Heldfield volvió a adentrarse en terreno delicado.

— Sabes, todos te aprecian. No bromeo.

Habían bebido una botella de excelente vino californiano que había acompañado una deliciosa comida. Heldfield ahora se sentía lo suficientemente valiente como para seguir adelante.

— Gracias, ¿quieres que te pague la cena? —respondió Logan, incómodo por el cumplido.

— No, pero... Si tememos que te vayas, es porque odiábamos a tu predecesor. Ya sabes, el sheriff Wesley era un verdadero imbécil.

— Lo sé, pero el pasado es el pasado. Esa época ha quedado atrás. Hay que olvidarlo todo.

— Sí, tienes razón —concedió Heldfield.

No sabía qué hacer. ¿Debería realmente hablarle de esto? ¿Lo entendería? ¡Al diablo! ¡Lánzate!

— Solo quería decirte que Morris, Blanchett, Ascott y yo decidimos sacar a la luz la historia de la aventura del "tan puritano" sheriff Wesley —dijo, haciendo comillas en el aire con los dedos—. Sin eso, estaba claro que Wesley seguiría siendo el principal defensor de la ley.

Tanto Heldfield como Logan estaban conscientes de eso.

— ¿Qué es esto? ¿Me estás pidiendo un favor? —dijo, fingiendo no entender.

Sin dudarlo, Heldfield mantuvo su mirada en la suya:

— Sí, quiero que sigas en el cargo, al menos hasta que encontremos a alguien tan bueno como tú para tomar tu lugar.

Les trajeron los cafés. Un largo silencio se instaló entre los dos hombres. Logan sabía que ya no tenía sentido negarlo. Sí, estaba dispuesto a dejar River Falls por Hurley. Sí, todo el mundo debía darse cuenta de ello, y no, no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

— Está bien, te debo una disculpa. Te juzgué mal. Realmente eres un grupo de pillos, los cuatro.

— ¿Debo tomar eso como un elogio? —preguntó Heldfield con una sonrisa en los labios.

— Sí, puedes.

El camarero llegó con la cuenta. Cada uno sacó su tarjeta de crédito, pero Logan detuvo a Heldfield.

— Está bien, esto corre por mi cuenta.

— No estás obligado.

— Me complace y...

El teléfono móvil de Heldfield sonó.

— Ve, responde —le animó Logan, entregando su tarjeta de crédito al camarero.

Heldfield asumió una expresión incómoda y contestó la llamada. Muy pronto su rostro cambió de expresión.

— ¿Qué?! ¿Dónde? —exclamó, horrorizado.

Logan volvió su atención hacia su teniente. Acababa de darse cuenta de que la noche estaba lejos de terminar.

El alcohol fluía abundantemente. Los estudiantes estaban desatados; el DJ estaba reproduciendo las canciones más populares del momento. Se había montado una iluminación estroboscópica en el gran salón, despojado de todos sus muebles para la ocasión.

Bridget había organizado un gran evento. La fiesta era un éxito absoluto. Los invitados habían sido invitados a ponerse sus mejores disfraces de monstruos. Los clásicos como Frankenstein, Drácula, Jack O'Lantern. Los icónicos de películas como Freddy, Jason, Godzilla. Pero también personalidades como George Bush Jr. o Ben Laden.

El buen ambiente reinaba en la fiesta. No había ni una sola nota discordante. El porche estaba entreabierto y, a pesar del frío, muchos invitados charlaban tranquilamente en el jardín iluminado por focos. Solo una persona no lograba estar completamente satisfecha con el ambiente general.

— Vaya, te estás tomando tu papel en serio —dijo Cindy.

Cheryl encogió los hombros. No tenía ganas de hablar. Estaba completamente fuera de lugar. Solo quería una cosa: quitarse su disfraz de Elvira y volver a casa.

— ¿Es tu novio, verdad? ¿Es eso? —le preguntó Cindy.

— No sé lo que está haciendo. No puedo comunicarme con él. Espero que no le haya pasado nada.

Pero en el fondo de su corazón, estaba segura de que él estaba bien. No, era algo más. Había percibido un cambio en su actitud por la tarde. Cuando habían tenido relaciones sexuales, había notado que estaba distraído. Fue la primera vez que tuvo problemas de erección. Ambos se habían reído de eso en su momento, pero ahora se preguntaba si eso no ocultaba algo más.

— Te estás preocupando demasiado. Debe haber salido a celebrarlo con sus amigos del equipo. A estas horas, debe estar medio borracho en algún parque.

Eso podría ser cierto, excepto que la mitad del equipo de fútbol universitario estaba en la fiesta y nadie había visto a Kyle.

— ¿Le diste la dirección correcta? —preguntó Cheryl, arqueando las cejas con sus pestañas postizas.

— Vale, lo siento, pero debes dejar de hacer esa cara. Realmente estás asustada. Vamos, diviértete. Estoy segura de que él no se está privando en su lado. La imagen de Kyle abrazando a otra chica se grabó en la mente de Cheryl. Sintió cómo se derretía en el lugar. Luego, alejó ese horrible pensamiento. Esa no era su forma de ser en absoluto. Miró su vaso vacío por un momento. Hasta ese momento había sido muy sensata. Había llegado a las 8 p. m., como estaba previsto, y ya eran casi las 12 a. m. Él no vendría ahora.

— Tienes razón, voy a tomar un poco de aire y vuelvo.

— ¿No te vas?

— Prometido, regreso —dijo en un tono que pretendía ser tranquilizador.

De pie en un rincón de la habitación, King Kong supo que había llegado su hora. Vio a Cheryl salir y la siguió al jardín.

*

Sin que nadie se diera cuenta, Stuart se había quedado en la habitación de Shannon después de

las horas de visita. Sabía que estaba prohibido, pero le importaba un bledo. ¿Qué podían hacerle? Echarlo, eso era todo. Pero hasta ahora nadie se había dado cuenta de nada. ¿Quién querría pasar una sola noche en ese tipo de lugar?

Los créditos finales de "Hostel" se desplazaban en la pantalla de televisión. Había dado la medianoche y Stuart tenía un hambre voraz. Shannon había bajado a la hora de la comida, pero no pudo traerle nada del comedor por miedo a ser descubierta. De todas las residentes, ella era la que menos comía.

— Creo que me voy —dijo Stuart—. ¿Estás segura de que la puerta no está cerrada con llave?

Estaba sentado en la cama junto a Shannon, usando un cojín como respaldo. Shannon encogió los hombros.

— Bueno, no lo sé. ¡Nunca he intentado escapar!

Stuart se sintió pálido. Mientras que la película no había logrado asustarlo lo más mínimo, la idea de pasar la noche en esa habitación lo llenó de horror.

— ¿Estás bromeando? ¡Me lo prometiste!

— Lo siento.

— ¡Oh no! ¡Qué problema!

Stuart la miró y no supo qué pensar. ¿Podría ser que ella lo hubiera hecho a propósito? Debería haber insistido en irse más temprano. Ahora, lo lamentaba amargamente.

— Si quieres, puedes quedarte a dormir aquí. Has visto la cama, cabemos los dos perfectamente.

Había estado aterrado hace un segundo, pero ahora se puso rojo como un tomate.

— No tengo mi pijama —dijo, sintiendo el sudor correr por sus mejillas.

— No necesitas un pijama. ¿Me estás diciendo que no llevas ropa interior bajo tus pantalones? —se burló ella.

Stuart no tenía ningún deseo de dormir con ella. Shannon solo tenía dieciséis años y él dieciocho. Había escuchado muchas historias sobre relaciones inapropiadas con menores. Pero si era honesto consigo mismo, tenía más miedo de que ella lo tocara. ¿Qué debería hacer en ese caso?

— Está bien, dímelo directamente si te repugna dormir conmigo, y será más fácil.

Su tono era áspero. La había herido.

— No, por supuesto que no, pero yo entraré en la cama primero.

La frase salió sin pensarlo. Era demasiado tarde para dar marcha atrás.

— Iré al baño. Cuando vuelva, si no estás en la cama, te echo a la calle y grito.

Stuart no tomó la amenaza en serio, pero comprendió que no tenía otra opción. Una vez que Shannon se encerró, Stuart se aseguró de que ella no pudiera verlo por la cerradura. Apagó la luz principal, dejando solo la lámpara de noche encendida. Se sentó en la cama y se quitó los zapatos. No olían mal, lo cual era una suerte, porque había estado usando las mismas calcetas durante tres días. Luego se detuvo. La idea de quitarse los pantalones lo paralizaba.

¡Hazlo antes de que ella regrese! ¡Recupérate, Stuart!

Cerró los ojos e imaginó a su hermano. Kyle ya estaría en la cama desde hace mucho tiempo.

¿Cómo podían ser tan diferentes dos gemelos? Se preguntó por enésima vez en su vida. Ánimo, ánimo. Se levantó y, con un esfuerzo sobrehumano, desabrochó su cinturón y desabotonó sus jeans. Se los quitó rápidamente y luego se despojó de su suéter.

En camiseta y calzoncillos, se deslizó rápidamente bajo las sábanas y sintió el placer de encontrarlas increíblemente suaves, nada que ver con las del dormitorio. Escuchó el sonido del

agua corriendo en el lavabo. Shannon estaba haciendo su aseo; sin poder controlar nada, sintió cómo su sexo se endurecía. Intentó distraerse repasando en su mente las escenas de tortura de Hostel, pero fue en vano. Estaba tan rígido como una barra de acero.

El agua dejó de correr y la puerta del baño se abrió de nuevo. Shannon salió de allí con un camisón, como un espectro fantasmal. Una visión que, desafortunadamente, no logró calmar los deseos de Stuart. Shannon se acercó a la cama.

— ¿Me haces un sitio?

Stuart ya estaba pegado a la pared.

— ¡No soy tan grande! —respondió, fingiendo estar indignado.

Shannon se metió bajo las sábanas. Sus dos rostros estaban muy cerca el uno del otro. Shannon le sonrió. Stuart trató de responder.

— He tenido una noche estupenda, ¿y tú?

— ¡Genial!

Ella apagó la lámpara y, sin previo aviso, puso sus labios sobre los suyos.

Sorprendido, Stuart dio un paso atrás y la firmeza de su sexo desapareció tan rápido como llegó. Estaba completamente aterrado. Nunca había salido con una chica. Ni siquiera había dado un pequeño beso. Tenía tanto miedo de no saber qué hacer.

Sin olvidar que, por adorable que fuera Shannon, no era exactamente el tipo de chica que le atraía físicamente.

Shannon volvió a la carga y se pegó a él.

Una vez más, su lengua intentó encontrar la suya y su mano se dirigió directamente a buscar su intimidad.

Stuart se sintió abrumado por la vergüenza. Incapaz de reaccionar, permaneció inmóvil, su intimidad en reposo. Shannon se apartó de él.

— Perdón, dijo ella con voz cargada de emoción.

Stuart no pudo encontrar palabras para responder. Se maldecía a sí mismo por ser el virgen más torpe en la historia de Estados Unidos.

Shannon encendió la luz.

— Te mentí, tengo la llave de la puerta de entrada. Todos la tienen.

Stuart no se atrevió a enfrentar su mirada. Salió de la cama y comenzó a vestirse penosamente. No podía pronunciar ni una palabra. Su único deseo era escapar de esa habitación lo más rápido posible.

Shannon también se levantó y buscó en un cajón la llave de la fundación.

— Toma, devuélvesela a Judith mañana.

Su tono pretendía ser natural, pero Stuart percibió toda la emoción contenida. Tomó la llave y terminó de ponerse los zapatos. Incapaz de mirar a Shannon a los ojos, se dirigió hacia la puerta y puso la mano en el pomo. Si salía sin intentar disculparse, estaba seguro de que nunca más la vería. Se había comportado como un idiota. ¡Ojalá pudiera tener al menos una centésima parte de la confianza de Kyle!

Cerró la puerta detrás de él sin mirar atrás. En el pasillo, su corazón se rompió en mil pedazos cuando escuchó a Shannon romper en sollozos.

*

Cheryl había recuperado discretamente su largo abrigo y se había ido sin ser notada. Tomó el

largo sendero que conducía a la carretera. La música y las risas de los estudiantes resonaban por toda la colina. Antes de cruzar la puerta, sacó su teléfono móvil y marcó el número de Kyle nuevamente. Después de tres tonos sin respuesta, se activó el buzón de voz. No tuvo el corazón para dejar un nuevo mensaje.

Un búho ululó sobre ella. Buscó al ave nocturna pero no pudo distinguirla. Según algunas leyendas, el búho era un símbolo de suerte y prosperidad. Cheryl se aferró a esa débil esperanza y abrió la puerta. En ese momento, una mano firme se posó en su hombro. Ella dio un respingo y soltó un grito.

— No tengas miedo, preciosa —dijo King Kong.

Solo por el timbre de su voz, Cheryl supo que el horrible gorila estaba en un estado avanzado de embriaguez.

— Si pudieras ver tu máscara, lo entenderías —dijo ella, esperando que eso fuera suficiente.

— No te burles de los monstruos. Todos merecen amor —respondió él con solemnidad, confirmando su estado lamentable.

Cheryl buscó alrededor en busca de refuerzos, pero todos los estudiantes estaban dentro de la villa o al otro lado del jardín.

— Está bien, y creo que todo lo que necesitas está adentro. Adiós y buenas noches —dijo ella, tratando de maniobrar la puerta.

Pero King Kong bloqueó su camino con su pie.

— Cheryl, deja de hacer tonterías, tenemos que hablar.

— No lo creo. Déjame pasar, por favor.

King Kong se quitó la máscara. Era Steven, el mariscal de campo estrella del equipo de fútbol.

— La dejé, esa tonta. Eres tú a quien quiero.

Cheryl realmente no sabía cómo deshacerse de él; olía aún más a alcohol sin su máscara.

— Kyle no tardará en llegar, y si te ve molestándome, no va a ser bueno. Déjame, por favor.

Ella miró hacia atrás, pero aún no había nadie. Steven siguió su mirada y soltó una risa irónica.

— ¿Estás buscando ayuda? Tu Kyle te ha tomado el pelo. ¿Sabes que está diciendo a todo el mundo que tienes un ardor de trasero?

— Parece que sí, —dijo ella sin creérselo ni por un segundo.

Steven la agarró de los hombros.

— Vas a besarme, cariño, ya verás, vas a...

Un rodillazo en la entrepierna lo detuvo en seco. Cheryl se liberó de su agarre y saltó con la esperanza de volver hacia la villa. Pero una mano agarró su brazo. Steven la hizo caer con él al suelo. Un dolor agudo le cortó la respiración. Steven aprovechó para colocarse encima de ella y taparle la boca con la mano.

— Solo intenta gritar una vez y te destrozo la cara, —le susurró al oído mientras le apretaba la garganta con fuerza.

Esta tonta apenas había fallado por poco en sus atributos. Realmente merecía una pequeña lección. Deslizó su mano bajo su ropa y le tocó el estómago.

A pesar del dolor en la garganta y el miedo que la paralizaba, Cheryl logró soltar un grito. Steven levantó el brazo, pero una figura se interpuso, haciendo que levantara la vista.

— ¿Eh? —dijo al reconocer a Quasimodo.

En el siguiente segundo, una patada le alcanzó en la cara, haciéndolo volar hacia atrás y perdiendo dos dientes. Semiinconsciente, caído sobre su brazo derecho, Steven, que se sujetaba

la mandíbula con ambas manos, no tuvo tiempo de reaccionar cuando el jorobado de Notre-Dame se lanzó de nuevo sobre él y lo golpeó por todo el cuerpo con patadas.

— ¡Detente! ¡Lo vas a matar! —dijo Cheryl, sorprendiéndose casi de sentir lástima por Steven.

Quasimodo se volvió hacia ella, y sin necesidad de quitarse la máscara, ella reconoció su mirada.

— Kyle —dijo mientras se arrojaba a sus brazos. ¿Por qué no estabas aquí? ¿Dónde estabas? Empezó a llorar contra él.

— Ven, salgamos de aquí.

Steven, inconsciente, yacía en el suelo.

— Tenemos que llamar a la policía. Intentó violarme —dijo Cheryl en estado de shock.

— No, no hagas eso. Prefiero que esto quede entre nosotros. Creo que él ya recibió su merecido.

— ¡Pero este desgraciado intentó violarme!

Kyle le pasó la mano por la espalda.

— Si presentas una denuncia, el abogado de Steven te retratará como una mujer promiscua. Enumerarán a todos los tipos con los que te acostaste. Los harán testificar en el juicio para ensuciarte, al menos los amigos de Steven —explicó con una sorprendente sangre fría.

Cheryl entendió que tenía razón. Pero era tan injusto. ¡Nunca lo había provocado!

— ¡Es repugnante! ¿Por qué no estabas aquí? —añadió con la voz ronca, al borde de las lágrimas.

— Estaba aquí, lo juro sinceramente.

Era cierto, Quasimodo estaba en la fiesta, pero no se le había acercado. ¿Por qué esta actitud? Kyle se quitó la máscara, visiblemente incómodo.

— Tengo que confesarte algo, y entendería si te enfadaras.

— ¿Qué?

— Te estuve espiando toda la noche. Me aseguré de que no me miraras demasiado, solo quería saber si eras fiel. Tengo mi respuesta.

— ¿Pero por qué permitiste que me tocara?

— Estaba en el baño cuando decidiste marcharte. Te busqué por todas partes, pero no en el lugar correcto. Pensé que estabas en una habitación con alguien.

La explicación fue convincente. Finalmente, se dejó llevar.

— ¡Eres un paranoico idiota! —dijo mientras lo abrazaba fuertemente—. No quiero volver a casa, quiero que pasemos la noche juntos. Una noche en el hotel como el primer día.

— El mismo hotel, la misma habitación, y será perfecto.

Cheryl le dio un ligero beso en los labios. Bajo una luna medio llena, caminaron por la larga calle que serpenteaba por Golden Hill para recoger el coche de Cheryl.

El gravilla crujía bajo las ruedas del Cherokee cuando Logan estacionó en el estacionamiento del Pacific Express. Eran las 10:30 p. m. A pesar del frío de la noche, unas quince personas estaban afuera. Los huéspedes del motel, pensó mientras salía del coche. Se ajustó el sombrero en la cabeza y se dirigió directamente a la recepción. Un anciano con un mono se acercó a él.

— Buenas noches, sheriff —dijo Lamar.

— Buenas noches. ¿Puede llevarme a la habitación?

Lamar asintió y fue delante. Cuando los clientes del motel vieron al sheriff, dejaron de hablar. Logan se detuvo. Con los pulgares metidos en su cinturón, los miró con autoridad.

— Todos van a entrar en sus habitaciones, y les pido que no se muevan de allí. Vendremos a interrogarlos. Traten de recordar cualquier detalle sospechoso de su noche.

Un asentimiento general fue su respuesta y, como niños bien educados, todos entraron en sus habitaciones.

El teniente Heldfield se acercó a Logan.

— Me gustaría tener el mismo poder de persuasión que usted —le dijo, impresionado.

Logan era consciente de tener muchos defectos, pero sabía que poseía cualidades de líder natural. Apreció el comentario en su justa medida.

— Vamos.

Lamar, que esperaba a que Logan terminara su breve discurso, los llevó a la habitación 12.

— Aquí está.

— Bien, nos puede dejar.

Logan sacó un par de guantes de látex, los puso y se disponía a abrir la puerta cuando notó la incomodidad de Lamar.

— ¿La ha tocado?

— Sí, lo siento —respondió el anciano.

Ante su expresión confusa, Logan no tuvo el corazón de darle una lección. De todos modos, ya era demasiado tarde. Sin embargo, mantuvo sus guantes y abrió la puerta. Un olor a sangre fresca lo golpeó. Encendió la luz y descubrió el cuerpo desnudo de Gary Borden, el magnate de la construcción de todo el estado de Washington. Había sido degollado.

— Pobre tipo —murmuró mientras se acercaba a la cama.

Heldfield cerró la puerta detrás de ellos. Le costaba mirar el cadáver. El crimen era muy reciente, una hora o dos a lo sumo. Lamar había afirmado por teléfono que Borden llegó alrededor de las 8 de la tarde. La garganta de Borden estaba claramente cortada, notó Logan, sintiéndose enfermo. Buscaron el arma del crimen en vano.

Después de unos diez minutos, Logan dejó de buscar.

— Bueno, vamos a dejar que los expertos del FBI se hagan cargo.

Durante el viaje al motel, había llamado a la oficina de Seattle para informar sobre la muerte de Borden. Dado su involucramiento en la industria de la construcción, parecía evidente que este asesinato estaba relacionado con el de Robert Gordon y los negocios inmobiliarios sospechosos de este último. Una venganza pendiente.

¿Qué papel había desempeñado Borden en esta historia? Logan no tenía idea. Su nombre no aparecía en el artículo de Callwin, pero eso no significaba que ella tuviera toda la información sobre las personalidades involucradas en este escándalo.

— ¿Sigues pensando que esto está relacionado con el caso de Gordon? —preguntó Heldfield, ahora hipnotizado por el cadáver.

— ¿Qué otra opción propones?

— La opción más clásica. Una venganza de mujer. La de Borden.

Mientras Logan estaba al teléfono con el FBI, Heldfield había hablado con Lamar. Este último le explicó cómo habían ocurrido las cosas. Sobre todo, le dijo que la prostituta se había escapado tan pronto como la liberaron.

— Sí, lo había considerado, pero no le doy mucho crédito. Huele a trama financiera por todas partes. Lo matan el día en que se revela el escándalo. ¿Coincidencia? No lo creo.

Heldfield murmuró un "hum" poco convencido. Prefería su teoría. ¿Por qué complicarse la vida? A menudo, la solución más obvia era la mejor.

— ¿Qué tal si vemos una película de terror? —intentó bromear Logan.

— Vamos allá.

Salieron de la habitación y volvieron a la recepción donde estaba Lamar.

— ¿Has recuperado las grabaciones de las cámaras de seguridad?

Lamar lucía contrito.

— Olvidé ponerlas en marcha.

Logan suspiró y avanzó lentamente hacia él. Heldfield cerró la puerta de la recepción. Cuando estuvo cerca del mostrador, Logan agarró a Lamar por la parte superior de su mono y lo atrajo bruscamente hacia él.

— Escucha, viejo, no te creas más listo de lo que eres. Sácame esas grabaciones o te juro que te meteré en la cárcel por complicidad en un asesinato —amenazó Logan—. Que tengas problemas con la policía es tu asunto, pero si intentas obstaculizarme, entonces tendrás buenas razones para odiarme.

Soltó a Lamar, quien le lanzó una mirada llena de odio. Logan mantuvo una sonrisa sarcástica.

— Voy a buscarlas —dijo finalmente el anciano.

— Iremos contigo —declaró Logan.

— Nunca se es demasiado viejo para hacer tonterías. No le daría a Lamar la oportunidad de escapar. Llegaron a un pequeño cuarto donde se encontraban tres videocasetes que registraban las imágenes de las cámaras de vigilancia. Lamar encendió la pantalla de control y rebobinó las cintas. Puso en marcha la primera. El día y la hora aparecieron en la esquina izquierda. Era una vista desde el mostrador de recepción. Sin decir una palabra, Lamar pasó el control remoto a Logan y salió del cuarto.

— Tú quédate con él —ordenó Logan a su teniente.

Cuanto más avanzaba, menos confiaba en Lamar. Estaba ocultando algo, ¿pero qué? Esperaba que al ver las grabaciones, obtuviera alguna respuesta.

Apagó el primer reproductor de video y encendió el segundo, esperando tener las imágenes de la cámara en el balcón del primer piso, que cubría el camino de los bungalows de la planta baja y la escalera que llevaba al piso de arriba. Pero solo mostraba la vista del estacionamiento.

Encendió el tercero y finalmente obtuvo lo que buscaba. Diez minutos después, vio a Borden entrar en su habitación. Eran exactamente las 20:05. Lamar no había mentido en ese punto. Luego, solo cinco minutos después, alguien disfrazado de "La Muerte" apareció en la pantalla y se dirigió hacia la puerta número 12.

¡El astuto! pensó Logan. Ahí estaba, el arma del crimen. La guadaña de la Parca. El pobre

Borden debió haber sufrido antes de que esta herramienta le cortara definitivamente la arteria carótida. Además, en ese atuendo negro, las salpicaduras de sangre se volvían invisibles, y el asesino pudo salir del motel sin preocuparse por las miradas. El asesino había planeado bien su golpe. ¡Halloween era el único día del año en que nadie se preocuparía por ver a un monstruo recorriendo las calles con un arma ensangrentada en la mano! Bien jugado.

La Muerte golpeó la puerta y al parecer apuñaló a Borden, pero este último se encontraba en el interior de la habitación, fuera del alcance de la cámara. ¿Una puñalada? No, no había marcas en el vientre. Repasó la escena a cámara lenta y encontró la solución. Un Taser, seguro.

La Muerte entró en la habitación y la puerta se cerró. Logan, ansioso, aceleró la cinta nuevamente y la detuvo a las 20:32. Apareció una mujer; la prostituta, sin lugar a dudas. No podía ver su rostro, pero por su apariencia, sabía que era más una escort de \$500 que una prostituta de \$30.

Ella se detuvo frente a la puerta, mostrando su perfil. Logan sintió que su corazón se detenía. A pesar de que la calidad de la imagen estaba lejos de ser perfecta, estaba seguro de conocer ese rostro, pero no podía ponerle nombre ni recordar de dónde lo conocía. En cualquier caso, no era ni una prostituta ni una escort. Logan soltó una pequeña risa irónica.

— Bastardo —murmuró pensando en Lamar—. Ahora entiendo.

Reprodujo la cinta. La puerta se abrió. Esta vez vio el brazo negro de La Muerte asomándose por el marco y dando un golpe de Taser a la mujer. Pero el asesino la atrapó en sus brazos antes de que cayera y desapareció en la habitación. Diez minutos después, La Muerte, vestida con su amplio traje negro y sosteniendo una guadaña ensangrentada, salió tranquilamente de la habitación.

¡Impresionante! pensó Logan mientras avanzaba a toda velocidad. Una hora y media después, vio a alguien bajar las escaleras y dirigirse furiosamente hacia la habitación 12. Lamar le había asegurado que los dos bungalows contiguos estaban vacíos. ¿El asesino los había reservado como precaución? ¿Lamar se había asegurado de que estuvieran vacíos? ¿O fue simplemente una coincidencia?

Logan tenía muchas hipótesis para considerar. No le faltaría trabajo en los próximos días.

El vecino de arriba golpeó la puerta furiosamente y entró en la habitación. Salió inmediatamente y se inclinó hacia adelante para vomitar.

Los eventos se sucedieron rápidamente. Lamar entró en la habitación. Otros vecinos salieron de la suya. Luego Logan vio a la chica salir sigilosamente de la habitación, aparentando normalidad, y evitar la multitud. La pícara.

¡Te atraparé! —pensó mientras detenía la cinta. Sacó un cigarrillo, lo encendió y, después de tomar una profunda bocanada, se levantó y regresó a la recepción. No había nadie. Logan sacó su teléfono móvil y llamó a su teniente.

— ¿Dónde estás?

Heldfield le dijo que estaba interrogando a los clientes del motel.

— No creo que eso nos ayude mucho, pero si puedes regresar con el anciano a la recepción, tengo unas palabras que decirle.

Colgó y esperó, apenas contenía su impaciencia. Lamar y Heldfield no tardaron en unirse a él.

— ¿Se divierte realmente tomando el pelo de un tonto como yo, señor Lamar?

El anciano parecía sorprendido, pero se mantuvo en silencio.

— ¿No tienes nada que decirme antes de que te arroje un puñetazo en la cara? —tronó Logan.

Heldfield consideró que la conducta del sheriff era completamente inapropiada. Esperaba que

supiera lo que estaba haciendo. Aun así, no estaba bien maltratar a un anciano.

— Conozco mis derechos. ¡Soy inocente! —declaró Lamar con seguridad.

Logan se acercó a él y le sacudió los hombros con desprecio.

— La prostituta que estaba con Borden. Tienes treinta segundos para decirme su nombre.

— No tienes derecho. Si me golpeas, tendrás que lidiar con mi abogado.

— ¿Tienes un abogado? ¡Me haces reír de verdad! —ironizó Logan antes de continuar—: No estamos en Nueva York aquí, y a los abogados los mandamos al diablo. Fui elegido para hacer cumplir la ley y no permitiré que un viejo desecho como tú me lo impida. Entonces, dime su nombre.

Puso un brazo familiar alrededor de los hombros de Lamar.

Heldfield no estaba nada contento con estas formas. Parecían más propias de un gánster que de un sheriff. No iba a golpearlo, ¿verdad?

— No sé su nombre. Lo juro.

— ¿Cuánto te dio para que te quedaras callado?

Lamar no respondió.

— Puedo hacerte la vida imposible. Puedo someterte a todas las inspecciones posibles. Incluso puedo cerrar este motel por mil razones. No creo que a tu jefe le haga mucha gracia. ¿Realmente quieres terminar en la calle, privado de tu pensión de jubilación?

Lamar bajó la mirada y finalmente se rindió.

— Mil dólares. Me dio mil dólares, pero te juro que no conozco su nombre.

— De acuerdo. Entonces vamos a ver la cinta de la entrada y me dirás qué coche tenía.

Heldfield se sintió aliviado y, en este caso, satisfecho con el resultado. Obtendrían el nombre de la chica. El testigo número uno del asesinato. Entraron en el cuarto de nuevo, y Lamar jugó el juego. En poco tiempo, detuvo la cinta en un hermoso Ferrari Spider rojo. El ángulo de la cámara hacía imposible distinguir el rostro del ocupante, pero la matrícula era perfectamente legible.

¡Perfecto! pensó Logan. Sacó una libreta y un bolígrafo de su chaqueta y anotó el número.

— Bien, vuelve a tu puesto. Serás citado mañana para hacer tu declaración.

Lamar se fue sin decir una palabra, dejando a los dos policías solos.

— ¿Lo habrías golpeado si no hubiera hablado? —preguntó Heldfield.

Logan arqueó las cejas.

— ¿Crees que soy capaz de eso?

Heldfield mantuvo su expresión firme.

— Por favor, respóndeme.

— No, por supuesto que no. Además de que su abogado obviamente me habría derribado, no tengo la costumbre de golpear a los más débiles que yo.

Heldfield lo creyó y se sintió aliviado.

— ¿Cómo se te ocurrió esa idea? —preguntó Logan.

Heldfield no respondió.

— Bueno, seguirás interrogando a todos los clientes del motel. Yo me voy a la comisaría a averiguar a quién pertenece ese número.

— ¿Puedo interrogar a la mujer contigo?

— Si insistes.

— Estoy seguro de que es una cuestión de celos entre mujeres —se explicó Heldfield.

Logan soltó una breve risa.

— Creo que estás completamente equivocado. ¿Apostamos una cena a que no tiene nada que

ver?

— Ya te debo una. Digamos dos cenas.

Logan extendió la mano y Heldfield la chocó con la suya. Miró su reloj. Casi medianoche; era hora de avisar a Hurley que no volvería a casa esta noche.

*

— Era Mike, hubo un asesinato en el Pacific Express. Me hizo prometer que no te lo diría — dijo Hurley cuando colgó.

— Tengo que decir que no me cae muy bien, pero ¿no lo estás traicionando ahora? — preguntó Callwin.

Hurley había invitado a Callwin a quedarse a dormir en la habitación de huéspedes. En pijama en la sala de estar, las dos mujeres estaban hablando de hombres y amor cuando Logan llamó.

— Depende de si utilizas mi información o no.

— ¿Quién es?

Hurley dudó en revelar todo, pero confiaba en ella:

— Gary Borden.

Callwin se quedó boquiabierta.

— ¿El Borden de "Borden & Co."?

— El mismo.

— ¿Y no quieres que salga a investigar?

Hurley encogió los hombros.

— No puedo obligarte a hacer nada.

— ¿Te das cuenta de que esto probablemente está relacionado con el asesinato de Robert Gordon? Aunque no tengo información sobre Borden, es el magnate inmobiliario de la región.

— Muy posible, pero has conseguido el scoop perfecto. Espera a tener más claridad antes de anunciar que su muerte está relacionada con el caso. Si te equivocas, tu recién adquirido estatus de superperiodista estará en juego. Piénsalo bien.

Callwin estaba lista para rogarle que le permitiera escribir un artículo rápido para el Tribune del día siguiente. El cierre era a las 2 de la madrugada. Era apretado, pero aún tenía tiempo. Pero Hurley había logrado enfriar su entusiasmo. Había esperado tanto tiempo para obtener el reconocimiento de sus colegas, ¿no estaba arriesgando todo en su prisa?

— ¿Crees que es mejor que espere?

Hurley sonrió. Estaba segura de que Callwin se alinearía con su punto de vista.

— Francamente y sin lugar a dudas: ¡sí!

*

Logan había cumplido su promesa y esperó a que Heldfield regresara antes de dirigirse a la casa de Alysson Harper. Treinta y dos años, casada con un hombre de sesenta, una niña de seis años. Ama de casa.

Cuando finalmente pudo consultar su registro civil, Logan recordó dónde la había visto antes: en una gala benéfica a favor de los orfanatos de la ciudad. Una mujer muy hermosa, muy sofisticada... tal vez demasiado.

Estaban conduciendo por Golden Hill. Eran un poco después de la medianoche. Heldfield no

había obtenido nada de los testimonios de los clientes del motel. No vieron ni oyeron nada. Excepto el vecino de arriba, quien estaba harto de los ruidos de muebles que se trasladaban y resonaban hasta su habitación. Logan imaginó la expresión del pobre tipo cuando descubrió el cadáver de Borden y la Sra. Alysson Harper atada a los barrotes de la cama, saltando como un demonio, con la boca tapada con una mordaza.

— Ten cuidado con Esméralda y Quasimodo —advirtió Heldfield al ver a dos jóvenes cerca de un automóvil estacionado al borde de la carretera.

— Elvira —corrigió Logan al reconocer el disfraz de la chica.

Pasaron junto a ellos y Heldfield les sonrió.

La pareja los ignoró por completo. Unos giros más adelante, se detuvieron frente a una magnífica mansión, quizás la más lujosa de las villas de River Falls.

Salieron del coche y Logan timbró en el interfono. Nadie respondió; timbraron de nuevo y finalmente la luz iluminó el interior de la casa.

— ¡Lárguense o llamo a la policía! —gritó una voz masculina furiosa.

— No será necesario, ¡somos la policía! —respondió Logan por el interfono. Si pudieras abrirnos...

La voz no respondió, pero dos minutos después, un hombre en pijama y zapatillas de cuero, envuelto en un abrigo, abrió la puerta entreabierta. Bajó por el pórtico y se acercó a ellos apuntándolos con una metralleta.

— Sobre todo, no se muevan, malditos críos.

¡Cómprate gafas, pobre idiota! lo insultó Logan en sus pensamientos. Cuando John Harper estuvo cerca de la verja, finalmente reconoció al sheriff y bajó su arma.

— ¿Sheriff?! ¿Qué está pasando?

— Nos gustaría hablar con su esposa. ¿Está aquí?

— Por supuesto, no me ha dejado en toda la noche.

Heldfield miró a Logan y comprendió que era mejor mantener sus cartas en la mano. Harper acababa de mentir descaradamente. ¿Estaba involucrado en esto? Tal vez Heldfield tenía razón, tal vez era simplemente una cuestión de celos, después de todo.

— Pero, ¿qué le quieren? —preguntó Harper.

— No puedo decirle nada. Debo hablar solo con ella.

Harper le lanzó una mirada desagradable.

— Síganme de todos modos —dijo, a regañadientes.

Subieron por el camino de entrada y entraron en la amplia mansión. Alysson Harper, en bata de baño, llamó a su esposo desde la parte superior de la escalera central.

— Cariño, ¿qué está pasando?

Parecía que acababa de despertarse.

¡Una actriz increíble! pensó Logan.

— Nos gustaría hacerle una o dos preguntas. No tomará mucho tiempo.

— Estoy escuchando —respondió sin moverse.

Logan avanzó hasta la base de las escaleras.

— Me gustaría hablar con usted a solas.

— No tengo nada que ocultarle a mi esposo —dijo sin moverse.

Le gustaba jugar en posición de poder. Por suerte, él no jugaba ese juego.

— Insisto.

— Querida, haz lo que te dicen. Ve al salón de arriba, yo me quedaré abajo viendo la

televisión.

— Gracias —dijo Heldfield, quien estaba cerca de él.

Los dos agentes se unieron a la Sra. Harper, quien los invitó a seguir un laberinto de pasillos que llevaban a una lujosa sala decorada con buen gusto.

— ¿Les ofrezco algo de beber, Sheriff? —preguntó mientras se dirigía al bar.

Había cuadros de grandes pintores cubistas en exhibición. Heldfield, quien era un conocedor, pensó que reconocía un Braque.

— No, estamos de servicio, pero si usted desea beber, puede hacerlo.

La Sra. Harper tenía la intención de hacerlo y se sirvió un vaso de ginebra.

— ¿Qué quieren saber?

— Si pudiera contarnos exactamente lo que sucedió en el Pacific Express, ahorraríamos tiempo.

— No me he movido de aquí, mi esposo puede confirmarlo.

Logan miró a su teniente y suspiró.

— ¿Qué hacemos? ¿Los llevamos a los dos por obstrucción a la justicia o solo a la mujer? —preguntó, usando el término de manera despectiva.

Heldfield respondió:

— Dejémosle una última oportunidad, señora Harper. Señora Harper, créanos que estaríamos afligidos si tuviéramos que llegar a ese extremo, pero usted fue testigo de un asesinato. Debe contarnos todo. Tenemos las cintas de seguridad del motel. La identificamos claramente. ¿Entiende?

La Sra. Harper bebió su ginebra y maldijo a Lamar. Le había prometido borrar las cintas. ¡Ese idiota no pudo guardar silencio!

— Está bien, pero quiero que nos prometa que esto se mantendrá confidencial. No está obligado a mencionar mi nombre, ¿verdad?

— En la medida de lo posible, lo intentaremos. Pero si hay un juicio y nos interrogan sobre la identidad de la persona que estaba con Gary Borden esa noche, no tendremos elección.

La Sra. Harper se sentó en un sofá junto a la ventana en la ladera de la colina. Desde allí, se podía ver toda la ciudad iluminada.

— En primer lugar, sepa que amo a mi esposo —dijo como preámbulo—. Entre Gary y yo, fue solo una cuestión de sexo, nada más. Mi esposo siempre supo de nuestra relación. Si alguna vez se imaginan que pudo haber cometido el crimen por celos, están muy equivocados. John es un esposo perfecto y moderno. Sabía que al casarse con una mujer más de treinta años menor que él, podría no estar a la altura, si me entiende.

Logan y Heldfield comprendieron perfectamente. Inconscientemente, Logan metió la mano en el bolsillo.

— Pueden fumar. También tengo ese defecto —dijo la Sra. Harper.

Logan le agradeció y encendió un cigarrillo después de ofrecerle uno.

— Fue John quien casi me empujó hacia sus brazos. Tiene mucho respeto por Gary. Él tenía..., se corrigió a sí misma.

Logan notó que su máscara de hielo no era muy sólida. Tenía un carácter fuerte para mantener su dignidad a pesar de lo que acababa de pasar.

— John prefiere que esté con un hombre que me respete que con un playboy sin cerebro de feria. Al menos, si se descubriera mi aventura, él podría salvar su reputación argumentando la posición de Borden. Es menos vergonzoso ser engañado por un rival de igual calidad que por un

simple jardinero —añadió para asegurarse de que entendieran la diferencia.

Logan comprendió especialmente por qué John Harper estaba perdidamente enamorado de su esposa y dispuesto a todo para mantenerla. Alysson Harper irradiaba un carisma impresionante. No tenía por qué juzgar su comportamiento, al contrario, no encontraba nada de qué quejarse.

— Nos veíamos discretamente, dos o tres veces al mes, y esta noche...

Su voz se quebró y comenzó a llorar. Heldfield se acercó y se sentó a su lado.

— Estará bien, señora Harper, tómese su tiempo.

Pero se recuperó rápidamente y relató los hechos de manera detallada. Terminó diciendo que no había tenido tiempo de ver nada y que había recobrado el conocimiento atada a la cama, junto al cadáver ensangrentado de Borden.

Logan lamentó tener que hacerla revivir esta experiencia, pero ahora estaba convencido de su inocencia.

— ¡Es su esposa! ¡Estoy segura! Meredith Borden. Deberían arrestarla a ella. ¿Cómo pudo hacer esto?

Alysson Harper volvió a llorar. Logan ya no tenía más preguntas. Al menos por el momento.

— La dejaremos. Le agradezco que nos haya dado algo de su tiempo, pero en mi opinión, debería consultar a un psicólogo lo antes posible. Mañana le enviaré una lista de profesionales competentes. No puede quedarse con esto para usted.

Heldfield quedó sorprendido por tanta preocupación. Sin duda, vivir con una perfiladora tenía una buena influencia en el sheriff.

Salieron del salón y encontraron su camino de regreso a la planta baja. John Harper había oído sus pasos y los esperaba en el vestíbulo de entrada.

— Su esposa va a necesitar mucho de usted —dijo Logan, convencido de su inocencia también.

Harper no dijo nada. No tenía idea de lo que su esposa les había contado. No se delataría tan tontamente.

— Buenas noches, me disculparán si no los acompaño hasta su auto.

— No hay problema.

Los dos policías salieron de la villa y el frío de la noche los envolvió.

— ¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Heldfield.

— Creo que nos dijo la verdad.

Heldfield dejó que su mirada vagara por el jardín iluminado por una media luna.

— Pienso lo mismo, y creo que sería interesante interrogar a la viuda.

Logan miró la hora. Eran las 12:47. Estaba cansado y le vendría bien volver a casa a dormir, pero...

— ¿Te gustaría seguir?

— Tenemos que notificar a la Sra. Borden, ¿no? —respondió Heldfield.

*

— ¿Qué? ¡No! ¡No es posible!

Meredith Borden se desplomó a los pies de los dos policías. Heldfield se inclinó para ayudarla, adelantándose a Miss McGregor, la institutriz de los dos hijos de los Borden.

— Vaya, asegúrese de que los niños no se despierten —ordenó Logan a Miss McGregor.

Si Meredith Borden hubiera organizado el asesinato de su esposo, era una actriz increíble.

Pero solo para demostrarle a Heldfield que estaba haciendo su trabajo sin importar su convicción personal, decidió asumir el papel del policía duro. Se inclinó junto a Heldfield, quien intentaba torpemente ayudar a Meredith Borden a levantarse, y le tomó el brazo.

— Déjame hacerlo.

Acompañó su comentario con un guiño significativo. Heldfield captó el mensaje y se retiró.

— Deja de fingir, eso no funciona conmigo. Sabías que tu esposo te estaba engañando con Alysson Harper. Lo odiabas por lo que te estaba haciendo pasar, no podías soportarlo más y pagaste a alguien para que lo eliminara.

— ¿Cómo te atreves? —exclamó Meredith Borden, sorprendida por tanta vileza.

Se enderezó y se apoyó contra la pared. Logan la miró compasivamente.

— No te culpo. En realidad, te entiendo. Si mi esposa me engañara con un tipo que odio, creo que también sería capaz de hacer lo peor. Sabes, creo que el jurado te concederá circunstancias atenuantes y te condenará a cinco años de prisión, y eso con un buen abogado...

Meredith Borden no podía creerlo. Desde el caso de la primavera, tenía una gran admiración por este sheriff de Seattle. Un hombre íntegro, justo y recto. Todos lo decían, incluido su esposo.

"Una bendición para nuestra ciudad finalmente tener a un hombre de la ley que está por encima de toda reproche", solía elogiar Borden a su esposa. ¡Si tan solo hubiera sabido lo miserable que era!

— Vamos, te prometo que te entiendo, vas a hacer una declaración y...

Un bofetón resonante quemó su rostro y le dejó la marca de cinco dedos. Heldfield llevó la mano a su cinturón, pero Logan le impidió completar el gesto, indicándole que todo estaba bien. La mujer no se había contenido en absoluto.

— Maldita escoria —dijo Meredith Borden entre lágrimas—. Mi esposo te respetaba. Pensaba que eras un hombre honesto, pero no eres más que un misógino despreciable que cree que las mujeres son tan estúpidas como los hombres. ¿Qué sabes tú del amor? ¡Nada! —gritó antes de continuar en el mismo tono lleno de una ira fría—. Si hubiera decidido matar a alguien, Alysson Harper estaría muerta en este momento.

Logan estuvo completamente de acuerdo con ella. Meredith no habría sido tan tonta como para matar a su esposo y olvidarse de eliminar a su rival. Era inocente, estaba claro como el agua. En cuanto a Alysson Harper, no habría ido a la cita en el motel si hubiera sabido que el asesino atacaría esa noche. El único sospechoso potencial era John Harper, pero Alysson parecía tan sincera cuando le explicó el funcionamiento de su relación...

John Harper debía saber que, aunque eliminara a Borden, Alysson encontraría a otro semental para satisfacer completamente sus deseos de mujer joven. Eso eliminaba definitivamente la teoría de los celos.

— Señora Borden, le presento mis más sinceras disculpas, solo necesitaba asegurarme de que no tenía nada que ver en esto.

Después de su diatriba, Meredith Borden se quedó apoyada contra la pared de la entrada y lloró en silencio.

— ¡Cállese! ¡Y váyase al infierno! —gritó, al borde de la histeria.

Logan se sentía miserable. No insistió más. Se despidió de la viuda, a quien ignoró ostensiblemente, y salió con Heldfield.

— ¿Sigues pensando que se trata de una historia de mujer engañada y esposo cornudo?

En la frialdad de la noche, los dos hombres se dirigieron hacia el Cherokee.

— Tengo que decir que me cuesta creer que puedas simular un dolor tan intenso —dijo

Heldfield, conmocionado. Ahora, quizás está llorando porque lamenta haberlo matado.

Logan suspiró y encendió un cigarrillo.

— Te veo venir, te duele tener que pagarme la cena.

— No — protestó Heldfield, quien luego entendió la broma y continuó de manera más tranquila —, pero creo que sería bueno revisar los horarios de todos, verificar las cuentas bancarias, ver si hubo movimientos o retiros sospechosos. La rutina, ¿sabes?

— Ningún juez nos otorgará una orden de registro sin alguna prueba inicial. Si no podemos demostrar que Meredith Borden o John Harper estuvieron en la escena del crimen, no tenemos absolutamente nada para implicarlos, aparte de las vagas suposiciones de un teniente tacaño.

Heldfield adoptó una expresión ofendida.

— ¿Realmente quieres ser objeto de burla por parte de un abogado astuto? Estas personas tienen los recursos para tener la mejor defensa posible, sin mencionar a la prensa. Ya puedo ver los titulares: "Incapaces de resolver el caso, la policía de River Falls se ensaña con la viuda del difunto", dijo Logan, imitando la lectura de la primera página.

— Probablemente tengas razón.

— Tengo razón, Tim — insistió Logan de manera perentoria. De todos modos, estoy seguro desde el principio de que esto está relacionado con los oscuros negocios de Gordon. Verás que el FBI no tardará en sacar todo a la luz.

— Espero que sí — respondió Heldfield. Por cierto, hablando de ellos, no deberían tardar en llegar al motel para recoger pruebas. ¿Tienes sueño?

Logan podría haber dejado a Heldfield y regresar a casa. Su presencia en el motel no aportaría nada más a la investigación, pero el riesgo de encontrar a Callwin en casa era peor que ver a Blake y su equipo recoger pruebas en el motel.

— No, vamos, pero antes tomemos una copa.

Sin darle importancia, él también había sido profundamente conmovido por las dos entrevistas que había tenido esa noche. Acusar a dos mujeres inocentes del asesinato del hombre al que amaban era una tarea que no confiaría ni a su peor enemigo. Realmente necesitaba relajarse de otra manera que no fuera a través del humor.

— Te sigo — respondió Heldfield.

Jueves 1 de noviembre

— ¡Vas a arrancar de una vez! — gruñó Jack Mitchell mientras giraba la llave de encendido por sexta vez consecutiva.

Eran las 8:20 de la mañana. Ya tenía veinte minutos de retraso y aún no había salido de su mansión. Nunca debió quedarse tan tarde. Ahora tenía una migraña espantosa, un aliento desagradable a pesar de haberse cepillado los dientes a conciencia y un aspecto que daba miedo.

Había celebrado Halloween en el Club del Poni, un club de striptease para adinerados en busca de emociones fuertes. Se habría marchado mucho antes del cierre, pero Dick y Peter le habían rogado que se quedara con ellos. Nunca debió escucharlos...

Mitchell se reajustó en el asiento de su coche, cerró los ojos y, con delicadeza extrema, volvió a colocar los dedos en la llave de encendido y la giró bruscamente. El milagro ocurrió. El motor rugió.

Mitchell pisó el acelerador dos veces. Satisfecho con el resultado, activó la apertura de la puerta del garaje.

Ya era hora, pensó aliviado. Odiaba llegar tarde. Cada aspecto de su vida estaba cronometrado como un reloj. Era la única manera de estar siempre en la cima.

Afuera, un hermoso sol matutino acababa de elevarse sobre el bosque. El Ford Mustang rojo se lanzó hacia adelante y asustó a una familia de pájaros refugiados en una de las torretas de la mansión Mitchell.

Construida a principios del siglo pasado con el dinero del bisabuelo de su bisabuelo, la mansión nunca había salido de la familia, incluso durante la crisis de 1929 que casi arruinó a los Mitchell. Eran banqueros de generación en generación y accionistas principales del BBM, Bank of the Big Mountain. La mansión era su estandarte, orgullosamente promocionaba su historia en la región y, sobre todo, su poder. Ahora que sus padres habían fallecido, Mitchell era el único heredero y gastaba una fortuna en mantenerla.

Pero valía la pena, pensó al ver cómo la mansión se hacía más pequeña en su espejo retrovisor interior.

Había sido construida al norte de River Falls, en North Peak, en medio del bosque, lejos de las aserraderos que se encontraban más al este, con la ventaja de estar también en el curso del río. Una ubicación ideal.

En ese momento, todos los burgueses de River Falls tenían sus residencias en North Peak. Esto fue antes de que Borden & Co obtuviera la autorización para construir en la colina más expuesta, al final de la Segunda Guerra Mundial. El dinero que Borden había generosamente donado para el esfuerzo de guerra pronto se multiplicaría por cien con la construcción de un nuevo barrio: Golden Hill. El fin de North Peak estaba programado.

La nueva burguesía en ascenso había contratado a arquitectos de renombre y paisajistas reputados para diseñar los planos de este moderno vecindario, lejos de esos viejos caserones de madera que nunca estaban a salvo de un incendio. La mansión de los Mitchell se había convertido en uno de los últimos templos del glorioso pasado de esta parte de River Falls.

Mitchell dejó el camino irregular que serpenteaba a través del bosque de pinos y se unió a la

carretera que llevaba a River Falls. Con distracción, escuchó una melodía de Mendelssohn. La aspirina que acababa de tomar comenzaba a hacer efecto, su dolor de cabeza disminuía.

El dolor había desaparecido por completo cuando llegó al centro de la ciudad. El tráfico era mucho más denso de lo habitual a la hora a la que normalmente iba a trabajar. Se esforzó por mantener la calma por temor a que la migraña regresara, pero odiaba más que nada en el mundo esa sensación sofocante de estar atrapado en el tráfico matutino.

Diez minutos después, giró en Dixon Street y, con un clic en su dispositivo, abrió las puertas del garaje del edificio donde se encontraban las oficinas de la sede de la BBM. Muchos autos ya estaban estacionados. Miró su reloj nuevamente. Eran las 9:12. Estaba doce minutos retrasado para su primera cita. ¡Una vergüenza!

Subió en el ascensor y se aseguró de revisar su apariencia. Al final, no estaba tan mal. Sopló en su mano y maldijo su aliento. Tenía que encontrar un chicle a toda costa antes de reunirse con Howard Thuner, el dueño de una cadena de restaurantes de comida rápida local que planeaba abrir tres restaurantes más en River Falls y que le pediría una importante línea de crédito. ¿A qué costo?

La negociación se presentaba complicada. Thuner necesitaba su préstamo, pero, por su parte, Mitchell necesitaba asegurarse de conseguir nuevos clientes de esa importancia.

La puerta del ascensor se abrió en el último piso del edificio de siete plantas.

— Buenos días, señor Mitchell — saludó Mady, la recepcionista.

Una mujer con un encanto especial, lo suficientemente mayor como para que él no se sintiera tentado a tener una relación con ella.

No había lugar para el romance en el trabajo. Esa era su regla. Ninguna de sus colaboradoras era, en términos estrictos, una mujer increíblemente hermosa. Sin embargo, tenían clase y estilo, pero no tenían la figura que haría fantasear a los empleados del banco.

— Su cita ha llegado, la hice esperar en la Sala Forestal.

— Bien — respondió Mitchell apoyándose en el mostrador. Dígame, ¿no tendrá un chicle de menta o un caramelo?

La recepcionista sonrió y sacó un spray para el aliento.

Mitchell lo tomó y le devolvió la sonrisa.

Mady era realmente la empleada ideal. Discreta, entendía todo sin necesidad de insistir. Mitchell tenía el don de encontrar a ese tipo de personas. A pesar de los voraces apetitos de los magnates financieros de Seattle, Los Ángeles e incluso Nueva York, el BBM se había mantenido independiente de los grandes grupos financieros estadounidenses, gracias a una gestión implacable que garantizaba la lealtad ciega de los actuales inversores del banco hacia Jack Mitchell.

Recorrió el pasillo y se enjuagó la boca con un rocío del spray. Inmediatamente se sintió mejor. Un segundo rocío y volvió a sentirse como el rey del mundo.

Sin golpear, entró en la Sala Forestal, una de las salas privadas del piso de dirección.

— Mi querido Howard, ¿cómo está usted? — lo saludó Mitchell mientras se acercaba a él con la mano extendida.

Howard Thuner estaba de pie frente al inmenso acuario incrustado en una de las paredes de la sala. Observaba con aparente interés el ballet acuático de los peces multicolores. Era un hombre pequeño, con una incipiente calvicie, bigote y vestido como un estadounidense promedio.

Nunca juzgar a un hombre por su apariencia, pensó Mitchell, quien conocía la fortuna del hombre.

— No me hables de eso — respondió Thuner. Pasé la noche en Seattle. Mi esposa quería ver el concierto especial de Alice Cooper para Halloween. Tengo los oídos zumbando y el cerebro hecho puré, se disculpó Thuner. ¡Ya no es de mi edad!

Mitchell odiaba el rock en general y el hard rock en particular. Música de salvajes. Nada que ver con las maravillosas melodías de los compositores clásicos del pasado.

— "Billion Dollar Babies", su mejor álbum —dijo, sin embargo, como si siempre hubiera sido fan.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Thuner.

— ¡Un banquero que sabe de buena música! Respeto —dijo, realmente impresionado.

Normalmente, Thuner despreciaba a esa clase. Solía decir: "¡Todos son ladrones!".

— Kiss, Mötley Crüe, Led Zeppelin, toda mi juventud —continuó Mitchell, mintiendo descaradamente.

Había contratado a un detective privado para averiguar todo sobre los gustos de su posible cliente. Manifestar los mismos intereses era, desde su punto de vista, la mejor manera de ganarse un negocio.

— ¿Un café? —ofreció Mitchell.

— Con gusto. "Smoooooke on the waaaater", tarareó Thuner mientras se dirigía a sentarse.

— "And fire in the sky", añadió Mitchell, que al igual que todos conocía ese clásico básico.

Con un Nespresso en la mano, se sentó frente a Thuner.

— Por cierto, ¿has oído la noticia? —preguntó Thuner. Es terrible. Me pregunto si es bueno invertir en tu ciudad.

Mitchell mantuvo su expresión serena, pero se lamentó de no haber escuchado las noticias de la mañana. ¿De qué estaba hablando?

— Me temo que no estoy al tanto.

Thuner se puso serio.

— Encontraron el cuerpo de Gary Borden degollado en un motel en las afueras de la ciudad.

— ¡Vaya! —exclamó Mitchell, sorprendido.

Por un momento, había perdido su habitual tranquilidad. Sin embargo, después de reflexionar...

— Debe estar relacionado con el escándalo Gordon, ese asunto de fraude inmobiliario revelado por el Seattle Tribune.

— Es posible —dijo Thuner, a quien no le importaba la razón. Te das cuenta, degollado como un cerdo. No sabemos más, pero terminar así... Asqueroso, horrible. Después del gran abogado, el gran empresario. Horrible...

No había necesidad de exagerar. Borden era un presumido engreído, corrigió Mitchell en su interior.

— Eh, el próximo podría ser usted. El gran hombre de dinero de la ciudad, ¡sería un buen añadido a la lista! —dijo Thuner entre risas.

— Borden era un amigo —respondió Mitchell con tono seco.

Thuner dejó de reír instantáneamente y se puso rojo como un tomate.

— Disculpe, eso es totalmente culpa mía. No puedo evitar decir tonterías.

Mitchell miró por la ventana al sol y logró dejar caer una lágrima que intentó secar discretamente.

— Si lo prefiere, podemos posponer nuestra reunión.

— No, todo lo contrario. Si me quedo solo, solo pensaré en eso. ¿Por qué no hablamos de

negocios? —propuso con tono amigable.

— Claro, señor Mitchell.

Thuner era un tipo astuto y un gran hablador, pero tenía una emotividad juvenil, como muchos autodidactas que habían salido de sus pueblos. Ahora que lo había colocado en una posición de inferioridad, iba a aprovecharlo al máximo. Los negocios eran los negocios. No había mal momento para ganar dinero.

— Usted mencionaba que quería abrir tres restaurantes, ¿verdad?

— ¿Qué hora es? preguntó Logan, despertando de golpe.

— Son las diez y cuarto. Habría dejado que durmieras más, pero es Nathan. Quiere hablar contigo —dijo Hurley mientras le extendía el teléfono.

Logan se pasó una mano por el cabello y, sacando las piernas de las sábanas, se sentó al borde de la cama.

— Hola, Nathan —saludó con voz ronca.

Hurley, ya vestida, abrió las persianas y la luz del día inundó la habitación.

Logan entrecerró los ojos.

— Hola, Mike, tengo buenas noticias que darte.

Blake y su equipo estaban trabajando intensamente cuando se unió a ellos durante la noche. Había estado dos horas observando cómo operaban antes de decidirse a volver a la cama.

— Cuéntame.

— ¿Recuerdas la huella de zapato en el suelo del motel?

Logan la visualizó. La sangre había salpicado desde la arteria carótida de Borden. Había manchado la pared, la cama y también el suelo. El asesino había pisoteado la sangre y dejado una huella claramente visible.

— Mismo modelo, misma talla que la encontrada en la terraza de Gordon —informó Blake.

Era una de las pocas pistas que habían descubierto en la casa del abogado. Una huella de zapato enlodada.

— ¿Sabes cuántas personas usan Nike, solo en mi ciudad?

— Ves muy bien a dónde quiero llegar.

Logan lo sabía. Solo estaba bromeando.

— Sí. Eres un genio, Nathan, y eso confirma mis sospechas. Ambos casos están relacionados.

Recordó a Heldfield y su convicción de que se trataba de un simple caso de celos.

¡Celos! Si hubieran esperado un poco, no habrían tenido que humillar a esas pobres mujeres en duelo.

— Bueno, voy a ducharme y luego te alcanzo. ¿Dónde estás?

— En la morgue, con nuestro amigo.

Logan preferiría no volver a ver el cadáver de Borden, pero era parte del trabajo. Concluyó la llamada con Blake y colgó.

— Entonces, ¿qué piensas? —preguntó Hurley expectante.

Logan le contó sobre el descubrimiento de la huella.

— ¿Crees que está relacionado con el caso de Gordon?

— ¿Lo dudas?! —se sorprendió Logan—. Es la misma persona la que cometió ambos crímenes. Y justo el mismo día en que el Seattle Tribune publica el caso, ¿qué más necesitas?

Hurley sabía que Logan tenía razón, pero su sexto sentido no se conformaba con esas explicaciones. Algo no encajaba, pero no podía ponerle el dedo encima. No estaría tranquila hasta que lo descubriera.

— Supongo que tienes razón.

Logan percibió que no estaba convencida, pero no intentó persuadirla. No hay peor ciego que el que no quiere ver, pensó mientras se estiraba, con los brazos extendidos hacia el techo, y soltaba un grito liberador.

— ¿Tu amiga sigue aquí? —preguntó.

— No, se fue de regreso a Seattle temprano esta mañana.

Logan se acercó a Hurley y le acarició la espalda cariñosamente.

— Pasé una noche particularmente difícil. No hay nada peor que dar la noticia de la muerte de alguien.

Por obvia que fuera esa realidad, necesitaba hablar de ello. Imágenes terribles lo habían atormentado durante mucho tiempo antes de poder conciliar el sueño.

— La tragedia del mensajero de malas noticias. En otra época, te habrían asesinado por eso. Considérate afortunado de seguir con vida —dijo Hurley en un intento de quitarle dramatismo.

Logan suspiró.

— Tal vez.

Salió de la habitación. Una buena ducha lo ayudaría a recuperar un estado de ánimo más tranquilo.

En ese momento, gracias a una asociación de ideas, algo se encendió en el cerebro de Hurley y finalmente entendió lo que le molestaba en los asesinatos de Gordon y Borden.

— Mike, no estoy segura de que estos asesinatos estén relacionados con los negocios turbios de Gordon.

Logan se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió.

— ¿Qué estás insinuando? —preguntó, con prisa por ir a ducharse.

— El asesino no toca a las mujeres. Dejó con vida a la novia de Robert Gordon, y vuelve al motel con Alysson Harper.

— ¿Y qué? —preguntó Logan con ironía—. Supongo que solo le pagaron para eliminar a los dos hombres.

Hurley negó con la cabeza.

— No concuerda con el perfil de los asesinos a sueldo. Ninguno se arriesgaría a dejar un testigo. Y sobre todo, recuerda que hubo elementos en el asesinato de Gordon que también te parecieron muy extraños.

Logan se apoyó contra la pared.

— ¿Puedes recordármelos?

Hurley caminaba de un lado a otro en la habitación, tratando de seguir el hilo de sus pensamientos.

— El asesino intentó maquillar la muerte de Gordon como un accidente doméstico. Pero obviamente, no podría haberlo hecho peor.

— Un aficionado, y luego qué.

Logan realmente no veía a dónde iba con esto.

— ¿Realmente crees que personas tan importantes como las involucradas en el asunto solo pueden pagar los servicios de un simple aficionado? Tienen suficiente dinero para contratar a los mejores asesinos a sueldo del mundo.

Eso no era falso, pero, ¿qué cambiaba?

— ¿Y vestirse con un disfraz de la Muerte? Hay un aspecto teatral que no encaja con el comportamiento de un profesional.

— Sí, pero si la decisión de matarlos no proviene de las personalidades involucradas en las travesuras de Gordon, ¿quién crees que podría ser? A menos que estemos tratando con un asesino en serie que ya no soporta a los ricos de la ciudad, no veo otro motivo...

— También está ese problema —añadió Hurley—. Si Leslie pudo revelar los negocios de

Gordon y sus compinches, fue porque murió y tú abriste su caja fuerte. Sin eso, nadie habría sabido nada.

Logan de inmediato sintió que ella había dado en el verdadero punto crítico del asunto.

— Siempre asumimos que alguien pagó por los servicios de un asesino para matar a Gordon y poner a la policía al tanto de estos asuntos. En ese caso, ¿por qué también hacer matar a Borden si el objetivo ya se había alcanzado? —preguntó.

— Tal vez Borden no esté involucrado en absoluto. Leslie me aseguró que su nombre no estaba en ningún documento del expediente azul de Gordon. ¿Quizás él fue el que ordenó el asesinato de Gordon? Pero al no estar involucrado en el negocio, recurrió a un matón de los barrios bajos en lugar de a un profesional —dijo, sintiendo que estaba cerca de la verdad—. De alguna manera, Hilton y sus cómplices descubrieron que Borden los había traicionado y pusieron precio a su cabeza.

Eso tenía sentido, pero Logan vio de inmediato el último problema.

— ¿Habrían contratado al mismo matón aficionado para matarlo a él?

El castillo de naipes de Hurley se derrumbó. ¡Caramba!, pensó antes de recuperarse de inmediato.

— Es el asesino el que cambió de bando. Aceptó la oferta de Borden para matar a Gordon y, cuando vio la repercusión que tuvo en los periódicos ayer, debe haber ofrecido inmediatamente sus servicios a Hilton y traicionado a su primer cliente. Lo mató. Así, gana en ambos frentes.

Logan miró fijamente a Hurley a los ojos y pensó que tenía a la mujer más inteligente del mundo. Todo tenía sentido ahora.

— Te adoro.

— Fuiste tú quien tenía razón, el asesino está definitivamente relacionado con el caso —respondió Hurley, aún incómoda con los elogios.

Logan la abrazó y sintió su virilidad despertar.

— Encantado de oírtelo decir —dijo antes de susurrarle al oído—: ¿Una ducha romántica?

Stuart no estaba contento de que terminara la última clase de la mañana. Estaba ansioso por volver a su habitación y aislarse. Todavía no había superado el incidente de la noche anterior. Se comportó como un tonto. Pobre Shannon. ¿Qué le había pasado? Irse sin una explicación.

Pero, ¿cómo podía decirle que era virgen y se avergonzaba de ello? ¿Que no sabía nada sobre los juegos del amor? ¿Que era la primera vez en su vida que sentía los labios de una chica en los suyos?

Acababa de salir del anfiteatro, absorto en sus pensamientos, cuando una mano firme se posó en su hombro. Dio un respingo y emitió un grito agudo y ridículo.

— Tranquilo, Stuart —dijo Joey.

Stuart se recompuso. No era el momento de derrumbarse. No había vuelto a hablar con Joey desde que lo sorprendió con Judith en la oficina de la residencia Delta. Los dos chicos se evitaban, igual de incómodos.

— Hola, Joey, ¿cómo estás?

Los estudiantes pasaban por los pasillos sin prestar atención a su presencia. Era mediodía, hora de ir al comedor para el primer servicio del almuerzo.

— Bien, supongo —respondió con voz apagada—. He escuchado la noticia, lo siento.

Stuart no pudo evitar ruborizarse y bajó la mirada. Shannon lo había contado todo. Solo faltaba que Stuart cavara una tumba y se arrojara en ella. Pronto todo el mundo sabría las desventuras de Stuart, el virgen más grande de la tierra.

— Sé que esto es difícil, pero debes ser valiente. Estoy aquí para ti. Puedes contar conmigo si quieres hablar al respecto.

Stuart apreció la delicadeza de la atención. Joey no iba a divulgar la noticia.

Shannon debió contarle todo a su hermana, quien luego se lo dijo a Joey. Ojalá la difusión de la noticia se detuviera ahí.

— Gracias, pero ¿qué hay que decir? —dijo Stuart encogiéndose de hombros.

Joey asintió con aprobación.

— Judith me dijo que podrías ir a verla al hospital hoy, si quieres.

— ¿Qué? —exclamó Stuart, no seguro de haber entendido todo.

— Puedes ir a verla. Sabes, muchos médicos creen que incluso en coma, los pacientes nos oyen.

Stuart sintió un nudo en el estómago y en la garganta.

— ¿De qué estás hablando?

— De Shannon —respondió Joey, frustrado—. ¿De qué creías que estaba hablando?

El corazón de Stuart parecía latir con fuerza en su pecho, le costaba respirar.

— ¿Qué ha pasado? —le rogó, elevando la voz.

Algunos estudiantes que pasaban los miraron con cierto desdén. Joey observó a Stuart. ¿Realmente no estaba al tanto?

— La hermana de Judith intentó suicidarse.

Stuart sintió que las piernas le flaqueaban. La sangre abandonó su rostro y se sentó en el suelo. Joey se agachó a su lado.

— No, no —dijo Stuart entre sollozos.

Joey le pasó el brazo por los hombros.

— Estuve con ella anoche, tuvimos una pelea. Nunca pensé que... —logró articular antes de que un sollozo le impidiera continuar.

Joey veía más claro ahora. Se sentía mal por Stuart. Era evidente que el joven no había tenido una vida fácil.

— Guarda esto para ti. Sin embargo, ve a verla. Estoy seguro de que le hará bien —le tranquilizó—. Tomó medicamentos. Los médicos no se pronuncian sobre su estado, pero yo estoy convencido de que Shannon espera que le digas lo que tienes en el corazón.

Stuart se secó los ojos con la manga de su chaqueta y agradeció a Joey con una mirada fraterna.

— Dime dónde está, tengo que verla.

— Por supuesto, vamos, te llevaré allí.

*

A pesar del buen tiempo, el ambiente durante el entrenamiento había sido sombrío. Todos se habían enterado de lo que le había sucedido a Steven: alguien se aprovechó de la fiesta para golpearlo. Estaba en el hospital con una mandíbula inferior fracturada y una costilla rota. La familia quería presentar una denuncia, pero nadie había visto ni oído nada.

Cuando Flynn pitó el final del entrenamiento, los miembros del equipo regresaron a los vestuarios con el ánimo por los suelos. Además de estar conmocionados por lo de Steven, habían perdido a su mariscal de campo estrella. No tenían ninguna posibilidad de ganar su primer partido la semana siguiente si Steven no volvía. Y eso parecía improbable.

Con el rostro serio, Kyle parecía compartir la desesperación de sus compañeros. Había fingido jugar mal para demostrar que él también estaba en estado de shock.

— Kyle, ¿puedo hablar contigo un momento? - dijo Flynn.

Plantado en sus dos piernas, Flynn lo miró acusadoramente. Kyle sostuvo su mirada. No debía parecer culpable en absoluto.

— Sí, - dijo y, dirigiéndose a sus compañeros, agregó: "Voy enseguida, guárdenme un sitio en la mesa".

Flynn esperó a que los estudiantes abandonaran el campo de fútbol universitario para hablar.

— Fui a ver a Steven al hospital esta mañana. Está en muy mal estado.

Kyle no parpadeó y mostró una expresión comprensiva.

— Me lo contó todo, continuó Flynn.

Kyle lo dudaba mucho. ¿Un farol del entrenador?

— No tengo nada que decir.

Flynn se acercó a él. Kyle podía sentir su aliento en su rostro.

— Escúchame bien. Quiero saber exactamente qué pasó entre ustedes dos. Él me dijo que lo buscaste y lo sorprendiste. Tienes suerte de que no quiera presentar una denuncia.

Kyle decidió mantenerse firme en su posición.

— No sé de qué está hablando.

Flynn puso una mano firme en su hombro y lo apretó dolorosamente.

— No juegues al tonto conmigo, chico, - lo advirtió antes de continuar. Steven me pidió que te sacara del equipo, o de lo contrario dará tu nombre a la policía.

— ¿Eres el entrenador? - preguntó.

Kyle luchó por mantenerse controlado. Un odio sordo fluía por sus venas.

— ¿Es eso todo lo que te importa? Estoy dispuesto a sacarte del equipo y parece que te importa un comino.

Kyle no apartó la mirada y siguió mirando a su entrenador.

— ¿Por qué lo golpeaste? Te conozco, Kyle. Eres como yo. No naciste con una cuchara de plata en la boca. Eres un luchador, un luchador, no un inútil que tira la toalla a la primera dificultad.

Kyle sintió que su pulso se aceleraba. Las palabras de Flynn resonaban fuerte en él. Había dado en el clavo. En efecto, había luchado para llegar hasta donde estaba. ¿Y un pequeño pijo le iba a bloquear el camino hacia los campos de juego?

Flynn vio que había abierto una brecha.

— No creo ni una palabra de lo que me dijo Steven. No lo agrediste sin motivo. Cuéntame lo que hizo.

Kyle habría querido poder decírselo, pero debía mantener la boca cerrada. Tenía que proteger a Cheryl de la vergüenza.

— Estoy de tu lado, Kyle, - dijo Flynn mientras apretaba un poco más fuerte el hombro de Kyle. Si Steven hizo algo grave, debes decírmelo.

Kyle sintió que sus ojos ardían. ¿Porque no parpadeaba o simplemente porque la emoción lo estaba abrumando?

— Si no hablas hoy, te arrepentirás toda tu vida. ¡Dime lo que pasó! - le instó Flynn, sintiendo que lo estaba perdiendo.

— ¡Déjame! - gruñó Kyle, apartándose bruscamente.

El entrenador no insistió y vio cómo su joven receptor se alejaba de él. Ya no podía hacer nada. Lo iba a sacar del equipo. No permitiría que Steven presentara una denuncia. Sin dinero, atrincherado en su silencio, tendría que pagar daños y perjuicios astronómicos, si no acababa en la cárcel durante varios años.

Flynn apretó los puños y se prometió a sí mismo que no permitiría tal injusticia.

Jack Mitchell estaba eufórico. La mañana con Howard Thuner había ido de maravilla. Acababa de acompañarlo hasta el ascensor y había cerrado un acuerdo que, gracias a una ingeniosa estructura diseñada por los financistas de BBM, le favorecía ampliamente.

Thuner había decidido firmar sin consultar a su abogado. ¡Qué tonto!

Lo más gracioso era que si, por alguna razón, Thuner quisiera retractarse del contrato, se vería obligado a pagar el veinte por ciento de la suma que Jack Mitchell le estaba prestando. ¡Qué ironía!

Se sentó de nuevo en su escritorio y encendió la radio. Un poco de Verdi para saborear esta negociación. Había actuado como "mejores amigos del mundo", utilizando el lenguaje familiar e incluso vulgar de Thuner. El tonto no se había dado cuenta de nada. Sobre todo con esa borrachera. Se había tragado cinco vasos de bourbon.

Mitchell giró su silla para disfrutar de la vista. Realmente era el rey del mundo. Consciente, calculador y metódico. Una máquina para ganar. Estaba a punto de llamar a su director de recursos humanos para proponerle almorzar juntos cuando sonó el teléfono. Era su secretaria.

— ¿Sí?

— Señor Mitchell, un tal Daniel Johnson quiere hablar con usted.

La buena disposición de Mitchell se desvaneció de inmediato.

— Dígame que estoy en una reunión - respondió antes de colgar bruscamente.

Con los codos apoyados en el escritorio, apoyó el mentón en las manos cruzadas. ¿Qué quería ese fantasma del pasado? Daniel Johnson, también conocido como "el Fracasado". El pobre tonto había dilapidado la fortuna de su difunto padre en un proyecto de centro comercial que nunca se materializó. Lo habían estafado de manera brillante y no tenía ningún recurso para recuperar su inversión.

Mitchell nunca se había preocupado por saber qué había sido de él. ¿Un vagabundo pidiendo limosna? Una idea bastante divertida.

Esperó así durante cinco minutos para asegurarse de que se había deshecho de ese despojo. Abandonando la idea de almorzar con su director de recursos humanos, decidió ir al Soleil de France, un restaurante francés de alta reputación. Tenía ganas de estar solo.

Recogió su Ford Mustang en el estacionamiento, condujo hasta la salida y activó la puerta, que se abrió lentamente hacia la calle.

Una figura apareció y se precipitó hacia su coche.

— ¡Jack, soy yo! ¡Daniel! - exclamó Johnson, con las manos apoyadas en el capó. Tenemos que hablar.

Mitchell habría deseado atropellarlo, pero eso no se hacía... A veces, uno tiene que admitir la derrota para ganar más adelante.

Bajó la ventana.

— ¿Qué quieres? Tengo una cita, no tengo tiempo para escucharte.

Con una expresión completamente afligida, Johnson se colocó junto a la puerta. Mitchell echó un vistazo a su guantero. Había un arma guardada, lista para ser usada.

— ¿Te enteraste sobre Gary?

— Sí, ¿y qué? Me estás molestando, déjame en paz.

— Robert, luego Gary, ¿quién será el próximo? ¿Tú o yo? - preguntó Johnson en tono de

pánico.

Después de Thuner, era la segunda vez que le pronosticaban su muerte inminente. Estaba empezando a cansarse de eso.

— No tenemos razón alguna para morir. ¿Tú no estabas involucrado con ellos?

Johnson negó con la cabeza.

— Yo tampoco, entonces todo está bien - dijo Mitchell, sin ocultar su irritación.

— Jack, no entiendes. No puedes haber olvidado. No me digas que olvidaste.

Mitchell estaba empezando a estar realmente molesto, pero eso lo llevó a hacerse preguntas.

— Dame tu tarjeta. Te llamaré esta noche, y sobre todo, no le cuentes nada a nadie. ¿Me lo prometes?

— Sí, Jack. Tenemos que hacer algo.

— Daniel, déjame pensar. Te llamaré esta noche y decidiremos, ¿de acuerdo? ¿Puedes esperar hasta entonces?

Johnson sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó. Parecía calmado. Mitchell era definitivamente muy persuasivo.

— Está bien, no diré nada, pero prometes llamarme, ¿verdad?

— Te lo juro en nombre de nuestra amistad, Daniel - respondió Mitchell solemnemente. Ahora déjame pasar, llega tarde.

Johnson se alejó de la puerta. Mitchell volvió a poner el coche en marcha y salió al aire libre. Ese idiota definitivamente le había arruinado el día.

"¡Dime que no lo olvidaste!" le había gritado. ¿Cómo podría haberlo olvidado...

Heather había pasado la mañana de compras en el gran centro comercial a las afueras de River Falls con Jennifer y Melody. Fue un día agradable en el que se rieron mucho.

Luego, las tres chicas almorzaron en uno de los mejores restaurantes de la ciudad y se divirtieron tratando de identificar a algunas personas que, obviamente, no tenían la intención de reconocerlas. Después, pasaron la tarde paseando por el Jardín Park.

En este final de verano, el sol era deliciosamente cálido. No eran las únicas que lo disfrutaban.

Eran casi las 18:00 cuando finalmente decidieron regresar. Tomaron un taxi y cuando indicaron la dirección, la actitud del conductor cambió repentinamente. Pero a ellas no les importaba. Hacía mucho tiempo que las miradas de los hombres ya no las molestaban.

Evitando el tráfico, el taxi tomó la carretera norte y luego se dirigió hacia North Peak. Aparte de algunas personas mayores arraigadas, ya no vivía mucha gente en esa área. Las fortunas van y vienen. Golden Hill había sido durante mucho tiempo el lugar de residencia de los privilegiados de este mundo.

El taxista permaneció en silencio durante todo el viaje. Nunca les preguntó por el camino. Rápidamente, se adentró en el denso bosque por la última carretera en buen estado. La mansión surgió ante ellas después de una última curva. Su fachada había sido repintada en colores atrevidos. Luces de Navidad rodeaban las ventanas.

El taxi cruzó un puente sobre el río y llegó al patio de Pretty Follies. El burdel más famoso de la región. Según los rumores, allí se encontraban las prostitutas más hermosas de River Falls. Como un católico devoto que valoraba sus principios, el taxista despreciaba a todas esas personas que se entregaban a la lujuria. Estas chicas no se daban cuenta de que estaban bajo el influjo del demonio. ¿Cuántos hombres habrían corrompido?

Prefirió no pensar en ello. Dejó a las chicas en la entrada, cobró la tarifa y se fue, rezando

por sus almas.

Con las bolsas de compras en la mano, las tres chicas subieron los escalones del pórtico y pasaron junto a la Sra. Georgia, la tenanciera del lugar.

— Buenas noches, señoritas - dijo ella con un pretendido acento francés.

A sus sesenta y tres años, la Sra. Georgia había ejercido durante mucho tiempo el oficio de sus chicas antes de que la edad pusiera freno a su carrera. Pero sus clientes adinerados le habían permitido volver a tomar el negocio cuando Edward Dayton, el dueño anterior, fue arrestado por pedofilia. Gritó conspiración, pero nunca logró demostrar su inocencia. Terminó electrocutado en la silla eléctrica.

Georgia a veces sentía remordimientos, pero después de todo, ¿era normal que un hombre ganara dinero a expensas de las mujeres?

— Denme sus recibos.

Georgia protegía a sus chicas como a la niña de sus ojos: eran su fuente de ingresos, pero más allá de eso, quería que tuvieran una vida de princesas.

A principios de los años 50, Georgia había sobrevivido alquilando su cuerpo en los bajos fondos de River Falls, la época más oscura de su vida. No permitiría que sus chicas pasaran por lo que ella había experimentado.

Cada una entregó sus recibos por turno, que Georgia ni siquiera se molestó en revisar.

Las chicas subieron al piso de arriba. Inmediatamente, las otras residentes, al escucharlas entrar, se abalanzaron sobre ellas.

— ¡Enséñame! - dijo la multitud impaciente.

Durante la próxima hora, desempacaron las bolsas, divirtiéndose probándose la ropa amontonada en las camas y disfrutando plenamente de este momento de relajación.

Cuando sonó la hora de la cena, Heather sintió la necesidad de quedarse sola. Estaba cansada. Habría deseado tener su noche libre, pero si Georgia era la mujer más encantadora para satisfacer sus necesidades, era implacable en lo que respecta al trabajo. ¡El cliente siempre primero!

Heather se encerró en su habitación del tercer piso. La vista daba al río. En esta época del año, el flujo era tranquilo. La vista la relajó.

Ella estaba tan ansiosa de que este día llegara a su fin. ¡Mañana finalmente regresaría a Seattle!

Este breve momento de respiro pasó más rápido de lo que hubiera deseado. Los automóviles de estos caballeros comenzaban a llegar, todos elegantes.

El Pretty Follies era una casa cuyas tarifas elevadas permitían seleccionar a una clientela adinerada, discreta y que pagaba sin rechistar.

Heather sintió la ansiedad apoderándose de ella. Hacía dos años que había ingresado a este establecimiento. Apenas tenía diecinueve años, pero su falsa identificación la hacía parecer dos años mayor. Nunca se acostumbraría a su situación.

La prostitución era la peor de las profesiones para las mujeres, pues tocaba lo máspreciado en ellas: la cuna de la maternidad. Los hombres solo sabían profanar lo más sagrado del mundo.

Tampoco soportaba los discursos de esos falsos pensadores libres que elogiaban la prostitución en nombre de la libertad de la mujer. ¿Realmente sabían de qué estaban hablando? Ser penetrada una docena de veces al día por hombres lujuriosos, la mayoría de las veces ancianos y rara vez atractivos, que solo veían en ellas muñecas dispuestas a satisfacer todas sus

fantasías, algunas de las cuales eran particularmente insoportables. Pero pagaban. Tenían todos los derechos. Algunos clientes incluso se imaginaban que les proporcionaban placer.

En la mente de Heather resonaban las pequeñas frases de sus "clientes habituales". Sintió que su corazón se apretaba. En vísperas de su partida a Seattle, no tenía ningún deseo de ser violada por dinero.

¿Cuándo se llamaría a la prostitución por su verdadero nombre: una violación comercializada, basada en la desesperación o la alienación de las mujeres?

Llamaron a su puerta. Heather se esforzó por apartar esos terribles pensamientos. De todos modos, hacía mucho tiempo que no tenía ilusiones sobre nada.

Fue a abrir y le dio la bienvenida a su primer cliente con una sonrisa falsa.

—Les he traído rosas, espero que les gusten.

Barthélemy Candle. Un hombre de cincuenta y cinco años. Siempre insistía en ser amable con ella. ¿No podía entender que lo que estaba haciendo era simplemente repugnante?

—Oh, qué amable, eres un amor, respondió ella sin embargo.

Georgia no le perdonaría que lo tratara mal. Era uno de los mejores clientes del burdel.

—Es normal, Romance, eres una joya, dijo él usando su seudónimo.

Se acercó, depositó sus labios de otra época sobre los suyos y se invitó con su lengua...

Heather había terminado su tercer pase de la noche cuando Georgia entró en su habitación.

—¿Qué le pasa? ¿No está contento?, se preocupó Heather, refiriéndose a su último cliente.

—No, es que tengo algo especial para usted.

Heather pudo ver que Georgia estaba avergonzada. ¿Qué quería decir con "especial"?

—Dos mil dólares para ti.

Era mucho dinero. Y Dios sabe que ella necesitaba el dinero. ¿Pero a qué precio?

—¿Y qué es eso?

—Cuatro chicos al mismo tiempo. Chicos que querían despejarse antes de ir a la universidad.

Cuatro niños ricos de papá que querían cumplir una fantasía", tradujo Heather. Esto no formaba parte de las normas de buena conducta de la casa. Aquí, las chicas sólo satisfacían a un cliente a la vez. Para que hubiera una exención, estos jóvenes tenían que ser realmente importantes.

—Muy bien, entonces.

—En ese caso, te esperarán abajo y tú irás con ellos.

Heather frunció el ceño. Georgia nunca permitía que las chicas se quedaran a dormir.

- Son los hijos de las mejores familias de la ciudad. No puedo negarme, a menos que tú no quieras. No te obligaré.

—No, olvídale, me voy. Son guapos, ¿verdad?

—Atletas —respondió Georgia, que sabía que a Heather le daba igual.

Las dos mujeres bajaron las escaleras.

A Heather le temblaron las piernas en cuanto las vio. El problema no era tanto su aspecto como su juventud.

Dieciocho años como mucho. Parecían mucho más jóvenes que ella. Le daba asco. Con los hombres mayores era diferente. A menudo eran patéticos. Pero aquí, sentía que iban a abusar de ella por diversión, ¡para humillarla!

Con sus caras bonitas y su dinero, podían tener a todas las chicas que quisieran. Pero eso no

les bastaba, querían más: una chica dispuesta a cumplir todos sus deseos sin objeciones.

— Hola, Romance —dijo Daniel Johnson—. Soy Dany.

Fue él quien tuvo la idea de esta pequeña fiesta para terminar el verano en grande. Le tendió la mano a Heather, quien la estrechó esforzándose por sonreír.

— Jack —dijo Jack Mitchell con aire arrogante.

— Bob —saludó Robert Gordon a su vez.

— Yo soy Gary —dijo Gary Borden visiblemente incómodo.

— La devolveremos antes de las 8 en punto. Lo prometo —dijo Georgia con un tono imperativo.

Daniel se acercó a ella.

— No habrá ningún problema, se lo aseguro, señora.

Heather tomó un largo abrigo de piel y se unió a los chicos en el estacionamiento de la mansión, junto a un Lamborghini. Gary le abrió la puerta y la hizo subir atrás, mientras Jack la acorralaba en el otro lado, y Daniel se sentaba al volante, con Robert en el asiento del copiloto.

Eran cerca de las doce de la noche. El automóvil italiano rugió violentamente al arrancar y se alejó en la oscuridad bajo la cubierta de los árboles del bosque.

— ¿A dónde vamos? —preguntó Heather con voz firme.

No les mostraría su desprecio. No valían la pena.

— No te preocupes. Es una sorpresa, te encantará.

Una mano se posó en su pierna. Era la mano de Jack. Se dejó hacer. La mano subió por su muslo.

— Eh, ¿no puedes esperar? ¡Está bien, no vas a hacer eso en el auto! —intervino Gary.

Se sentía cada vez más incómodo. Los efectos del alcohol que habían consumido durante toda la noche comenzaban a desaparecer. ¿Qué estaban haciendo allí con una prostituta?

Realmente no necesitaban esto.

Jack le lanzó una mirada sarcástica y retiró su mano.

Heather odiaba la sensación de no existir. Era solo un objeto a sus ojos. Malditos niños mimados.

El automóvil dejó atrás North Peak, tomó la carretera que iba hacia el oeste y pronto la Lamborghini subió por Golden Hill.

Los padres de Daniel Johnson se habían ido por todo el mes. Tenía la villa solo para él.

El automóvil se detuvo frente al portón de la villa.

Desde que su esposo murió, Jane Korgan, quien paseaba a su perro en medio de la noche, reconoció el automóvil del hijo de los Johnson. Él y sus tres amigos habían estado tocando música a todo volumen durante todo el día. Cuando los vio salir de la villa al principio de la noche, había creído que finalmente tendría paz. Ahora lo dudaba.

La Lamborghini pasó por el portón, que se cerró detrás de ellos.

Jane Korgan se acercó sin ser vista y los espío. El automóvil se detuvo frente a la villa, a unos diez metros de distancia. A la luz de las lámparas exteriores, Jane Korgan reconoció a los cuatro mocorros cuando salieron de su auto. ¡Una joven mujer estaba con ellos!

Si fuera más joven, Jane Korgan no dudaría en llamar su atención y darles una lección. Pero a sus casi setenta años, sabía que solo recibiría un torrente de insultos. En esta América en decadencia, los jóvenes ya no respetaban a sus mayores. ¡Qué vergüenza!

La joven mujer echó un vistazo hacia atrás, como si quisiera escapar. Su mirada se cruzó con la de Jane Korgan, quien se sintió perturbada y retrocedió hacia el muro.

— ¿Qué estás mirando? —dijo Jack Mitchell al girarse, alerta.

— Nada —respondió Heather, olvidando de inmediato a la anciana y su perro.

Entraron en la casa, y la ostentación de lujo impresionó a Heather.

— Aprovecha, no todos los días tendrás la oportunidad de volver aquí —proclamó Daniel Johnson, orgulloso de su riqueza.

— Está bien, deja de burlarte —dijo Gary Borden.

No era necesario humillar a esta pobre chica. Aunque ella hiciera todo lo posible para disimularlo, él podía ver que estaba incómoda. Deberían haberlo dejado. Fue una mala idea.

Entraron al salón principal. Daniel encendió las luces. Inmediatamente, la iluminación creó un ambiente íntimo muy agradable. Encendió el sistema de sonido y puso WKFM. "Two Princes" de Spin Doctors.

Robert sacó copas y una botella de champán. Hizo saltar el corcho y llenó los vasos que ofreció a todos.

Heather rara vez bebía, pero aceptó con gusto, esperando que la ayudara a relajarse por completo.

— Propongo brindar por nuestra invitada de honor —dijo Daniel.

Los otros tres chicos estuvieron de acuerdo, aunque Gary lo hizo con cierta reticencia.

— ¡Por el Romance! —gritó Daniel alzando su copa.

— ¡Por el Romance! —repitieron los demás en coro.

Vaciaron sus copas de un trago y se sirvieron más.

Heather bebió la suya y disfrutó del calor que inmediatamente recorrió su cuerpo.

— Bueno, ¿y si comenzamos? —propuso Daniel mientras se acercaba a Heather bailando.

Le encantaba esta canción de Spin Doctors. ¡Era demasiado genial!

Heather se acercó a él y puso la mano en su camisa. Daniel se apartó lentamente.

— Haznos un striptease, algo como en "Flashdance", ¿sabes a lo que me refiero?

Heather había visto la película, pero no recordaba un striptease. Sin embargo, obtendrían lo que querían.

Los cuatro chicos, sentados en sillas y sofás, formaron un círculo alrededor de su invitada.

Heather entró en modo Romance y olvidó toda modestia. Lentamente, con languidez, se deshizo de todas sus prendas, dejando solo ropa interior sugerente.

Los cuatro jóvenes estaban al borde de la excitación. Incluso Gary recuperó cierto entusiasmo. La chica realmente sabía lo que hacía. Y esas pequeñas sonrisas que le dirigía...

¡Dios mío, qué hermosa es! pensó mientras disfrutaba del whisky que Daniel les había servido.

Heather, continuando su coreografía sensual, se acercó al sillón de Daniel y, como la profesional que era, comenzó su espectáculo. Hizo volar su sujetador, liberando sus pechos y haciéndolos oscilar al ritmo de la música. En un movimiento languideciente, los acercaba al rostro de Daniel y luego los alejaba ligeramente antes de reiniciar su danza lasciva. Finalmente, se arrodilló frente a él y, con una mirada traviesa, colocó la mano en su cinturón y deslizó la cremallera de su pantalón. Con evidente destreza, tomó las riendas de la situación.

Jack dejó su copa y se desnudó por completo, sin preocuparse por la mirada de sus camaradas. Estaba borracho pero estaba excitado como un toro. Se acercó a la chica y, sin previo aviso, bajó su pequeña tanga. La chica seguía ocupándose de Daniel.

¡Qué zorra tan hermosa! pensó mientras la penetraba lentamente.

Gary miró a Robert. Ambos chicos estaban visiblemente incómodos y excitados al mismo

tiempo.

Robert se levantó y aumentó el volumen del sistema de sonido antes de bajar ligeramente la iluminación. Gary sacó un porro para darse valor. Se lo pasaron entre ellos, Robert y Gary, uno tras otro. Luego se desnudaron y se unieron a sus dos camaradas.

En la madrugada, un grito despertó al grupo. Jack, Gary y Robert corrieron hacia la habitación de donde provenía el grito. Una visión espantosa los conmocionó.

— ¿Qué has hecho, Daniel? —exclamó Gary, conmocionado, acercándose a Heather.

La cabeza de la joven estaba en un ángulo imposible con respecto a su cuerpo.

— ¿Qué demonios pasa por tu cabeza? —gritó Jack mientras sacudía a Daniel con fuerza.

— No fui yo, la encontré así, lo juro, no tuve nada que ver —respondió Daniel.

A pesar de una larga discusión, ninguno de ellos admitió la verdad. Sin embargo, estaba claro que uno de los chicos había vuelto a divertirse con la mujer y las cosas habían salido mal.

Las evidentes huellas de golpes en el cuerpo y la sangre alrededor de la zona íntima no dejaban lugar a dudas.

— Bien, la arrojaremos al río y nos mantendremos en silencio —propuso Daniel.

— Deberíamos ir a la policía, es un accidente —dijo Gary.

— ¡Un accidente! —gritó Jack, señalando el cadáver. ¡Terminaremos todos en prisión, seguro!

Después de media hora de discusión, todos acordaron que era mejor guardar silencio.

Daniel metió el Lamborghini en el garaje. Envolvieron a Heather en una sábana y, lejos de las miradas indiscretas, la colocaron en el maletero del coche. Habían decidido arrojlarla en North Peak. Ya no vivía mucha gente allí, y Jack conocía bien la zona.

Fue Robert quien tuvo que explicarle a Georgia que Heather había decidido no regresar al burdel.

La dueña no se lo creyó ni por un segundo, pero evitó hacer preguntas. No se atacaba impunemente a los poderosos. Inventó una historia lo suficientemente creíble para las jóvenes residentes, y no se habló más de Heather.

Los cuatro chicos pensaron que habían salido impunes hasta que un paseante encontró el cuerpo unos diez días después, en una de las orillas del río, más al este de donde lo habían dejado.

Se difundió un retrato hablado de la joven en la prensa para identificarla, y Jane Korgan se complació en dar su testimonio a la policía. Pero la simple declaración de una anciana no fue suficiente.

Durante el juicio, el abogado defensor logró cambiar su testimonio, demostrando con pruebas periciales su vista defectuosa.

Los cuatro jóvenes fueron absueltos y quedaron libres de toda sospecha. Nadie pidió a Georgia que testificara en el tribunal. De todos modos, el cheque que había recibido la mantenía callada para siempre. Además, el sheriff Wesley, gran amigo de los padres de los jóvenes, se esforzó al máximo para que la muerte de una prostituta fuera rápidamente olvidada...

Sentado al volante de su Ford Mustang, Jack Mitchell no había olvidado nada. Todo volvía a él como si fuera ayer.

¡Idiota! pensó al recordar la advertencia de Daniel Johnson. Había logrado transmitirle su ansiedad. Pero, ¿quién podría culparlos quince años después? ¡Era absurdo! Robert y Gary

habían muerto debido a sus problemas inmobiliarios. Nada que ver con su noche con la prostituta.

Pero, ¿podría haber alguna conexión?

Se esforzó por calmarse, tomó su teléfono y llamó a su secretaria para decirle que no volvería a casa ese día. Tenía que analizar la situación.

¿Quién podría querer vengar la muerte de esa chica? No tenía padres ni marido...

De repente, un recuerdo regresó.

¿Cómo había podido pasar por alto este detalle? Él, Jack Mitchell, tan meticuloso, tan cuidadoso.

En el juicio, se mencionaron gemelos de tres años que habían quedado al cuidado de una niñera en Seattle.

¿Era posible que estos niños, ahora adultos, quisieran vengar a su madre? ¿Era concebible que no hubieran terminado como su madre, en la miseria?

Tomó rumbo a su mansión con la firme intención de descubrir la verdad detrás de esta historia.

Stuart subió las escaleras del hospital tan rápido como pudo. Nunca en su vida se había sentido tan desesperado, y sin embargo, su vida no había sido fácil.

Cuando su madre murió, la niñera los entregó a la justicia, que los colocó en un orfanato. Al igual que Heather antes que ellos, pasaron de familias de acogida a internados varias veces. Finalmente, un grupo de expertos decidió que eran inadaptados.

Sin embargo, a diferencia de su madre, que no tuvo esa suerte, fueron apoyados durante toda su adolescencia por un cuidador compasivo, el Sr. Flanagan. Él les brindaba ayuda en los momentos difíciles y los convencía de que continuaran sus estudios con determinación.

Cuando los psicólogos o expertos psiquiátricos abierta o sutilmente reconocían su creencia en lo innato, una disposición hereditaria debida a genes defectuosos, este supervisor, este hombre bueno que había leído estudios sobre la resiliencia, quería demostrarles que nada era inevitable. Denle una oportunidad a cualquier niño y encontrará su camino.

Si Stuart se destacaba en muchas materias consideradas nobles, Kyle tenía dificultades para concentrarse durante mucho tiempo. Sin embargo, tenía un talento real para el deporte. Y todo el mundo sabía que el deporte era la puerta de entrada a la universidad.

El Sr. Flanagan había fallecido de un ataque al corazón el año anterior, pero había dejado este mundo con la conciencia tranquila. Pasó su vida sacando a cientos de niños de su destino trágico. Muchos probablemente no habían llegado a la alta sociedad, pero ninguno olvidaría nunca lo que había hecho por ellos.

Corriendo hacia la habitación de Shannon, Stuart no dejaba de pensar en Flanagan. Siempre le había enseñado a respetar al prójimo, a perdonar, a no herir a los demás.

"A este mundo ya le basta con ser duro", solía decir.

La idea de que Shannon hubiera intentado suicidarse por su causa era simplemente insoportable. Si ella moría, nunca podría vivir con esa culpa.

"Señor Flanagan, le ruego, ¡haz que ella viva!" había estado rezando constantemente.

Stuart no creía en Dios, pero sí en los ángeles. Estaba seguro de que Flanagan estaba en el cielo cuidando de toda la humanidad junto a las almas buenas que habían habitado la Tierra, como su madre a quien nunca había conocido.

Sin aliento, llegó al cuarto piso, con Joey pisándole los talones. En un amplio pasillo, se cruzó con un anciano que caminaba con un andador, lo que lo obligó a reducir la velocidad.

Una vez que encontró la puerta 425, se detuvo y recuperó el aliento. La duda lo invadió. ¿Realmente lo estaban esperando?

Miró a través de la ventana de la habitación. Reconoció a Shannon, con una vía intravenosa en su brazo demacrado.

— ¿No vas a entrar? —preguntó Joey.

— Ya no sé —respondió Stuart con el corazón apretado.

Joey puso una mano reconfortante en su hombro y abrió la puerta.

Stuart se decidió y entró en la habitación. Ella parecía como muerta. Su rostro no expresaba ningún sentimiento. Estaba inmóvil. Solo su caja torácica se movía al ritmo de la respiración.

Se acercó suavemente a la cama, la observó detenidamente y se dio cuenta de que no la encontraba fea en absoluto. Tenía rasgos muy delicados, una piel translúcida. Era hermosa. No podía morir, ¡no debía morir!

— Shannon, estoy seguro de que me escuchas —dijo con la voz ronca—. Lo siento, lo siento mucho.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero logró controlar su voz.

— Lamento tanto, si supieras.

Tomó suavemente su mano en la suya. Era suave y cálida. ¡Este contacto era tan poderoso! Tenía la sensación de que su timidez crónica se había ido. No importaba la presencia de Joey, ya no viviría en el miedo y la vergüenza.

— Shannon, quiero que vivas, debes aferrarte, te amo, te amo —le susurró.

Era la primera vez en su vida que pronunciaba esas palabras. Ya no tenía dudas. Ella era la mujer de su vida. Si ella moría, él también moriría.

— ¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí? —se indignó una voz femenina.

Stuart se sobresaltó y descubrió a Judith acompañada de una mujer que lo miraba como si fuera un monstruo de feria.

— Es Stuart, mamá, un amigo —dijo Judith—. Y él es Joey, ya te he hablado de él.

— No tienen nada que hacer aquí. ¡Salgan inmediatamente o llamo a seguridad!

Evidentemente, le resultaba insoportable que un chico como Stuart se atreviera a considerarse íntimo de su hija. Todo en ella revelaba esa suficiencia propia de las mujeres de su mundo. Vestía ropa de diseñadores de renombre, visitaba diariamente al peluquero y a la esteticista, que no había logrado suavizar su rostro severo y sus ojos inquisitivos.

Por ricas que fueran, las tres hijas de esta mujer no debieron haber tenido una vida tan agradable como él había imaginado.

— Disculpe, señora —dijo Stuart, intentando soltar la mano de Shannon, pero una presión en sus dedos se lo impidió.

— Acércate, susurra Shannon con una voz apenas audible.

Hubo un momento de silencio. Judith, con la mano frente a la boca, lloraba en silencio. Su madre permanecía inmóvil sin comprender. Conmovido, Joey intentaba en vano no mostrar nada y abrazó a Judith.

Stuart se inclinó hacia Shannon, con lágrimas todavía corriendo por sus ojos enrojecidos.

— Acércate más.

Su voz era tan débil... Él acercó su oreja a sus labios y escuchó la frase más hermosa:

— Yo también te amo —dijo ella en un susurro.

Olvidando al resto del mundo, giró suavemente la cabeza y depositó el beso más tierno en sus labios.

*

Kyle había faltado a las clases de la tarde. Estaba en el gimnasio golpeando la pared con una pelota de béisbol que atrapaba con su guante. Necesitaba pensar. Ya no formaba parte del equipo de fútbol. Acababa de arruinar todas las esperanzas que Flanagan había depositado en él, ¡y todo por el amor de una chica que algún día lo dejaría!

En el fondo, nada de esto importaba mucho. Se había inscrito en River Falls por una razón única y exclusiva: encontrar a los asesinos de su madre. Sin embargo, no podía sacudirse una sensación terrible de fracaso. Nunca habría imaginado que al llegar a River Falls encontraría a una chica tan buena como Cheryl. Era todo lo que estaba buscando. Se sentía tan bien con ella. Y el fútbol americano... Era mucho más que una válvula de escape, le encantaba. El ejercicio físico,

la competencia, ser parte de un equipo universitario era una gran satisfacción. A pesar de sus intentos por relativizarlo, no podía.

Pasos en el suelo del gimnasio lo hicieron voltear la cabeza. Flynn se acercaba a él con paso decidido. Kyle permaneció sentado y continuó haciendo rebotar su pelota contra la pared.

— ¿Puedes detenerte por un segundo?

Kyle lanzó la pelota una última vez, pero antes de que regresara a su mano, Flynn la atrapó. Se agachó de puntillas frente a Kyle.

— No te voy a sacar del equipo.

Kyle lo miró sin comprender.

— Si hiciera eso, todos lo relacionarían con la agresión a Steven. Simplemente serás suplente durante todo el año, y tratarás de no jugar demasiado bien.

— Eres el entrenador.

Una vez que ya no era titular, ser despedido o convertirse en suplente no le importaba mucho.

— Lo que debes entender es que tu carrera no ha terminado debido a este incidente. El próximo año, te irás de River Falls e ingresarás a otra universidad.

Kyle soltó una risa llena de sarcasmo.

— ¿Quién querrá a un receptor que no ha jugado ni un solo partido en su primera temporada en el equipo universitario?

— No te preocupes por eso —lo tranquilizó Flynn con voz firme—. No me subestimes. Tengo una red en la que puedo confiar. Si te prometo que serás aceptado en otra universidad, debes creerme.

Kyle debería haberle agradecido, pero eso no estaba en su naturaleza.

— Eres un tipo duro, Kyle. Lo supe desde la primera vez que te vi. No sé por lo que has pasado, pero investigué sobre ti y sé que vienes de un internado para niños inadaptados.

— ¿Qué te importa?

Flynn asintió lentamente.

— Mira, yo también tuve una infancia difícil y el deporte me salvó. Podría haberme convertido en un delincuente, un traficante y terminar mi vida adicto o en prisión. Pero logré salir adelante. Cuéntame qué te atormenta.

Kyle no estaba de humor para hablar. Sin embargo, Flynn parecía realmente sincero. ¿Quizás podría ayudarlo y entenderlo?

— Kyle, te dejo mi número de teléfono personal. Si alguna vez quieres hablar en total confidencialidad, estaré aquí. No te juzgaré por lo que hayas hecho que te atormente. Todos pueden cometer errores. No te rindas, Kyle.

— Está bien, entrenador, lo tendré en cuenta.

Flynn sacó su bolígrafo y su libreta de la bolsa interior de su chándal, escribió su número, arrancó la hoja y se la entregó a Kyle.

— Puedes contarme cualquier cosa, incluso si he cambiado mi vida, aún mantengo un cierto código de honor. No traiciono a los míos, ¿de acuerdo?

Kyle asintió con la cabeza y tomó el trozo de papel.

Flynn se levantó y lo dejó solo.

Kyle lanzó la pelota contra la pared de nuevo, y logró concentrarse en el único pensamiento que realmente importaba: aún le quedaban dos basuras por eliminar. Solo dos y finalmente se liberaría de sus demonios.

Jack Mitchell se hundió en su silla y sintió una extraña sensación adentrándose en él. ¿Miedo? Tal vez no, pero era tan desconcertante saber que alguien estaba dispuesto a todo para matarte.

No le había llevado más de una hora recopilar toda la información que necesitaba. Algunas llamadas aquí y allá, y para su sorpresa, descubrió que Kyle y Stuart Simmons, los gemelos, se habían inscrito en la Universidad de River Falls desde el principio del año.

Ese tonto de Johnson tenía razón. Mitchell no creía en las coincidencias. En la vida, nada sucede por casualidad, todo es el resultado de una secuencia de actos conscientes e inconscientes que cometemos.

Mitchell había pasado su vida analizando cada una de sus acciones, haciendo todo lo posible para que sus proyectos tuvieran éxito. Hubo algunas veces en las que casi arruinó sus planes. Nadie es perfecto en este mundo. Pero dado que su trabajo era el análisis de riesgos, su objetivo era eliminarlos al máximo. La presencia de Stuart y Kyle era realmente un riesgo importante.

Vaciló durante mucho tiempo sobre qué hacer. Lo más sencillo habría sido llamar a la policía. Pero, ¿qué pensarían ellos? No había recibido ninguna amenaza de parte de los jóvenes. No podría hacer que los gemelos fueran acusados de intento de asesinato. Incluso admitiendo que hubieran sido lo suficientemente estúpidos como para dejar rastros de ADN en la escena de los dos primeros crímenes, ningún juez emitiría una orden de identificación. Faltaba el motivo que habría llevado a Kyle y Stuart a matar a Robert Gordon y Gary Borden: uno de ellos había matado a su madre.

No podía recordar ese incidente a la policía. Habían pasado quince años y nadie había hecho la conexión. Mitchell no quería que este caso resurgiera, no era bueno para los negocios. Así que solo quedaba una solución.

Mitchell tomó su teléfono móvil, sacó la tarjeta de Johnson de su chaqueta y marcó su número.

Johnson contestó. Su voz estaba llena de miedo.

— Daniel, hice las investigaciones necesarias. Tienes razón, alguien está tratando de matarnos —dijo con tono seguro.

Escuchó a Daniel suspirar y luego sollozar. Necesitaba calmarse. El miedo no era un buen consejero.

— Daniel, cálmate, ¡maldición! —le ordenó con un tono perentorio.

Eso pareció surtir efecto.

— Perdóname, Jack, pero ¿qué vamos a hacer? Tenemos que ir a la policía.

— No —le insistió Mitchell, volviendo a un tono más suave—. Daniel, sé quién ha hecho esto, y tengo un plan para que nos deje en paz.

— Pero tenemos que ir a la policía. Dales su nombre.

— Tengo algo mejor que eso, pero debes calmarte y escucharme.

— Te escucho, Jack, te escucho.

Mitchell comenzó a golpear su escritorio con los dedos. Rara vez perdía el control de sus nervios, pero Johnson era un elemento impredecible. No le gustaba nada.

— Te lo explicaré todo, pero no por teléfono. Te espero en mi casa a las 7 de la tarde. Sobre todo, no se lo cuentes a nadie y asegúrate de que no te sigan.

— Te lo prometo, pero ¿de verdad crees que me están vigilando?

¡Tonto! ¡No puedes intentar calmarlo! Mitchell tenía ganas de gritarle.

— Daniel, no te rompas ahora. Nuestro asesino mata una vez al mes. Robert a principios de octubre. Gary ayer. Uno de nosotros morirá en un mes. Pero con lo que tengo planeado, resolveremos este asunto mucho antes.

— ¿Qué vas a hacer, matarlo? —preguntó Daniel, nada tranquilizado.

Mitchell se forzó a reír.

— Daniel, ¿tengo el perfil de un asesino? —ironizó—. No, te digo que tengo un plan que nos asegurará paz y satisfará al asesino. Conozco sus motivaciones. Déjame manejarlo todo. No correrás peligro si haces lo que te digo.

— De acuerdo, estoy contigo.

Mitchell recordó un detalle importante.

— Daniel, bajo ninguna circunstancia le cuentes a tu madre que vienes a verme esta noche.

— ¿Por qué? ¿Crees que está involucrada?

¡Qué idiota! Mitchell recordó por qué no lo había visto en años.

— No, pero habla demasiado, lo sabes. Así que, por una vez en tu vida, evita contarle todo y haz lo que te he dicho.

— Te lo prometo, Jack, pero júrame que tu plan funcionará.

— ¿Tengo tendencia a no tener éxito en lo que emprendo?

Johnson no pudo más que confirmar.

— Venga, trata de calmarlo y nos vemos más tarde.

Mitchell colgó el teléfono. Se sentía agotado. No había nada peor que tratar con ineptos, dotados de una rara estupidez. Johnson era un fracasado en todos los sentidos. De los cuatro, él era el único que había arruinado su vida.

Hace casi diez años, tras la muerte de su padre, había heredado la fortuna familiar y había tomado las riendas de los negocios. No le había llevado más de cinco años arruinarse. Ahora era el gerente de una tienda de deportes en el centro comercial y vivía con su madre en un modesto apartamento de tres habitaciones en un barrio popular de River Falls.

Mitchell se había informado sobre él antes de investigar a Kyle y Stuart. Ahora solo tenía que esperar y esperar que este tonto actuara como le había recomendado.

*

Cuando escuchó el motor de un automóvil subiendo por el camino hacia la mansión, Mitchell finalmente se relajó. Se paró junto a la ventana y, en la oscuridad, observó los faros brillantes del automóvil.

Bajó la amplia escalera, cruzó el pasillo central hasta la doble puerta de entrada y fue a encontrarse con su visitante.

Johnson salió de su Maserati y se dirigió rápidamente hacia su antiguo amigo.

Mitchell notó que parecía mucho menos nervioso que al mediodía, cuando había llegado como un loco al estacionamiento.

— Buenas noches, Jack, hace un frío de perros.

— El invierno va a ser duro este año —respondió Mitchell mecánicamente—. Entra.

El tono era muy cordial, como dos amigos que se reencuentran después de mucho tiempo.

— Nada ha cambiado, observó Johnson, asombrado por la belleza del lugar.

— Lo cuido mucho.

Subieron la escalera y pasaron por el pasillo donde se exhibían los retratos de familia.

— Hay tantos recuerdos que me vienen a la mente. ¿Recuerdas cómo solíamos hacer travesuras con Gary y Robert? —preguntó Johnson.

Al mencionar a sus dos amigos asesinados, el ambiente se enfrió de inmediato.

— Sí, fue una época maravillosa. Los años 80, toda nuestra juventud —respondió Mitchell.

— Es cierto que hubo buenos momentos. ¡Qué lástima que la vida haga que los destinos se separen! Pero nada es eterno.

— Tú saliste bien, a diferencia de mí —dijo Johnson.

No había resentimiento en su voz, solo la expresión de una realidad.

— Realmente la cagué. Fui un completo idiota.

Trataba de nunca pensar en el pasado y su juventud dorada, pero ver esta mansión le recordaba demasiados recuerdos.

— Daniel, todo cambiará para ti. Ya no tendrás que trabajar en tu tienda de deportes. Voy a cuidar de ti.

— ¿De verdad? ¿Harías eso por mí? —se sorprendió Johnson.

No podía creerlo. Cuando quebró, ninguno de sus amigos quiso ayudarlo.

— Sí, te lo debo. Sin ti, nunca habría sabido que alguien quería matarme.

Entraron en la gran sala de estilo clásico. El piano de cola estaba en el mismo lugar, sobre la alfombra persa. Johnson se acercó.

— ¿Puedo?

— Adelante.

Con un ceremonial casi religioso, Johnson levantó la tapa y colocó un dedo en las teclas de marfil. Qué sensación tan agradable. Habían pasado años desde que no tocaba. Pero sus dedos no lo habían olvidado. Las Gymnopédies de Satie sonaron en notas cristalinas en la sala con una acústica excepcional.

Mitchell recordó las noches en que escuchaban a su amigo tocar hasta altas horas de la noche. Daniel era muy talentoso. ¡Lástima que fuera un tonto!

— ¿Quieres un coñac?

— Con gusto —dijo Johnson.

Sentía que estaba en una burbuja, fuera del tiempo. Nada más importaba. La muerte que acechaba sobre su cabeza. Su miserable vida. Su madre... Estaba en paz. Solo con Satie.

Mitchell colocó su vaso en el extremo del teclado y se sentó en un sillón, con su coñac en la mano. Disfrutaba del momento.

— Suena increíble —dijo Johnson después de tomar un pequeño sorbo del coñac.

— Si quieres, tengo jugo de naranja.

— No, déjalo, esto es exactamente lo que necesito.

Johnson se dejó llevar por completo. No sabía cuándo tendría la oportunidad de tocar de nuevo y había decidido disfrutarlo.

Los temas se sucedieron uno tras otro, y el artista solo se detenía para tomar un trago. Johnson estaba en trance, comenzaba a sudar, casi deliraba.

Mitchell lo miraba, conmovido. Había algo místico en ese momento. Fascinante. Pero como todo, esto llegó a su fin. Johnson dejó de tocar y miró a Mitchell con una mirada extraña.

— Jack, no me siento bien, tengo hormigueo en los ojos.

Mitchell colocó su vaso en una mesa baja cercana y se acercó a su antiguo amigo.

— No es nada, es solo que vas a morir. No te preocupes, no sufrirás.

— ¿Qué? —intentó decir Johnson, quien cayó del taburete del piano y se desplomó en la alfombra.

Mitchell se inclinó junto a él y lo tomó en sus brazos con cierta ternura.

— Nunca tuve la intención de hacerte daño. Pero no me dejaste otra opción. Nunca debes despertar a los viejos demonios.

— ¡Prometiste ayudarme! —logró articular Johnson.

— Eso es lo que estoy haciendo. Arruinaste tu vida, al menos tendrás un final exitoso. Te deseo un buen viaje, amigo mío.

Johnson ya no podía hablar. Sintió que su cuerpo se paralizaba. Tenía tanto frío, tanto miedo.

— Cierra los ojos, no pienses en nada más. Y con un último estremecimiento, Johnson expulsó su último aliento de vida.

Viernes 2 de noviembre

Logan estaba de muy buen humor. Había dormido especialmente bien y se sentía en excelente forma. Pasó la mayor parte de la mañana al teléfono con el FBI para resolver los detalles de su retirada del caso Gordon. Les entregaba el expediente completo y estaba encantado con eso.

La tranquilidad estaba a punto de volver a la comisaría, aunque había aceptado reservar dos oficinas completas para los agentes del FBI para que pudieran llevar a cabo sus investigaciones en el lugar. Logan incluso estaba dispuesto a colaborar mínimamente. Pero las investigaciones financieras estaban lejos de ser su especialidad, y mucho menos la de sus subordinados. Ninguno de ellos era capaz de entender un plan de financiamiento de inversión.

Eran casi las doce, y tenía que reunirse con Hurley en el restaurante. Estaba a punto de apagar su computadora cuando la silueta de la teniente Blanchett apareció detrás de la puerta de vidrio de su oficina. Antes de que golpeará, él le hizo un gesto para que entrara.

— Sheriff, hay una mujer que insiste en hablar con usted.

— ¿Qué quiere? —preguntó él, distraído.

Cerró sus cajones, se levantó y rodeó su escritorio.

— Su hijo ha desaparecido. No regresó a casa a dormir anoche.

— ¿Qué? —Logan se sorprendió por la calma de Blanchett.

No era típico de ella. Debía de haber algún problema en algún lugar.

— El problema es que su hijo tiene treinta y cinco años.

Logan no pudo evitar sonreír.

— Solo tienes que tranquilizarla diciéndole que probablemente pasó la noche con su amante. Estas cosas suceden después de la adolescencia.

Logan agarró su chaqueta. Tenía un poco de hambre. No tenía tiempo para una madre posesiva.

— Intentamos tranquilizarla, pero no cede. Está convencida de que le ha pasado algo.

— ¿Tiene alguna prueba de lo que está diciendo? —preguntó Logan, sintiendo que no iba a librarse tan fácilmente.

— Dice que quiere hablar con usted y solo con usted. Sabe cosas —respondió Blanchett, igualmente poco convencida.

Logan suspiró pero se puso la chaqueta de todos modos.

— Está bien, me ocuparé de esto.

Blanchett negó con la cabeza y pasó delante de Logan. Caminaron por el pasillo y entraron en una de las habitaciones al fondo. Una mujer con una elegancia un tanto ostentosa estaba sentada frente a una mesa, con su bolso en las rodillas.

— Buenos días, señora, soy el sheriff Logan. ¿En qué puedo ayudarla?

Blanchett entró en la habitación también.

— Ya le dije a esta mujer negra que mi hijo ha desaparecido, pero no quiere escuchar. ¿Es necesario hablar con negros en este país?

En la mente de Logan, una cuerda se ató a un árbol y el cuerpo de la mujer se colgó de ella.

— Inmediatamente se disculpará con la teniente Blanchett, o la haré arrestar de inmediato por insultos racistas y por desacato a un agente en el ejercicio de sus funciones —gruñó mientras se

sentaba frente a ella.

La Sra. Johnson pareció vacilar y, sin mirar a Blanchett, le ofreció disculpas, luego continuó:

— Sheriff, debe encontrarlo. Estoy segura de que le han hecho daño.

— ¿Qué la lleva a pensar eso? —preguntó Logan, cuya paciencia estaba agotándose.

— Mi hijo es todo lo que me queda. Vivimos juntos. Siempre me informa sobre su horario. De vez en cuando, pasa la noche en otro lugar, lo cual es completamente normal para un joven tan guapo como él. Pero siempre me avisa. Como mucho, llama al día siguiente. Esta vez, no puedo comunicarme con él. Su teléfono va directamente al buzón de voz. No es normal, sheriff, debe emitir una orden de búsqueda.

Logan se hundió en su silla.

— Escúchame, es posible que ya no quiera verte, que esté buscando cierta independencia —dijo Logan, añadiendo con desprecio—. ¿Puedes entender eso?

— ¿Quién te crees que eres? No soy tonta. Sé que tengo razón —respondió antes de mirar a Blanchett. —¿Tengo que hablar delante de ella? Sé cosas que solo quiero decirle a usted. No confío en ella.

Logan estaba a punto de reprenderla, pero Blanchett tomó la delantera. No estaba dispuesta a lidiar un segundo más con esta mujer.

— Voy a almorzar —dijo en un tono que no admitía réplicas.

Logan captó el mensaje.

— Buen provecho, yo me encargaré de ella.

Blanchett apreció la forma en que hizo hincapié en la palabra "encargarse".

— Bien, ahora que estamos solos, dime por qué debería preocuparme por tu hijo.

La Sra. Johnson se inclinó hacia él y, en un tono conspirador, explicó:

— Mi hijo era uno de los mejores amigos del abogado Robert Gordon y del promotor Gary Borden. Eran como uña y carne en su adolescencia. Siento que alguien les tiene rencor.

— Ahora veo mucho más claro —dijo él sin ocultar su sarcasmo.

Pero la Sra. Johnson ignoró la burla. Sacó una fotografía de su bolso en la que se veía a cuatro chicos vestidos con sus trajes de graduación universitaria.

— Mire, esta es una foto de mi Daniel con Robert y Gary.

— ¿Y el cuarto?

— Ese es Jack, un banquero, nunca me cayó bien. Tacaño como un judío. ¡Si solo nos hubiera ayudado, no estaríamos arruinados ahora!

Logan tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no agarrarla por el cuello de su abrigo y echarla fuera, pero lo que acababa de decirle le intrigó. A pesar de su disgusto, tragó su orgullo y actuó como si no hubiera escuchado nada.

— ¿Dices que están arruinados?

— No del todo. Pero, créame, en ese momento, los Johnson eran una familia respetable. Mi esposo luchó para hacernos un nombre, pero murió antes de poder entrenar a nuestro hijo para dirigir nuestro negocio familiar. En resumen, perdimos todo.

— Señora Johnson, ¿puede proporcionarme una foto reciente de su hijo?

La mujer sacó una segunda foto.

— Aquí la tiene, mírelo, es guapo, ¿verdad?

Este rostro no le decía nada a Logan.

— Lo voy a difundir en todos los medios y también al FBI. Si su hijo ha sido secuestrado, no debemos descartar ninguna pista.

La Sra. Johnson pareció tranquilizarse. Cerró su bolso y se levantó.

— Sabía que era una persona decente. Pueden decir lo que quieran, pero los...

— Una palabra más, y cambio de opinión —la interrumpió Logan.

La Sra. Johnson entendió el mensaje, pero era evidente que no estaba de acuerdo con él.

— ¿Me prometes que lo encontrarás?

— Haré todo lo posible para lograrlo, no se preocupe —dijo él muy seriamente.

¡Y cómo! Ella no imaginaba hasta qué punto lo encontraría, a su hijo.

Acompañó a la Sra. Johnson hasta la salida y cumplió exactamente lo que prometió. Emitió un aviso de búsqueda de Daniel Johnson, luego llamó al FBI y compartió su última teoría antes de finalmente salir del lugar para reunirse con Hurley en un restaurante del centro de la ciudad.

*

— Llegas tarde. Espero que tengas una buena excusa —dijo ella en tono ligero. Estaba sentada en la mesa con un aperitivo en la mano.

— No vas a creer lo que tengo que contarte —respondió Logan mientras se quitaba el abrigo.

Hurley dejó su aperitivo en la mesa. Nunca creyó que Logan sería capaz de conseguir un nombre. Los asesinos a sueldo eran parte del grupo más discreto de la humanidad, junto con los agentes secretos.

— ¿Y quién es? —preguntó Hurley.

Logan tomó el vaso de Hurley y dio un trago, solo para prolongar el placer.

— Daniel Johnson. Es el gerente de Sport & Fitness en el centro comercial.

— ¿Estás seguro de esta información?

— Más que seguro. Su madre me lo dijo, así que...

No terminó la frase. Hurley podía ver que se estaba divirtiendo. ¿No podía hablar más claramente?

— Si pudieras explicarme, tal vez podría felicitarte y gritar "¡genio!" —respondió Hurley rápidamente, con una sonrisa.

Logan se volvió hacia el camarero que acababa de llegar. Hicieron sus pedidos y finalmente Logan contó lo que la madre de Daniel Johnson le había dicho y luego le expuso su teoría.

— Todo lo que ella me dijo es cierto, lo verifiqué. Entonces, esto es lo que pienso. Alguien que conocía sus vínculos anteriores con Gordon lo pagó para matarlo.

— ¿Y por qué no los servicios de un asesino a sueldo? Sería mucho más fácil usar a un profesional —interrumpió Hurley, jugando al abogado del diablo.

— Sí, excepto que sabemos que fue un aficionado quien lo hizo.

Hurley asintió, pero otro detalle no encajaba.

— Si Johnson odiaba tanto a Gordon como para matarlo, ¿por qué no lo hizo antes?

— No, precisamente, el resentimiento rara vez es suficiente para desencadenar deseos de asesinato. Pero el dinero... De hecho, creo que conozco el nombre del mandante del asesinato de Gordon, ¿sabes a quién me refiero?

Hurley no entendía en absoluto.

— No.

Logan pensó que ella lo habría entendido. Qué le vamos a hacer.

— Gary Borden —dijo, y sin darle tiempo a Hurley a objetar, continuó—: Volvemos a lo que te dije al día siguiente de la muerte de ese pobre hombre. Cuanto más lo pienso, más seguro

estoy de que no está relacionado con el escándalo de Gordon. Nunca invirtió un solo centavo en sus negocios. Al menos eso es lo que el FBI cree por ahora. En cambio, muchos de sus competidores se dejaron tentar. sentó frente a ella y se relajó. Había tenido una noche muy buena y una mañana agradable, y este almuerzo parecía igual de delicioso. Es curioso cómo todo puede cambiar en poco tiempo. Había aceptado que Hurley regresaría a su trabajo en el FBI. Lo más difícil fue aceptar su partida, pero ahora todo iba bien. Iba a visitarla. Ella también vendría lo más seguido posible.

Un día hermoso, pensó mientras contemplaba a Hurley.

— ¿Podrías explicarme en lugar de mirarme así?

Logan sonrió.

— Tengo el nombre de nuestro asesino. Acabo de poner al FBI tras sus huellas y he compartido su retrato con la prensa.

Hurley completó la lógica en su mente, pero dejó que Logan terminara su explicación.

— Así que decide vengarse de su amigo que lo traicionó al manipular las licitaciones de numerosos proyectos inmobiliarios, y confía en que la policía descubra todo durante la investigación del asesinato.

— Es posible, pero tengo algunas objeciones.

— Permíteme continuar —dijo Logan, emocionado. Borden contacta a Johnson. Le promete una suma enorme, como un millón de dólares, para eliminar a Gordon. Luego, una vez cometido el asesinato, Johnson se da cuenta de la magnitud de lo que ha desencadenado y decide cambiar de bando, contactando a Hilton y sus amigos, ofreciéndose por una jugosa suma para eliminar a Borden.

— Y ahora, corre libre con sus millones —dijo Hurley, pensativa.

A pesar de algunos agujeros en esa teoría, tenía sentido. En cualquier caso, había suficientes dudas como para iniciar una búsqueda. Johnson no era un asesino a sueldo profesional y, sin duda, el FBI lo encontraría pronto, a menos que...

— ¿No crees que deberíamos buscar su cuerpo en su lugar? ¿Por qué pagarle y dejar un testigo incómodo en libertad? Concretamente, si lo entierras en concreto, te aseguras de que nunca hablará y ahorras dinero.

La confianza de Logan se desvaneció. No había visto las cosas desde ese ángulo. Sin embargo, tenía mucho sentido.

— Además, si creemos lo que su madre dice, estaba muy apegado a ella —dijo en voz alta.

— Espera un día. Si Johnson no se presenta por su cuenta con la orden de búsqueda que acabas de emitir, o está huyendo o ya está muerto. En ese caso, temo que nunca encontremos su cadáver —dijo Hurley.

Logan hizo una mueca. Esta conclusión le gustaba mucho menos que la suya.

El camarero regresó con sus entradas y las dejó en la mesa.

— Ahora podría explicarte punto por punto todo lo que no cuadra en tu teoría —continuó Hurley—. Hay una alta probabilidad de que esta mujer no sea más que una madre posesiva preocupada por nada, y en cuanto su hijo se entere de que está siendo buscado por todas las fuerzas del orden, se presentará por sí mismo para aclarar cualquier malentendido.

El momento de emoción se había desvanecido. Logan se dio cuenta de que tal vez había llegado a conclusiones demasiado precipitadas. También estaba empezando a ver las debilidades de su teoría. En primer lugar, ¿por qué disfrazar el asesinato de Gordon como un suicidio si el objetivo era llamar la atención de la policía?

- Bueno, solo nos queda esperar.
- Sabes, tal vez tuvo un accidente de coche y murió anoche.
- Vale, quizás me emocioné demasiado. ¿Esperamos hasta mañana para que me inmoles en público si Johnson reaparece?
- Con mucho gusto —dijo Hurley pinchando una hoja de ensalada con su tenedor en un gran gesto sacrificial.

Tumbado en la cama de su habitación, Kyle escuchaba música en su iPhone. Las clases de Cheryl terminaban a las 18:00. Quedaba solo una hora y estarían juntos durante el fin de semana. Kyle creyó escuchar golpes en la puerta. Se quitó los auriculares y fue a abrir.

Era Stuart. Tenía una expresión extraña en el rostro.

— ¿Estás bien? —preguntó Kyle, preocupado, invitándolo a entrar.

— Sí, te lo contaré, pero ¿has visto las noticias?

— No, ¿debería haberlo hecho?

— La policía emitió una orden de búsqueda para Daniel Johnson. Ha desaparecido la noche pasada.

Kyle inmediatamente entendió el problema y se acercó a la ventana. Johnson seguramente había comprendido lo que les esperaba.

— Kyle, estoy empezando a preguntarme si esto es una buena idea. Estás tomando demasiados riesgos. Me prometiste que esperarías un mes cada vez. Tengo miedo de que la policía lo descubra.

Kyle se apoyó en la ventana y miró a su hermano. Estaba realmente preocupado.

— No maté a Johnson —se defendió Kyle—. Más bien temo que haya hecho la conexión. Si todos en esta ciudad han olvidado el asesinato de mamá, estoy seguro de que ninguno de esos cuatro tipos lo ha olvidado.

— ¿Pero qué vamos a hacer? Si va a la policía, estamos perdidos. Por favor, detén todo esto.

Nunca había sido un firme partidario de esta venganza, a diferencia de su hermano, para quien se había convertido en una razón de vida. Pero nunca se habría distanciado de él.

— Johnson no llamará a la policía. Solo debe estar preguntándose quién querría vengarse.

— ¡Nosotros! Solo tiene que leer la prensa de la época y sabrá que mamá tenía dos hijos.

Kyle asintió gravemente. Stuart tenía razón. Desde el principio, había estado seguro de que la policía nunca relacionaría el asesinato de Robert Gordon con el de Gary Borden. Había intentado torpemente disfrazar el de Gordon como un accidente doméstico. Sin embargo, su error había resultado ser en su beneficio, revelando una trama financiera que había alejado a la policía del verdadero motivo. Luego había matado a Borden, esperando hacer que su muerte pareciera un crimen apasionado, pero muy pronto los periódicos locales habían sospechado una conexión con el enredo financiero. Era perfecto. Todos estaban siguiendo esa falsa pista.

— No tienes nada que temer, Stuart. No tienes absolutamente nada de qué culparte. No iremos a prisión. De todos modos, tú no hiciste absolutamente nada. Yo soy el único responsable.

Kyle hizo una mueca de disculpa y añadió:

— Escucha, Stuart, vamos a seguir el plan. Nada indica que Johnson haya huido por otras razones. Nada indica que informará a la policía. Además, ¿por qué huiría si planeaba acusarnos?

No era una idea descabellada. Tal vez Johnson tenía mucho en su conciencia, al igual que Gordon.

— Tienes razón. Si supiera que nosotros matamos a sus amigos, ya nos habría denunciado, ¿verdad?

— Sí, exactamente —aseguró Kyle—. Pero nunca digas "nosotros" de nuevo, Stuart. Tú no has matado a nadie.

La tensión disminuyó un poco.

— Vamos a esperar y ver qué sucede —continuó Kyle.

Esperaba que en su huida, Johnson no alertara al último de la pandilla: Jack Mitchell. El siguiente en su lista. El gran banquero de River Falls. Un hombre discreto que apenas había comenzado a espiar. Pero no era fácil. Stuart no pudo entrar en sus computadoras; el hombre debía ser un paranoico formidable. Otro que probablemente no había olvidado su delito.

— Prométeme que te cuidarás mucho, ¿de acuerdo? —pidió Stuart.

— Te lo prometo, hermano pequeño.

— ¡No soy tu hermano pequeño! —se quejó Stuart automáticamente, luego cambió de tema —. Bueno, ahora tengo que contarte algo.

Kyle estaba feliz de pasar a otra cosa. No le gustaba discutir su plan de venganza con Stuart.

Cuando comenzó a elaborarlo, sabía que, a pesar de todas las precauciones que tomaría, el riesgo de cometer errores era muy alto. Si la policía los rastreaba, no soportaría que su hermano fuera inculpado. Stuart era bondad personificada. No sobreviviría ni un solo día en prisión.

— Te hablé de la hermana de Judith, ¿verdad?

— Sí, la que sufre de anorexia —dijo Kyle.

Stuart sintió la tentación de corregirlo, pero después de todo, era cierto.

— ¡Estoy saliendo con ella! —anunció con alegría.

Y le contó sobre el beso matutino.

Sábado 10 de noviembre

Había pasado más de una semana desde que puso fin a la vida de Johnson. Jack Mitchell finalmente se sentía aliviado. La decisión de eliminar a su antiguo compañero no había sido fácil de tomar. Siempre se tomaba el tiempo para analizarlo todo, plantear los problemas, los riesgos y las consecuencias de sus acciones, pero esta vez tuvo que actuar con prisa. Odiaba eso.

No le sorprendió ver el aviso de búsqueda de Johnson en la televisión al día siguiente por la mañana. Temió por un momento que el idiota no pudiera contenerse y le dijera a su madre a dónde iba, pero como nadie lo molestó al día siguiente, se sintió aliviado por ese lado. Además, era evidente que la desaparición de Johnson había alertado a los hijos de Simmons. ¿Intentarían ellos también precipitar sus planes y tratar de matarlo antes de lo previsto?

Mitchell no se sentía nada cómodo en el papel de presa. Era terriblemente desagradable y estaba a años luz de la imagen que tenía de sí mismo: un verdadero tiburón sin moral ni ley.

Tuvo que esforzarse por no intentar algo aún más radical que el asesinato de Johnson. Tenía que ser paciente y esperar el momento adecuado. Kyle y Stuart probablemente habían vigilado de cerca a sus primeras víctimas para tomarlas por sorpresa.

Mitchell se cuidó mucho de evitar salidas no planificadas fuera de las horas de trabajo. Pasó los diez días siguientes trabajando en la sede del banco desde la mañana hasta la noche. Luego regresaba directamente a casa, solo haciendo paradas rápidas para comprar algo o cargar gasolina. Tenía que parecer un hombre de negocios ocupado, pero sobre todo no un hombre acorralado.

Si los hijos de Simmons empezaban a sospechar que temía por su vida, era evidente que actuarían rápidamente, y Mitchell no quería ser sorprendido. Él debía convertirse en el maestro del juego.

En este inicio de fin de semana, Mitchell supo que era el día D. Era hora de descubrir las cartas de sus adversarios. Sin ninguna dificultad, se conectó al servidor de la universidad. Su red informática era un verdadero coladero. Cualquier hacker mediocre podría entrar sin problemas. Mitchell llegó en poco tiempo a los registros de inscripción de Kyle y Stuart Simmons.

Lo primero que le llamó la atención fue la diferencia física entre ellos. Uno era realmente guapo y seguro de sí mismo, mientras que el otro tenía la cara hinchada y una mirada esquiva.

Mitchell ya no tuvo que preguntarse quién de los dos era el líder. Examinó el perfil de Kyle, encontró su número de teléfono móvil, lo anotó en un archivo personal y salió del servidor de la universidad.

Levantándose de su escritorio, se acercó a la ventana. El bosque se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Nunca entendería cómo alguien podría preferir Golden Hill a North Peak. El bosque protege mientras que la colina expone.

Sacó el teléfono con tarjeta que había comprado durante la semana y lo encendió. Había practicado cien veces lo que iba a decir. Estaba listo para recuperar el control en este juego del gato y el ratón. Con una calma absoluta, controlaba perfectamente los latidos de su corazón.

— ¿Hola?

— ¿Kyle Simmons? —preguntó Mitchell con voz aterrada.

Hubo un segundo de silencio.

— Un momento —dijo Kyle, que no se atrevía a entender.

Saltó de la cama. Estaba con Cheryl en Seattle, en una habitación de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Habían vuelto de la discoteca alrededor de las 3 de la mañana y habían hecho el amor hasta más de las 4.

— ¿Quién es? —preguntó Cheryl, estirándose bajo las sábanas.

— Mi tío —respondió él, apartando el teléfono de su boca.

— ¿Tienes familia, entonces? Empecé a preguntarme.

Kyle hizo una mueca y reanudó la comunicación.

— Escucha, me visto y te llamo, ¿puedes darme tu número de nuevo?

— ¡¿Quieres matarme?! —exclamó Mitchell, quien había escuchado al chico hablar con su novia.

Kyle se quedó sin habla. Su primer pensamiento fue correcto. ¡Era Johnson al otro lado del teléfono! El aviso de búsqueda había estado en las noticias toda la semana. El hombre estaba acorralado.

— Escucha, puedo llamarte más tarde, como si nada hubiera pasado —dijo, intentando aparentar tranquilidad.

— ¿Qué estás tramando? Por favor, no cuelgues. Necesito explicártelo —respondió Mitchell con voz angustiada.

— Tío, no es el momento.

Colgó de inmediato. ¿Cómo demonios había conseguido ese bastardo su número? ¿Tenía también el de Stuart?

— ¿Estás bien? Tienes una expresión preocupante —dijo Cheryl mientras se sentaba en la cama.

— Problemas familiares. No tengo ganas de hablar de ello, en realidad —respondió con un tono más brusco de lo que pretendía.

— No hace falta que me hables así. Cada uno tiene su vida.

Ofendida, se levantó de la cama en su ropa interior y pasó junto a él.

— Llámalo. Me voy a la ducha. Cuando termines, si te apetece, únete a mí —dijo, pellizcándole las nalgas al pasar.

Kyle rozó sus nalgas. La observó mientras acentuaba su paso como una modelo. El teléfono sonó de nuevo. Kyle esperó a que la puerta del baño estuviera cerrada para contestar.

— ¿Hola?

— Por favor, no cuelgues —dijo Mitchell—. Puedo explicarte todo.

De pie frente a una de las ventanas de la sala de estar en el primer piso de su mansión, Mitchell no pudo controlar su enojo y volcó un jarrón centenario cuando Kyle le colgó el teléfono en la cara.

¿Quién se creía este mocoso? ¡Él era el maestro del juego! Mitchell tuvo que recurrir a todas sus reservas internas para calmarse y volver a ser Daniel Johnson antes de llamar de nuevo.

— ¿Quién eres? —preguntó Kyle, sin dudar más.

El agua de la ducha comenzó a correr.

— Sabes perfectamente quién soy. Mataste a Robert y Gary, y te entiendo. Eran basura. Pero yo no hice nada. Te juro que no hice nada.

— Lo sé —dijo Kyle.

Mitchell no esperaba una respuesta así, estaba implícitamente confesando ser culpable de los asesinatos, lo cual era una gran noticia. Pero, ¿qué quería decir con "lo sé"? Este mocoso no era

ningún tonto. Mitchell tendría que ser muy astuto.

— ¿De verdad, me crees? —preguntó Mitchell, sin engañarse.

— Sí, Gary Borden me confesó el asesinato. Me explicó claramente que Robert Gordon, Jack Mitchell y tú no teníais nada que ver —mintió Kyle.

Si acusaba a Johnson de ser culpable como los demás, nunca aceptaría encontrarse con él. El hombre parecía completamente aterrorizado. No se arriesgaría a reunirse con alguien que lo considerara el asesino de su madre.

— ¿De verdad? —se sorprendió Mitchell, que no se dejaba engañar—. ¿Entonces, no vas a matarme?

— No tengo la más mínima intención de hacerlo, pero creo que tu pasividad merece un castigo.

Kyle escuchó a su interlocutor estremecerse al otro lado del teléfono.

— Veinte mil dólares, en efectivo. Si intentas contactar a la policía, estarás muerto —advirtió Kyle.

— De acuerdo, pero ¿me prometes que me dejarás en paz después?

— Veinte mil dólares, y te quedan todos los días de tu vida para lamentar tu cobardía —respondió Kyle con desprecio.

No podía mostrarse demasiado amable; el otro podría volverse suspicaz.

— De acuerdo, pero quiero que tu hermano esté contigo cuando te entregue el dinero y que él también me prometa que no intentará matarme.

¡Maldición! Pensó Kyle. Así que este despreciable de Johnson había seguido la pista hasta el final, a pesar de que nadie en la universidad había conectado sus nombres, ya que eran apellidos bastante comunes. Johnson había hecho una investigación minuciosa.

— Estará allí —mintió Kyle.

No había forma de que Stuart fuera parte de esta reunión. Su hermano ya había ayudado lo suficiente al participar en el seguimiento de las dos primeras víctimas y, ahora, también en la de Mitchell.

— Quiero que él me lo diga personalmente —insistió Mitchell, convencido de que Kyle no se arriesgaría a llevar a su hermano consigo.

— Es un trato o nada —respondió Kyle, sintiendo que estaba perdiendo terreno—. Debes confiar en mí.

Mitchell no había anticipado que la conversación tomaría este rumbo. Nadie antes se había atrevido a imponerle condiciones. Aunque lo que seguía sería mucho más peligroso, colgó, arrojó su teléfono al suelo y lo pisoteó con enojo.

— Has decidido buscarme, así que pagarás un precio muy alto —dijo Mitchell apretando los puños de rabia.

A kilómetros de distancia, Kyle se lamentó por no haber encontrado las palabras adecuadas. Si Johnson no lo llamaba de nuevo, perdería la oportunidad de vengarse. Pero, ¿realmente podía arriesgarse a llevar a Stuart con él? ¿No intentaría Johnson matarlos?

No, había tomado la decisión correcta. Nada sería peor que la muerte de su hermano.

Volvió a poner su teléfono en su lugar y, cuando se dio cuenta de que Johnson no lo llamaría más, se dirigió al baño. Cheryl aún estaba en la ducha. Abrió la cabina y se acercó a ella.

Cuando Logan cruzó la puerta de su casa, un delicioso aroma a comida le hizo salivar. Se quitó la chaqueta y la guardó en el armario de la entrada. Guiado por el apetitoso aroma, encontró a Hurley preparando la cena.

— Supongo que todavía no has recibido noticias de Johnson —dijo Hurley ocupada frente a las placas eléctricas.

Logan se estiró y suspiró con fuerza.

— Por favor, estoy harto. Es fin de semana y estoy agotado.

Normalmente, su semana laboral ya habría terminado. Pero como Blanchett no pudo asumir la guardia del sábado, él la reemplazó de inmediato. La noche había caído hace un buen rato. Estaba más que hartó de este día interminable, atrapado frente a su computadora escribiendo los informes atrasados de la semana anterior. Necesitaba ayuda, pero no la tendría.

Tomó una cerveza del refrigerador, se sentó en la mesa y apreció su primer trago como un regalo del cielo. Después de recuperar el aliento, finalmente respondió:

— Vamos a dejarlo. Dejo que el FBI lo encuentre si quieren, yo digo basta.

Sin dejar de revolver su salsa en la estufa, Hurley se volvió hacia Logan.

— Te rindes muy rápido. Johnson es probablemente una de las claves de nuestro caso y tú ya te rindes. Es pan comido para cualquiera que quiera tomar tu lugar.

Ella seguía pensando en Daniel Johnson. Su madre le había asegurado que su hijo calzaba un 42, sin embargo, las huellas dejadas en los lugares de los asesinatos correspondían a zapatos de talla 44. Por lo tanto, Hurley había eliminado definitivamente a Johnson de la lista de sospechosos de los asesinatos de Gordon y Borden. Tal vez fuera cómplice, pero no el asesino.

En su opinión, su teoría anterior tenía demasiados elementos dudosos. ¿Borden haciendo asesinar a Gordon? Los testimonios recopilados por los agentes de Logan en el campo indicaban que, aunque los hombres no habían sido amigos durante años, nunca se los había visto insultándose mutuamente ni amenazándose por intermediarios. Lo mismo para Johnson. No se convertía en un asesino aficionado de la noche a la mañana después de los treinta. Simplemente no encajaba.

— Que le vaya muy bien. Al menos, si pierdo las próximas elecciones, vendré a unirme a ti en Seattle, quieras o no, tendrás que soportarme toda la semana —respondió Logan.

Hurley fingió estar aterrada y se volvió hacia sus fogones. Con una cerveza en la mano, Logan se acercó a ella.

— ¿Qué quieres que te diga? Pasé toda la semana interrogando a todos los vecinos. No puedes imaginar cuánta gente está segura de haberlo visto en alguna parte. Uno en Seattle en plena calle, otro en un hotel, etc., pero nada concreto en absoluto. Johnson simplemente no se encuentra. Ya sea que esté enterrado en algún lugar que no sabemos o que haya huido más allá de las fronteras del estado. En ambos casos, no puedo hacer nada.

— ¿Y su coche? ¿Realmente revisaron todos los garajes, todos los desguaces?

No, pero no iba a decírselo. Un coche, ¿y luego qué? Si Johnson no estaba dentro, ¿de qué serviría? No debía olvidar que hasta que se demostrara lo contrario, Johnson no estaba acusado de nada y tenía derecho a desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro.

— De todos modos, el FBI se hace cargo del caso. También creen que su desaparición está relacionada con los asesinatos de Gordon y Borden. Me aseguraron que me mantendrían

informado sobre el progreso de la investigación.

— Si tú lo dices —dijo ella desatando el nudo de su delantal—. La comida está lista.

Sacó la entrada del refrigerador y se sentaron a la mesa.

Había otra información que no le había dado a Hurley, pero, ¿qué podría sacar de eso? Si le hablaba, ella empezaría a especular en todas direcciones, y eso era lo último que quería.

— Pásame tu plato, te serviré —dijo ella—. Por cierto, hablé con Blake, me contó algo muy interesante.

— Por favor, ¿podemos dejar de hablar de eso? —dijo él, dejando su plato lleno de ensalada.

— Sí, pero solo quería decirte que hace más de quince años, Daniel Johnson fue sospechoso en un caso de asesinato.

¡Y vaya! Ese idiota de Blake se lo había contado. Debería haberlo sabido. Los reproches no tardarían en llegar, y Hurley empezaría a tejer teorías de conspiración al estilo de Oliver Stone.

— Sí, lo sé. Fue acusado por una vieja loca medio ciega, al igual que Gary Borden y Robert Gordon, también me lo dijo —contestó Logan.

— ¿Cuándo tenías pensado contármelo? —preguntó ella mientras se servía.

Logan suspiró con vehemencia.

— Jessica, déjalo ya. No estás en la investigación. Te recuerdo que aún estás de vacaciones. Si soy un mal policía, eso solo concierne a mí y a mis conciudadanos.

Hurley adoptó su expresión más despectiva.

— La verdad es que, después de todo, no importa. Esto solo es bueno para los aguafiestas como yo.

— No lo tomes así. Estoy cansado, Jessica. Por favor, te lo pido, perdona —dijo sinceramente arrepentido—. Solo quería pasar una noche tranquila contigo. Es sábado por la noche, y me gustaría que hagamos como si fuéramos una pareja normal.

Hurley encontró su respuesta conmovedora y decidió dejarlo pasar. Este idiota tenía la suerte de tener un encanto tan poderoso.

— Vale, lo dejamos, pero quiero que me prometas que me llevarás contigo el lunes para interrogar a Jack Mitchell.

— ¿Pero qué tiene que ver él en esto? —se sorprendió Logan.

— Formaba parte de los cuatro acusados hace quince años. Tal vez pueda darnos información interesante. No olvides que soy "la mejor perfiladora del mundo", así que si este tipo tiene algo que ocultar, lo sabré con solo mirarlo.

— Si te gusta perder tu tiempo, yo no. Pondré a Blanchett en el caso. Creo que te llevas bien con ella, ¿verdad?

— Ella debería ser la sheriff —suspiró Hurley, encantada de haber ganado la discusión—. Ah, casi lo olvido, ¿todavía tienes la foto que te dio la madre de Johnson?

— Creo que la puse en mi billetera. Gracias por recordármelo, la llamaré el lunes para que venga a recogerla.

— ¿Puedo verla de nuevo?

— Pensé que ya habíamos comenzado a comer.

— Lo siento, no hay prisa —se disculpó Hurley.

En verdad, desde que él se la había mostrado a principios de la semana, no dejaba de pensar en ella. Hubo como una fugaz resonancia cuando la vio. Pero por más que cavara en su memoria, nada venía a la mente. ¡Y eso la estaba molestando mucho!

— Está bien, voy a guardar la vajilla. Mi billetera está en el bolsillo interior de mi chaqueta —

dijo Logan cuando terminaron el postre.

Hurley le dio un beso en la mejilla y, con paso rápido, fue a buscar la foto. Cuatro jóvenes apuestos en la flor de la vida. Todos provenientes de familias adineradas, con un futuro brillante por delante. Se veían tan felices y orgullosos en sus trajes de graduados. Sin embargo, una sensación de malestar se apoderó de ella. Pasó al salón y se quedó durante minutos observando esos rostros sin lograr determinar qué la incomodaba.

— Si estás buscando un nuevo amante, te sugiero que te des prisa. ¡Solo queda uno con vida!
—se burló Logan al unirse a ella.

— ¡Muy gracioso!

— Bueno, ¿qué tal si vemos una película, una comedia romántica, del estilo de Hugh Grant, ya sabes?

— De acuerdo, de acuerdo.

Sabía que el chispazo llegaría en algún momento u otro. No tenía sentido darle demasiadas vueltas al asunto.

— "Grand Canyon", con Steve Martin y Danny Glover. Nunca la he visto. ¿Te parece bien?
—preguntó Logan mientras hojeaba la guía de televisión.

— Ya la he visto, pero está muy bien —dijo Hurley, colocando la foto en la mesa baja.

Logan apagó la luz y encendió la televisión antes de volver a sentarse en el sofá.

Hurley se acurrucó junto a él, no descontenta de haber evitado una discusión.

Lunes 12 de noviembre

Cheryl no tenía ninguna gana de volver a la universidad. Kyle y ella habían regresado la noche anterior a River Falls. Habían pasado un fin de semana de ensueño en Seattle, y aunque a veces Kyle parecía ausente, Cheryl tenía la cabeza llena de recuerdos románticos.

— Cheryl, ¡levántate, llegarás tarde! —le gritó su madre desde la puerta de su habitación.

— Sí, mamá —respondió con voz adormilada, obligándose a salir de su cama tan acogedora.

Habría deseado despertarse con Kyle a su lado. Encontraba a sus padres muy anticuados. A pesar de tener dieciocho años, ¡casi parecía que aún creían que era virgen! Había tenido que inventar una salida con amigas para poder pasar la noche fuera y viajar a Seattle.

Cheryl se levantó y abrió las persianas de su habitación. El tiempo estaba gris. Hizo una mueca y, vistiendo su camisón, se dirigió al baño.

Más de media hora después, salió completamente despierta y maquillada. Al mirar la hora, supo que llegaría tarde. No importaba, perdería la clase de historia. ¿Para qué servía de todos modos? Solo le importaba el presente y el futuro. El pasado debía quedarse donde estaba, atrás.

Se tomó su tiempo para elegir su atuendo y luego bajó a la cocina.

— Llegarás tarde, date prisa —dijo su madre, que le había preparado un zumo de naranja y tostadas.

— Mamá, soy mayor de edad, deja de tratarme como una niña —dijo mientras se sentaba en el taburete junto a la barra de la cocina.

Su madre negó con la cabeza y salió de la cocina. Cheryl encendió la MTV y la joven Britney Spears apareció en pantalla. "Gimme more". La chica se contoneaba en ropa ligera como una bailarina exótica alrededor de un poste metálico.

Era increíble cómo esa chica lograba perder tanto peso en tan poco tiempo. El temor de Cheryl era engordar a medida que envejecía, y la figura con curvas de su madre no la tranquilizaba en absoluto.

Ella terminó su desayuno viendo el último video de Nelly Furtado. "¡Demasiada chica atractiva mata a la chica atractiva!", pensó mientras apagaba el televisor. Salió de la habitación, agarró su bolso y se puso su abrigo.

— ¡Me voy! —anunció.

Sin esperar la respuesta de su madre, salió de la villa. El tráfico nunca era intenso en Golden Hill a primera hora de la mañana. Eran las 8:50, la hora ideal para ir a la escuela: los hombres de negocios se iban mucho antes y las amas de casa mucho después.

Encendió su coche y se incorporó a la carretera. Unos momentos después, un Maserati, a toda velocidad, la alcanzó y la adelantó de manera peligrosa.

Cheryl tuvo que frenar bruscamente para dejarlo pasar.

— ¡Idiota! —gritó haciendo gestos con las manos.

El tipo estaba hablando por teléfono.

— ¿No puedes prestar atención? ¡Imbécil!

Cheryl habría continuado con su serie de insultos, pero su teléfono móvil comenzó a sonar.

Disminuyó la velocidad y con su mano derecha buscó su teléfono en su bolso, que estaba en el asiento del pasajero.

Sin motivo aparente, el coche de adelante frenó bruscamente.

Mientras su mente estaba preocupada por el teléfono, Cheryl apenas tuvo tiempo de frenar bruscamente y evitar una colisión por poco.

Se adelantó, pero su cinturón de seguridad la retuvo.

— ¡Ah, idiota! —exclamó bajo la influencia de la emoción.

Desabrochó su cinturón y salió del coche. El hombre aún estaba al volante. Iba a decirle lo que pensaba de su conducción.

Otro coche se acercaba por detrás y los adelantó lentamente sin detenerse. Cheryl se puso junto a la puerta del conductor. El hombre la miró con pesar.

— Lo siento —se disculpó.

Salió de su vehículo y miró a su alrededor.

— ¿Qué estás buscando?

Pero antes de que ella pudiera comprenderlo, Jack Mitchell la golpeó con una porra eléctrica.

Cheryl se derrumbó y Mitchell la colocó rápidamente en la parte trasera de su coche antes de volver a la carretera.

Toda la escena había durado solo dos minutos. Condujo unos cien metros antes de detenerse en un camino privado que había identificado poco antes. Su porra modificada era capaz de enviar un voltaje lo suficientemente alto como para dejar inconsciente a cualquier persona. Pero ya había tomado demasiados riesgos.

Con la ayuda de una cuerda, se aseguró de atar las manos y los pies de la joven y le puso cinta adhesiva en la boca antes de encerrarla en el maletero del Maserati de Daniel Johnson. Era hora de irse. La gente comenzaría a preocuparse por el coche de Cheryl que estaba bloqueando la carretera.

Tomó el volante de nuevo, sudando profusamente, esforzándose por no acelerar demasiado. No quería llamar la atención.

Descendió por Golden Hill y tomó la carretera principal que llevaba al anillo este de River Falls. El tráfico era mucho más denso ahora. Se relajó un poco. Bordeó la ciudad por el norte y salió en la salida que conducía a North Peak. Aún no había helicópteros en el cielo ni sirenas de policía. Otros veinte minutos y habría tenido éxito.

Subió unos kilómetros por el bosque y luego se desvió de la carretera principal para tomar el camino antiguo que conducía a su mansión. Estaba definitivamente a salvo. Finalmente, tenía su venganza.

Había odiado la forma en que Kyle lo había tratado. ¿Quién se creía que era? A partir de ese momento, había olvidado cualquier principio de precaución y se había apostado frente a la entrada principal de la universidad. Durante todo el sábado y el domingo, esperó verlo salir. Tuvo que cambiar de ubicación varias veces para no llamar la atención, pero nunca dejó de vigilar la inmensa puerta que daba al campus. Pensó que estaba pasando un segundo día improductivo cuando, alrededor de las 10 de la noche, vio un Mercedes que dejó a Kyle en la entrada. La joven conductora salió y los dos jóvenes se besaron apasionadamente antes de separarse. Mitchell supo que finalmente tenía su venganza. Matar a Kyle Simmons no era suficiente. Una bala con su silenciador y todo habría terminado. No, quería hacerlo sufrir, mostrarle quién era el jefe. Esperó a que el Mercedes arrancara de nuevo y comenzó a seguirlo. La vigilancia no era su especialidad, pero la joven conducía con cuidado y no tenía motivo para sospechar.

Lo hizo todo muy fácilmente, siguiéndola hasta la casa de los padres de Cheryl. Luego, tuvo

toda la noche para preparar el secuestro de la mañana. Era muy arriesgado, pero en este momento se sentía absolutamente complacido. Nadie llegaría hasta él.

Había jugado como un dios. Habría dado cualquier cosa por ver la cara de Kyle cuando se enterara de que su novia había sido secuestrada. Si alguna vez se le ocurría llamar a la policía, este idiota juraría que había hablado con Johnson por teléfono. Y como se había asegurado de usar el coche de Johnson, si alguien lo hubiera notado, las sospechas recaerían sobre él.

"Jack, eres el mejor", pensó mientras entraba en su propiedad.

Hubo golpes en el maletero. Se sobresaltó y luego se rió. La chica debió haber recobrado el conocimiento y golpeaba como podía desde el interior del maletero.

"No te apresures tanto en salir, cariño, pronto lamentarás eso", murmuró.

De regreso en su oficina, Logan se sentó tranquilamente. Acababa de ordenar a la teniente Blanchett que cumpliera el capricho de Hurley: interrogar a Jack Mitchell. Habían llamado al banco que dirigía y una secretaria les aseguró que Mitchell no tardaría en llegar.

Eran más de las 9 en punto. Logan se hundió en su silla y se masajeó las sienes. Había dormido muy mal y un residuo de migraña no se disipaba a pesar de su medicación. Le hubiera gustado encender un cigarrillo, pero en estas condiciones no era recomendable.

El teléfono sonó y Logan maldijo antes de contestar.

— Sí... De acuerdo... Estoy seguro de que no es nada... Solo pásamela, — respondió a uno de sus sargentos al otro lado de la línea.

Esperó a que la llamada fuera transferida y trató de adoptar un tono más amigable.

— Sheriff Logan, escucho.

Su tono seguía siendo seco, era más fuerte que él.

— ¡Mi hija ha desaparecido! — dijo una mujer aterrada.

— Tranquilícese, por favor, cuénteme todo.

— ¡Mi hija ha desaparecido! — repitió la mujer. Un vecino acaba de encontrar su coche abandonado en medio de la carretera. ¡Su bolso y su teléfono siguen dentro!

Estaba histérica. Logan sintió que un yunque le caía sobre la cabeza.

— ¿Su vecino está seguro de que no fue a hacer una necesidad urgente?

No lo creía realmente, pero necesitaba verificarlo.

— Por supuesto. Esperó unos diez minutos. Incluso buscó alrededor de la carretera para ver si ella no había salido para tomar aire debido a un malestar. ¡Pero no la encontró!

Nadie dejaría su coche en medio de la carretera con sus cosas adentro. La situación pintaba muy mal.

— Dame tu dirección y la ubicación del coche de tu hija. Voy a enviar un equipo. Y si pudieras enviarme por Internet una foto reciente de tu hija para que podamos difundirla en la televisión...

La Sra. Norman proporcionó la información requerida. Logan le pidió que no entrara en pánico y le aseguró que sus servicios llegarían muy rápido. Colgó y se dirigió rápidamente al amplio espacio abierto donde trabajaban la mayoría de sus agentes.

— Portnoy, Vance, Heldfield y Stanley, en mi oficina.

Ninguno de los agentes dijo una palabra. Se levantaron bajo la mirada inquisitiva de sus compañeros y siguieron al sheriff.

— Tenemos un caso de secuestro. Una joven de dieciocho años llamada Cheryl Norman.

Los rostros de los cuatro agentes se oscurecieron.

— Stanley y Heldfield, van a esta dirección a interrogar al testigo que encontró el coche abandonado. Vance y Portnoy, van a hablar con la familia de la desaparecida para obtener toda la información sobre esta joven: si tenía un amante, enemigos. ¿Podría haber un embarazo que ocultar? En resumen, todo lo que puedan averiguar. No necesito recordarles que en casos de secuestro, el tiempo es nuestro peor enemigo. Si queremos encontrar a Cheryl con vida, no hay tiempo que perder y ninguna idea debe quedar sin explorar, ¿entendido?

— Sí, sheriff —respondieron al unísono.

— Adelante, yo me encargaré del FBI y la televisión.

Los cuatro agentes partieron con la angustia en sus corazones. Logan se sentó en su escritorio y buscó entre sus correos electrónicos el que envió la Sra. Norman. Encontró una foto de una joven sonriente, seguramente una foto escolar.

Apretó los puños y pensó en la terrible matanza que había ocurrido en River Falls unos meses antes. ¿Por qué tenía que haber perturbados que se ensañaban con lo más puro de la humanidad?

Atormentado por esta pregunta recurrente, agarró su teléfono y se puso en contacto con la televisión local.

*

Cuando Blanchett estacionó el coche de policía, una fina lluvia empezó a caer.

— Tuvimos un fin de semana muy bonito, al menos eso es algo —opinó Hurley.

Las dos mujeres salieron del vehículo y subieron por la calle hasta la entrada del Bank of the Big Mountain. Los transeúntes apresuraron el paso, sorprendidos por el repentino cambio en el clima.

Blanchett apretó el interfono y las puertas de cristal se deslizaron. Atravesaron el majestuoso vestíbulo de mármol hasta llegar a la recepción.

— Buen día, nos gustaría hablar con Jack Mitchell —dijo Blanchett.

Si normalmente la recepcionista rechazaba a cualquier persona que llegara sin una cita, el uniforme de Blanchett la llevó a atender su solicitud de inmediato.

— Voy a avisar a su secretaria —respondió con una sonrisa profesional.

Hurley se apartó del mostrador y fue a contemplar las pinturas que decoraban las paredes. Paisajes de la región en la época del Lejano Oeste. Lejos de ser una experta en arte, le gustaron las pinturas.

Levantó la vista y sonrió ante las dimensiones de ese vestíbulo, cuyo techo se perdía a alturas que le resultaba difícil calcular.

— De acuerdo, los haré subir.

La recepcionista colgó y volvió su atención a las dos jóvenes.

— El Sr. Mitchell no tardará. Si les gustaría esperar en su despacho.

Les dio un pase y les indicó el ascensor. Séptimo piso.

A su llegada, la secretaria personal de Mitchell las recibió y las invitó a dirigirse a la Sala Forest. Les ofreció un refresco o una bebida caliente.

— Café, respondieron.

La secretaria salió, pidiéndoles que se hicieran cómodas.

— Los banqueros —comentó Blanchett inspeccionando la sala—. Siempre están quejándose de que los negocios van mal y miren dónde va nuestro dinero.

Hurley no estaba familiarizada con ese mundo y no tenía ningún deseo de conocerlo. Solo sabía que las finanzas eran un mundo aparte donde se movían miles de millones cada día en los mercados bursátiles y se acumulaban fortunas colosales en un abrir y cerrar de ojos.

La secretaria regresó con una bandeja de café y deliciosos pastelitos.

— Les dejo que se sirvan de azúcar —dijo mientras colocaba la bandeja en la mesa de centro.

— Gracias.

La secretaria se enderezó y preguntó con vacilación:

— ¿Puedo hacerles una pregunta?

— Claro —respondió Blanchett.

— ¿Creen que la policía tiene alguna posibilidad de encontrarla con vida?

Las dos agentes se miraron, expresando su total confusión.

— ¿De qué está hablando?

La secretaria parecía realmente incómoda. No se le había ocurrido que no estuvieran al tanto.

— Acaban de anunciar el secuestro de una joven en Golden Hill.

— ¿Está segura? —preguntó Blanchett.

— Sí —afirmó la secretaria con un gesto apenado.

— ¿Puede encender la televisión? —preguntó Hurley, señalando la pantalla colgada en la pared.

La secretaria tomó el control remoto y sintonizó River's TV. Una periodista hablaba en directo desde el estudio de noticias.

— ... si creen haber visto algo que les parezca sospechoso, no duden en llamar a este número.

El retrato de la joven desaparecida aparecía constantemente en la esquina derecha de la pantalla. La cara de la joven no le decía nada a Hurley, pero era muy atractiva y podría atraer a maníacos sexuales.

— Dígale al Sr. Mitchell que volveremos más tarde —decidió Hurley.

Cheryl tenía poco más de veinticuatro horas de vida, según las estadísticas del FBI. Se debían emplear todos los recursos disponibles para encontrarla lo más rápido posible.

— Le diré, pero ¿podrían indicarme la razón de su presencia? —preguntó la secretaria.

— Nada grave, una tontería —respondió Blanchett.

Las dos agentes salieron de la sala y volvieron al ascensor.

— Nunca me acostumbraré a esto —dijo Blanchett—. ¡Si tan solo el mundo estuviera poblado solo por mujeres!

Hurley hizo una mueca dubitativa.

Fue durante el recreo de las 10 de la mañana cuando la noticia llegó a oídos de Kyle. El rumor se propagó como un reguero de pólvora. Todos estaban hablando de eso. Cheryl Norman había sido secuestrada esa misma mañana mientras se dirigía a la universidad.

Conmocionado, Kyle fue incapaz de pensar. El odio inundó su mente.

— La van a encontrar.

— No te preocupes, ella no es del tipo que se deja atrapar.

— ¿Tú sabes dónde está?

Sus amigos de Alpha se habían agrupado a su alrededor para intentar reconfortarlo.

— Déjame en paz —dijo él.

— Sobre todo no, estamos contigo, necesitas...

— ¡Déjame! —gritó, empujando a uno de ellos.

Rompió la barrera que habían formado a su alrededor y salió corriendo por el largo pasillo central del segundo piso. Se precipitó por la escalera, bajando los escalones de cuatro en cuatro.

Cuando llegó al piso de abajo, salió al campus con una rabia que no dejaba de crecer. Bajo una fina lluvia, corrió sin saber a dónde iba. Necesitaba estar solo. El dolor era atroz. Nunca habría imaginado que pudiera doler tanto. A pesar de todo, conocía el sufrimiento de perder a un ser querido. Pero esto era mucho peor. Cheryl no era solo una imagen en una foto. La había conocido, la había amado, sentido su cuerpo contra el suyo, su olor...

Se detuvo bajo uno de los grandes árboles del parque y, apretando los puños de rabia, gritó su odio hacia el cielo.

— ¡No! —gritó con los ojos llenos de lágrimas.

Si le tocaban un solo cabello, le juró internamente a Johnson que conocería la muerte más horrible.

Kyle no tenía ni la menor duda sobre la identidad del secuestrador. Uno de los miserables que había matado a su madre quince años atrás. ¡Si tan solo hubiera intentado negociar con él!

Se culpaba por haber maniobrado tan mal. Desconsolado, se sentó en el suelo junto al árbol y, con una mano en la cara, sollozó sin contención.

Desde el fondo del parque, un chico se acercaba tan rápido como podía. Jadeante, Stuart se sentó junto a su hermano.

— Kyle, recupérate. Por favor, no quiero verte en este estado.

Era un tormento verlo así. Para Stuart, Kyle representaba coraje, fuerza y determinación. Nunca lo había visto flaquear. No debía dejarse llevar. Especialmente no en este momento.

— Déjame en paz —le respondió bruscamente Kyle.

No tenía ganas de hablar. No había nada que decir. Su sufrimiento era insoportable.

— ¡No, Kyle! Levántate, Cheryl te necesita, eres el más fuerte, eres...

Con un gesto repentino, Kyle empujó violentamente a su hermano y lo hizo caer de lado.

Stuart lo miró como si estuviera viendo a un desconocido. Kyle se cruzó con su mirada y de repente se dio cuenta de lo que había hecho.

— Stuart, perdóname —dijo acercándose a él—. Nunca te haría daño. Lo siento, eres todo lo que me queda.

Su voz estaba llena de emoción. Realmente no lo estaba pasando bien.

Stuart se levantó y, por primera vez en su vida, invirtió los roles.

— Kyle, Cheryl aún no ha muerto. No debes perder la esperanza. Si sabes algo sobre quien la secuestró, llama a la policía. Cuéntales lo que sabes.

Sí, Stuart tenía razón, pero ¿de qué serviría?

— Daniel Johnson me llamó el sábado por la mañana. Quería vernos, a ti y a mí, para hablar. Juró que no tenía nada que ver con la muerte de mamá. Le dije que aceptaba verlo, pero sin ti. Me colgó y desde entonces, no he sabido nada más —dijo con voz apagada.

Stuart no podía creerlo. ¿Johnson lo había llamado?

— ¿Por qué no me dijiste nada? Deberías haberme hablado de esto.

— Al contrario, quería protegerte y hice bien. Mira lo que acaba de hacer. Este tipo es un desgraciado, sabía que no podía confiar en él.

Stuart tuvo que admitir que no estaba equivocado. Pero eso no significaba que debían rendirse.

— Tienes que llamar a la policía y decirles que Daniel Johnson la secuestró.

— Ya está siendo buscado por la policía. ¿Cómo les ayudará eso?

Stuart no lo sabía, pero había leído suficientes cómics para saber que los héroes no dejaban nada al azar. Tenían una pieza que la policía debía conocer.

— No lo sé, pero debemos hacerlo. Piensa en Cheryl.

Todo en lo que puedo pensar es en eso, le habría gustado gritar, pero logró mantener la calma y responder tranquilamente.

— Está bien —aceptó, convencido de que no serviría de nada.

Las llamadas inundaban la centralita, y la mitad de ellas eran para preguntar sobre el progreso de la investigación, se lamentaba Logan.

Entendía que todas las madres de la ciudad se sintieran preocupadas por esta historia, pero ¿no podían darse cuenta de que estaban retrasando su trabajo ocupando las líneas telefónicas cuando alguien probablemente tenía una pista real para ofrecer?

Sentado en el espacio abierto junto a todos sus subordinados, había desplegado todos los recursos disponibles. El FBI había decidido enviar a sus mejores agentes y se habían establecido puntos de control en los alrededores de la ciudad. Obviamente, esto no tenía el propósito de encontrar al culpable. El individuo no sería lo suficientemente tonto como para intentar salir de la ciudad. Pero esta exhibición de recursos serviría para hacer dudar al culpable, para mostrarle que se había convertido en el enemigo público número uno y que nada detendría a la policía.

¡Y esa migraña que no se iba! Logan se pasó una mano por la frente.

— ¿Mike, estás bien? —se preocupó Hurley.

Acababa de regresar del banco. Blanchett y ella habían estado escuchando la frecuencia policial en el viaje de regreso. Todos los alguaciles de la región habían ofrecido su ayuda. El FBI estaría llegando pronto y las emisoras locales habían suspendido sus programas para tomar llamadas en directo de los oyentes.

La población de River Falls aún estaba en estado de shock por la masacre de la primavera pasada. Nadie quería revivir ese horror. Cheryl debía ser encontrada viva.

"¡No podemos permitir que maten a nuestros hijos sin hacer nada!" "¿Para qué sirve la policía?" "Por favor, Dios mío, ayúdala."

Hurley tenía dificultades para soportar esta exhibición de compasión. Si el hombre que había secuestrado a Cheryl pertenecía a la categoría de los sádicos pervertidos, debía estar disfrutando escuchando tal despliegue de buenos sentimientos y enojo. Se esperaba que no tuviera radio ni televisión, aunque era poco probable.

— Tengo una migraña terrible —dijo, sintiendo que el dolor retrocedía ligeramente.

— ¿Tomaste tus pastillas?

— ¿Qué crees? —respondió, frustrado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Hurley tomó una silla y se sentó a su lado.

— Desahogarte conmigo no ayudará a Cheryl en absoluto —dijo, manteniendo el control de sus emociones.

Logan suspiró y se dejó caer en su silla.

— Daría cualquier cosa por no estar en mi posición. Conoces las probabilidades... —dijo sin terminar la frase.

Hurley conocía esas probabilidades, pero no quería pensar en ellas.

— Sheriff, tengo un testigo que asegura haber visto al culpable —gritó el agente Martínez al levantarse de un salto.

Los demás se callaron. El silencio era total.

— Jura que es Daniel Johnson.

Después de un momento de emoción, la duda se cernió sobre ellos. No tenía sentido. Otro idiota que perdía los estribos.

— Pásamelo —dijo Logan al levantarse.

La migraña le estaba martilleando la mitad de la cabeza. Casi tropezó debido al dolor.

— Colgó —dijo Martínez, con una expresión consternada.

— Al menos tomaste su nombre para que podamos devolverle la llamada, ¿verdad?

— Colgó cuando le hice esa pregunta —respondió Martínez, dándose cuenta de que se había precipitado.

— Vamos a intentar rastrear la llamada, pero te apuesto lo que quieras a que proviene de una cabina.

Logan llamó al sargento Polasky y le pidió que realizara la búsqueda. Cada uno volvió a su puesto detrás del teléfono. Logan volvió a sentarse.

— Una tontería... No entenderé nunca cómo alguien puede divertirse con un secuestro —murmuró.

— Creo que es más complicado que eso. Esta persona está convencida de haber visto a Johnson con Cheryl. La gente en este país tiene tantas ganas de convertirse en héroes que su subconsciente está dispuesto a inventar cualquier cosa para dárselo —respondió Hurley.

Eso era cierto, pensó Logan. ¡Pero completamente estúpido!

Dos minutos después, Polasky regresó con el número de teléfono: el de un bar cerca del campus universitario.

— Unos malditos idiotas —murmuró Logan.

Sin embargo, decidió enviar un coche de policía para interrogar al dueño del bar. Si atrapaba al chico que había hecho esto, iba a tener un muy mal rato.

— ¡Sheriff! Tengo un testigo que vio el coche: un Maserati Quattroporte negro. El mismo que el de Johnson —dijo el sargento Morris al levantarse.

La frente de Logan se arrugó de ira. Otra vez ese maldito niño.

— Colgó, por supuesto —dijo al levantarse.

— No, quiere venir a testificar. Vio al hombre y está dispuesto a ayudarnos a hacer su retrato robot.

— Pásamelo —dijo Logan, evitando levantarse de golpe.

Logan cruzó el espacio abierto y tomó el teléfono de las manos de Morris.

— Aquí el sheriff Logan, ¿quién tengo el placer de hablar? —preguntó con un lápiz en la mano.

— Mi nombre es Kevin Hamilton. Vivo en Golden Hill —respondió el hombre con una voz vibrante de emoción—. Esta mañana me dirigía al trabajo y estaba retrasado. Cuando vi el automóvil de Cheryl detrás de un Maserati, pensé que era un pequeño accidente. No me detuve.

El hombre dejó de hablar bruscamente y continuó con voz temblorosa:

— Ella estaba viva. Cuando pasé junto a la Maserati, eché un vistazo y vi claramente al hombre: tenía alrededor de cuarenta años, llevaba gafas grandes y una barba. Si tienen a especialistas, estoy seguro de que puedo ayudarles a hacer un retrato robot.

— Está bien, lo esperamos en la comisaría lo más rápido posible. ¿Conoce la dirección?

— Sí, ya estoy de camino. Sé que en casos de secuestro no se puede perder ni un minuto, ¿verdad?

— Sí, hizo lo correcto. Nos vemos pronto, señor Hamilton.

Colgó el teléfono y decidió volver a su oficina, donde tenía las fotos que la madre de Johnson le había dejado.

Hurley lo siguió, con un presentimiento terrible. Se obligó a no pensar en ello. Pronto sabría la verdad.

Logan tomó su billetera y las dos fotos. Guardó la foto más reciente, hizo una copia y garabateó en ella una barba y unas gafas grandes. Hurley lo observó, pero eso no encajaba con su nueva teoría.

En lugar de compartirlo con Logan, se concentró intensamente y tomó la segunda foto, la que mostraba a Daniel, aún estudiante, posando con sus tres amigos de promoción. Había algo en esa foto, un detalle crucial que no podía discernir.

— Voy a informar al FBI de que Johnson es nuestro principal sospechoso —dijo Logan.

— Muy bien —respondió Hurley sin prestarle atención.

Ella estaba en un estado de trance. Necesitaba entender lo que estaba pasando. La vida de una adolescente estaba en juego. No podía permitirse esperar a que la solución llegara por sí sola. Tenía que forzar su suerte. Y de repente, la inspiración surgió.

Con una mano temblorosa, garabateó una barba y unas gafas en la foto...

— ¿Qué está pasando? —preguntó Logan, quien esperaba que le pasaran su contacto en el FBI.

El rostro de Hurley mostraba una expresión terrible. Tomó la foto de sus manos y vio que había dibujado en el retrato de Mitchell.

— Te equivocaste, Johnson, es el de la izquierda.

— Mira de nuevo y añade unos quince años a Mitchell.

Logan lo imaginó envejecido quince años y tuvo la misma terrible revelación.

— ¡Vaya! ¡Es el retrato robot que hizo Tom!

Hurley asintió con la cabeza y, tomando el teléfono que Logan tenía en la mano, colgó justo cuando el agente del FBI estaba a punto de hablar.

Heather estaba en un estado catatónico, incapaz de pensar. Había soportado las peores humillaciones sin resistirse. Los cuatro chicos la habían tratado de la manera más repugnante. Cuanto más bebían, más se rebajaban a la categoría de cerdos lascivos, obligándola a adoptar posiciones degradantes y satisfaciendo todos sus deseos.

Gary fue el último en satisfacerse con ella. Después de un orgasmo inolvidable, decidió cargar a Heather en sus brazos y llevarla a una habitación, entre las burlas de sus compañeros de borrachera.

— ¡Es solo una puta, no una princesa! —se burló Daniel Johnson, riendo a carcajadas.

Había disfrutado como nunca antes. Ninguna chica de su clase habría soportado ni la cuarta parte de lo que ella había aceptado hacer.

— ¡Cállate! —respondió Gary mientras la llevaba arriba.

Heather estaba más allá de cualquier emoción. Incapaz de llorar o gritar, se había resignado.

Cuando Gary la dejó en una cama suave, Heather se acurrucó sobre sí misma. Incómodo, Gary salió de la habitación sin decir una palabra. Ahora sola, se permitió llorar. Nunca se había sentido tan sucia. La idea de que algún día Kyle y Stuart pudieran tomar el mismo camino que estos chicos la atormentaba aún más. Pero exhausta y apática, se durmió en poco tiempo.

Un agarre fuerte la despertó en medio de la noche.

— Mi pequeña puta, ¿estás lista para otra vuelta? —dijo Jack Mitchell mientras se acostaba junto a ella.

— Por favor, déjame en paz —gimió Heather.

Una terrible bofetada la hizo reaccionar.

— ¡Cierra la boca, maldita puta! ¿Quién te crees que eres?

Nunca se había sentido tan poderoso. Podía ver claramente que la chica tenía miedo de él. ¡Una sensación emocionante, embriagadora!

— ¿Crees que eres...

Se detuvo en medio de su frase cuando Heather le retorció el miembro en plena erección.

Heather ya no podía más. No estaba dispuesta a sufrir tal humillación de nuevo, y Mitchell había sido el más perverso de todos.

— ¡Maldita puta, vuelve aquí! —gritó mientras la alcanzaba antes de que saliera de la habitación.

Mitchell percibió el miedo de la prostituta. ¡Eso era tan bueno! Le tapó la boca con una mano y la sujetó fuertemente en sus brazos. La chica intentó resistirse, pero Mitchell era mucho más fuerte, una fuerza animal.

Luego, agarró la cabeza de Heather, la encajó bajo su brazo y la giró como si la estuviera desenroscando. Con crujidos horribles, las vértebras se rompieron. Su cuerpo se volvió flácido entre sus brazos.

Mitchell saboreó ese momento y no pudo evitar una eyaculación. Finalmente había entendido quién era.

Hasta ese momento, había tratado de controlar los pensamientos extraños que lo habían atormentado desde su infancia. Ahora sabía que era hora de liberar al hombre que debía ser.

Las fantasías eran una cosa, pero la realidad era infinitamente superior.

Mitchell nunca olvidaría el día en que se dio cuenta de su destino. Feliz de haber recordado ese momento, tomó su nuevo teléfono de tarjeta y llamó a Kyle. El chico respondió de inmediato.

— ¿Hola?

Mitchell se había preparado para volver a asumir el papel de Daniel Johnson. Habló con voz nerviosa.

— No le desearía ningún mal, lo juro. Solo quería hablar contigo sobre tu novia. Ella me llamó loco. ¡Entré en pánico!

— Por favor, no le hagas daño, te lo ruego. No le hagas daño.

Kyle caminaba por la ciudad. Había estado en las calles durante más de una hora bajo una lluvia que no cesaba. Se había dado cuenta de que la policía no lo tomaba en serio. Esta llamada telefónica era su última oportunidad para redimirse.

— No soy un asesino. Ya te dije que no maté a tu madre. Solo quiero que tú y tu hermano vengan y acordemos por escrito que nunca diré que fuiste tú quien mató a Gordon y Borden. Por tu parte, prométeme que me dejarás vivir y convencerás a tu amiga de no presentar cargos — terminó con una voz aguda, casi histérica.

Kyle casi lloró de alivio. Johnson, ese idiota, simplemente estaba en pánico. Nunca había tenido la intención de hacerle daño a Cheryl. Se había metido en un lío terrible y no sabía cómo salir. ¿Se daba cuenta de lo ridícula que era su propuesta?

— Está bien, te creo. Si hubieras matado a mi madre, no veo por qué habrías dejado a Cheryl con vida.

Tenía que mostrarle que lo creía. Si Johnson sospechaba alguna artimaña, quién sabe de lo que sería capaz en su estado de pánico...

— Gracias —dijo Mitchell, aliviado. Te juro que no quiero hacerle daño, y no maté a tu madre.

Kyle estaba a punto de creerle. Pero si la había matado o si no había hecho nada para salvarla, era igual: ¡tenía que pagar!

— Te diré dónde estoy —continuó Mitchell. Pero que quede claro que si llamas a la policía o al FBI, estaré obligado a matarla, ¿entiendes?

— Sabes tan bien como yo que no quiero lidiar con ellos. No habrá problemas, al menos si no tocas a Cheryl —advirtió Kyle.

En contra de todas sus reglas de precaución, Mitchell tomó un riesgo insensato y explicó a Kyle cómo llegar hasta él. Bastaba con que Kyle llamara a la policía y sería su fin. Pero el juego realmente valía la pena. Después de la madre, matar a los hijos. ¡Una tragedia magnífica!

"Que empiece el juego", pensó Mitchell después de colgar el teléfono.

Por su parte, Kyle llamó a su hermano. Estaba a punto de traicionar todos sus principios, pero la vida de Cheryl merecía que hiciera ese sacrificio.

— Kyle, ¿eres tú? —preguntó Stuart al responder en la primera llamada.

— Sí, hermanito, necesito tu ayuda.

Le contó su conversación con Daniel Johnson y, con gran pesar, le preguntó si estaba dispuesto a arriesgar su vida para salvar la de Cheryl.

Con el miedo palpable en su voz, Stuart no dudó y respondió afirmativamente.

Ahora, lo único que quedaba para Kyle era alquilar un coche y rezar para que Johnson cumpliera con lo que había dicho.

— ¿Qué significa esto? —preguntó Logan desconcertado.

Ya no entendía nada. ¿Qué tenía que ver Mitchell en toda esta historia? Nada encajaba con ninguna de las teorías sobre los asesinatos, y mucho menos con el secuestro.

— Significa que hemos estado equivocados desde el principio —respondió Hurley.

El problema era que tenían muy poco tiempo para reorganizar todos los elementos. Solo necesitaban calmarse y revisarlos uno por uno. Cada minuto que pasaba reducía las posibilidades de encontrar a Cheryl con vida. No tenían margen de error. Un solo error y la joven moriría.

— No entiendo nada. Ya estaba cuestionando por qué un fugitivo secuestró a una simple estudiante, y ahora me entero de que no es Johnson, sino Jack Mitchell en el coche de Johnson, ¡y está haciéndose pasar por el asesino de John Doe! ¡Es un completo desorden!

— Es un rompecabezas, solo tenemos que volver a colocar las diferentes piezas en su lugar —dijo Hurley, sentada a su lado.

Sacó una hoja de la impresora y comenzó a anotar los diversos elementos con su bolígrafo.

— Comencemos en orden cronológico. ¿Qué sabemos desde el principio?

— Robert Gordon está muerto —dijo Logan, no muy seguro de estar en el camino correcto.

— No —le corrigió Hurley siguiendo su instinto—. Todo comienza hace quince años. Jack Mitchell, Robert Gordon, Gary Borden y Daniel Johnson son acusados del asesinato de una prostituta y son declarados inocentes por falta de pruebas.

Logan asintió y encendió un cigarrillo de inmediato.

— Supongamos ahora que son realmente culpables y que el hecho de que sean declarados inocentes ha creado un deseo de venganza en alguien —dijo ella.

El problema era: ¿quién y por qué esperar quince largos años?

Sabía que la venganza es un plato que se sirve frío, pero no congelado.

— Por personas que la querían. Seguro. Personas que se enteraron recientemente de lo que le pasó a su hija —dijo Logan, con el cerebro trabajando a toda velocidad—. Muchas chicas sueñan con la independencia porque viven en familias donde se sienten atrapadas y se aventuran en la carretera. ¿Cómo se llamaba ella otra vez?

— Heather. Heather Simmons —dijo Hurley, sintiendo que estaban en el camino correcto, pero no en la dirección correcta.

— Entonces, nuestra joven Heather se ve obligada a vender su cuerpo para sobrevivir, demasiado orgullosa para volver a casa —continuó Logan.

Una idea surgió en la mente de Hurley, y supo que era la correcta. Una sonrisa de victoria se dibujó en su rostro.

— ¡He entendido! —dijo.

Seguía buscando si algo no encajaba en este nuevo razonamiento. Pero no lo encontró. Todo funcionaba perfectamente, se tranquilizó antes de continuar.

— No son sus padres quienes se vengán, sino su hija —dijo, pensando en Cheryl. Una niña que debe haber sido adoptada a una edad temprana. Quince años después, se entera, aún no sé cómo, de que es la hija de Heather Simmons, una prostituta encontrada muerta y cuyos principales sospechosos fueron declarados inocentes.

— Entonces decide vengarse —continuó Logan, admirado por tanta perspicacia.

Hurley era la mujer más brillante de la tierra.

— Decide matar a Robert Gordon primero. Maquilla eso como un suicidio para no levantar sospechas de los otros tres.

— Pero está lejos de ser una asesina experta. Comete demasiados errores que nos llevan a comprender que se trata de un asesinato. Por suerte para ella, Gordon está involucrado en negocios turbios y seguimos una pista equivocada —continuó Logan.

A pesar de la gravedad del momento, no pudo evitar sonreír. Era el momento favorito de cualquier policía: la resolución de un caso, cuando todas las piezas encajaban perfectamente.

Vio a Blanchett que regresaba por el pasillo hacia su oficina. Logan le hizo señas para que no entrara, pero Blanchett continuó su camino y golpeó la puerta de cristal.

— Entra —dijo, rezando para que no perdieran el hilo de sus pensamientos.

— El novio de Cheryl no se encuentra en ninguna parte. Su madre piensa que es un pequeño delincuente —informó Blanchett.

Logan se levantó de su silla y puso ambas manos firmes en los hombros de Hurley.

— ¡Teniente Blanchett, te adoro! Cheryl no actuó sola. Necesitaba un cómplice. Es extremadamente raro que las chicas usen una talla 44...

Blanchett lo miró extrañado.

— ¿Puedes explicarlo?

— En dos minutos. Ve a hacer una investigación sobre el pasado de ese chico. Estamos en camino —dijo, empujándola hacia afuera.

Cerró la puerta y se quedó de pie.

— Nuestro asesino —concluyó Hurley, en la misma sintonía.

Logan opinó.

— Su cómplice, corrígeme —dijo.

Todo tenía sentido, siempre y cuando la continuación se mantuviera.

— Entonces, luego matan a Gary Borden y una vez más intentan confundir las pistas. Una venganza de una esposa o esposo engañado —dijo Hurley.

— Y ahí es cuando Daniel Johnson establece el vínculo entre estos dos asesinatos. Lleva quince años viviendo con la muerte de una joven en su conciencia, y a menos que sea un psicópata, debe pensar en ello todos los días o casi todos. Su culpabilidad hizo todo el trabajo que acabamos de hacer. Se dio cuenta de que alguien quería vengarse. Como nosotros, investigó. Descubre que nuestra prostituta tenía una hija —continuó Logan.

— Y sin embargo, no —dijo Hurley, desconcertada. Era Mitchell disfrazado de Johnson quien la secuestró. Ya no encajaba, pero estaba segura de que estaban cerca del objetivo.

— Espera. Olvidemos por un momento este caso y volvamos al de John Doe —dijo.

Todavía había un elemento que encontrar.

— Cheryl también hizo matar a Johnson, siendo Mitchell el último... —conjeturó Logan para sí mismo.

Él también sentía que la solución estaba al alcance.

— Vamos a retomar el caso de John Doe, por favor.

— No, primero, llamaré al FBI y les pediré que emitan de inmediato una orden de búsqueda para Mitchell.

— ¡Espera! ¿Te dije que no estaba en su trabajo? —preguntó Logan.

Logan dejó la mano sobre el auricular del teléfono. Se había olvidado por completo de preguntarle cómo le había ido en la entrevista en el banco.

— No, pero eso confirma nuestras sospechas. Voy a emitir una orden de búsqueda — respondió Logan con firmeza.

Hurley se levantó y se puso frente a él.

— No estamos apurados por dos minutos. Por favor, déjame terminar. Siento que lo encontraré. No puedo decir por qué, pero estoy segura de que no debemos asustar a Mitchell. Confía en mí, por favor.

Ante su mirada suplicante, a regañadientes, Logan aceptó. Sabía en su interior que nunca debía interrumpir a una perfiladora en plena acción.

— Gracias —dijo Hurley, quien se volvió a sentar y retomó el caso de John Doe—: Mitchell, disfrazado con su barba y sus gafas gruesas, es sorprendido en un puente arrojando el cadáver de John Doe al agua. Por lo tanto, podemos suponer que lo mató. Al igual que ahora podemos suponer que Tom no se suicidó, sino que Mitchell, sabiéndose reconocido, mató al único testigo que podía conectarlo con el asesinato de John Doe.

— Eso es muy rebuscado —intervino Logan sin ocultar su impaciencia.

Hurley estaba de acuerdo. A menos que tuvieran en cuenta un nuevo elemento que habían pasado por alto por no creer en él.

¡Oh no! ¿Era posible que lo que habían considerado paranoia fuera una triste realidad?

— Es rebuscado, a menos que Jacob tuviera razón —dijo, sintiendo un escalofrío recorriendo su cuerpo.

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Logan, completamente confundido.

— Recuerda lo que nos dijo Jacob cuando salimos a buscar a Tom. Acusó a la policía de no haber investigado quién estaba atacando a su comunidad durante años —respondió Hurley, sin atreverse a creer en tal horror.

— ¿Estás bromeando? Los vagabundos nunca permanecen en el mismo lugar por mucho tiempo. Todos lo saben. No tienen vínculos y desaparecen de un día para otro. Es una terrible realidad, pero no es nada anormal.

— No, eso no es cierto —respondió Hurley—. Alguien está atacando a los vagabundos, a los olvidados de nuestra sociedad, para satisfacer sus impulsos asesinos en total impunidad, y lo ha estado haciendo durante años.

Estaba segura de tener razón. Su sexto sentido de perfiladora se lo decía.

— ¿Jack Mitchell podría ser un asesino en serie? —se sorprendió Logan.

— Sé que suena retorcido, pero no es imposible. Debemos encontrarlo lo más rápido posible. Nunca dejaré a Cheryl con vida. No debemos dejar que sepa que estamos tras él, o la matará de inmediato.

— ¿Qué propones que hagamos? Además, eso no explica la desaparición de Johnson.

— No, a menos que Johnson y Mitchell hayan estado en esto juntos durante años —dijo Hurley.

Logan odiaba esa respuesta.

— ¡Dos asesinos en serie para lidiar! Voy a llamar al FBI y les pediré que no digan nada a los medios, y luego iremos a la casa de Mitchell, ¿te parece como plan de acción?

No estaba seguro en absoluto de que Mitchell cometiera sus crímenes en su propia casa, pero ¿dónde más podrían buscar?

— Espera, primero puedes verificar si Heather Simmons realmente tenía una hija. Si no es así, tendremos que empezar desde cero —dijo Hurley, quien no quería creerlo.

Logan asintió. Casi esperaba que fuera así. El expediente era de 1993. No todos los

departamentos de policía estaban informatizados en esa época, pero cuando escribió el nombre de Heather Simmons en su base de datos, apareció su ficha. Data del año 1991. Estaba registrada por prostitución en la vía pública. Esto debía ser antes de que entrara en Pretty Follies.

El agente que había completado la ficha era meticuloso. Tenía toda la información habitual: fecha y lugar de nacimiento, altura, color de ojos, número de seguro, pero lo más importante de todo:

— Heather no tuvo una hija —dijo brevemente, y mencionó que tuvo gemelos. Indicó que eran de padre desconocido, pero que su novio estaba cuidando de ellos.

— ¡Su chulo! —corrigió Hurley, dejando que Logan continuara.

— ¿Y si te digo que creo que el novio de Cheryl es uno de los dos gemelos? —preguntó Logan.

— Creo lo mismo que tú.

— ¿Estás seguro de que quieres venir? —preguntó Kyle mientras conducía un coche de alquiler.

— No soy un cobarde. ¡A la vida y a la muerte, hermanito! —respondió Stuart.

En realidad, rara vez había estado tan aterrado. Se sentía como un soldado enviado al frente para luchar contra las fuerzas del mal. No importaba el miedo. Era su deber defender lo que creían.

Se adentraron cada vez más en el bosque y abandonaron la carretera principal para tomar un camino de tierra que bordeaba el río. Kyle había seguido las señales según lo indicado por Johnson y, finalmente, llegaron cerca de un puente de madera. No había coches ni nadie a la vista.

Kyle rezó para que Johnson no hubiera cambiado de opinión. Su teléfono móvil sonó; manteniendo una mano en el volante, contestó:

— ¿Hola?

— Los veo —dijo Mitchell. —Detengan su coche y vengan a pie hasta el puente. Estoy en camino.

La voz ya no sonaba asustada. A pesar de que debería alegrarse por eso, Kyle tuvo una corazonada negativa.

— ¿Hay algún problema? —preguntó Stuart.

— No, todo está bien —tranquilizó Kyle mirándolo a los ojos.

Aún había tiempo de dar media vuelta y dejar a Cheryl a su destino, por el bien de su hermano.

— Menos mal, nos convertiremos en los héroes de la ciudad —bromeó Stuart.

Kyle no pudo esbozar una sonrisa.

— Nos está esperando en el puente —dijo Kyle apagando el motor. Antes de salir, agregó: — Habla lo menos posible y di "sí" a todo lo que te pregunte. Tendremos todo el tiempo del mundo para asegurarnos de que pague cuando llegue el momento.

No era lo que Kyle había planeado originalmente, pero estaba seguro de que si le revelaba el verdadero plan que tenía en mente, Stuart no podría ocultar su nerviosismo. Debía mantenerlo en la ignorancia hasta el último momento.

Los dos hermanos salieron del vehículo bajo una lluvia ligera.

— ¿Lo ves? —preguntó Stuart.

Kyle estaba a punto de responder "no" cuando distinguió una figura emergiendo de los arbustos al otro lado de la orilla. El hombre avanzaba con determinación y se detuvo en medio del puente. Llevaba un sombrero de ala ancha que ocultaba parcialmente su rostro. Estaban cerca del puente cuando Stuart tuvo una duda.

— No parece Johnson, es más bajo, ¿verdad?

Kyle redujo la velocidad, listo para actuar en el momento necesario.

— De hecho, creo que es Jack Mitchell.

— ¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde está Johnson?

— Lo sabremos pronto, pero no hagas preguntas y déjame hablar —dijo Kyle con firmeza.

No le gustaba nada la situación. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Dónde estaba ese maldito Johnson? Seguro que era él con quien había hablado por teléfono... ¿o no?

— Hola, Kyle, hola, Stuart —saludó Mitchell con voz amigable. —Mal tiempo, ¿verdad? —añadió mirando al cielo.

— ¿Dónde está Johnson? —preguntó Kyle.

— Está con Cheryl. Si no regreso en media hora, la matará sin dudarlo. Pueden confiar en él.

— Eso no estaba en el trato —respondió Kyle a la defensiva.

Mitchell se acercó a ellos con calma.

— Las reglas del juego han cambiado, joven amigo.

— ¿Por qué?

— Porque no confiamos en ustedes.

El corazón de Kyle comenzó a latir más rápido. Esto no iba bien. ¿Qué estaba tramando Mitchell? Pero ya era demasiado tarde para discutir. Tenía que actuar según lo planeado.

Con un movimiento rápido, abrió su chaqueta, sacó su pistola y apuntó a Mitchell.

— Nos llevarás de inmediato hasta ellos o te juro que te mato.

— No hagas eso, muchacho. Si me matas, tu prometida morirá. ¿Es eso lo que quieres?

Mitchell no mostraba miedo alguno. Cualquiera habría estado aterrorizado con un arma apuntándole, especialmente si la persona que la sostenía tenía todas las razones del mundo para disparar.

— Mataste a mi madre, maldito —gritó Kyle, lleno de furia.

El estaba a punto de apretar el gatillo. Se debatía entre el deseo de hacerlo y el de salvar a Cheryl.

— ¿Crees que mi muerte te devolverá a tu madre, cuando todavía puedes salvar a Cheryl? —dijo Mitchell con desprecio.

— ¡Cállate! —gritó Kyle.

¿Por qué este desgraciado lo trataba con tanto desprecio? Debería estar aterrorizado ante la idea de recibir un disparo.

— Está bien, me rindo. Tomaré mi coche y ustedes me seguirán, ¿de acuerdo? —propuso Mitchell.

— No, dé la vuelta y póngase las manos en la espalda —ordenó Kyle.

Mitchell obedeció sin decir una palabra.

— Stuart, toma mi arma —dijo Kyle mientras se la entregaba—. Si intenta algo, le disparas en la cabeza.

— Sin problema —respondió Stuart, a pesar de que nunca había disparado en su vida.

Aunque odiaba a Mitchell, no estaba seguro de poder disparar y, menos aún, de acertar. Pero Mitchell no necesitaba saberlo.

Kyle tomó la cuerda que había preparado y se acercó con precaución a Mitchell. El hombre no se movía, esperaba pacientemente. Podría haberlo eliminado en ese momento. No había garantía de que Johnson tuviera el valor de matar a Cheryl. Era mucho más arriesgado matar a una joven de buena familia que a una prostituta sin nombre.

Pero mientras empezaba a atar la cuerda, los eventos se precipitaron. Con una asombrosa rapidez, Mitchell se dio la vuelta y, usando una técnica de judo, derribó a Kyle y lo inmovilizó en el suelo, sujetándole el cuello con su brazo. Sacó un largo cuchillo de caza y lo colocó sobre el pecho de Kyle.

Stuart soltó un grito de asombro, pero no pudo disparar. Sus brazos temblaban y tenía demasiado miedo de matar a su hermano.

Mitchell vio el miedo en sus ojos y supo que tenía razón. El chico regordete no era el cerebro detrás de todo esto. No corría peligro.

— Suelta tu arma o le clavo este cuchillo en el corazón —dijo Mitchell mientras apretaba aún más el agarre en la garganta de Kyle.

Este luchaba, pero era inútil. Las fuerzas de Mitchell parecían multiplicarse.

— ¿Cómo pude cometer semejante error? —pensó Kyle, casi estrangulado. Todo estaba perdido. Iban a morir. Él, Stuart y Cheryl. Mitchell y Johnson nunca tuvieron la intención de negociar nada. Eran auténticos asesinos. Nunca debió haber llevado a Stuart.

— ¡Dispara! —logró balbucear.

El agarre se apretó un poco más. Casi no podía respirar. Stuart temblaba sin poder evitarlo. Las lágrimas que corrían por su rostro le impedían ver con claridad. Había visto suficientes películas para saber que no podía confiar en Mitchell. Si soltaba su arma, los matarían a ambos.

Intentó controlarse y disparó una primera bala que pasó por encima de Mitchell. Este apretó aún más su agarre y Kyle perdió el conocimiento.

Stuart disparó una segunda vez. Todavía muy lejos. Lleno de adrenalina, Mitchell lanzó su cuchillo hacia Stuart, quien disparó una tercera vez. La bala se incrustó en el hombro derecho de Mitchell en el momento en que su cuchillo se hundía en el abdomen del chico regordete.

Bajo el efecto de la adrenalina, ninguno de los dos sintió dolor y se lanzaron hacia adelante. Stuart, en estado de shock, tampoco sintió nada. Kyle acababa de morir. ¡Su hermano había muerto! ¡Y Mitchell se abalanzaba sobre él!

Su instinto de supervivencia se apoderó de él. Sin tener plena conciencia de lo que estaba haciendo, corrió hacia la barandilla y saltó sobre el puente justo cuando una mano intentaba agarrarlo por su chaqueta.

Los dedos de Mitchell resbalaron sobre la tela sin lograr retenerlo. Stuart se sumergió en las aguas del río, aumentadas por la lluvia.

— ¡Mierda! —juró Mitchell.

Vio al chico regordete luchando por nadar. Observó las manchas de sangre que había dejado en el puente. Con el agujero que le había hecho en el abdomen, no le quedaba mucho tiempo de vida. Volvió junto al cuerpo de Kyle, lo ató y lo cargó sobre su hombro válido hasta su Ford Mustang.

Todo había salido bien al final. Había retomado el control de la situación con gran maestría.

Se rió para sí mismo. ¡Qué emoción tan vibrante! Luego se dio cuenta del dolor en su hombro, pero lo ignoró. A partir de ahora, sería otro tipo de depredador. Se acabó ser un carroñero y atacar solo a presas débiles. No, a partir de ahora se enfrentaría a presas de gran tamaño. ¡Eso era mucho más excitante! Matar a vagabundos y prostitutas y maquillar los crímenes como desapariciones no tenía la misma emoción que lo que acababa de experimentar.

Después de Heather Simmons, quien le había revelado su gusto por matar, sus hijos le habían hecho darse cuenta de que la mejor caza es aquella en la que la presa tiene una oportunidad de escapar.

Mientras metía a Kyle en el maletero, comprendió que se había equivocado durante todos estos años. El riesgo era parte del juego.

¡Qué placer esta victoria!

Un nuevo Mitchell acababa de nacer. Nunca podría agradecer lo suficiente a la familia Simmons por eso!

— Está bien, vamos. —dijo Logan.

Había informado a sus tenientes y sargentos sobre el protocolo a seguir: no tomar ninguna acción que pudiera poner en peligro la vida de Cheryl.

Los policías se subieron a los cuatro coches sin marcar. Dieciséis personas contra un solo hombre. Podría parecer desproporcionado, pero el fracaso no era una opción en esta misión de rescate.

Logan realmente esperaba que Mitchell y Johnson estuvieran cometiendo sus crímenes en la mansión del primero. Cuando se enteró de que el hombre tenía una mansión, sus esperanzas se elevaron. Nada como una mansión aislada para cometer toda clase de atrocidades.

Puso el contacto y arrancó bruscamente. Habían alertado al FBI, cuyos agentes no llegarían hasta dentro de media hora. A pesar de la insistencia de Hurley, Logan no quiso esperar. No soportaría descubrir que Cheryl había muerto minutos antes.

Los coches salieron del centro de River Falls en dirección al norte. Sentada junto a Logan, Hurley estaba en contacto constante con el FBI. Un helicóptero que partió de Seattle debía llegar en apoyo justo cuando alcanzaran la mansión. Y aún antes, esperaba Hurley. Temía un tiroteo descontrolado. Por respetables que fueran, los policías de River Falls no estaban entrenados para lidiar con psicópatas como Mitchell y Johnson. Si estos hombres se sentían acorralados, seguramente no se rendirían fácilmente.

— ¿Creen que cuántos han matado? —preguntó Heldfield, sentado en el asiento trasero junto a Blanchett.

¿Quién podía saberlo? Era terrible decirlo, pero nadie se había molestado en investigar las desapariciones denunciadas por Jacob, pensó Hurley. La igualdad era una palabra olvidada en América desde hace mucho tiempo.

— No lo sé. Demasiados —respondió.

— Lo increíble es que nadie se haya dado cuenta nunca —gruñó Logan.

No podía evitar culpar a sus agentes, tanto como a sí mismo. Tal vez dos asesinos en serie habían estado operando en la ciudad durante casi quince años y nadie había sospechado siquiera su existencia. Nadie había realizado una investigación. Ni siquiera él había tomado en serio las palabras de Jacob. Ni Hurley tampoco.

— Si tan solo hubiéramos escuchado a Jacob, gruñó. Tal vez podríamos haberlo evitado.

— Fui estúpida, admitió Hurley.

¿Cómo pudo dejarse llevar por prejuicios de clase? ¿Por qué no tomó en serio las acusaciones de Jacob? ¿Por qué?

— No tienes la culpa. ¿Quién podría haberlo adivinado? —intentó reconfortarla Blanchett—. Todos somos responsables. Nadie podría haber imaginado algo tan terrible.

— Estás hablando como si fuera una certeza, pero nada prueba que Mitchell y Johnson sean asesinos en serie —intervino Heldfield.

No le gustaba la dirección que estaba tomando la conversación. No era momento para autoacusaciones.

— Tienes razón. Nada lo prueba —dijo Logan mientras tomaba la salida hacia North Peak. Pero pensaba lo contrario.

Kyle se despertó de golpe, sintiendo un frío helado que le apretaba las entrañas.

—¿De vuelta con nosotros? —dijo Mitchell con una sonrisa.

Dejó el cubo de agua que acababa de arrojarle en la cara a su prisionero, tomó una silla y se sentó frente a él. El dolor en su hombro era insignificante. La herida era superficial, nada que requiriera atención de urgencia.

Empapado y congelado, Kyle se dio cuenta de que el infierno tenía una antesala en la Tierra. Estaba completamente desnudo, encerrado en una jaula, suspendido por los brazos con cuerdas conectadas a las barras superiores, mientras otras cuerdas atadas a las barras inferiores le inmovilizaban las piernas. Estirado y suspendido. Apenas sentía sus muñecas.

—¿Quieres que te cuente una pequeña historia? Estoy seguro de que la apreciarás —dijo Mitchell, saboreando el momento.

Era la presa más hermosa que jamás había tenido. Ya esperaba con ansias sus futuras sesiones de tortura.

—¿Dónde está Cheryl? Me lo prometieron —dijo Kyle.

Solo esperaba una cosa: que ella ya estuviera muerta.

—No te preocupes, la verás. Una joven muy hermosa. Tienes buen gusto. Si mi memoria no me falla, es aún más hermosa que tu madre —dijo Mitchell.

Como se esperaba, Kyle reaccionó gritando de rabia, frustración y dolor. Mitchell supo que el paraíso estaba en la Tierra. ¡Qué felicidad! Era plenamente consciente de que lo que sentía podía parecer aterrador, pero ¿qué podía hacer contra su naturaleza? ¿Se le pide al león que tenga piedad de las pequeñas gacelas o al tiburón blanco de los pobres peces? No, los depredadores no tienen que disculparse por ser lo que son. Si hay un culpable, es el propio Creador, que permitió que seres como yo existieran. Mitchell no tiene nada de qué arrepentirse.

Kyle dejó escapar su dolor a través de gritos largos e intentos infructuosos de liberarse de sus ataduras. En vano. Muy pronto, se resignó a aceptar su destino. Había jugado y lo había perdido.

— Estás empezando a entender —dijo Mitchell. ¿Sabes que si no hubiera tenido la suerte de conocer a tu madre, nunca habría llegado a ser el hombre que soy?

Luego, frente al silencio y las miradas llenas de odio de Kyle, le contó cómo había descubierto su verdadera naturaleza esa noche. Cómo, durante años, bajo las narices de la policía y los habitantes de River Falls, había eliminado a desafortunados maltratados por la vida.

— No creas que tengo algún disgusto hacia estos miserables, ni que siento la necesidad de limpiar América de esta escoria de la humanidad. No, equivocado estás. Es simplemente porque son más estúpidos que las personas educadas y, sobre todo, mucho más fáciles de hacer desaparecer.

Docenas de rostros de víctimas torturadas volvieron a su mente. Estaba extasiado. Finalmente, podía hablar con alguien que entendía sus palabras. Sí, a partir de ahora sus víctimas serían de otro nivel. Estudiantes, amas de casa. Sería mucho más difícil, pero valdría la pena.

— Te das cuenta —continuó—, nunca la policía hizo la conexión entre todas las desapariciones de personas sin hogar. Incluso me pregunto si se dieron cuenta. Sin embargo, ha habido ocasiones en las que no pude mantener un cuerpo por diversas razones, así que lo tiraba al río. Cada vez lo vigilaba en las noticias y poco después leía que un pobre mendigo se había ahogado en el río.

— ¡Pobre enfermo! —escupió Kyle—. Eres un cobarde, un despreciable. Te crees poderoso, pero mírate, ¡eres patético!

Mitchell era un demente de la peor calaña. Un asesino patológico. No había compasión que esperar de él. Lo único que Kyle deseaba era la muerte. Dejar de pensar en Cheryl y Stuart. Dejar de imaginar sus sufrimientos.

— Tal vez, ¿y luego qué? Tú eres el que está en la jaula, no yo —respondió Mitchell con una amplia sonrisa.

Pero no había apreciado los comentarios. Ese insolente merecía ser reprendido.

— Bien, temo que no sepas apreciar las historias, así que vamos a pasar a otro espectáculo. Esta vez, estoy seguro de que te gustará —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia Kyle:

— Sobre todo, no te muevas —bromeó antes de reírse de su propia broma. Por cierto, debes saber que fui yo quien se encargó de Johnson. El pobre nunca secuestró a tu novia, nunca te llamó y mucho menos mató a tu madre —concluyó imitando la voz que había tenido por teléfono.

Kyle escupió un grueso chorro de saliva que desafortunadamente no alcanzó su objetivo. Colgado de los brazos, ya no sentía sus manos. Tenía un frío atroz. El agua helada que le había arrojado Mitchell no lograba secarse.

— ¡Si sigue hablando tanto, me va a hacer morir de neumonía antes de decidirse a quitarme la vida! —pensó con sarcasmo.

Raspaduras. Un mueble siendo arrastrado por el suelo. Kyle no intentó averiguar lo que era. Sabía que la respuesta no le gustaría. El ruido se acercó y la puerta se abrió de nuevo.

Mitchell empujaba un gran caballete en el que Cheryl estaba crucificada. Ella también estaba desnuda. Tenía clavos en las palmas de las manos y en los pies. Su boca estaba sellada con cinta adhesiva, pero su mirada se encontró con la de Kyle. Una mirada de terror último.

Kyle sintió un fuerte mareo y vomitó todo lo que tenía en el estómago.

— Sabía que esto no te dejaría indiferente —dijo Mitchell mientras colocaba el caballete frente a la jaula. Lo llamo "La crucifixión de la inocencia". Mira.

A pesar del dolor en el hombro que se había despertado, Mitchell mantuvo la compostura, sacó fotos de su bolsillo y las pasó frente a los ojos horrorizados de Kyle.

Diferentes mujeres jóvenes, crucificadas en el mismo caballete, con todas las etapas de las torturas que infligía a sus víctimas.

— ¡Eres un enfermo, te odio, te odio! —gritó Kyle antes de sollozar.

Había visto lo que le iba a pasar a Cheryl. ¿Cuánto tiempo soportaría esas torturas? ¿No podía simplemente matarlos de una vez por todas?

— Veo que lo disfrutas, tu novia también disfrutó mucho, ¿verdad? —dijo, volviéndose hacia Cheryl.

Ella ya no tenía lágrimas y lo miraba con lo que le quedaba de odio.

— ¿Ves a dónde lleva la venganza, querido Kyle? Deberías haber olvidado, hacer como todos. Pero no, tuviste que rumiar tu odio durante todos estos años, y todo esto para que tú y tu novia terminen aquí en mis manos... Sinceramente, ¿no es estúpido de tu parte?

Kyle no respondió. No hablaría más. El hombre disfrutaba de cada uno de sus enojos. No le daría más satisfacción. Un escalofrío lo recorrió, comenzó a toser.

— Tienes frío, lo siento, pero con el aumento de los precios del petróleo, intento ahorrar.

Kyle evitó su mirada y, reuniendo fuerzas, la dirigió hacia Cheryl, quien lo miraba con horror.
— Le conté todo. Creo que está un poco enojada contigo.

Se acercó al caballete y puso su mano en el vientre de su cautiva, quien, al intentar moverse, revivió las heridas en sus muñecas y pies.

— ¡Pequeña llorona! —se burló.

Luego retiró bruscamente la cinta adhesiva de la boca de Cheryl. Un poco de saliva salió y Mitchell la limpió con un pañuelo.

— Bien, los dejaré hablar por un momento. Volveré pronto para la siguiente parte.

Mitchell salió y cerró la puerta detrás de él.

— ¡¿Por qué?! —gimió Cheryl. ¿Por qué?

— Cheryl, si supieras cuánto me odio a mí mismo. Daría cualquier cosa por volver atrás.

— ¡Canalla! ¡Eres un canalla! Te odio —dijo antes de romper en llanto.

Kyle apretó los dientes. ¿Qué podía responder, excepto que ella tenía toda la razón?

— ¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —gritó ella.

Kyle cerró los ojos. Era demasiado para él.

Del otro lado de la puerta, Mitchell disfrutaba. ¡Pobres ángeles pequeños! Era casi conmovedor.

Bueno, era hora de divertirse un poco. Regresó a la habitación y tomó una pistola de un estante.

— Sabes, Cheryl, vas a tener mucha suerte —dijo.

— Déjame vivir, haré lo que quieras, te lo ruego —dijo Cheryl, con la voz temblorosa de miedo.

— Desafortunadamente, ya no tengo elección. Pero mira el lado positivo, te voy a hacer el inmenso privilegio de poner fin a tu sufrimiento. Ves, una sola bala en la cabeza y se acabó.

Con los ojos fijos en la pistola, Cheryl pensó que estaba perdiendo la razón. ¡No podía ser real, iba a volverse loca!

— Vamos, sé fuerte, en tu funeral quiero poder decirles a tus padres que seguramente eras una chica llena de valentía —dijo mientras apuntaba el arma a su sien.

Kyle rezó para que Mitchell no cambiara de opinión. Aunque el pensamiento era horrible, prefería que ella muriera ahora en lugar de sufrir las terribles torturas que le había mostrado.

— A tres, Cheryl, ¿de acuerdo? —dijo, posicionándose de manera que Kyle pudiera disfrutar del espectáculo. Uno, dos y... ¡tres!

Cheryl soltó un grito desgarrador. Kyle había cerrado los ojos, pero cuando escuchó el característico clic del gatillo que golpeaba la bala, él también gritó de desesperación.

*

— ¡Detente! —gritó Logan. Pero todos habían oído los gritos.

Eran débiles, pero no había duda.

Acaban de llegar cerca del manoir y se habían estacionado a unos cien metros, con el motor en ralentí. Si era posible, debían tomar por sorpresa a Mitchell y Johnson.

— No hay más dudas ahora —dijo Blanchett, que aún tenía escalofríos.

El grito era tan desesperado.

— ¿Qué hacemos? —preguntó Heldfield acercándose al sheriff.

Al igual que todos, estaba en estado de shock por ese grito aterrador.

Los policías se agruparon frente a la entrada, con el objetivo de identificar todas las formas de ingresar sin ser detectados por los ocupantes del manoir. Pero, ¿no sería mejor lanzar el asalto sin perder tiempo?

Recordó su rescate de la primavera anterior. Si Sarah seguía viva, era porque en ese momento había tenido la paciencia de gestionar su enfoque, por muy desagradable que le hubiera parecido.

— No debemos asustarlo. Vamos a tratar de entrar discretamente y...

— ¡No! ¡No! ¡NO!

Esa súplica desgarradora brotó desde lo más profundo del manoir.

— ¡No vamos a esperar a que continúe violándola! —rugió el sargento Collen.

Y sin pedir el permiso de nadie, rompió la ventana que tenía cerca. Una alarma se activó.

Logan se lanzó hacia el sargento, pero el daño ya estaba hecho.

— ¡Maldito mocosito! —dijo mientras lo agarraba del cuello.

Hurley, que los había seguido, le agarró el brazo.

— ¡Suéltalo!

Logan lo soltó y saltó por la abertura de la ventana. Ya no servía de nada ser cauteloso. Los segundos estaban contados.

Sus sargentos le siguieron sin dudar.

Hurley habría querido detenerlos. Su entusiasmo no salvaría a Cheryl. Tal vez incluso la mansión estaba atrapada...

Se puso en contacto con el FBI y les explicó que su infiltración discreta había fallado. Tenían que llegar lo más rápido posible. El helicóptero debía acercarse, aterrizar en el patio y tratar de evitar una masacre.

*

Cuando sonó el clic, Kyle creyó que su corazón iba a estallar en su pecho. Mientras su grito salía de su garganta, se dio cuenta de que no había habido una detonación. Abrió los ojos y vio a Cheryl sollozando, con la cara pegada a su pecho.

Durante unos momentos, nadie habló. Kyle no podía creer cuán retorcido podía ser alguien.

— ¡No, no, NO! —gritó en un crescendo.

— ¿De verdad creías que iba a terminar tan rápido? Una mujer tan hermosa. Me pregunto qué tal es en la cama. ¿Verdad? Entre hombres, ¿puedes decirme qué la hace vibrar y...

La alarma se activó. Mitchell se quedó inmóvil.

Kyle comenzó a reírse sardónicamente, como un loco que había regresado del infierno.

— Ríe, amigo mío, no reirás por mucho tiempo.

Preocupado, Mitchell salió del sótano y subió las escaleras que conducían a la planta baja. Se detuvo frente a la puerta. Se escuchaban sonidos de carrera por todas partes.

La policía había invadido la casa.

¡Imposible! ¿Cómo lo habían sabido?

El hombre pequeño, pensó entonces. Su maldita delgadez lo había salvado.

Apretó los puños de rabia. Así que había perdido este juego.

Jack Mitchell debía desaparecer. Habría llorado de rabia si hubiera tenido tiempo, pero debía recuperarse y mantener la calma.

"Está bien, desapareceré, pero no solo", se prometió.

Bajó las escaleras y se encontró frente a una elección difícil. A la izquierda, la bodega con sus

dos cautivos; a la derecha, la salida hacia la cueva que conducía al acantilado.

Escuchó la puerta que conducía al sótano abrirse. Maldijo para sí mismo. No tenía tiempo que perder. Decidió salvar su propia piel ante todo. Volvería para vengarse en algún momento. Cheryl y Kyle no perdían nada por esperar.

*

Con una pistola apuntándole, Logan bajó las escaleras. El sudor le caía de la frente. Escuchó gritos de auxilio. Sin perder más tiempo, bajó corriendo las escaleras. La voz seguía pidiendo ayuda. Logan llegó al pie de las escaleras y se dirigió hacia la izquierda, de donde provenían los gritos.

— ¿Me cubres? —preguntó a Heldfield, que estaba detrás de él.

Logan puso la mano en la manija y, con un fuerte patadón, abrió la puerta de par en par, listo para disparar. Pero lo que vio fue a un joven atado con cuerdas dentro de una jaula.

Avanzó y, sin perder un segundo, abrió la puerta de la jaula. Mientras se daba la vuelta en busca de un cuchillo, vio a Cheryl crucificada en un caballete. Un puro sentimiento de odio lo invadió.

Heldfield, acompañado por tres sargentos, entró después. Frente al horror de la situación, soltaron una exclamación horrorizada.

— Desátala y ten cuidado con sus heridas —ordenó Logan al ver los clavos en sus palmas y pies.

Heldfield y un sargento depositaron con la máxima precaución el caballete en el suelo. Luego dudaron sobre qué hacer. ¿Cómo quitar los clavos?

Logan negó con la cabeza, tomó un cuchillo, entró en la jaula y comenzó a cortar las ataduras que unían las piernas de Kyle a la jaula. Luego, con la ayuda de dos sargentos que sostenían el cuerpo de Kyle, Logan cortó las ataduras de sus muñecas.

— Todo está bien, todo ha terminado —dijo uno de los sargentos.

Logan salió de la jaula. Hurley estaba junto a Cheryl, hablándole con suavidad en un intento de tranquilizarla. Heldfield, por su parte, se encontraba desconcertado, tratando de averiguar cómo liberarla de aquel horrendo instrumento de tortura.

— La vamos a trasladar al hospital. Allí sabrán exactamente qué hacer —dijo Hurley, pensando que sería necesaria una anestesia.

Logan no se detuvo. Mitchell y Johnson no debían estar lejos.

— ¡Sheriff, por aquí! —gritó el sargento Collen.

Logan se dirigió hacia él, subió por el pasillo hacia la segunda puerta del sótano y entró en una habitación. Había un agujero en la pared. Un armario había ocultado su vista.

Collen no lo esperó y se introdujo en la abertura con otros oficiales.

Logan les siguió y descubrió una red de galerías subterráneas. North Peak era conocido por sus cuevas, que numerosos espeleólogos exploraban en sus fines de semana.

— Necesitamos linternas —dijo Collen, regresando sobre sus pasos.

Logan volvió a la primera habitación, maldiciendo el tiempo que estaban perdiendo.

En ese momento, la puerta principal del manor se abrió, permitiendo la entrada de miembros del SWAT. Sus armas estaban equipadas con linternas.

— Sheriff Logan —se presentó él. Mitchell y Johnson han escapado hacia una red de cuevas subterráneas.

Sin demora, los condujo al sótano y comenzó la búsqueda.

*

Se habían encontrado ropa caliente y zapatos arriba. Congelado, Kyle entregó su suéter y chaqueta al sargento Palmer y se puso las de Mitchell.

— Estás bien ahora —dijo Blanchett, acariciando amorosamente la frente del joven. Todo ha terminado.

Había escuchado esa frase al menos diez veces, pero no, todo no había terminado. Mitchell estaba huyendo, y nunca encontraría paz mientras supiera que seguía con vida. ¿Y Stuart? ¿Qué había pasado con Stuart? Kyle sospechaba que Mitchell lo había matado. No se había atrevido a hacer la pregunta durante su cautiverio, por miedo a la respuesta. Curiosamente, Mitchell tampoco había hablado de él. ¿Era posible que Stuart hubiera sobrevivido?

Kyle se aferraba a esa pequeña esperanza, por eso no había interrogado a los policías. Miró a Cheryl. Habían cubierto su cuerpo con varias mantas. Una mujer estaba a su lado y aparentemente había logrado calmarla. Su rostro estaba un poco más tranquilo.

— Te amo, Cheryl —le dijo.

— No ahora, Kyle, no ahora —respondió ella antes de ponerse a llorar de nuevo.

— Por favor, déjenos —dijo Hurley con firmeza pero sin hostilidad.

— Ven, ven conmigo —dijo Blanchett mientras lo tomaba del brazo.

Ella llamó a un sargento y juntos lo ayudaron a subir al primer piso. Había mucha actividad allí. Muchos hombres y mujeres estaban ocupados inspeccionando cada rincón de la mansión.

— ¿Puedo salir un rato al aire libre? —preguntó Kyle.

— Claro, ven conmigo —respondió Blanchett.

Durante el viaje en coche, Logan le había explicado toda la tragedia. Pero ella no se sentía en peligro en compañía del joven. Para ella, él no era un asesino, solo un pobre chico que había querido vengar a su madre. No era un monstruo como Mitchell y Johnson, pensó mientras recordaba con horror a Cheryl crucificada.

— Sabes, todo es culpa mía —dijo Kyle mientras descendía lentamente las escaleras del pórtico.

Casi no había nadie afuera. Un helicóptero de los SWAT estaba estacionado en el patio.

— La venganza no es la solución —dijo Blanchett.

Kyle, que recuperaba gradualmente su movilidad, caminaba lentamente, alejándose del tumulto de la mansión.

— Lo sé, ojalá pudiera empezar de nuevo...

Era sincero.

— ¿Sabes dónde está tu hermano? —preguntó ella.

Kyle negó con la cabeza.

— Esperaba que me lo dijeras —respondió.

— ¿Qué pasó? Cuéntame todo.

Sin dejar de pasear por el parque como si diera un paseo, Kyle le contó los últimos acontecimientos y le explicó brevemente que si bien había matado a Gordon y Borden, no tenía nada que ver con la desaparición de Johnson; este último fue asesinado por Mitchell.

— ¿Johnson no era su cómplice? —preguntó Blanchett.

— No lo sé, Mitchell solo me dijo que le había dado su merecido.

Luego, Kyle agregó que su hermano no tenía nada que ver con toda esta historia. Fue solo una venganza personal, pero tuvo que involucrar a Stuart al final.

— Mitchell nos quería a ambos. Fuimos a su encuentro cerca de un viejo puente, puedo llevarlos allí, —dijo, sabiendo que probablemente encontrarían el cadáver de su hermano allí.

Blanchett sabía perfectamente a qué puente se refería. ¿No decían que los criminales siempre regresaban al lugar de sus delitos?

— Saqué un arma. Se la pasé a Stuart para que la apuntara contra Mitchell mientras yo le ataba las manos. Lamentablemente, Mitchell me sorprendió y me estranguló hasta que perdí el conocimiento. El último recuerdo que tengo es mi hermano disparándole a Mitchell. Sin éxito, evidentemente.

Era información de vital importancia. ¿Por qué no la había mencionado antes? ¿Tenía miedo de que arrestaran a su hermano? Blanchett no buscó la respuesta durante mucho tiempo. Era urgente organizar una búsqueda cerca del viejo puente.

— Venga conmigo...

No lo había perdido de vista por más de unos segundos cuando Kyle salió corriendo hacia el bosque. Blanchett corrió tras él, con el arma en la mano.

— ¡Detente o disparo!

Kyle avanzaba como un loco hacia el bosque.

— ¡No estoy bromeando! —gritó Blanchett, esperando que otros sargentos más rápidos la escucharan.

Pero Kyle encontró la energía para acelerar aún más su carrera. No tenía miedo de morir, solo quería estar libre para encontrar a Mitchell. Sabía que no soportaría estar en prisión sabiendo que él estaba en libertad.

Blanchett disparó un tiro al aire, pero Kyle no disminuyó la velocidad. Se adentraba en la maleza. Blanchett estaba exhausta y sin aliento. No podía seguir el ritmo del joven. Solo tenía treinta años, pero el deporte no era su pasatiempo favorito. Se detuvo.

Dos policías se acercaron corriendo hacia ella.

— ¿Qué pasó?

— Kyle Simmons escapó —dijo ella, sin aliento—. Lo quiero vivo, ¿entienden? No está armado, y si alguno de ustedes lo mata, les prometo que enfrentarán graves consecuencias.

Sabía que les estaba haciendo perder un tiempo crucial, pero tenía demasiado miedo de un error fatal. Este joven había sufrido lo suficiente en la vida como para ser abatido como un perro. La justicia sabría castigarlo como se merecía.

Los dos sargentos se fueron corriendo hacia el bosque, sin estar seguros de tomar la dirección correcta.

*

Con su linterna en la mano izquierda y el hombro derecho dolorido, Mitchell se adentraba cada vez más en la cueva. Llegó a un pozo natural. Allí era donde abandonaba la mayoría de los cadáveres antes de cubrirlos con una capa de cemento para evitar atraer posibles carroñeros. Lo rodeó y se encontró bajo un arco que se estrechaba cada vez más.

Mitchell conocía el lugar como la palma de su mano. Sabía que al final de un circuito de galerías encontraría la libertad. Se inclinó hacia adelante y continuó avanzando en las profundidades. La humedad goteaba de las rocas. Hacía frío. ¡Ojalá hubiera tenido tiempo de

tomar ropa abrigada! Había pecado de orgullo. Nunca más olvidaría sus principios básicos. Mientras tanto, iba a pagar el precio.

Ahora que se abría camino por el subsuelo del bosque, lamentaba amargamente su locura. No había nada placentero en huir como un animal herido. A pesar de haber colocado dinero a nombre falso, sabía que tendría que vivir durante mucho tiempo como esos inmigrantes ilegales a los que despreciaba, con el miedo constante de ser atrapado en cualquier esquina. El FBI no lo dejaría escapar así como así. Donde quiera que fuera, estaría en peligro.

Llegó a un pasaje estrecho que lo obligó a ponerse boca abajo y a arrastrarse. El dolor en su hombro se intensificó. Se mordió los labios para no gritar. No cabía duda de que la policía ya estaba peinando el intrincado meandro de estos túneles. Después de unos diez metros, pudo enderezarse y volver a caminar normalmente. Su hombro todavía le dolía. Se encontró ante un cruce y la duda lo invadió. Intentó recordar el camino, pero habían pasado años desde la última vez que había verificado si algún espeleólogo aficionado había tomado estos pasajes.

Creyó escuchar ruidos detrás de él. Ya no tenía tiempo que perder. Optó por el pasaje de la izquierda. Pero después de unos minutos, se dio cuenta de que había tomado el camino equivocado. Debería haber retrocedido, pero temía encontrarse con la policía. Qué más da, iba a jugársela. Siguió avanzando y finalmente vio un punto de luz a lo lejos. Ese punto creció hasta convertirse en un agujero que daba al exterior.

Mitchell aceleró el paso y de repente dudó sobre qué hacer a continuación. Se encontraba a media altura de un acantilado que se elevaba sobre un río que fluía a unos quince metros por debajo. No recordaba que fuera tan alto. Levantó la cabeza. La cima estaba a unos diez metros de distancia. No había ninguna saliente visible. Con su hombro herido, sería impensable escalar. Ya no le quedaba más opción que saltar. Escuchó ruido detrás de él y vio un tenue rayo de luz que se movía en el fondo. Ya no tenía elección.

Inhaló profundamente y saltó al vacío. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que iba a caer demasiado cerca de la orilla antes de que su cráneo se estrellara contra la pared rocosa.

Dos minutos después, un miembro del SWAT emergió del pasaje. Ajustó la mira de su rifle para asegurarse de que el hombre destrozado en la base del acantilado estaba muerto.

"El objetivo está neutralizado. Repito, el objetivo está neutralizado."

*

Kyle ignoró el dolor. Aunque sus pulmones le parecieran llenos de fuego y sus piernas tan pesadas como el plomo, no dejaba de correr. Su frenética carrera le proporcionaba un alivio temporal. Le impedía pensar.

El dolor físico le hacía olvidar el dolor del alma. Agotado, echó un vistazo atrás. Nadie a la vista. Se permitió disminuir un poco el ritmo. Empezaba a creer que tenía una oportunidad de salir de esto cuando vio una figura más adelante. ¿Podía ser Mitchell? Pero rápidamente descubrió más figuras. Sin duda, era una persecución. Estaba acabado. Sin aliento, se inclinó hacia adelante y puso sus manos planas sobre sus muslos para recuperar el aliento. Bueno, al menos lo había intentado. Estaban acercándose. Se enderezó con las manos en alto, pero pronto se dio cuenta de su error. Una extraña vestimenta para policías.

— ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Jacob apuntándole con un rifle.

— Kyle Simmons.

Para su sorpresa, los rostros de los recién llegados se relajaron e incluso uno de ellos esbozó una amplia sonrisa.

— Contentos de no haber llegado demasiado tarde. Hemos encontrado a tu hermano, debería sobrevivir. Vamos, no debemos dejar que los polis te encuentren. Sígueme.

Kyle no hizo preguntas. Sentía que podía confiar en este grupo desaliñado, directamente sacado de una película postapocalíptica, con sus harapos mugrientos y sus rostros repulsivamente sucios, pero sin mostrar agresividad alguna.

Comenzaron a correr hacia el sur. Kyle se sorprendió de lo fácil que encontraban senderos naturales en el entramado del bosque. ¿Quiénes eran estas personas? ¿De dónde habían salido? Y sobre todo...

— ¿Qué le pasó a mi hermano? —preguntó sin dejar de correr.

— No hablo corriendo, no soy tan joven como tú —dijo Jacob.

Kyle sonrió y no insistió. Lo importante era saber que Stuart estaba vivo. Después de un cuarto de hora, emergieron en una cantera abandonada.

— En su día, había una mina por aquí. North Peak es como un queso gruyere. Te esconderemos en uno de los pozos durante unos días. No creo que la policía se moleste en buscar kilómetros de galerías subterráneas.

La idea de pasar varios días en la oscuridad, a decenas de metros bajo tierra, no era precisamente agradable. Pero no tenía elección.

— ¿Y mi hermano? —volvió a preguntar mientras los hombres hacían guardia.

— Suerte para él que estábamos cazando cuando escuchamos disparos a lo lejos. ¡Nadie debería cazar en nuestro territorio! —dijo Jacob con una sonrisa que reveló sus dientes amarillentos por el tabaco. Casi habíamos llegado al puente Gander cuando escuchamos gemidos y llamadas de auxilio. Tu hermano yacía cerca de allí, en la orilla del río. Estaba empapado y cubierto de sangre. Pensamos que no le quedaba mucho tiempo. Pero en realidad, la cuchilla no se había hundido demasiado profundamente.

— ¿Cómo está él?

— Llamamos a emergencias. Una ambulancia debería estar llevándolo al hospital en este momento.

Kyle suspiró aliviado. Ya no tenía miedo de ser atrapado. Cheryl y Stuart estaban vivos. Eso era todo lo que le importaba.

— Tu hermano nos lo contó todo. Bueno, los detalles principales. Nosotros no toleramos a los idiotas por aquí —dijo Jacob con un tono viril—. Tu hermano pensaba que Mitchell te había llevado a su mansión. Lo conocemos bien. Es un tipo extraño que vive solo en este agujero perdido. En fin, decidimos venir a rescatarte.

— Nunca sabré cómo agradeceréloslo.

— Si quieres hacernos felices, intenta mantenerte con vida. Todos los policías son unos corruptos. Escuchamos en las noticias que habían movilizado todos los recursos para encontrar a una joven estudiante, tu novia. No lo tomes a mal, pero si no fuera una niñita mimada, nada de esto habría sucedido. Nosotros llevamos años diciendo que algunos de los nuestros desaparecen, y a nadie le importa.

Kyle comprendió entonces quiénes eran las chicas en las fotos que Mitchell le había mostrado. No tuvo el corazón de decírselo. Lo descubrirían lo suficientemente pronto.

— Mi madre era prostituta.

— Lo sé, ¡y tú y tu hermano sois unos hijos de puta de cuidado! —bromeó Jacob.

El tono no era en absoluto ofensivo. Kyle sonrió y le estrechó la mano.

— Gracias.

— Entre gente de la plebe, tenemos que apoyarnos.

Oyeron el ruido de un helicóptero que se acercaba.

— Todos a cubierto, ¡rápido! —gritó Jacob.

El helicóptero pasó sobre la cantera abandonada unos segundos después y no reportó nada.

— Deberían regresar —dijo Blake. El forense del FBI había llegado tres horas antes con Freeman, Moore y otros refuerzos. Eran casi las 20 horas. La noche había caído sobre la mansión, que estaba llena de agentes del FBI.

— Sí —respondió Logan.

Estaban en una amplia sala que ahora servía como morgue provisional.

Más temprano en la tarde, uno de los agentes del SWAT se había sorprendido al ver que el pozo estaba lleno de cemento relativamente reciente. Intrigado, había examinado su superficie y cuando descubrió el extremo de una mano sobresaliendo, comprendió que la pesadilla apenas comenzaba.

Unas horas después, cinco cuerpos habían sido sacados del pozo. Como paleontólogos, habían procedido con cuidado para no dañar los cuerpos atrapados en el cemento. El primero en ser encontrado fue Daniel Johnson. ¿Cómplice traicionado o simplemente víctima de Mitchell? Este último se había llevado la verdad consigo.

Logan pensó en los otros cadáveres. ¿Cuántos quedaban? ¿Cuántos otros pozos como este había?

La mano de Hurley se deslizó en la suya.

— ¿Nos vamos? —preguntó ella, con los ojos fijos en los cuerpos colocados en el suelo, sobre una simple sábana.

Logan asintió con la cabeza.

Caminaron por un largo pasillo que llevaba al vestíbulo. Una hermosa mansión que había sido escenario de las peores atrocidades. Salieron al aire libre. La lluvia no había cesado.

Logan se puso su sombrero de sheriff y se dirigió a su Cherokee. Los agentes del FBI los saludaron. Sus propios agentes ya se habían ido a casa. Todo esto iba mucho más allá de un crimen común. Estaban tratando con uno de los peores asesinos en serie que Estados Unidos había conocido.

¡Quince años de asesinatos impunes! ¿Cuántas víctimas quedaban por descubrir?

Logan subió a su vehículo, encendió el motor y encendió los faros antes de alejarse del perímetro de la mansión. Hurley, sentada a su lado, había estado en silencio hasta entonces.

— Tuve noticias de Cheryl. Todo salió bien —dijo ella.

Logan sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta y se lo ofreció a Hurley.

— ¿Sus manos, sus pies? —preguntó.

Hurley sacó un cigarrillo, lo puso entre los labios de Logan y luego le ofreció la llama de un encendedor.

— Muchos clavos, especialmente en los pies, pero los médicos son optimistas. Podrá caminar de nuevo en unas pocas semanas. En cuanto a sus manos, podría perder un poco de movilidad en la izquierda, pero ni siquiera eso está seguro.

Logan inhaló profundamente. No podía sentirse satisfecho de haber cerrado este caso. El culpable estaba incapacitado y Cheryl estaba a salvo. Sin embargo, no podía olvidar que decenas de cuerpos yacían bajo tierra.

Decenas de mujeres y hombres que habían sufrido un martirio espantoso durante días sin que nadie se preocupara por su destino. Más allá de los cuerpos torturados de los primeros cadáveres desenterrados, Logan había pasado con horror por las colecciones de fotos y videos de Mitchell.

Sabía que nunca podría olvidar. Este ser retorcido disfrutaba inmortalizando sus sesiones de tortura.

Durante la breve visualización, Logan se aseguró de apagar el sonido. Los gritos de los torturados eran simplemente insoportables. El horror estaba grabado a fuego en su cerebro. Y pensar que alguien estaría obligado a ver esas grabaciones durante horas para tratar de identificar a todas las personas sacrificadas en la locura de un psicópata.

— Espero que tenga un buen psicólogo —dijo en voz alta mientras se esforzaba por concentrarse en el camino lleno de baches.

— ¿Qué? —preguntó Hurley.

Logan le explicó sus pensamientos internos. Hurley simpatizó con él por las personas que serían asignadas a esa terrible tarea.

— Nunca entenderé —dijo Logan golpeando el volante con la palma de la mano.

Habían discutido durante horas sobre esto con Hurley. Logan no ignoraba las teorías formuladas por destacados expertos. Problemas genéticos o puramente fisiológicos debido a desequilibrios hormonales, pero más a menudo problemas psicológicos con toda su gama de psicopatías. Para Logan, la única cura era una bala en la cabeza. Una solución extremadamente rápida, pero que funcionaba en todos los casos. Sin riesgo de reincidencia y, sobre todo, en su opinión, la única forma en que los familiares de las víctimas podían hacer su duelo. Saber que el asesino de su hijo aún estaba vivo mientras la carne de su carne se descomponía en un ataúd...

— Si pudieras evitar culpar a la Teniente Blanchett —dijo Hurley al ver la angustia de Logan.

A ella no le gustaban sus largos silencios. Sabía lo que él estaba pensando y eso le gustaba aún menos. A pesar de que ambos eran fervientes demócratas, nunca estarían de acuerdo en la pena de muerte. No se mata a seres humanos. Fin de la discusión. Cada ciudadano estadounidense es un hijo de la madre nación. ¿Qué tipo de madre mataría a sus propios hijos? Por terribles que sean los crímenes que hayan cometido.

— ¿Estás bromeando? —respondió Logan a la pregunta de Hurley—. Incluso pediré que le den una medalla de la ciudad.

— Tal vez no lleguemos tan lejos —respondió Hurley, satisfecha de cambiar la conversación a un tema menos doloroso.

Logan redujo la velocidad y, con precaución, se incorporó a la carretera principal que descendía de North Peak hacia River Falls.

— Si dependiera de mí, detendría la búsqueda de Kyle Simmons. Ese pobre chico solo hizo nuestro trabajo —dijo, tirando con convicción de su cigarrillo—. Sabes, sinceramente espero que sea lo suficientemente inteligente para huir. De todos modos, que el FBI no cuente conmigo para utilizar todos los recursos disponibles. Además, si pudieras llamar a tu amiga, la periodista, y decirle que convierta a ese chico y a su hermano en héroes, te prometo que le enviaré flores como agradecimiento.

Hurley se preguntó por un momento si estaba bromeando o no. Prefirió ignorarlo.

— Kyle Simmons está lejos de ser un héroe —dijo—. Si tan solo hubiera venido a la policía en lugar de buscar venganza por su cuenta, una cosa es segura, Cheryl Norman nunca habría sido secuestrada ni habría sufrido tal violencia.

Logan frunció el ceño. Un golpe bajo, pero justo. Sabía que Hurley no lo dejaría pasar, pero le hacía bien expresar frases que salían de las entrañas en lugar de la mente.

— Además, parece claro que solo Mitchell es responsable de la muerte de su madre. Kyle Simmons es un asesino que mató a sangre fría a Robert Gordon y Gary Borden sin motivo

alguno.

— Eso es lo que tú dices —respondió con total mala fe.

No tenía ni la menor duda de su inocencia... Una mirada despreciativa fue su respuesta.

— De acuerdo, pienso como tú. Pero no me harás hablar mal del chico. No es un asesino, solo un chico que quería vengarse. Si se equivocó de objetivo, es porque la justicia no hizo su trabajo hace quince años.

Logan frenó bruscamente cuando un ciervo cruzó la carretera dando saltos. Un inteligente que había tenido la sensatez de no dejarse hipnotizar por las luces del Cherokee.

— Si pudieras prestar atención —le regañó Hurley.

— ¿Querías que lo atropellara? —respondió antes de que la sonrisa de su bella le hiciera entender que se burlaba de él.

Encogió los hombros y aplastó su cigarrillo en el cenicero.

— No creas que le tengo particularmente manía a Kyle Simmons. Estoy seguro de que tiene muchas circunstancias atenuantes. No quiero más que tú que pase el resto de sus días en prisión. Pero eso no excusa todo. La venganza es la plaga de las sociedades bárbaras. ¿Por qué crees que las sociedades civilizadas han creado sistemas judiciales para resolver los conflictos entre personas?

— Por favor, no me des una lección, no soy tu estudiante.

— Entonces deja de pensar como un estúpido adolescente.

Logan guardó silencio. Estaba molesto. Hurley casi sintió ganas de reír. ¡Es un verdadero niño! pensó, conmovida por su reacción infantil. Le acarició la mejilla.

— Si en algún momento creyera que no eres un policía honesto con principios que van en la dirección correcta, ¿realmente crees que estaría contigo?

Logan prefería eso. Ella rara vez le daba cumplidos. Todos los hombres, por viriles que sean, necesitan ser elogiados por sus mujeres.

— ¿Me pasas otro cigarrillo? Casi lograste enojarme —respondió en tono falsamente enojado.

Giró hacia la derecha y tomó la salida que llevaba a la autopista norte. Había muchos autos en ambas direcciones. Logan sintió que la presión del día se aliviaba.

Intenta olvidar este día, al menos por la noche, se dijo, sin creerlo demasiado.

*

— ¿Estás dormido?

— No —respondió Logan.

Eran las 2 de la mañana. Casi una hora desde que se habían acostado, pero ninguno de los dos había logrado conciliar el sueño. Se revolvían en la cama, esperando que el cansancio los atrapara. Pero sus mentes estaban demasiado llenas de pensamientos cada vez más terribles.

Hurley se inclinó hacia la mesita de noche y encendió la lámpara.

— Estaba pensando en algo —dijo, apoyándose en la pared con la almohada detrás de ella.

— ¿Sí? —preguntó Logan, quien solo giró la cabeza.

— Me prometiste que me dirías por qué me dejaste.

Logan esbozó una extraña sonrisa. No se esperaba esto en absoluto.

— Bueno, ¿cómo decirlo...? —respondió, sacando un brazo de debajo de las sábanas—. Parece que mi respuesta debía ayudarte a reflexionar sobre tu decisión de quedarte aquí o no.

— Es posible, ¿y qué? —preguntó Hurley.

— Pues dado que has decidido volver a tu trabajo en enero, no veo sentido en desenterrar viejos demonios.

Hurley se quedó sin palabras. ¡El tipo abominable!

— ¡Me lo prometiste! —dijo, cruzando los brazos con una expresión ceñuda.

Logan puso su mano en la parte superior del pijama de Hurley y lentamente sus dedos acariciaron la cicatriz de su seno derecho que se extendía siete centímetros.

— Lo sé. Pero mira, acepté sin rechistar que volvieras a vivir a Seattle. No intenté disuadirte, así que respeta mi posición y, si eres muy amable, tal vez algún día te diré por qué.

Hurley apartó su mano.

— Siempre encontrarás una excusa —suspiró mientras se levantaba—. Voy a prepararme una tisana, ¿quieres?

— Está bien, iré —dijo él mientras se estiraba completamente.

Estaba pensando en Ray Snider, otro asesino en serie que había arrestado cuando aún estaba en Seattle. Una detención que lo había hecho famoso y había llamado la atención del alcalde de River Falls. Un golpe de efecto que le había costado a la mujer de su vida. Tuvo que prometerle a Snider que se separaría de Hurley. La peor promesa que jamás había tenido que hacer. Solo esperaba que romperla no desencadenara un terrible contraataque...

— ÉPILOGO —

Martes 13 de noviembre

— Sabes, había otras formas de acercarte a mí —dijo Shannon.

Stuart estaba acostado en su cama de hospital y se enderezó, sintiendo un dolor en el abdomen que le hizo una mueca. Shannon, quien había sido autorizada a visitarlo, se acercó rápidamente y tomó su mano entre las suyas.

— ¿Estás bien? —le preguntó realmente preocupada.

Stuart parpadeó y esperó a que el dolor disminuyera.

— ¿Tenemos noticias de mi hermano? —preguntó.

— No, sigue prófugo.

Las noticias continuaban informando sobre esta tragedia. Dos hermanos que buscaban vengar la muerte de su madre se habían topado con un asesino en serie, Jack Mitchell, el respetable director del Banco de Big Mountain. Más de treinta cadáveres identificados y al menos otros tantos por descubrir.

— Sabes, soy inocente —dijo Stuart.

Eso es lo que había afirmado a los agentes del FBI. Por el momento, seguía siendo sospechoso de asesinato y dos agentes de policía custodiaban su puerta.

— ¿Crees que lo dudo? —respondió Shannon.

Se inclinó hacia él y, sintiendo cierta ansiedad, posó sus labios sobre los suyos.

Por torpe que fuera el beso de Stuart, Shannon sintió que era el más maravilloso del mundo. ¡Nunca habría imaginado enamorarse de un tipo rellenito! Era la primera persona en mucho tiempo que no la había tratado como una loca. Era tan amable y, si te fijabas bien, no estaba nada mal. Un pequeño oso de peluche que la protegería y le daría calor por la noche.

— Te quiero, Shannon —dijo Stuart.

— Yo también —respondió ella, sintiéndose una mujer de verdad bajo su mirada.

Si tan solo no tuviera esa enfermedad. Tal vez su nuevo estado de ánimo la ayudaría a curarse.

— Mi madre está furiosa conmigo. ¡Estoy enamorada de un chico malo! ¡Qué tonta! ¿No sabe que es la fantasía de muchas mujeres?

¿Un chico malo? Esa era una imagen que nunca se había aplicado a sí mismo, pero después de todo, ¿por qué no?

Le apretó las manos y lo miró con una ternura absoluta.

— Solo dime que todo saldrá bien.

— Tengo algo mejor —respondió ella, murmurándole al oído un mensaje que le había entregado un hombre de unos cincuenta años.

Stuart no pudo contener las lágrimas de alivio.

*

Kyle estaba despierto, viendo las noticias locales. Se había convertido en el enemigo público número uno. Aunque, eso dependía del punto de vista... Muchos ciudadanos abiertamente defendían su causa y entendían perfectamente su reacción.

— Si hubieran matado a mi madre, habría hecho lo mismo. ¡Cuídate, chico, y si necesitas

ayuda, los Hell's Angels están aquí para ti! respondió un tipo grande con una larga barba a un reportero que hacía entrevistas en la calle.

— Me avergüenzo de este país. Este chico es inocente. Deberían meter en la cárcel al sheriff. ¡Durante quince años, Mitchell asesinó y torturó sin que nadie dijera nada! gritó una mujer mayor, realmente enfurecida.

Estos seguidores brindaron un gran apoyo moral a Kyle, y Dios sabe cuánto lo necesitaba. No había tenido noticias de Cheryl. Solo sabía que sobreviviría sin secuelas graves, al menos físicas.

— Solo Dios tiene el poder de vida y muerte. Cualquiera que sean las razones que llevaron a este joven a vengarse, el Señor no puede perdonarlo, intervino otra anciana.

— No exageres, este chico es un monstruo. Matar a sangre fría, incluso por venganza, ¿quién podría hacerlo? se sorprendió un hombre más joven.

Hubo un golpe en la puerta. Kyle apagó de inmediato la televisión. Estaba casi de acuerdo con la última intervención. Sin embargo, sabía que tendría tiempo para reflexionar sobre sus acciones.

— Entra —dijo, rezando para no ser descubierto.

Pero era Flynn.

— ¿Has dormido bien?

— Una hora, quizás dos.

Flynn colocó la bandeja de comida en la mesa de centro de la bodega.

— Come y trata de volver a acostarte. Necesitas descansar...

Cuando Jacob lo llamó para que se reuniera con él en las antiguas aserraderos, Flynn no dudó ni un segundo. Recordaba perfectamente la historia de esa prostituta y los cuatro hijos de familias adineradas acusados y luego liberados. Fue un gran escándalo en su momento, pero después todos lo olvidaron.

Ahora, Flynn se sentía aún más cercano a Kyle. De hecho, su vida debió de ser mucho más difícil de lo que había imaginado. Había tenido mucho cuidado de no ser seguido, pero ¿quién habría imaginado que él y Kyle compartían una verdadera complicidad? Nunca se habían hablado realmente, excepto cuando le anunció que estaría fuera de juego durante toda la temporada de fútbol. Una única y verdadera conversación, pero que selló una confianza mutua de manera definitiva.

Ese día, Flynn le había dado su palabra de ayudarlo en cualquier circunstancia. Aunque la gravedad de los actos que se le imputaban a Kyle era mucho mayor de lo que podría haber imaginado, nunca dudó de su inocencia. Nunca se vuelve atrás en una promesa.

Flynn encontró a Kyle gracias a las personas sin hogar. Asegurándose de que Flynn viniera solo, lo acompañaron hasta una vieja cantera abandonada donde encontró a Kyle. Este último había apostado su confianza en el hombre.

Después de un breve intercambio cargado de emoción, Kyle comprendió que no se había equivocado con respecto a Flynn y se metió en el maletero de su coche. No salió de allí hasta llegar a su destino: la modesta casa de Flynn, ubicada en un barrio residencial de River Falls...

— Llamé a algunos viejos conocidos. Debería tener documentos falsos para ti en breve. Pero, bueno, va a ser necesario que seas paciente. El FBI está alerta. Es mejor que no salgas durante al menos una semana, o incluso más. El tiempo que piensen que has abandonado la ciudad e incluso el estado.

Kyle le agradeció con la mirada y preguntó:

— ¿Le entregaste el mensaje a Shannon?

Flynn asintió con la cabeza.

— No me vuelvas a pedir eso. Fue muy arriesgado confiar en una niña. Bueno, logró convencerme de que estaba enamorada de tu hermano y que nunca los traicionaría. La pobre niña daba lástima. Está en los huesos.

Kyle no pudo evitar sonreír al imaginarse a su hermano con ella, pero realmente estaba feliz por él. Era exactamente el tipo de chica que necesitaba.

— Gracias, entrenador. Tendré un nuevo favor que pedirte.

— No me pidas lo imposible —respondió Flynn, aunque sabía que eso sería precisamente lo que le pediría.

— Solo quiero que le entregues este mensaje a Cheryl Norman cuando yo ya esté lejos.

Flynn no ocultó su alivio. Temía lo peor.

— No hay problema —respondió—. Por cierto, ¿sabes español, señor Alvaro García?

Kyle encontró ese seudónimo ridículo, pero tenía la ventaja de ser extremadamente común.

Después de todo, una vez en Argentina, tendría todo el tiempo para cambiarlo.

**ENCUENTRA A MIKE LOGAN Y JESSICA
HURLEY EN :
« UNA NAVIDAD EN RIVER FALLS »**

SERIES DE CRIMEN

WHITE FOREST

TODO EL MUNDO TE ODIARÁ
AMANECER DE SANGRE
ASUNTOS DE FAMILIA

PACIFIC VIEW

NO TEMAS A LA SEGADORA
NO SERÁS EXTRAÑADO POR NADIE
NUNCA PERDONAR

SEATTLE

CARIDAD BIEN ORDENADA
POR EL BIEN DE LOS NIÑOS
NACIDO PARA SER SALVAJE

RIVER FALLS

7 DÍAS EN RIVER FALLS
UN OTOÑO EN RIVER FALLS
UNA NAVIDAD EN RIVER FALLS
REGRESO A RIVER FALLS
LÁGRIMAS SOBRE RIVER FALLS
RECUERDA RIVER FALLS

CIENCIA FICCIÓN

LA CAÍDA DE LOS MUNDOS

Primera epopeya

LA CAÍDA DE LOS MUNDOS

ESTADO DE GUERRA

Segunda epopeya

LOS JINETES DEL APOCALIPSIS

LA EPOPEYA DE LOS JINETES

EL IMPERIO DE LAS ESTRELLAS

EL IMPERIO PERDIDO

EL DESPERTAR DE LOS TITANES

HÉRAKIAN

HÉRAKIAN

OTRAS CIENCIAS FICCIÓN

LA ODISEA DE KLARK

LOS RESCATADOS DEL KRAKEN

EL HECHICERO DE HÉRION